CRISTINA ENRÍQUEZ DE SALAMANCA

LA CASA DE LAS DESAMPARADAS

13

«¿Para qué saber de letras? Para salir de esta ignorancia. Para no ser lo que era antes y lo que era mi madre. Que está todo en saber de letras, está todo en esos papeles que lee la señora Casta».

Valencia 1854: Casta More, la esposa de un diputado nacional, cacique de Almería, es encerrada por su esposo en la Casa de las Desamparadas de Valencia, dirigida por las singular Madre Micaela, una mujer de alta cuna decidida a sacar de la calle a las mujeres de mal vivir, enseñándoles un oficio. Nadie, ni siquiera la propia Casta, sabe qué motivos ha tenido realmente su marido para enviarla allí. A través de la narración de la vida en la casa, de la correspondencia de la protagonista con Carolina Coronado y del folletín por entregas «Azucena» que Casta escribe y publica, el lector irá descubriendo su tragedia personal y de esta lectura emergerá una visión tan descarnada como intensa, de la (efectivamente desamparada) condición femenina de la época.

Cristina Enríquez de Salamanca

La Casa de las Desamparadas

Título original: *La Casa de las Desamparadas*
Cristina Enríquez de Salamanca, 2022

–

Revisión: 1.0
05/07/2022

Para Carlos Pedros-Alió, mi marido y colaborador,
y para Leonardo Valencia, mi tutor literario.

El jaloque

¿Qué te ha hecho esta vez don Ramón, niña? —clamaba para sus adentros y sus afueras el ama Compasión, como si interrogara al cielo, con una voz entrecortada por los vaivenes del carruaje, que en cada bache, en cada hoyo de la rambla, lanzaba a las dos mujeres que lo ocupaban de un lado a otro.

Sentada frente a la niña, arrebujándose en la toquilla que cruzaba su pecho, el ama se secaba con un pañuelo tanto las lágrimas como la mucosidad que destilaba por la nariz, pero su clamor no llegaba a oídos de la mujer tapada con un velo negro que tenía sentada enfrente, que no contestaba, que seguía en silencio. Parecía no oír nada, ya fuera por el estruendo que alzaban las mulas, por los crujidos de las maderas y los engranajes del coche, por los gritos del cochero o porque el ama estaba tan debilitada por la edad y el disgusto que solo alcanzaba a salir de su garganta un hilillo de voz, y la tapada no respondía por todo ello o quizás, sobre todo, porque no quería.

El ama sufría una pena tan grande, tan inconsolable, que a pesar del pañuelo las lágrimas desbordaban mejillas y cuello y se le escurrían por entre los pechos hasta muy abajo, hasta donde creyó ella que nunca podría llegar el agua que lloraba. Porque a Compasión, que no había llorado presenciando el terrible escándalo que don Ramón le había levantado a la niña, se le desbocó el llanto al comenzar de veras el destierro, cuando el amo echó casi a patadas a su mujer de casa y la puso camino de las Arrepentidas de Valencia.

Don Ramón había ordenado al capataz que preparara un coche escoltado para trasladar a su señora y al ama. Una vez acomodadas las dos mujeres en el interior y sujetos en el techo los pocos bultos que habían tenido tiempo de empaquetar, la escolta había ocupado la trasera del carruaje, y en el pescante el cochero había desenredado el

látigo que llevaba anudado en la muñeca y chasqueando latigazos sobre los ijares de las caballerías había iniciado la marcha. Casta había pasado un buen rato asomada a la ventana trasera del coche para comprobar si la nodriza que cuidaba a su hija había sacado a la niña a la puerta del cortijo para que su madre la viera antes de partir. Pero nadie había salido a despedirla, ni la nodriza ni la criatura, y mucho menos su esposo.

Varias horas de camino más tarde, el ama sintió que se estaba atragantando y no era por el llanto, sino porque había entrado en el interior del coche un polvo caliente que se clavaba en la garganta. Se había levantado el jaloque y estaba ganando fuerza, a juzgar por el bamboleo que sacudía el carruaje, por los temblores que amenazan tumbarlo y por el golpe de calor que al pronto le abrasó el pecho. Pronto nos arrancará la cabeza, pensó, sintiendo que el alma le pesaba dentro y que había sido el jaloque el que había desquiciado a don Ramón para que se lanzara furioso contra la niña.

Empujado por el viento africano que abrasaba el aire como un aliento del infierno, avanzó el carruaje hacia Valencia, sorteando cadenas de colinas bajas separadas por valles menudos, encontrando matorrales, extensiones de plantas silvestres y matojos aromáticos. Así pasó una hora, y otra hora, y después una hora más, mientras el ama lloraba frente a una niña Casta que estaba en otra parte, aunque su cuerpo permaneciera aprisionado en el asiento. Quieto, demasiado quieto.

Con qué regocijo siniestro, pensaba el ama, había echado don Ramón a su mujer de casa, sus ojos llenos de odio. Con este recuerdo supo que habían derrotado a la niña y que en adelante tendría que encarar el vacío de un mundo que se iba a mostrar tan desierto, tan árido como la ruta que transitaban. Temió que la razón de la niña se le dislocara y que al comprobar su impotencia se lanzara del coche a esconderse en un lugar donde no pudieran encontrarla, donde pudiera tumbarse entre los hierbajos para descansar y olvidar, para cerrar por fin los ojos y disolverse adentro, adentro, hasta el fondo mismo de la existencia.

PARTE PRIMERA

La casa de Valencia

La tarde del primer día de marzo caía sobre el jardín. Alrededor de la fuente, sentadas en sillas bajas, las chicas cosían dirigidas por la Madre Micaela y por sor María, la hermana ropera. La primera juzgaba que era mucha la labor pendiente y que las chicas no deberían entretenerse. Más que coser, charlaban. Qué mejor, rumiaba, que trabajar en silencio para terminar el ajuar que ha pedido la casa real. Ansiosa por la premura del encargo, a la Madre le hubiera gustado que en el taller se guardara el voto de silencio de las contemplativas que se oyera únicamente el chillido de los vencejos o el golpe de los limones al caer y rebotar en la tierra. Es muy trabajoso bordar estas filigranas, pensó, pocas las hermanas y solo seis las mujeres que hasta ahora han ingresado en esta casa de Valencia.

Exigía que su taller fuera el mejor, no uno de los tantos que habían alumbrado los conventos arruinados por la desamortización. Nada de labores apresuradas ni de telas baratas. Trabajaban con los patrones que ella misma traía de Francia, sobre sedas, batistas, plumones, muselinas, hilos y linos, con adornos y remates refinados, encajes suizos, d'Alençon, tiras bordadas de Almagro, cintas de algodón y de organdí. Pedía perfección. El revés de ja labor tan primoroso como el derecho, los remates invisibles, prohibido hacer nudos o disimular agujeros. Las señoras, aseguraba, pagan siempre que el resultado sea impecable, pero devuelven las piezas si encuentran la menor

tacha.

La Madre Micaela era una mujer de estatura media y de una complexión que el médico de su casa condal gustaba de calificar como «exuberante». Vestía el hábito negro de algodón de mangas abollonadas y falda de anchas tablas, cortado según el patrón que, como fundadora, había diseñado para su congregación. Lo negro y amplio de la vestidura no conseguía disimular las formas rotundas de su vientre y de sus caderas redondeadas por la edad, a pesar de los continuos ayunos con que se mortificaba. Se cubría con una toca almidonada sujeta por una cinta en la nuca, de la que sobrevolaba un velo de gasa oscura, liviana y espumosa que acrecentaba el señorío que su persona trasmitía.

El rango se le enroscaba en la espalda, le trepaba por el cuello y hasta le añadía medio palmo de estatura. Un pasado de distinción dirigía el pliegue airoso que adoptaban las faldas al subir las escaleras, la gracia del escapulario al caer sobre el pecho y la sutileza con que el velo ondeaba en torno a su rostro, que parecía siempre impulsado por una brisa discreta. Porte adquirido en la convivencia arropadora con los amigos y parientes de la familia noble, de los que se conocían desde siempre, se casaban entre sí, celebraban bautizos, comuniones, bodas y entierros de generación en generación. De aquellos que compartían un privilegio que los liberales progresistas aborrecían: tutear a todo el mundo.

Con más facilidad de lo que la Madre deseaba, sus orígenes se le desbocaban en arranques autoritarios de los que pronto se arrepentía. Era «una polvorilla», decían sus amistades. Tenía tronío, aseguraban las mujeres que acogía la congregación. «Las mujeres de vida alegre», que decía la sociedad, «las chicas», como las llamaba la Madre, a quienes, para que salieran de la vida procuraba la enseñanza de un oficio en los talleres de la congregación, que, en el caso del de Valencia, se reunía cada tarde en torno a la fuente cuando lo permitía el clima templado de la ciudad, que era casi siempre.

Nos quedan por rematar cincuenta camisillas, pensó la Madre, veinticuatro sábanas de cuna, cuatro colchas de piqué, cuarenta y dos pares de botitas en hilo color crema y otros cuarenta y dos en hilo blanco. Somos seis para coser: Iluminada, Chelo, Pilar, Encarna, sor María y yo. En realidad, consideró, somos cinco, hay que descontar a Encarna, bastante es que lleve y traiga cestos, porque no sabe coser.

Levantó un momento la vista del bordado y oteó la galería que recorría la primera planta del ala posterior del edificio, a la que se abrían la mayoría de las habitaciones. Se reconoció satisfecha de la distribución que había adquirido la casa después de algunas obras,

especialmente de haber instalado la oficina en su mismo centro, en el primer piso, entre la cocina y la sala de visitas, lo que le permitía estar al tanto de cuanto ocurría. Sabía quiénes estaban en la sala de corte y plancha y quiénes eran las que cosían en el jardín. Qué hacían las hermanas. Si la ropera seguía ocupada en el dormitorio de las chicas, la portera controlaba la portería y la ecónoma la cocina. Las habitaciones de la segunda planta eran las únicas que quedaban fuera de su mirada, cosa que a la Madre poco le importaba, destinadas como estaban a dormitorio de las religiosas y de las visitas.

Llegó Encarna de la sala de corte y planchado trayendo un cesto lleno de piezas preparadas para bordar que dejó en el suelo. Sacó después un peine del bolsillo del mandilón, se peinó una guedeja rebelde que le caía por la frente y que sujetó con una horquilla, y terminó de atusarse ensalivando el flequillo.

—Estás ahora más guapa, con el pelo recogido bajo la toca —le dijo la Madre sin levantar la vista de la tela que bordaba.

Que Encarna estuviera más guapa que antes, cuando hacía la calle y no se cubría la cabeza, era una mentira piadosa. La mujer conservaba el rostro abotargado que tenía cuando la Madre la había recogido de un callejón pudridero del barrio viejo. Las mismas manchas rojas en las mejillas por años de frío y alcohol, igual sonrisa floja y semejante facilidad para que se le formaran pegotes de saliva en las comisuras de los labios que espurreaba al hablar.

—Pa chasco. Sin afeites una *d'asco* —replicó Encarna—. Más gorda sí *questoy*, se me revientan las costuras del mandilón. Gorda y limpia, sin ladillas, piojos, ni *sefelítica*.

—Sifilítica —corrigió la Madre—. Estás mucho mejor sin afeites que toda pintarrajeada como ibas. Anda, recoge las labores.

Encarna recogió en el cesto las piezas ya bordadas y con el ademán de una vendedora de pescado se lo puso en la cabeza. Lo sujetó con la mano izquierda, colocó la derecha en la cintura y se dirigió al interior oscilando los remos, con un movimiento rotundo de sus caderas que evidenciaba cuánto le gustaba lucir un cuerpo rechoncho, sobrado de la grasa que había acumulado para, si acaso, volvía a pasar hambre.

—Encarna es un cacho carne que vino a la casa *podría* —dijo Chelo, que lanzó el dardo a hurtadillas, ocultando la cara en el almohadón de costura.

—Qué sabrás tú —le replicó la Madre, fastidiada.

No quería ni podía prescindir de Chelo, que era muy diestra en la costura, mucho más de lo que podría esperarse de una prostituta. Había aprendido a coser cortando los vestidos que lucía para cantar y

bailar en los teatrillos y cafés, cuando no en la calle; también a hablar medianamente bien, pues tenía que aprenderse las letras de las canciones. Chelo tira la piedra y esconde la mano, pensó la Madre, admirada de que semejante personaje hubiera convencido a su amiga Francisca para que se la recomendara. Sin duda Francisca desconocía que Chelo la motejaba de *seña finolis*.

Chelo seguía rezongando y la Madre, suponiendo que soltaba más maldades, decidió ignorarla, pero en el taller aquella ponzoña apagó la conversación. La cháchara de las chicas languideció poco a poco para luego extinguirse. A Iluminada y Pilar el veneno de Chelo les cerró la boca y sor María decidió imitar a la Madre y concentrarse en la labor, como si hubiera hecho, ella sí, voto de silencio.

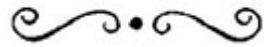
Rompió la quietud del taller el ruido de un carruaje que se acercaba escandaloso por el callejón lindante con el jardín. Avanzó sorteando los baches y, chocando contra las piedras, levantó una polvareda que, traspasando el muro, alcanzó el interior y clareó las aspidistras que flanqueaban el portalón. A la Madre, con el estruendo se le cayó la labor sobre el almohadón que sostenía en las rodillas, y allí se quedó la pieza de batista cuyos bordes estaba rematando, que no recogió sino cuando oyó los gritos de un cochero que paraba a los caballos y los bufidos de las bestias moderando el trote. Se oyó el aldabón y después la voz de la hermana portera.

—¡Ya va, ya va! —dijo.

La Madre se levantó dejando a su espalda el murmullo de las chicas, que estaban tan sorprendidas como ella. Cruzó el jardín, salió al callejón y se acercó al carruaje. Las cabalgaduras, sudorosas, cabeceaban resoplando, golpeaban los cascos en la tierra y removían la grupa, como si no pudieran creer que la marcha hubiera terminado. El cochero sostenía las riendas con una mano y con la otra se sacudía el polvo de la ropa, y sentado junto a él se desempolvaba también su acompañante, que llevaba la cabeza cubierta por una montera negra. Dos hombres armados habían bajado del pescante y estaban en tierra balanceándose a izquierda y derecha, animados todavía por el vaivén del coche. Junto a la puerta del mismo esperaba una mujercita entrada en años que, como el resto, oscilaba buscando equilibrarse.

Vestía basquiña y se cubría el cuerpo con una toquilla que le cruzaba el pecho y la cabeza con una pañoleta. Con un ceceo suave dijo llamarse Compasión, que era ama antigua de la señora Bosco, a quien acompañaba en el viaje y en la estancia. Se presenta confiada en que sé quiénes son y en que estoy al tanto de su llegada, pensó. Qué arrogancia la de Bosco, no ha esperado a recibir mi respuesta, como Salamanca, que me ha remitido, sin más, una carta de la señora

Coronado para Casta. Se apoyó en el carruaje, desvió la mirada para ocultar su contrariedad y recordó aquella mañana en la oficina, hacía tan poco, cuando conoció la petición de Ramón Bosco y de Pepe Salamanca.



Después de leer sus dos cartas, había mirado a través de la pequeña ventana que daba luz a la oficina. Vio un cielo limpio, sin nubes, un mero brochazo de añil y aquella visión se le *había* hecho otra estampa. El azul del cielo era un mar que se estrellaba contra un murallón de rocas calcáreas. Había oído el sonido de las olas batiéndose contra los farallones y que, baqueteadas, se remansaban en la arena de la orilla y morían allí, disueltas, burbujas goteando hasta el limo de los fondos marinos. ¿Quién era el agua atormentada?, se había preguntado. ¿Qué tenía que ver el mar con la petición contenida en las cartas de Bosco y Salamanca? Ambas estaban fechadas el mismo 5 de febrero del año en curso, y ambas procedían de la localidad de Vera, en la costa de Almería. Cartas parecidas, pero distintas, había pensado. La caligrafía de Bosco no le trasmitía nada, sino que su autor escribía razonablemente bien. Otra cosa era la de Salamanca, la de su buen amigo Pepe, que estaba escrita de su puño y letra, con aquella caligrafía que tan bien conocía.

Había permanecido reflexionando mientras Manuel, el amanuense, que estaba sentado al otro lado de la mesa, esperaba ordenando papeles. Después, su mirada revoloteó arriba y abajo de las estanterías y retornó a la ventana. No había vuelto a escuchar el sonido del mar. Le llegaron en cambio las voces de los que transitaban por Les Magdalenes, la callejuela a la que daban las habitaciones con ventana abierta a la fachada lateral de la casa, incluida la oficina.

Rogó después a Manuel que volviera a leer, y en voz alta, las cartas de Salamanca y de Bosco por ver si conseguía encontrar convincentes las razones que le habían dado para que la esposa del segundo se alojara en la casa. Escuchó con atención reflexionando acerca de los lazos que unían a unos y otros. Salamanca le pedía que acogiera por un tiempo en la casa a la señora Casta More, su cuñada, hermana menor de su mujer, Petronila, y esposa de Ramón Bosco, diputado por Almería, socio en los negocios y compañero en la política de Salamanca.

La carta de Salamanca le había parecido sucinta, impropia del

carácter de su amigo, a quien había considerado siempre «un palabritas, un pico de oro». Sucinta y, tenía que reconocer, más parca de lo que ella esperaba de un conocido de tantos años y de tanta confianza. Desde el papel, su mirada se había deslizado hacia los muebles de la oficina procedentes del palacio condal de su familia en Guadalajara, y el mobiliario, quizás sabiéndose protagonista, reverberó. Brilló la madera de las librerías, la mesa y las sillas veteadas de lustrosas líneas de color miel, de chocolate profundo. El cristal de los dos quinqués lanzó ráfagas azuladas y el brasero que había caldeado su habitación en palacio destellaba miradas cobrizas. Las estanterías, la mesa, los quinqués, el brasero le habían hablado del tiempo de la guerra, cuando en el gran comedor, acabada la cena, los caballeros, capitaneados por Salamanca, comentaban los movimientos de las tropas isabelinas y las partidas de los carlistas. Años en que, ausente su hermano mayor, José, heredero del título condal y embajador en París, tenía ella a su cargo la casa condal y las crisis nerviosas de su madre, trastornada desde «la guerra del francés». Maderas, cristales y cobre continuaron brillando hasta que una vez aquietada la nostalgia, palidecieron las vetas, se *apagaron las ráfagas y se adormecieron* los ojos del brasero.

Saturada de imágenes y recuerdos, volvió a la carta de Bosco, que alegaba, como la de Salamanca, la enfermedad de la señora, que padecía un mal de naturaleza tan indefinida que hasta carecía de nombre propio. Para su restablecimiento, el médico de Vera solo había prescrito reposo y una dieta de tisanas, a tenor del informe que Bosco adjuntaba. Cualquiera podía advertir que se trataba de simples remedios caseros que en nada justificaban el traslado de la señora a la casa, había razonado la Madre. Más le había inquietado el comentario de Bosco. Que «una serie de desgraciados acontecimientos habían desatado toda suerte de rumores y hablillas en la localidad de Vera donde el matrimonio residía, dañando la paz de su relación».

Bosco, había pensado, no mostraba el dolor de un hombre apenado por la enfermedad de su mujer; de su tenor podía colegirse que la carta fuera reacción airada de un esposo. Bosco y Salamanca, había concluido, estaban resueltos a ignorar que la casa de Valencia no era un balneario ni un centro de reposo, sino un refugio para las desamparadas, antiguas prostitutas, un alojamiento en absoluto apropiado para la esposa de un político. Los dos señores estaban decididos a pasar por alto que, legalmente, la casa solo podía retener a la señora Bosco si esta era una «esposa desarreglada», para cuyo internamiento era necesario, en todo caso, obtener el permiso de las

autoridades. Mucho ignorar para dos señores diputados que, como mínimo, debían conocer las leyes. Todo aquello le había dejado confusa. Se había dado unas respuestas contrarias: tan pronto accedía a la petición como enseguida se negaba, contemplaba las ventajas de dar su conformidad y luego los inconvenientes, hasta que finalmente comprendió que no tenía opción. Ni podía Ignorar aquella petición ni demorarse más. Llevaba días sin contestar.

Había encargado a Manuel la redacción de dos cartas fechadas con el cierre del mes de febrero accediendo a alojar a la señora hasta su recuperación. Recordó que, mortificada por aquel acatamiento y a modo de revancha, le había pedido a Manuel que añadiera en la carta dirigida al señor Bosco que su señora tenía que observar el orden y las costumbres de la casa en lo relativo a la vestimenta y a las devociones, que se le mandaría una nota con el importe de los gastos ocasionados por la estancia, y que de él se esperaba entregara, en agradecimiento, una donación proporcionada a sus caudales en beneficio de las desamparadas de Valencia.

Con parecido enojo al que había sentido respondiendo las cartas, la Madre esperaba, en compañía de los hombres de la escolta y de Compasión, la única que hasta aquel momento se había molestado en saludarla. Mucho ser la esposa de un diputado, pero la señora carece de maneras, pensó la Madre, y se entretuvo en pasar las cuentas del rosario que llevaba en el bolsillo y en rezar avemarias porque nadie bajaba del coche.

Se instaló en el callejón un silencio que solo quebraba el rebullir de los caballos golpeando los cascos contra el suelo y su relinchar suave, las toses sofocadas y el gargajeo de los hombres parados junto al coche. Del jardín llegaban las voces de las chicas, del mercado el balido lejano de un rebaño de ovejas que lo abandonaba, y del interior de la casa las campanadas del reloj del corredor dando las horas, renqueante y solemne.

Finalmente, la armadura del coche crujió, la manija de la puerta, girando, permitió que alguien empujara la hoja, que se quedó oscilando. Del interior salió una tos seca, emergió un botín de piel oscura y medio tacón, y a continuación los bajos de un vestido alzados hasta la altura de la caña del botín por una mano enguantada. Descendió luego una mujer tapada con un velo negro, que, una vez en el suelo, se entretuvo en colocar a su alrededor los pliegues del

vestido sin alzarse el velo ni soltar palabra. Esperaba la Madre, esperaba Compasión, la hermana portera, esperaba el cochero, la escolta y hasta una nube peregrina que se había colocado en lo alto del cielo, encima de todos ellos. La Madre, perpleja por tamaña teatralidad, preguntó a la tapada:

—¿La señora Bosco?

—Soy Casta More —respondió una voz clara, aunque sofocada por el velo.

—Si así lo prefieres… Encantada de recibirte, Casta More. Bienvenida a esta Casa de las Desamparadas —rectificó la Madre, tomando nota del talante que traía la viajera—. Estaréis cansadas. Os acompañaré a la habitación.

La tapada, con un suspiro, se levantó el velo. Apareció una mujer cerca de los treinta, de rasgos correctos, ni bonitos ni desagradables. Una piel sin marcas de enfermedad ni señales de envejecimiento, un rostro de cejas espesas y más oscuras de lo que pedía el color castaño rojizo de su cabello. Miraba con una fijeza que quería ser inexpresiva sin conseguirlo, delatada por el gesto adusto de su cara y por la palidez de sus labios, que tenía inflamados de tan prietos. La Madre reconoció la dureza del encuentro y evitó la confrontación dirigiéndose a la hermana portera.

—Encárgate de que lleven el equipaje al segundo piso —le pidió—. Ocuparán la última habitación a la derecha del pasillo.

Los hombres de la escolta se despidieron y el coche enfiló callejón arriba alborotando las piedras y dejando tras sí cúmulos de polvo y arena. Cuando giró hacia Les Magdalenes y desapareció, la Madre fue al encuentro de Casta y Compasión, que esperaban en la portería, y las tres entraron en la casa.

Traspasado el portalón, tomaron el caminillo de guijarros que conducía hasta la galería, pero, a los pocos pasos, Casta se detuvo. Su mirada vagabundeó, alcanzó las macetas de aspidistras cuyas amplias hojas acariciaban los muros del jardín. Se deslizó por los troncos de los naranjos y limoneros que, formando un enrejado, ocultaban a medias la fuente y a las muchachas sentadas a su alrededor. Siguió mirando y cuando una brisa ligera le trajo el frescor de las gotitas de agua que la fuente chorreaba, musitó:

—Naranjos y limoneros creando sombra contrarían los deseos del sol. Y la fuente, qué agradable estar cerca —dijo en tono confidencial, absorta en sí misma y ajena a la presencia de la Madre y de Compasión, hasta que esta última comenzó a sollozar.

—¡Qué le ha hecho don Ramón a la niña! —repetía hecha una pura lágrima, tan afligida que olvidando sus buenas maneras se sorbía

la nariz con el dorso de la mano. De pena en pena, como una penitente, Compasión miraba alternativamente la casa, a la Madre y a las chicas, y su llanto rompió el encantamiento de Casta, que pareció anticipar un futuro de días y días de costura.

—Prefiero mortificarme como una arrepentida que pasarme las tardes haciendo de costurera —dijo Casta apretando otra vez los labios.

La ensoñación de Casta había cedido el paso a la ira, Compasión seguía sollozando y la Madre se preguntó si no sería Casta una de tantas señoras soberbias, despóticas con las criadas. Puede que odie estar junto a las sirvientas, que eso son las costureras, pensó. Se impacientó. Tenía que volver al taller, pues el murmullo con que las chicas la habían despedido amenazaba tornarse en griterío. Anticipaba su curiosidad, que le acribillarían a preguntas para saber quién era y por qué venía la señora recién llegada.

Acompañó a la señora y al ama hasta el comienzo de la escalera que subía al segundo piso y después se dirigió a la fuente. Caminó a pasos cortos, haciendo ruido al pisar, avisando de su llegada, dando tiempo a que las chicas recompusieran el orden. En el trayecto, para dulcificar el ceño que se le había puesto en la cara se impuso rememorar el pasado de las que cosían. Muchachas pobrísimas arrastradas a la prostitución por sus amantes devenidos rufianes. Niñas abandonadas y criadas por mujeres pervertidas por la pobreza que pronto las ponían a hacer la calle. Todas putas con blanquete en la cara y labios mal pintados que habían llegado a «la vida alegre» para salir de los harapos, del frío y de las palizas. Rememoró las salidas nocturnas con la Ronda del Pecado Mortal en busca de alguna prostituta que quisiera salir de la vida. Los cuerpos frágiles de las niñas abandonadas, de las adolescentes que huían de sus padres. Sus caritas sucias y serias, sus ojos que miraban sin saber que muy pronto las violaría el primero que llegara. Las agonizantes de la sala de incurables, apaleadas por sus violadores, llagadas, que se morían rogando que las sacara del hospital, desconociendo que no había para ellas lugar alguno donde refugiarse. Y cuanto más recordaba, más se le partía el alma preguntándose el porqué de tanta desdicha, a quién había que pedirle cuentas y cómo podía ella remediar tanta brutalidad. Acompañada por estas escenas, la Madre se dirigió al taller deseando salvar a las pocas que había recogido y que la casa fuera para ellas agua viva, sanadora. Para ellas y quizás también para Casta More, que, le parecía, se había estrellado contra el poder de su esposo.

Unas horas después, llamó a la puerta del dormitorio asignado a Casta y Compasión. Volvió a llamar. Se anunció y, a falta de respuesta, entró.

Era una habitación de buen tamaño compuesta de dos piezas separadas por un arco. En la del fondo, había un armario dedos hojas, un mueble palanganero de cuyo brazo colgaba una toalla y una cama ocupada por alguien que dormía. En la primera pieza, otra cama, presidida su cabecera por un crucifijo, un pequeño escritorio y, en la pared, un estante. En un rincón, un diminuto brasero de cobre que, aun apagado, lanzaba cuantos fulgores dorados podía, a tenor de la luz que le quedaba al día. En el suelo, libros apilados y una revista de gran formato. Sobre el escritorio, pliegos sueltos, sobres. Extendido encima de la cama, el vestido destinado a las visitantes distinguidas, con las mangas dobladas en forma de cruz sobre el pecho, fúnebre como un sudario.

Casta, que no se giró al entrar la Madre, estaba sentada junto al escritorio y sostenía en la mano izquierda un sobre alargado y en la derecha una plumilla. Había sustituido la ropa de viaje por una bata de tarde encima de la cual se había ceñido una toquilla y llevaba la cabeza descubierta. Por la espalda le caía una gruesa trenza deshecha en guedejas hasta Dios sabía dónde, y el cabello, liberado del trenzado, se esparcía alrededor de su cabeza como un halo. Le faltan garras y colmillos para ser la medusa del infierno griego, se dijo la Madre, recordando las nociones de mitología que de joven había recibido del preceptor de su hermano. Reconoció, sin embargo, que la figura de Casta, con el pelo suelto y rodeada de papeles, trascendía la de la tapada muda y colérica que había llegado a la casa. Es otra persona, se dijo, ha mudado de talante, no sé si para bien o para mal. Puesto que la mudez de la visitante persistía, la Madre optó por ocupar ella misma el silencio.

—Supongo que no habréis traído ropa de cama y aseo —dijo—. He pedido a la hermana ropera que os entregue el ajuar para uso de las visitantes —añadió, pero no recibió respuesta. Casta se obstinaba, la conversación no alzaba el vuelo. Ni siquiera consigo que conteste a desgana, admitió la Madre, decidida a insistir—: La comunidad sigue un horario. Te llevará unos días conocer la rutina. Son pocas las devociones que observamos juntas: la oración de la mañana y, antes de cenar, el rosario. El domingo, la santa misa y confesión para las que lo soliciten. Aquí lo importante es el taller. Enseñamos un oficio a

las mujeres que quieren salir de la vida. La congregación no se sustenta solo de donaciones, nos mantenemos cosiendo. —Casta seguía sin responder. Mojaba una y otra vez la plumilla en el tintero y, absorta, trazaba líneas verticales y horizontales en el pliego desplegado en el escritorio—. La permanencia en la casa es voluntaria —continuó la Madre—. Quien no esté a gusto se marcha. También tú. Pide lo que necesites. Las noches, hasta el verano, pueden ser frescas y necesitarás que tu habitación esté caldeada para curarte, por lo que he pedido que suban picón para el brasero. Mañana, si tenemos tiempo, repasaremos los remedios que te ha prescrito el médico de Vera, los que tu esposo adjuntó en su carta. Compasión se ocupará de prepararlos. Tu esposo se hace cargo de los gastos.

Casta debió *oír a* la Madre, si no escucharla, porque dejó la plumilla en la bandeja de madera colocada sobre el escritorio, una escribanía que la señora debe haber traído, pensaba la Madre cuando la viajera se giró y contestó a la parrafada con un escueto:

—Buenas noches.

—Por cierto —dijo la Madre, y animada por el saludo le entregó un sobre—, hace unos días me llegó por correo urgente de tu cuñado, Salamanca, un sobre en el que incluía una nota y una carta de la señora Coronado para ti. Me dice Salamanca que tiene relación con ella y su esposo.

—¿Conoce usted a mi cuñado, a Salamanca? —preguntó Casta acariciando el sobre que la Madre le había entregado, y con este contacto sus mejillas se relajaron, la sangre afluyó a su piel—. Es socio de mi esposo —añadió.

—Vaya si le conozco, de antiguo. Es como un hermano. A quien no conozco personalmente es a tu marido —contestó la Madre, que, viendo a Casta tan emocionada, comprendió que la señora Coronado debía de ser muy amiga suya—. Recibí una carta de Salamanca pidiéndome que te ayudáramos a recuperarte, nada más. Tu esposo alega que estás enferma y necesitas infusiones y reposo —explicó la Madre omitiendo el tema de las desavenencias conyugales. Es demasiado pronto, pensó.

—¿Solo dijo eso? —preguntó Casta. Respiraba fuerte, agitada, pero miraba al suelo.

—Nada más —respondió la Madre. La señora se tapa la cara, se dijo, sin comprender si aquel gesto era de ira o de vergüenza. Casta entonces se giró y con delicadeza acarició el pliego que estaba sobre el escritorio. Le gusta escribir, intuyó la Madre, viendo que a ella le temblaban las manos; y en un arranque le propuso—: Podrías ayudar

con la correspondencia. Me toma muchas horas y Manuel, el amanuense, no da abasto. Necesito copiadores. —Se sintió aliviada de haber encontrado para Casta una ocupación en la casa y de poder tenerla controlada en la oficina. No veo a la señora cosiendo ni haciendo la limpieza, pensó. Casta se giró de nuevo y miró directamente a la Madre.

—¿Ayudar con la correspondencia? —preguntó.

—Veo que te gusta escribir. A mí no sé si me gusta, pero no paro. Cuando puedas y estés recuperada del viaje, pásate por la oficina, que siempre está abierta. Hablaremos.

—Hablaremos —repitió Casta con un suspiro.

Al salir del dormitorio, la Madre recordó que Casta también había suspirado nada más salir del coche, cuando se retiraba el velo de la cara. Qué significarán estos suspiros, se preguntó, avanzando por el pasillo del segundo piso a través de cuyas ventanas entraba la última luz del día. Bajó las escaleras dispuesta a pasar revista a la casa antes de comenzar su oración nocturna. Se detuvo primero frente a la sala de visitas, que era preciso revisar por si el obispo de Valencia se decidía a visitar la casa, como le había pedido. Consciente de que la última de las preocupaciones de su ilustrísima sería la limpieza de aquella habitación, siguió por la galería y cuando estaba junto a la puerta de la oficina se acordó de que Manuel no sabía de la presencia de Casta en la casa ni de que le había propuesto ayudar copiando cartas. Espero que Casta no se presente allí sin que yo haya tenido tiempo de explicarme, pensó.

Oyó el péndulo del reloj del corredor, un mamotreto de tamaño desmesurado, a través de cuya madera astillada resoplaba el sonido rasposo de su mecanismo de bronce y junto al cual, sentada, una hermana había comenzado la guardia nocturna, vigilando cuanto sucediera en el jardín y sus alrededores y que ningún intruso se adentrara en la casa. Escuchó las voces de las chicas conversando en el dormitorio antes del toque de silencio nocturno. Entró en la cocina y comprobó que se hubieran recogido del suelo los restos de la cena, porque las ratas los adoraban.

En la capilla comenzó la oración de la noche recapitulando, en presencia del Amigo lo sucedido durante el día, con su imaginación ocupada por las guedejas de Casta. Le recordaban los tallos vegetales y los cuerpos de serpientes de una medusa infernal, y temía el daño que la señora pudiera hacer a la comunidad. ¿Qué me parece Casta?, le dijo. Que está rabiosa, que nos castiga con su silencio. Veré qué me cuenta el ama Compasión de ella, le comunicó, amén de lo que pudiera saber Francisca, a quien voy a escribir enseguida.

Viviendo en Almería, debe conocerla, concluyó, reconfortada por la luz de la lamparilla que colocada junto al Santísimo parpadeaba en aquiescencia.

Primera carta

Valencia, 1 de marzo de 1854

Amiga Carolina:

¡Gracias por tu carta! Me la entregaron nada más llegar, qué alegría. No esperaba que respondieras tan pronto a la que te escribí antes de salir de Vera. Aseguras que entiendes mi miseria, me ruegas que no juzgue yo como flaqueza hablarte de estos sucesos. Aliviada, leo y releo tus preguntas: «¿Cómo estás?». «¿Qué tal el alma y el cuerpo?». Me admira que compartas mi pena y mi desconcierto.

Mi alma está dolorida, entristecida, humillada. En el fondo, muy en el fondo, anegada en desconsuelo. Mi corazón, un cacharro desportillado. La vida que tenía de pronto se ha roto, se me ha escurrido entre los dedos como agua en deshielo. Me preguntas qué ha pasado en mi matrimonio. Te respondo que no lo sé, pero sí que me ha traído a esta casa mi ingenuidad y la maldad de muchos. Ramón me ha enviado a un lugar infame, basado en un juicio de mí tan severo que hasta se me ha paralizado el habla, me he quedado muda y temo que llegue a no poder

escribir.

¿El cuerpo? Me arde la piel, los dedos me tiemblan, se me cae cuanto tengo en las manos, tiemblo de ira y de pena. La traición de Ramón me golpea, boqueo como un pez fuera del agua. La rabia me emborrona la mente y los ojos. Desde que salí de Vera no vivo. Sobrevivo.

Nada me ha preparado para llegar hasta aquí. ¿Lo merezco? Rebuscando en qué me equivoqué encuentro candor y torpeza. Nada más. Deduzco que estoy muy ciega porque no veo que mi conducta de casada merezca la saña con que se me castiga. No soy mala ni frívola. El que está en falta es Ramón, que no cumple los deberes de esposo que prometió: proteger y respetar a su mujer.

No quiso escuchar mis explicaciones, airado como nunca le había visto, obcecado.

Tu carta suaviza mi aflicción. Mientras la leo olvido que estoy en una casa para mujeres que fueron de la vida. Cuando me casé nadie me dijo que mi esposo me podía encerrar. Todo es confuso, delirante…

La directora, a quien todos llaman «la Madre», me ha recibido con naturalidad y al saludarme, recién llegada, me dijo: «Bienvenida a esta Casa de las Desamparadas», aunque Ramón la llamó Casa de Arrepentidas. La Madre no me ha dicho que tenga que arrepentirme ni corregirme. Asume que no estoy bien de salud (desconozco cuál es el mal) y que vengo a «reponerme».

La enfermedad es entonces la razón que le ha dado Ramón para enviarme. Como ves, ni yo misma sé dónde estoy, de qué tengo que curarme ni por qué tiene que ser aquí donde sane.

Ay, Carolina, ¡si hasta me duele la mano al escribir! De mocita oía a mi madre y sus amigas hablar sobre las arrepentidas. Lo hacían en voz baja, santiguándose, mirando

a su alrededor de reojo, vigilando que nadie las oyera. Las arrepentidas eran las mujeres de la calle y vivían en los peores barrios. Ahora que estoy aquí me digo que es verdad, he escrito un poema de amor, sí, pero ¿qué sabe Ramón del corazón de su esposa? Me asegura que le he deshonrado y no dice con quién. La opinión que antes tenía de él no era excelente, y ahora, al oírle delirar, al comprobar su cerrazón, no sé ni dónde ponerlo. Cómo desatina. Llevamos años casados y me conoce menos que tú.

Un amante yo, qué disparate. Cómo fue que llegué a escribir estos versos de amor es complicado de entender, requiere de muchas explicaciones. En este momento, tan confusa como estoy, obsesionada, no me siento capaz de dártelas y quizás tú no debas ahora conocerlas, siendo como eres una esposa intachable y una madre amorosa que está en duelo por la reciente muerte de su hijo.

¿He sido una mala esposa? ¿Una mala madre? Recibí a Ramón cuantas veces me lo pidió, sin entusiasmo, resignada, pero no le rechacé, como tantas. Nosotras no damos placer sino hijos, y yo le he dado una niña. Ramón no me buscó para satisfacerse, para eso siempre tuvo otras. Los maridos encuentran fuera de casa el gusto que el cuerpo les reclama, también le pasaba a mi madre. Mi hija tuvo cuidadoras, como es costumbre en las mujeres de nuestra clase. Los hijos van de la comadrona a la nodriza y al ama de leche, para concluir con un profesor en casa. Procuré llevarme bien con mi suegra, que es tan especial. Organicé veladas y saraos. Enseñé a leer y escribir a los niños pobres porque Ramón lo quiso. Hice lo que se espera de la esposa de un diputado.

¿Escribir un poema de amor es delito? A ti nadie te considera una perdida ni te exige que te arrepientas por más que seas una de las pocas poetas —además de la Avellaneda — que ha hablado del amor. Ninguna tan auténtica como

tú. ¿Dónde está la diferencia?

En que estabas soltera. Ramón no se ha parado a pensar que son muchos los destinatarios del amor, diversas las formar de amar. Los hombres creen que solo se les quiere a ellos, que la única forma de amar es la del cuerpo y que una «buena esposa» no habla de amor. Vaya, que si una mujer casada escribe acerca de sus sentimientos es porque tiene un amante, es una adúltera. Mis versos levantaron tal alboroto en Vera que Ramón se soliviantó y no puede resistirme.

Qué vergüenza este desplegar mis desgracias, mis agujeros rotos. Qué forma de exponerme. Aseguras que no me juzgas, que no te vas a creer ningún juicio malicioso que oigas de mí y deduzco que tu confianza nace de los años de correspondencia que hemos mantenido, de tu lectura de mis poemas (siempre publicados bajo seudónimo, tú eres la única que conoce mis siglas). Aun así, me pregunto qué vas a pensar si mi esposo me trata como a una mujerzuela. Me tiene en menos consideración que a la mujer que le acompaña ahora en la cama, Antonia, una de las sirvientas de mi casa.

Temo lo que te vayan a contar, en la corte todo se sabe, y este mundo nuestro es tan pequeño… A quien seguro conocerás es a mi cuñado Serafín Estébanez, el escritor, que está casado con mi hermana Matilde, la segunda de las seis hermanas que somos.

Está muy metido en política y en el mundo literario. Acudirá seguro a tus reuniones y seguirá tan aficionado a la poesía y a los cotilleos maliciosos como antes. Le gustaba recitar sus poemas en las tertulias que reunían a jóvenes y mayores en casa de mis padres en Málaga. ¡Qué habrá soltado Estébanez, tan amigo como fue siempre de los chismes! Otra cosa es José Salamanca, el marido de Petronila, mi hermana mayor, que desde chica tuvo vocación

de señorona encopetada y rancia y que nunca me demostró simpatía. Estoy oyendo a mi hermana decir, dirigiéndose a Salamanca y al resto, abanico en mano con tono melifluo: «Otra vez Casta…». No espero nada de mis familiares, aunque desearía que guardaran las formas, que fueran discretos, si no por afecto al menos por lealtad de sangre. Historias de familia tan apolilladas…

Quieres saber cómo fue el viaje. Un martirio para el cuerpo y el corazón. Leguas y leguas desde Vera hasta Valencia triturada por rutas intransitables. Sofocada por el polvo, con el alma partida y oyendo llorar a Compasión, que no paraba de repetir: «Ay don Ramón, ¡qué le ha hecho esta vez a la niña!». Escoltada por hombres armados, como una delincuente, y en la sola compañía del ama, que si no es por ella me tiro del coche y me echo al monte. Ganas no me faltaron. Deseaba perderme, que me comieran las alimañas. Golpeada por los insultos con que Ramón me despidió, no cesaba el dolor, no se iban de mi cabeza sus palabras encanalladas. Me atormentaba su desprecio, sus palabras agrias, su frialdad. Soy la madre de su hija, pero Ramón quiere verme degollada.

Me preguntas cómo fue que acabé en Vera casada con Ramón. Te contesto en pocas palabras: por el sometimiento. Por la obligación de obediencia que tenemos las hijas. Te voy a contar cómo fue.

Una tarde del mes de junio de hace unos años, estando yo soltera y en la casa de Málaga, mi padre me avisó de que nos íbamos de viaje. Ordenó que primero saldríamos él y yo, y después, en unos días y en otro carruaje, Compasión y una de mis hermanas. Me lo anunció con pocas horas de antelación y me pasé media noche haciendo el equipaje, por lo que cuando partimos al amanecer yo estaba adormilada. Entre los nervios y el sueño que tenía, no entendí las razones

que mi padre me dio para explicar que saliéramos de forma tan apresurada de Málaga, sin despedirnos de nadie, menos todavía de mi madre, que no se dio por enterada del viaje. Mucho menos supe adonde nos dirigíamos, un lugar del levante que no me sonaba. Parecía que me raptaba.

Al final de la primera jornada llegamos a una población, no recuerdo su nombre, y nos encaminamos a la fonda. Mi padre pidió alojamiento, el dueño quiso saber cuántas habitaciones queríamos y mi padre me preguntó: «¿Tú qué piensas? ¿Una o dos habitaciones?». Me quedé tan sorprendida que no supe qué contestar, así que el hombre de la fonda dijo que tenía una habitación grande y otras dos más pequeñas y que si quería «la señora» podía preparar estas dos últimas, que, como daban al patio interior, eran más tranquilas. Añadió que «la señora» dormiría allí mejor, porque a aquellas dos habitaciones no llegaba el ruido del comedor y, estando apartadas, no tendría «la señora» que aguantar el escándalo que formaban los huéspedes que se quedaban jugando a las cartas hasta la madrugada.

Mi padre ordenó que subieran el equipaje, no estaba claro a cuál de las habitaciones. Pidió que prepararan la cena y me la subieran, y me dijo que me fuera a descansar, que él cenaría en el comedor y después echaría unas partidas de cartas. No paraba yo de preguntarme si con dieciséis años tenía ya cara de «señora» y era por eso que me habían tomado por una mujer casada. En la fonda habían entendido que éramos matrimonio, de lo que me di cuenta cuando subí a la habitación y encontré que había en ella una cama enorme (en aquel entonces se estaba extendiendo el uso de una sola cama para los matrimonios). Antes de dormirme, no sé por qué, le di dos vueltas a la llave y acerqué a la puerta lo que pude para atrancarla, de forma que cuando de madrugada mi padre quiso entrar pude yo decirle, desde la

cama, que el fondista se había confundido, que no había entendido que queríamos dos habitaciones, que reclamara otra para él.

Qué difícil me resulta explicar lo que sentí durante la travesía que me condujo de Málaga a Vera. Pasé las noches inquieta, aprensiva, mirando la puerta que siempre cerraba cuidadosamente, temerosa de que alguien pudiera forzarla y entrar. A veces tenía frío, ¡en Almería, en el mes de junio! A ratos me veía en el futuro, envejecida, miserable, barriendo el suelo de una habitación en un hospital de dementes furiosos. Me revolvía en la cama afiebrada y tenía los nervios tan tirantes que cuando por la mañana mi padre entraba a llamarme, yo me incorporaba sobresaltada, el corazón galopando y tardaba en reponerme.

Conforme tragábamos leguas y entrábamos en Almería el paisaje se transformaba. Poco a poco, el campo se hizo desierto y en el horizonte se dibujaba el perfil de lomas pedregosas. La tierra se volvió amarillenta, seca y dura, adquirió una grandeza muda y llegó un momento en que no hubo árboles, solo matorrales.

Ya en Vera mi padre me anunció que le había dado mi mano a un caballero de Almería. Es un buen partido, aseguró, el mejor que puedas tener, y se conforma con tu dote. No me opuse. Cuando me dijo que me iba a casar, me quedé como una tabla, ni contenta ni enfadada. Enseguida comprendí que, al casarme, aunque fuera con un desconocido, no volvería a vivir con mis padres. Respiré aliviada. Nunca más tendría que volver a pasar noches como las de aquel viaje. Nunca más transcurrir días y noches insultada por mi madre, utilizada por mi padre, ignorada por mis hermanas. Cuando llegué a Vera me deslumbró el mar almeriense y sus promesas. Creí que descansaría, que me arrullarían sus olas, que la angustia que siempre Sentía se iba

a disolver en sus aguas como un terrón de azúcar. Que finalmente, sola y libre, podría yo deslizarme como una sirenita surcando los fondos marinos, sorteando rocas y arenas, habitando un mundo más piadoso que el que yo conocía.

Ya ves cómo me equivoqué.

Cambio de tema. Me preguntas cómo es la directora y cómo me recibió. La Madre es una de muy arriba, no sé si afable, pero menos odiosa de lo que imaginaba. No es sombría como mi suegra, que lleva siempre sayas negras no siendo ni monja ni viuda. Muy discreta, me dijo que un médico de Vera había prescrito para mí una cura de tisanas y que el ama Compasión se encargaría de prepararlas. También unos cocimientos calmantes, nada de eméticos ni de sanguijuelas. No salgo de mi sorpresa. Me encierran porque estoy enferma, no sé de qué, para que beba tisanas. ¿No las podría tomar en Vera? Lo de mi enfermedad, ya sé, es una excusa. Qué más da. Lo importante es que Ramón me encierra.

¿Cómo es la casa? He visto poco. Al entrar contemplé un momento el jardín, que está bordeado de macetas de aspidistras de anchas hojas. Por las tardes, me han dicho, las acogidas se sientan alrededor de su fuente a coser. Mi habitación está en el segundo piso y da a un pasillo, a través de cuyas ventanas veo el jardín y oigo cuanto allí se hable. (Compasión bajará pronto, le encanta calcetar en compañía. Disfruta con la cháchara mujeril).

He hablado también con la hermana ropera, sor María. Es bastante más joven que la Madre Micaela, pero tiene con esta un parecido que no sé explicar. Quizás se asemejen las dos en la forma en que ambas mueven la cabeza, de modo que el velo de gasa que llevan ondula alrededor de su rostro y parece que lucieran un tocado de gala. ¿Será también de

rango? Sor María subió hace un rato para dejarme un horrible mandilón, que es el que deben llevar las visitantes distinguidas, lo que se supone que soy yo, que debo de ser muy distinguida porque considero este vestido un adefesio.

Sor María me ha explicado que en la capilla está siempre expuesto el Santísimo, cuya custodia es la única pieza de valor que hay en la casa. La Madre quiere que cada día se adorne con flores frescas, «que lo mejor sea para Él». También me ha dicho que durante las devociones me sentaré junto a la Madre y las hermanas en el último banco, detrás de las acogidas. Dan por supuesto que bajaré, como si yo estuviera de acuerdo en compartir rezos. Desconocen que no quiero compañía, solo la del ama.

La habitación que comparto con Compasión es tan sobria como la celda de un convento. Apenas dos camas, el armario ropero, un estante, el escritorio y el brasero. Ni siquiera es luminosa, por lo alta y pequeña que es su ventana, por donde entra mucho ruido de la calle. Me gusta que los suelos sean de baldosín, que es tan fresco en verano, podré caminar descalza cuando vengan las calores. La habitación es amplia, pero temo que si no bajo a pasear al jardín me ahogaré aquí dentro.

Tan pronto entré en la casa me llegó un olor a iglesia (tengo la nariz muy fina, creo que de tanto como le oí decir a mi madre que la vida apesta). Mientras Compasión deshacía el equipaje me entretuve en discurrir cuáles eran los olores a iglesia que recordaba, por ver si el que había notado al llegar a la casa era distinto. Está el que mi abuela paterna traía cada domingo de la capilla anglicana de Málaga a la que acudía en secreto (no era católica, de lo que ella, muy prudente, no hacía gala). El olor de las capillas protestantes no es ni fu ni fa. Las liturgias no se aromatizan con incienso y los fieles solo acuden una vez a la semana, no es como en

nuestras iglesias, las que, desde el amanecer, están repletas de feligreses, y en su interior flota un olor a cera y a efluvios de cuerpos desaliñados. Mi hermana Matilde, la que se casó con el poeta Serafín Estébanez, cuando venía de la parroquia (era muy beata) olía a santidad pegajosa y densa, a flores podridas por el humo del incienso. La madre de Ramón también olía a iglesia, pero al tufo que se cría los domingos en la misa de siete, la de las mujeres pobres, y cuando regresaba su ropa desprendía olor rancio a miseria. Releyendo estas últimas líneas no acierto a explicarme todavía en qué se diferencian estos olores antiguos del que se percibe en la casa donde ahora vivo. En esta flota un olor a religión, pero distinto, más fresco. Ahora que lo pienso, debe de ser el aroma del agua de olor que, me dijo sor María, prepara ella misma y que usa toda la comunidad.

La Madre me ha advertido que durante mi estancia no use perfume alguno, sino el agua de olor que te digo, y también que no lleve alhajas. Tendré que prescindir de mis pendientes de aguamarina, un regalo que me hizo mi padre. Ahora estos pendientes están fuera de lugar y quizás lo estuvieron siempre y gracias a la Madre los puedo desterrar. Los he llevado estos años porque le prometí a mi padre que lo haría, pero de continuo me ha producido incomodidad lucirlos. Hubiera preferido recibir de él una pulsera, que sé yo, pero no estos ganchos que siempre me han hecho daño, hasta me sangra el lóbulo cuando me los quito. Quizás aquí dejará de sangrar.

Añoraré mis libros, mis revistas. Con la premura del viaje no pude traer más que una, aunque me llevé cuantos libros pude y especialmente mis diarios, mis escritos. Pediré permiso a la Madre para cambiar la dirección de las suscripciones y recibirlas aquí, o al menos recogerlas en Valencia. Espero que Ramón las considere incluidas en el

coste de mi estancia. No creo que se oponga, son cantidades insignificantes, pero si así fuera, reclamaré que las deduzca de mi dote, si es que algún dinero queda de ella.

¡Qué austeridad la de esta casa! No he visto todavía en ella un toque de refinamiento. Nada que la vista agradezca, un detalle acogedor. Me costará resignarme, lo reconozco, cayendo de nuevo en el ánimo afligido con que había empezado esta carta, ánimo que se había aliviado escribiendo. Vuelvo a mi pesadumbre y si la noche viene apacible, su dulzura no alcanzará mi corazón. Atisbo el jardín, pero temo asomarme, no vaya a ser que me sorprendan los ojos inmóviles de una lechuza, pájaro de mal agüero.

No conozco Valencia ni me importa. No he elegido estar aquí.

Cuántos pliegos dedicados a hablar de mis cuitas. ¿Y las tuyas? ¿Qué son esos abatimientos de los que me hablas?

Me despido. Recibe el abrazo de Casta, que espera tu pronta respuesta.

El Pensil de las Damas

REVISTA SEMANAL DEL BELLO SEXO.
LITERATURA. MODA. LABORES.

La directora anuncia
la publicación de:

Azucena

Obra moral y recreativa.
Aparecerá en *El Pensil de las Damas* a partir
de este número y hasta su conclusión.
Su autora escribe bajo las siglas C. M.

El resplandor

Dedicatoria de la autora: a mi hija

Una nube de polvo anunció la presencia de un carruaje en la senda de tierra a la que pomposamente denominaban camino real. A la espera de que el crepúsculo aliviara el ardor de la tarde, el coche de mulas avanzaba por una ruta carente de señales que atravesaba ramblas secas, rieras y barrancos. El cochero se tapaba la cara para no morir atragantado por la arena y por el aluvión de tábanos que a cada giro de las ruedas brotaba de la tierra formando espirales oscuras y densas, lo mismo que su compañero, un hombre armado con un fusil y un trabuco corto, de los que usan los contrabandistas. El coche se dirigía desde Vera hasta Candelas, encantadoras poblaciones del levante almeriense, llevando a un viajero, de nombre José, a quien apodaban Navajas. Repasemos sus orígenes.

El apodo le venía por sus enormes ojos azules, el fondo de cuyas pupilas parecía un lecho de cristales rotos. Ocupaban los ojos un tercio de su cara cuadrada, de anchas mandíbulas, asentadas sobre una gruesa papada que daba cuenta de su edad y de los guisotes a los que era aficionado.

Vestía un traje de paño oscuro totalmente inadecuado para un hombre de su posición. En esto, queridas lectoras, no se ajustaba Navajas al comportamiento exigido a los caballeros por las modernas normas de urbanidad. En nuestra época, la vestimenta debe adecuarse a la edad, la profesión y los recursos de cada uno, pero Navajas era incapaz de renunciar a la que había llevado en sus primeros años. Por resentimiento y porque no entendía qué cosa era la elegancia, vestía como un modesto propietario, como un más que pequeño comerciante. Para completar su imagen bosquejaré los comienzos de su existencia.

Sus primeros dineros procedían de un pequeño comercio que instaló su padre en los aledaños de Vera, en un agujero oscuro de suelo de tierra iluminado por candiles de aceite. Con sus ventas no podría la familia de Navajas haber salido nunca de un discretísimo pasar, es decir, mucha hambre disimulada. Para poco daba Vera, que no era en verdad más que un poblachón pretencioso porque en él se había instalado desde antaño la administración de la Corona. Decidido a incrementar el patrimonio con los réditos de aquel primer comercio, Navajas se dedicó al contrabando, actividad que su padre, su abuelo y todos sus antepasados habían practicado, si bien de forma pacífica, limitándose a proporcionar vituallas a los barcos de contrabandistas que continuamente llegaban a la costa desde Gibraltar. Navajas, en cambio, entrenado en el manejo de la faca y con una excelente puntería, se enfrentó pronto a los carabineros y a los veinte años comandaba la cuadrilla que traía de Gibraltar grandes alijos de tabaco y tejidos. Con lo ganado acrecentó el comercio familiar. Vendía como antaño un poco de todo, pero con más provisión y desahogo: semillas, comestibles, aperos de labranza, latones, velas, cordeles, esparto, cestos y jarapas. Navajas comenzó después a ejercer de usurero.

Prestaba dinero a los aparceros y pequeños propietarios que compraban a crédito y pronto se convirtió en el mayor prestamista de Almería. Como la ruina de las cosechas era frecuente, adquirió primero los derechos de aparcería de los campesinos arruinados y después numerosas fincas en propiedad. Cuando contó con abundante capital se hizo hombre de negocios. Compró muchas de las minas de plata que se estaban poniendo en explotación en las sierras cercanas a su Vera natal, constituyó sociedades con los propietarios de siempre y con los de linaje para explotarlas, al tiempo que se introdujo en los círculos de la política local, que llegó a liderar acreditado por su pasado de jefe de la guerrilla almeriense, primero, y de la milicia después.

La causa última de la ambición desatada de Navajas fue cuando, en los primeros meses de su existencia, no había sido capaz su madre, a quien llamaban la Oscura, de amamantarlo. Le aterrorizaba el niño que había parido y que, día y noche, se desgañitaba llorando de hambre, que se quedaba achicharrado después de exprimir toda la leche que contenían los pechos de su madre, hasta que las mamas, de tan escurridas, le colgaban flácidas sobre el vientre. Navajas, de criatura, se encolerizaba si no podía seguir mamando, mordía los pezones de su madre hasta que chorreaban sangre y leche. Y debió de ser esta mezcla la que convirtió a Navajas en un personaje dotado de una frialdad láctica y de un ensañamiento sanguinario. La Oscura, que se supo muy poca cosa para aquel niño que tragaba y tragaba, temió que, acabada su leche, reclamara que le dieran a beber sangre, y encargó a una campesina que hiciera de nodriza a cambio de provisiones y semillas. Navajas, así, además de mamar chupó el sudor de la tierra que el ama de leche llevaba incrustada en la piel; los terrones removidos a fuerza bruta, las raquíticas cosechas, el estiércol de las cabras, la paja donde los

campesinos dormían como animales, entre piojos y pulgas. Tragó rencores, inquina por un cielo que no llovía, por una tierra reseca, por los señores que despreciaban a los campesinos y tomaban sin más a sus mujeres. Chupó hambre y violencia, la desesperación de los desfavorecidos sin voz, con un ansia tan ciega como legítima de ropa, casa y comida, de salir de la nada y del agujero donde vivían para alcanzar la vida buena que disfrutaban los dueños de los cortijos.

Amigas mías lectoras, la historia de Navajas ilustra a la perfección lo que afirman las últimas doctrinas morales y médicas, que rechazan la costumbre inveterada de que las madres no amamanten a sus hijos, predominante entre las clases altas y que las mujeres de las clases medias imitan. Estas doctrinas advierten de lo que le acontece a un niño cuando no lo alimenta su madre, sino una nodriza. Si una mujer mercenaria es la que recoge su primara sonrisa, le transmite con el alimento su propia naturaleza. (Esta narradora se ve en la obligación de concretar que las ideas morales y médicas de las que tiene conocimiento no están concebidas pensando en las mujeres y niños de las clases campesinas, a las que, sin embargo, también, según el criterio de las doctrinas, deben aplicarse. Comprende esta escritora que aquí hay una contradicción. Las teorías médicas no tienen en cuenta la realidad de las madres campesinas, que no pueden dar a sus hijos a una nodriza, pero luego supone que estas normas les atañen. Desgraciadamente, no puedo yo, queridas lectoras, resolver este problema. No soy ni médico ni moralista, ni me atrevo a enmendar la plana a los sabios).

Conocidos los antecedentes del viajero vuelvo al comienzo. Mis lectoras se preguntarán por qué Navajas se dirigía a Candelas, a lo que contesto transcribiendo los

extremos de la tarjeta de invitación que este había recibido. Expresaba que el recién electo alcalde de Candelas y su señora esperaban que el destinatario se presentara a las siete de la tarde en la dirección indicada para compartir una agradable velada con la familia, los amigos y con los miembros de la alcaldía recién constituida. Además de esta información, tengo que añadir otra de la mayor importancia que conozco de buena fuente. Navajas había concertado su matrimonio con Azucena, que era la hija de Inocencio Mas, importante político de Málaga, con quien él mantenía negocios. Sabía que Inocencio Mas estaría presente en la velada, donde podrían cerrar los términos del acuerdo matrimonial, que, como todo el mundo sabe, celebran por su cuenta los padres (que no las madres) de los contrayentes, en especial de las hijas, sin tener en cuenta la voluntad de las mismas, que necesitan el consentimiento paterno para que el matrimonio sea válido.

Continúo. Navajas había salido de Vera en dirección a Candelas con antelación, anticipando las paradas que tendría que hacer durante el trayecto, a lo largo del cual siempre le esperaban personas desfavorecidas que necesitaban de su influencia: campesinos arruinados, viudas desesperadas, comerciantes empobrecidos, para solicitarle una dádiva o que hiciera una gestión en su favor. Vamos a conocer, queridas lectoras, a algunos de estos personajes, pero antes, esta narradora no puede dejar de alegar que la miseria aflige al pueblo. Tenemos que apiadarnos del abandono que sufren tantas familias, especialmente en las zonas de nuestra patria asoladas por tantas enfermedades y desgracias naturales.

Uno al que apodaban Pólvoras se apresuraba a vender a Navajas cuantos explosivos pudiera, siendo como era un especialista en mercadearlos de contrabando que ofrecía a buen precio a los mineros, aunque se murmuraba que su

mercancía era de muy mala calidad. Una pobre madre que había enviudado con un hijo pequeño pedía ayuda porque, muerto el padre, el chiquillo no podía continuar la aparcería y tenía que enseñarse un oficio. Otra mujer clamaba contra la mala suerte que perseguía a su familia desde que su marido había enfermado de glaucoma. «Tiene mi hombre los ojos legañosos, cura no hay y alivio menos, que a los baños solo van los ricos», decía entre gemidos. Y cada vez que paraba, Navajas observaba la costumbre que exigen los más pobres: que se echen cuartos a los niños que suelen arremolinarse alrededor del coche.

Navajas atendió aquella tarde a cuantos pedían, según la calidad de las personas, lo gravoso de su situación y lo que podría obtener a cambio, sabiendo que los negocios y la política exigen tener bien dispuestos a los paisanos. Debía poner a su favor la mala fortuna de aquellas gentes que llevaban años de desgracias. Un terremoto prolongado con fuertes temblores había derribado a comienzos de siglo muchas casas de aquella zona obligando a los vecinos a abandonar las villas y habitar en despoblado, y a los movimientos de tierra siguieron tormentas que derramaron tanta agua que se cayeron las pocas casas que habían quedado en pie. Amenazaban de continuo el vómito negro y la peste, la fiebre amarilla se enseñoreaba del campo. Venían plagas del África cercana que devoraban las cosechas, se extendía la hambruna entre los campesinos que algunos años gracias podían dar de alimentarse de cardos y frutos silvestres. Desgracias que afectaban a todos menos a los ricos, a los propietarios, a los dueños de los cortijos.

En la tarde que nos ocupa, Navajas apremió a cuantos le solicitaban favores para que no se alargaran y consiguió llegar a Candelas a tiempo, cuando el sol ya no abrasaba, la brisa traía el aroma de las plantas silvestres y en el profundo

cielo se insinuaba la primera aparición de las estrellas. Ordenó al cochero que aparcara detrás de la casa y luego se afanó en desempolvarse la ropa y atusarse el pelo mientras observaba la vivienda donde se celebraba la reunión.

Era un edificio de dos plantas con un jardín posterior al que se accedía desde el interior por una gruesa puerta de madera, de cada uno de cuyos extremos emergían dos vigas en las que se enredaba una frondosa parra. Debajo de esta, desperdigadas, había varias sillas de esparto en las que estaban sentadas dos muchachas. En otra junto a ellas se apilaban varios libros en una columna coronada por una revista de modas y salones, *El Pensil del Bello Sexo*. Puedo, queridas amigas, leeros los primeros títulos, *Dos mujeres*, y otro titulado *Colección de poesías de la escritora española Carolina Coronado*.

Navajas se acercó al muro que rodeaba el jardín y vio a las dos muchachas sentadas a la sombra del parral. Una de ellas, de cabello castaño rojizo recogido en una larga trenza que le caía sobre el pecho, sostenía un libro en las manos que leía en voz alta, y la otra joven, que se adornaba con un sombrero de paja, escuchaba la lectura con cara más que aburrida. Destacaba la primera por lo acertado de su atuendo, la forma elegante de sentarse y por el timbre cristalino de su voz, propio de una garganta adiestrada en modular las palabras. Amigas mías, todas estas prendas en la mujer deben ser el resultado de una esmerada educación, que, según asegúrala opinión actual, si quiere ser realmente eficaz tiene que provenir de la madre. Vosotras, lectoras mías, estoy segura de que queréis ser, si no es que sois ya, ángeles del hogar, como proponen las mejores pensadoras morales acerca de la mujer. Aseguran estas que, siendo buenas y tiernas madres, hijas sumisas y amorosas, esposas irreprensibles, nosotras mismas instruiremos a las hijas

mejor que esos moralistas adustos que quieren regular la vida matrimonial, clérigos que solo reprenden a las mujeres, que no ven en ellas ninguna belleza, sino solo a la Eva pecadora. Las hijas de familia, instruidas por su buena madre, reunirán las cualidades más bellas. No puedo asegurar, sin embargo, que las cualidades personales de Azucena fueran el resultado de la esmerada educación que su madre le hubiera proporcionado.

Las dos muchachas que estaban en el jardín, ¿cómo eran? Os daré una muestra de la conversación que mantuvieron en un momento en que se interrumpió la lectura. «No tienen aquí un acento tan fuerte como el que nos gastamos —dijo la muchacha del cabello castaño rojizo, y añadió—: No cecean». «Tampoco observan nuestras costumbres —comentó la joven del sombrero de paja—. Tienen hermosas playas. Les gusta bañarse en el mar. Al atardecer acuden en grupos, se quedan en enaguas y pantalón corto y entran en el agua hasta que les cubre las rodillas. ¡Nunca he visto un secarral como el de esta tierra!», decía con desenfado y aliviada de que se interrumpiera la lectura. «Azucena, hija, eres muy aburrida, deja ya tanto libraco —la reprendió—. No hay manera de que te animes. ¿Por qué no nos unimos a la reunión? Nos deben de estar esperando». Este diálogo nos indica que eran personas de confianza. De confianza sí, pero ¿de confianza amigable? De momento, no lo parece. Pronto lo sabremos.

A Navajas, que estaba cerca del muro, le llegaron retazos de esta conversación. Se entretuvo en observarlas y mientras en estas estaba el sol iluminó la trenza de la muchacha lectora y el color rojizo del cabello se fundió con el brillo de los lomos dorados del libro que tenía en el regazo. Navajas dio unos pasos adelante para verla mejor, pero tan apresurados que tropezó en una piedra y cayó al suelo, como

un San Pablo derribado por la luz del Señor. Temiendo que le sorprendieran así, espiando y tirado en tierra, se levantó con presteza. Comprobó que tenía arañazos en las manos y cuando alzó la vista vio que la joven del libro le contemplaba desde el muro.

Navajas se empeñó en sostener la mirada de la muchacha, que algo cuchicheó con su compañera y luego desaparecieron las dos. Se levantó del suelo, se cepilló la ropa y se dirigió a la casa sin mirar ni al cochero ni al mozo, que estaban junto al coche, observando pero callados, sin soltar palabra ni comentar lo que habían visto.

A Navajas le pareció que el encuentro podía ser un augurio del futuro, siendo que iba a concertar su boda, pero como era un hombre muy práctico no le dedicó a este presentimiento ni un segundo más de lo preciso y se dirigió a la entrada principal de la casa, donde le esperaba el anfitrión.

Este, al recibirlo, se fijó en los arañazos. «¿Qué te ha ocurrido? ¿Te han asaltado en el camino?», preguntó con sorna conociendo que su compañero de partido siempre salía escoltado. «Estoy bien —contestó este palpando la zona donde se había golpeado—. Resbalé, eso fue todo», añadió con un gruñido. Calló el anfitrión, le dio entrada y le acompañó al interior. En cuanto accedió al salón, Navajas vio que la muchacha del jardín estaba sentada al piano. Con un gesto saludó, pasó rápidamente de largo y se acercó a un grupo de hombres que charlaban en corrillo sabiendo que allí estarían al tanto de quién era quién en la reunión.

El que conozca el ambiente de provincias, amigas mías, imaginará cuántos comentarios, cuántas murmuraciones había provocado la ocasión. Se hincaba el diente en el alcalde, censurando su vanidad y que hubiera venido a Candelas de paso, solo para hacer carrera política. Se habló

sin mesura de su arrogancia, porque las medianías siempre resienten el aplomo de los poderosos. Se comentaron los pormenores de la joven forastera que marchaba siempre con un libro en la mano. Se llamaba Azucena, le dijeron, y era cuñada del nuevo alcalde. Su padre era Inocencio Mas, hombre fuerte en la política y en los negocios que había venido para consolidar su influencia y también porque necesitaba los votos de la provincia para hacerse con un asiento en el Senado.

A Navajas le dejamos interesándose por saber quién era la joven. No preguntó por Inocencio Mas, el padre de la muchacha, con quien había apalabrado el matrimonio, puesto que bien lo conocía de los negocios que tenían entre manos y de las numerosas elecciones que habían amañado juntos. Una vez enterado del parentesco, Navajas se sorprendió al ver que estaba distraído, que no atendía a la conversación. Su cabeza estaba en otra parte, ponderando las condiciones que reunía la muchacha. Le parecía razonablemente agraciada, ni rematadamente fea ni excesivamente guapa. No tenía la piel picada de viruelas y por lo que había visto le daba la sensación de que era una muchacha fina. Era de familia acomodada y sabía leer, dedujo Navajas, reconociendo que en temas de educación femenina Inocencio Mas representaba mucho mejor que él mismo «el espíritu del siglo». Un político que se preciara, en los tiempos que corrían, debía casarse con una señorita que supiera tocar el piano, chapurrear el francés, leer a algunos poetas clásicos españoles y traducciones de los autores franceses de moda, organizar comidas y agasajar a los invitados.

Queridas lectoras, está claro que don Inocencio no era un padre chapado a la antigua, de los que creen que sus hijas necesitan aprender a leer y escribir de forma rudimentaria y

las cuatro reglas de aritmética, y que solo les permiten leer vidas de santos. Azucena no había sido educada a la antigua, se dijo Navajas, a quien no se le escapaba que Inocencio Mas tenía en las mujeres de la familia uno de los secretos de su éxito político. Las hablillas del casino decían que vivía en una de las mejores casas de Málaga, decorada con lujo y atendida por un cuerpo de servicio bien adiestrado. Él no podía imaginar a su propia madre decorando su casa, puesto que no había nada que decorar en ella, y no la recordaba con la aguja en la mano sino para coser jarapas, para cuya confección no había oído que se requirieran habilidades artísticas. Tampoco podía adiestrar a las pocas criadas de la casa, campesinas que olían a estiércol de cabra. Consideraba nuestro hombre importante que Azucena tuviera dieciséis años, porque a esa edad se había casado su madre, aunque no hubiera aprendido a leer y escribir más que lo preciso. Pido formalmente su mano, que me darán sin consultarla, y tal y como están las cosas, se dijo, dentro de un mes nos casamos y, de paso, hago cuentas de lo que debo a Inocencio Mas, que es mucho, y si lo deduzco del importe de la dote que ofrece, cerramos enseguida el trato. Tenía prisa, mucha prisa. Se justificaba razonando que era cansino oír a su madre preguntar una y otra vez: «¿Por qué no te casas?». ¡Vaya ocurrencia!, se decía. ¡Ni que fueran baratas las mujeres y lo que viene después! Pero, ¿qué hacer sino casarse? ¿Ir a la mancebía o buscar campesinas? Después de rumiar los pros y los contras de una decisión que podía arreglarle o complicarle la vida, Navajas se acercó a Inocencio Mas. Fue recibido con todo interés y al poco de iniciada la conversación, se decidió. Pidió la mano de la chica, encontró la respuesta favorable que esperaba en lo referente a la dote y a la cancelación de las deudas pendientes y, a partir de ese momento, continuaron los dos

caciques la conversación muy relajados.

Las lectoras recuerdan que habíamos dejado a Azucena sentada al piano. Miraba las partituras que tenía delante, cuyas hojas le pasaba su hermana, la muchacha con quien había estado hablando en el jardín. Conocía a fondo aquellas canciones, porque bajo la dirección de una profesora de música había aprendido a tocar un poco el piano, como era necesario en una señorita, aunque no era esa la música que ella prefería, sino la de las palabras. Aunque nadie se lo había enseñado, sabía que las frases poseen un ritmo y una longitud necesaria, y que algunas sílabas tienen que pronunciarse alargadas cuando la longitud del verso lo requiere. Las palabras son flexibles, pensaba en aquel momento, se ondulan como juncos. La entonación, según aseguraba una amiga suya poetisa, es como la flor del agua: ¡ya sube, ya baja! Azucena, sin embargo, dejó de pensar en la poesía y preguntó quién era el señor de los ojos azules, impresionada por su forma de mirarla y sus pupilas astilladas. Supo que se apodaba Navajas y que era una de las mayores fortunas del levante. Una de las mayores fortunas, repitió Azucena. Cualquiera lo diría, parece un tendero. Y lo es, o lo era, replicaron. Pero ha tenido suerte en los negocios y está comprando grandes huertas. Dicen que será el próximo alcalde y que le están gestionando en Madrid el acta de diputado. Todo un partido, concluyeron. Azucena, que miraba alternativamente el teclado y a Navajas, y con la ligereza más propia de una niña que de la muchacha casadera que era, se rio para sus adentros del mote de aquel señor. Sin embargo, a nuestra heroína le quedaba muy poco tiempo de infancia. Levantó la vista del teclado y vio a su padre. Medio siglo victoriosamente combatido por el sastre y cuidados de tocador. Un rostro que reflejaba cierto cansancio de hombre que trasnochaba, pero que mantenía gallarda la

postura. Su padre destacaba entre la colección de provincianos que había en la sala. Tenía el gesto del caballero hecho a los ambientes del señorío, la soltura de quien no conoce escrúpulos ni se para en barras cuando el propio interés está en juego. Observó Azucena que su padre estaba hablando con Navajas. Por los gestos que hacían y las miradas furtivas que le lanzaban, dedujo que estaban hablando de ella. Supo que estaban arreglando su futuro. Comprendió que era por eso por lo que su padre había insistido en que fuera con él de viaje a Almería. Quería casarla. ¿Se alegraba? No sabía. ¿Se entristecía? Igualmente lo ignoraba. Vio lo que estaba viendo su padre en Navajas. Un hombre chapado a la antigua, tosco en sus usos, pero propietario de un caudal sólido y seguro. Vio lo que ella veía, un hombre de tediosa compañía y alma vulgar. Pero se acomodó a sufrirlo.

Si se casaba con Navajas se acabarían aquellas situaciones confusas que tanto la atormentaban, pensó, situaciones que se repetían sin que ella pudiera hacer nada para evitarlas, sino tranquilizarse con un gesto que repetía en semejantes trances, pellizcarse el lóbulo de las orejas hasta hacerse sangre. Se acabaría llevar encima la mirada rencorosa y burlona de su madre, los puyazos de unos y otros. Tropezaron sus dedos con los pendientes de aguamarina que le había regalado su padre y recordó una de aquellas tantas situaciones que no podía comprender. Fue después de una larga comida, cuando su madre dormitaba en una butaca frente al piano. Azucena se había quedado sola entonando melodías. Su padre, que no había parado de beber en la comida y había regado los postres con toda clase de licores espesos, se acercó hasta ella caminando con pasos inseguros. Le enseñó una cajita en cuyo fondo brillaban dos pendientes de aguamarinas engarzadas en oro. Don Inocencio hinchó la

nariz olfateando como un perro de presa, sacó los pendientes del estuche, hendió los ganchos del cierre en el lóbulo de cada oreja y las afiladas agujas penetraron en la carne tierna. Azucena se apartó el pelo de la nuca, inclinó el cuello a un lado y a otro y permitió el paso del oro, sintiendo los dedos de su padre que le acariciaban la nuca. «¡Ni la luz del cielo ni el azul del mar podrán desde ahora apagar tu brillo!», dijo él. Azucena alzó la mirada y vio que los ojos de su padre se habían cerrado, formando una línea estrecha, que, gatuno se relamía los labios, su padre, que tanto la amaba. Se le hizo una bola en la garganta, una pena densa le aplastó las costillas ahogándola, pero tuvo que musitar: «Muchas gracias, padre. Llevaré estos pendientes siempre que me lo pida», mientras sollozaba por dentro. En un impulso que odió al momento, a fin de cuentas era mujer, sacudió la cabeza para que brillasen las aguamarinas, atropellado sin embargo su corazón de mil preguntas. ¿A qué venía ese regalo? ¿Por qué tenía ganas de llorar? Por qué de esa pena densa, tan honda como el dolor de una saeta, y de esa vergüenza abrumadora que la obligaba a pedir perdón del pecado, sin entender cuál era este ni quién lo había cometido, si su padre o ella misma.

Al fin Azucena consiguió regresar de estos recuerdos y observó que su padre y el tendero, todavía juntos, habían dejado en suspenso la conversación. Después, su padre se dirigió hacia el resto de los invitados y Navajas se acercó al piano. Azucena, barruntando lo que se avecinaba, miró a su pretendiente, cuyos ojos eran del color del mar, tan azules como las aguamarinas de sus pendientes. El novio que su padre había elegido para ella explicó cómo se llamaba, dónde vivía y todos los detalles que suponía debía conocer la joven cuya mano pretendía. Una vez presentado, pidió a Azucena que saliera con él de paseo a visitar sus propiedades, las

minas de plata que poseía. Navajas vio entonces el rostro desconsolado de su prometida y frunció el ceño, pues no en vano había pasado más de cuarenta años sin conocer escenas de lágrimas. Se alzó de hombros. Comprendía que le tocaba decir algo especial, pero no encontró ni una hueca fórmula social ni un sentimiento espontáneo con que dulcificar la angustia que se reflejaba en el rostro de la muchacha. Así que concluyó el encuentro. Mañana pasaré a recogerla a usted, si me da su permiso, soltó. Y sin esperar respuesta, dio media vuelta y se marchó.

Lectoras, soy consciente de cuántas preguntas os estaréis haciendo y que, sin duda, estáis interesadas en la vida de Azucena. ¿Intuís cómo será el camino que emprende? Seguid mis pasos y conoceréis los pormenores de su breve noviazgo y los detalles de su boda.

PARTE SEGUNDA

El ángelus

Las campanas de la catedral no habían dado las siete cuando Manuel se levantó decidido a pasar por el mercado para desayunar y afeitarse antes de ir a la casa. ¡Mmmm! Un buen café, una taza de chocolate espeso, unos buñuelos. ¡Qué reconfortante!, pensó estirándose. Canturreando, llenó de agua la palangana, sumergió la cabeza y se sacudió después como un cachorro, encharcando el piso a su alrededor. Se limpió las legañas, los oídos y el cuello con una toalla y después de peinarse le dijo al rostro que vio en el espejo que estaba más hermoso que un sol.

Casi un cincuentón, Manuel, sin ser rico, era un hombre de buenas maneras y muy atildado, refinamiento que resultaba de una vida al servicio de la casa condal de la Madre Micaela. Llevaba el cabello, oscuro y entreverado de canas, peinado hacia atrás, sus mejillas relucían cuando estaba recién afeitado y el rostro había adoptado la rotundidad propia de los hombres acomodados. Vestía ropa bien cortada, como ilustraban las piezas que solía usar: pantalón oscuro y camisa color pan candeal, sin jaretas ni chorreras, cerrada con botones de nácar, y al cuello, anudado, un sencillo lazo de raso. Su padre había sido el secretario del difunto conde, el padre de Micaela, y Manuel, nacido en el palacio de Guadalajara, había empezado con pocos años a ayudar a su progenitor ocupándose en pequeñas tareas: limpiar las plumillas, rellenar los tinteros, procurar que siempre

estuviera el despacho provisto de remesas de pliegos. Después, lo sustituyó, y cuando fallecidos los condes y enterrada su mujer, Serafina, la Madre pidió su ayuda para gestionar la congregación que quería fundar, Manuel no dudó en continuar prestando sus servicios. Siempre llamaba a la Madre por su nombre propio, Micaela, y el ser un servidor antiguo le autorizaba, según él juzgaba, a burlarse suavemente de ella y a discutirle, pero solo en los asuntos referentes a su oficio de amanuense. De lo demás no opinaba.

Antes de salir, Manuel lanzó un beso al retrato de su difunta Serafina, de quien siempre se despedía y a quien también saludaba nada más entrar de regreso. Recogió la bolsa de ropa para dejarla de camino en la lavandería, bajó las persianas, cerró la puerta con dos vueltas y colocó la llave en un hueco practicado en la pared, tapado con un ladrillo que estaba suelto. Bajó los escalones de dos en dos, pero sin hacer chiquilladas, mirando adonde caía en cada salto, atento, porque notaba en las piernas el cansancio de los años y en los brazos el peso de la bolsa. Al llegar a la entrada saludó al portero, que, como cada mañana, limpiaba las aceras circundantes.

—Buenos días —le dijo.

Vicenç, con un escobón de esparto entre las manos, miró curioso a don Manuel, a quien la señora marquesa de Casa Lorca, propietaria del edificio, había arrendado el último piso.

—*Bon día, don Manuel. Avui surt vosté més d'hora* —comentó.

—Sí que es verdad, acaban de dar las siete —dijo Manuel sin animarse a hablar en valenciano—. Que tenga un buen día.

—Que usted lo tenga bueno —replicó el portero.

Camino del mercado, Manuel se entretuvo en repasar las fachadas de los edificios teñidas de verdín por el agua que escurrían las macetas de las ventanas. Aspirando el aire primerizo del día mezclado con la peste a mugre rancia que soltaban las calles, marchó, unas veces animado por la algazara de los gorriones y, otras, melancólico por la tristura que desprendían las fachadas sucias. En el mercado compró un cucurucho de buñuelos, saboreó una taza de chocolate y recaló después en un local, poco más que un agujero, donde servían el café que le gustaba. Por último, se rasuró en su barbería favorita, disfrutando de la suavidad con que la hoja de afeitar arrastraba por sus mejillas capas espumosas de jabón.

Al salir del barbero oyó las ocho campanadas y aligeró el paso. Atravesó el mercado esquivando mendigos, chiquillada, criadas portando la cesta de la compra de sus señoras, criados al cuidado de las mulas y aguadores apostados junto a la fuente pública. Callejeó hasta llegar a Les Magdalenes, que recorrió siguiendo la fachada

lateral de la casa, y bajó después por el callejón hasta el portalón, punto donde la bulla de la ciudad se amortiguaba. Golpeó el aldabón con el toque convenido para advertir a la hermana portera que le abriera. Fue entonces cuando se dio cuenta de que, con las prisas, se había olvidado de pasar por la lavandería y ya no podía entretenerse, por lo que entró sin más y una vez llegado al jardín lo atravesó y se encaminó a la oficina, no sin antes demorarse un momento para, mirando de frente al sol, llenarse los pulmones de aire fresco. Pasaría encerrado muchas horas en una habitación poco luminosa y de ambiente estancado, y conocía la renuencia de la Madre a abrir la ventana por la mucha desazón que le producía el ruido de la calle.

Una vez llegado a la oficina se detuvo en la puerta de la misma y al mirar al interior vio sentada en el lugar de la Madre a una desconocida escribiendo. Pero acostumbrado como estaba a las sorpresas, a las idas y venidas de tantos como se acercaban a visitar la casa, no se apresuró a interpelar a la intrusa, que, según alcanzó a ver, trazaba renglones en un pliego de papel que debía haber traído ella misma, porque no era de la clase que usaba la Madre. Escribía a buen ritmo, muy concentrada, y de tanto en tanto soplaba suavemente para secar la tinta. Era una señora, observó Manuel, que se acercaba a los treinta, de cuidada presencia, que llevaba el pelo recogido en una gruesa trenza sujeta en su extremo por un lazo de raso y se cubría los hombros con una toquilla de lana fina, de todo lo cual Manuel dedujo que una nueva acogida la señora no podía ser.

Ocupaba la silla reservada para la Madre, por lo que, Manuel conjeturó, no debía de haber estado antes en la oficina, ni la Madre, amiga de las jerarquías como mujer de rango, le había indicado el lugar donde debía sentarse. Como fuera que la señora visitante no advertía su presencia, Manuel decidió retirarse cautelosamente, marchó atrás unos pasos en el corredor y volvió a caminar de vuelta haciendo el mayor ruido posible para anunciar su presencia. Cuando llegó otra vez a la puerta vio que la señora había levantado la vista y escuchó su saludo:

—Buenos días. Soy Casta More. Estaré un tiempo de visita en la casa. Usted es el amanuense, ¿verdad? Llegué hace un buen rato, encontré abierta la puerta y entré —dijo, mirando un punto situado aproximadamente hacia donde Manuel estaba.

—Encantado de conocerla señora More —se limitó a decir—. Sí, soy el amanuense, de nombre Manuel.

Se quitó la chaqueta, la colgó en el perchero, retiró su silla de la mesa y se sentó. Dobló los puños y las mangas de su camisa y se las remangó hasta el codo para colocarse después unos manguitos.

—¿No le ha dicho nada la Madre? —preguntó Casta, alzándose la toquilla, que se le había deslizado hasta la cintura dejando al descubierto un atuendo primoroso, un vestido mañanero de algodón estampado con diminutas flores azules y cerrado al cuello con un viso blanco—. Me pidió que ayudara con la correspondencia, pero no sé exactamente qué tengo que hacer. He venido a escribir un rato con mis pliegos y mi escribanía, por conocer la oficina.

—Si no tiene inconveniente, abriré la ventana hasta que llegue la Madre, que será pronto. Entrará un poco de aire fresco, y si tiene usted frío, me avisa —dijo Manuel—, aunque no creo que se destemple usted: en Valencia, a estas alturas del año ya es casi verano.

—No se preocupe, Manuel, tengo aquí una toquilla —dijo Casta y, ablandada por la amabilidad del amanuense, le miró directamente a la cara y preguntó—: ¿Me dirá usted cómo puedo ayudar?

Manuel reunió entonces una pila de cartas y se las entregó a Casta.

—Están pendientes de copia —dijo—. Puede empezar por ellas. Limítese a copiar, no tiene misterio. Pronto llegará la Madre.

Sin más trámite, el amanuense y la señora se afanaron cada uno a lo suyo, al único son del rasgueo de las plumillas, el crujir de los papeles y los bostezos y suspiros de Casta. Manuel, de tanto en tanto, carraspeaba como si fuera a hablar, pero su natural prudencia le advirtió que esperara hasta la llegada de la Madre para, si llegara el caso, entablar conversación. La quietud entonces se impuso en la oficina. Aprovechando el silencio se colaron en la misma los diversos ruidos que emitía el reloj del corredor, el sonsonete amortiguado de los rezos mañaneros que venían de la capilla y, al cabo, la voz de la Madre que en el corredor daba instrucciones a las chicas repartiendo tareas.

—Chelo, Iluminada y Pilar siguen por la tarde en el taller —decía —. Por la mañana, limpiarán junto a Encarna el primer piso y darán un buen repaso a la sala de visitas, porque esperamos la llegada del obispo de Valencia. Obdulia y Palomita repiten en la cocina por la mañana y por la tarde irán a costura. Encarna seguirá repartiendo piezas. Iluminada, en cuanto acabe con la limpieza, ayudará a las hermanas en la sala de corte.

Durante un buen rato continuaron las preguntas de unas y las respuestas de la Madre a los «¿quién tiene que hacer qué y cuándo?». Una vez resuelto el orden de las tareas y silenciadas las voces en el corredor, un ruido de pasos indicó a Manuel y a Casta que alguien se acercaba a la oficina. Era la Madre que, nada más llegar,

se dirigió a Manuel.

—Vienes de la barbería, lo sé por el olor a jabón de afeitar que traes, que se huele hasta en el corredor. Veo que has dejado abierta la ventana —le dijo, bordeando la impertinencia.

—Buenos días, Micaela —contestó Manuel acercándose a cerrar la ventana y nada mortificado por el comentario de la Madre—. El lujo de un buen afeitado me lo permito una vez a la semana.

Con aire de sorpresa, la Madre miró a Casta.

—Así que estabas aquí —dijo—. No te he visto hasta ahora ni en la oración de la mañana ni en el rosario, y eso que te guardo sitio a mi lado.

Casta, que había permanecido sentada, enfrentó los ojos de la Madre, tragó saliva, parpadeó y respondió evasiva:

—De madrugada me desperté. No podía dormir y bajé a la oficina. Traje mi escribanía, plumillas y papel y he estado escribiendo un buen rato —dijo, anudándose las puntas de la toquilla que sujetaba alrededor de la cintura. Alzó después los brazos y deslizó los dedos a lo largo de la trenza en que llevaba enroscado el cabello, en un gesto que, la Madre apreció, era casi tímido. Más propio de una adolescente que de una coqueta viciosa, pensó.

—Haré las presentaciones —dijo la Madre—. Manuel, la señora Bosco nos visita para recobrar su salud, es una mujer ilustrada y nos ayudará. Manuel —dijo dirigiéndose a Casta— es el más experto de los amanuenses. Antiguo servidor de mi casa condal. De toda confianza.

—Soy testigo de la habilidad con que escribe la señora, a quien ya he entregado una cantidad de cartas para copiar —aseguró Manuel, con elegante deferencia—. Tuve el gusto de encontrarla esta mañana en la oficina antes de que tú vinieras y hemos compartido este rato los dos ocupados en copiar cartas —añadió.

La Madre cogió entonces una silla vacía y se la acercó a Casta.

—Estabas ocupando mi sitio —dijo, mirando el floreado vestido de Casta y comprobando que no se había puesto el de visitante distinguida que sor María le habría dejado en su habitación para que lo llevara el tiempo de su estancia en la casa.

Casta se cambió de silla y la Madre recuperó su lugar. A consecuencia del malentendido producido se quedaron los tres inmóviles, a la espera de resolver el conflicto. El rostro de Casta trasparentaba una suerte de rencor, el de Manuel serenidad y a la cara de la Madre se asomó un breve instante de duda.

—Debí haberte explicado antes lo referente a la oficina. A Manuel tampoco le avisé —dijo la Madre—, aunque, en verdad, si hubieras

bajado a la capilla…

El rubor subió al rostro de Casta y Manuel, que la observaba, se adelantó a excusarla:

—Era yo quien tenía que haberle advertido de cuál es tu asiento —dijo, y una vez que Casta estuvo bien situada y copiando cartas, la Madre, un tanto saturada de aquella conversación amigable, se dispuso a tomar las riendas del trabajo.

—¿Qué tenemos pendiente? —le preguntó a Manuel.

—Respuesta al obispo de Valencia en relación a su visita —contestó él—. Hay que reclamar a las hermanas de Madrid el importe de la confección de uniformes para sus acogidas y enviar a su hermano José acuse de recibo de las últimas liquidaciones de las rentas condales. La casa real quiere saber cuándo se le enviará el ajuar…

—Empezaremos por el obispo —interrumpió la Madre—. Hoy, lo antes que puedas, enviarás un mensaje asegurándole que estaré encantada de que venga a la casa, después de tanto como ha demorado su visita. Le atenderé esta misma tarde, si le conviene, a una hora entre el almuerzo y el rosario, o el día que me indique. La comunidad agradece cuantos esfuerzos ha realizado en procurar vivienda y protección a nuestras desamparadas. Por último, le recuerdas que tenemos que acordar un calendario de visitas dominicales a las parroquias de Valencia para recoger colectas en socorro de las religiosas que han tenido que dejar el claustro por decreto de los gobiernos liberales que quieren acabar con la vida religiosa en España, imitando las políticas antirreligiosas de Francia. Estas mujeres no saben adonde ir, pero con las dos exclaustradas que están acogidas en la casa tenemos bastante —añadió, para enseguida rectificar—: Esto último no hace falta que lo incluyas.

En tanto que Manuel se afanaba en tomar nota, la Madre le dijo a Casta:

—Viene a visitarnos el obispo de Valencia.

—¿Y? —preguntó esta, alzando las cejas.

—Me gustaría que le saludaras —dijo la Madre.

—No sé qué decir —reconoció Casta.

—¿Cómo que no sabes qué decir? —preguntó la Madre.

—He saludado a varios obispos —alegó Casta—, me esforcé en aprender estas habilidades.

—Esta no será entonces la primera vez —insistió la Madre.

Casta se encogió de hombros:

—Si es solo saludar…

—Solo es eso —se empeñó la Madre—. Estará encantado de

saber que tenemos aúna visitante tan ilustre como tú en la casa.

—¿Una qué? —preguntó Casta, atónita.

—Eres una visitante ilustre —afirmó la Madre—. Nada más y nada menos que la esposa de un diputado de Almería en Madrid, la cuñada del todopoderoso hombre de negocios José Salamanca —aseguró, enfrentando los rostros de Casta y Manuel. Le pareció haber socavado un tanto la cerrazón de Casta, y en cuanto a Manuel, supo ver en su interior una pregunta: «¿La señora es cuñada de Salamanca?». Sin que ninguno de sus oyentes se hubiera recuperado de estas palabras, la Madre continuó—: Conozco al obispo desde hace tiempo. Él mismo me solicitó que asumiera la gestión de las Arrepentidas de Valencia. Le puse mis condiciones: cambiar el nombre de la casa, nada de penitencias, sino enseñar un oficio a las mujeres y vida de familia con las que aquí vinieran. Él accedió encantado, es un tema engorroso para la jerarquía de la Iglesia.

—¿Engorroso? —preguntó Casta.

—La jerarquía no sabe qué hacer con las prostitutas. Las mujeres de la vida pululan por la ciudad desde que se suprimió la mancebía de Valencia, la más grande de Europa —explicó la Madre.

—Caramba, no sabía de esa mancebía ni de ninguna otra —comentó Casta, y esta vez no se encogió de hombros.

—No hay lugar adonde llevar a las mujeres que se quieren quitar de las calles, solo las Casas de Arrepentidas, que rige la Iglesia, pero claro, la jerarquía, de la que el mejor ejemplo es el obispo de Valencia, no puede sino proponer a las prostitutas que se rediman de sus pecados para no ir al infierno. Estar en la prostitución no está penado —explicó la Madre—, es pecado. Cuando acepté hacerme cargo de la anterior Casa de Arrepentidas, el obispo me dio carta blanca, gestionó los permisos necesarios, expidió la habilitación para ocupar el edificio y una vez que estuvo todo preparado envió al obispo auxiliar a inaugurarlo. Desde entonces, hemos mantenido un trato cordial y frecuente, siempre por correo. —Tras estas explicaciones, la Madre, como viera que Casta parecía cansada o abrumada le dijo—: Llevas horas encerrada. Necesitarás aire fresco. Acércate a la portería y pregunta si hay cartas o envíos. De paso, conoces a la hermana portera. Un encanto de mujer, parlanchína como pocas. Soy prima de una tía suya; somos familia, vaya, y entiende muy bien a las chicas, las quiere como una madre tierna. Se parece mucho a Compasión, casi en el físico y en que cecea suavemente como ella; claro, su familia es de Málaga, de la sierra.

—¿De la sierra? ¡Qué casualidad! Se lo diré a Compasión, le gustará. A lo mejor son paisanas —dijo Casta, casi sonriente—. Si no

ha hablado con ella, pronto lo hará.

Casta le entregó a Manuel las cartas que había copiado, se levantó del asiento y antes de adentrase en el corredor se detuvo y balbuceó un «hasta luego» tan dulce que a la Madre le llevó a pensar que la señora podía no ser tan inasequible, que solo necesitaba tiempo. Una vez que Casta abandonó la oficina, se dirigió a Manuel:

—La señora Bosco, es decir, Casta More, no es guapa, pero tiene cierto encanto y luce elegante —le dijo.

—Y que lo digas, Micaela. Una señora con clase. Nada menos que cuñada del gran Salamanca, a quien tanto recordamos de los tiempos de guerra en que convivimos en la casa condal. Y por una vez déjame ser un entrometido y preguntarte la razón por la que está en la casa.

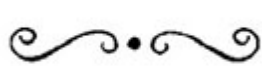
—Una dolencia extraña, viene a recuperarse —contestó la Madre, con una retranca que el amanuense percibió.

—Pues se la ve sana, ni toses ni ahogos ni esa fatiga de los tísicos —observó Manuel, incrédulo—. No tiene un aspecto dejado ni enfermizo, todo lo contrario.

—¡Manuel! —exclamó la Madre sorprendida por estas palabras del amanuense tan *cercanas a* la galantería. Nada alarmada, sin embargo, sabedora de la devoción de Manuel por su difunta Serafina, de su extremada prudencia y fidelidad a la casa condal o a ella misma —. Mejor no sacar conclusiones precipitadas —concluyó instándose también otra vez a escribir a su amiga Francisca. Tiene que conocerla, se repitió, debe de saber qué ha pasado en esa familia, por qué Bosco me envía de esa forma a su esposa. Quizás hasta sepa más que tú, Salamanca, que te presentas al cabo de los años tan lacónico, se dijo con cierto rencor, pero sobre todo apesadumbrada por la frialdad que le mostraba su querido amigo.

Con el carraspeo de Manuel salió la Madre de sus pensamientos y sin perder más tiempo se dispuso a trabajar. Recurrió al rito con que solía inspirarse: se levantó y, colocada detrás de su silla, agarró con las dos manos el respaldo de la misma y solo en ese momento comenzó a dictar. Pronto se oyó a Manuel objetando con ahínco la redacción de las cartas. Demasiadas objeciones, pensó la Madre, parece que Manuel tiene ganas de conversación, mucho rato ha estado en la oficina con Casta sin soltar palabra.

Faltaba poco para las doce.



Cuando Casta llegó a la portería golpeó con los nudillos el cristal

de su ventana, a través de la cual se veía un cuarto pequeño y pulcro, nada que ver con la mecedora vieja, la pintura resquebrajada y el revoltijo de objetos desvencijados con que estos cubículos suelen decorarse. Una butaca sencilla, una mesa de madera, un estante encima del cual había una campanilla, una talla de Nuestra Señora de los Desamparados, patrona de Valencia, colgada en la pared y en el suelo, un brasero. Abrió la ventana una hermana pequeñita, de mejillas rechonchas y piel de un delicado tono de porcelana, muy parecida, según había dicho la Madre, al ama Compasión. La hermana portera enfrentó la llegada de Casta mirándole con franqueza, pero no intrigada y no preguntó quién era y a qué venía, como si ya lo supiera.

—Buenos días —saludó Casta—. Me envía la Madre a recoger el correo.

—Buenos días, señora Casta, el correo no ha llegado todavía —dijo la hermana—, aunque debería haberlo hecho. Las galeras que lo traen entran en Valencia de madrugada y poco tarda en repartirse por el casco viejo.

—Usted sabe cómo me llamo —dijo Casta, con sorpresa.

—Cómo no voy a saberlo —contestó la hermana—. Me ocupo de la portería. Estaba aquí cuando llegaron a la casa, usted y al ama Compasión. Pronto llamaré a rezar el ángelus. La comunidad está a la espera del toque de campanilla, y confiamos en contar con su presencia. —Como Casta no respondió, debió de entender que no iba a excusarse por sus ausencias y continuó—: No hace mucho que se abrió esta casa. Es la segunda de la congregación. Son pocas todavía las aquí acogidas. Media docena. En la de Madrid son más de cincuenta.

—¡Tantas! —exclamó Casta—. Pero ¿las chicas son desamparadas o arrepentidas? ¿Cuál es la diferencia? —preguntó.

La hermana aprovechó la curiosidad de Casta:

—La diferencia está en la compasión que se tenga con las mujeres que se prostituyen por estar en la indigencia —respondió la hermana —. Los clérigos carcundas que no saben nada de la realidad de la vida de las chicas se piensan que todo está en arrepentirse, porque son hombres y no entienden qué es eso de proteger a las pecadoras. La Madre, en cambio, las compadece como si fueran sus hijas. Volviendo al ángelus. Es de todas las devociones la que menos les disgusta a las chicas. Solicitaron a la Madre que querían rezarla en español, no en latín, como se acostumbraba, lo pidieron después de que el sacerdote que nos atiende les explicara lo que quiere decir «concebir por obra y gracia del Espíritu Santo». Dijeron que era

maravilla que una se pudiera quedar preñada sin la fuerza de un hombre, solo con la de un espíritu que es santo.

—¿Ya lo entienden? —preguntó Casta, perpleja. Nunca se había detenido a pensar en el misterio de la Encarnación.

—Entenderlo…, no sé —contestó la hermana—. Pero respetan el misterio tanto o más que nosotras, que las acogemos y que en lo profundo estamos tan desamparadas como ellas. Las chicas que tienen hijos no saben quién es el padre, pero raro es que no quieran a sus criaturas. A muchas se les mueren pronto. ¿Tiene usted hijos, señora Bosco? —preguntó la hermana de sopetón.

Casta no contestó. Juntó las manos en la espalda y pareció perderse en sus pensamientos, concentrada en oír el borboteo de la frente y el cuchicheo de las chicas y las hermanas que se estaban reuniendo en el corredor que daba al jardín para rezar el ángelus. La hermana observó que Casta no quería responder y, extrañada, pensó en preguntar a Compasión si Casta tenía hijos o si habían muerto.

—Yo no he tenido hijos —continuó la hermana portera—. Sí muchas hijas en espíritu, como el padre Vicente de Paúl nos enseñó.

—¿En espíritu? —preguntó Casta—. Creía que solo Nuestra Señora había concebido en espíritu.

—La falta de hijos del cuerpo la recuerdo siempre que llega el ángelus —siguió la hermana, ignorando el comentario de la señora, más propio, pensó, de un irreligioso liberal que de una mujer piadosa —. Acompañé a la Madre Micaela cuando fundó esta congregación, convencida de que aquí también sería madre, aunque de otra manera, que, para tener hijos, me dije, no se necesita un hombre. Me ocupo de ellas contenta, porque el amor que tenía dentro no se haya quedado en desuso y como veo que son muchas las desdichas que trae el matrimonio a las mujeres, deduzco que estoy mejor aquí que no fuera de casada. ¡Cuántas cosas no habré visto! De lo que sucede allá fuera podría escribir un libro —concluyó.

La hermana debió de considerar que ya había hecho demasiadas confidencias o que había llegado el momento de dejar la cháchara, por más que le gustara, y de ponerse en cambio a cumplir con las devociones del mediodía, así que cogió la campanilla y salió de la portería arrastrando con ella a Casta. Cruzaron las dos el jardín y se detuvieron frente a la puerta de la galería, donde estaba la Madre y detrás de esta, como escondido, Manuel. Cerca esperaba sor María junto a Pilar y Chelo, que habían salido del dormitorio común, y Obdulia y Palomita, procedentes estas dos de la cocina. Iluminada estaba al lado de Compasión. Encarna, por último, había llegado desde la sala taller. Enseguida, la hermana portera se lanzó a repicar

la campanilla y después recitó:

—«El ángel del Señor anunció a María».

La Madre, Manuel, las hermanas y las chicas respondieron al unísono:

—«Y concibió por obra y gracia del Espíritu Santo».

También Casta. Rezaba esta con la cabeza medio inclinada y las manos juntas bajo el pecho, y cuando alcanzó a recitar el «bendito sea el fruto de tu vientre», la Madre observó su expresión. Miraba con los ojos entre turbios y líquidos, con una intensidad más propia de una enamorada o una mística que de una descarriada, y convencida la Madre de que Casta no era especialmente devota, se preguntó si era que la señora estaba rememorando un trance de amor humano, porque era lo único que se le ocurría. Confusa, admitió que no podía entender a Casta, y para aliviar su desconcierto, se abandonó a las palabras del ángelus. Dejó que su alma se adentrara en el misterio de la Encarnación y, arrastrada por el influjo del rezo, recordó también al único novio que había tenido.

Era el mejor candidato que para ella pudiera imaginarse, segundón de una familia de rango y muy devoto. Formaban una pareja perfecta, estaban de acuerdo en lo importante. Ninguno rompió el compromiso; las familias no se habían opuesto, todo lo contrario, felices estaban de que sus segundones hubieran encontrado pareja, pues nunca se sabía en quién podía finalmente recaer el título y los chicos eran muy devotos, pero también robustos. La descendencia estaba asegurada, aunque Micaela pasaba de lejos los dieciséis años. Fue que, al morir el rey Fernando, se declaró una guerra que enfrentó a las familias: unos eran de don Carlos y otros de Isabel, y el conflicto destruyó su amor. Los muertos y el exilio minaron el afecto, la relación se deslizó hacia la nada, el cariño murió. Él ni se había atrevido a darle un beso y la Madre recordaba que tan solo hubo un día cuando, tembloroso, él le había estrechado la mano un instante más de lo permitido y ella imaginó que podía ser feliz. Luego supo que su imaginación se había desbocado porque todavía no conocía a Jesús y se sintió agradecida de que gracias al Amigo tuvieran las chicas una vida de familia.

Regresó la Madre de la maraña de sus memorias y cuando estuvo en el presente se encontró dilucidando si debería preguntarle a Casta por el encuentro con la hermana portera, opción que pronto desechó, y se encaminó sin más a la oficina, donde, sabía, debía estar ya Manuel. La hermana portera, por su parte, regresó a su puesto, y las chicas, en cambio, como no querían dejar el corredor se pusieron a cuchichear alrededor de Compasión mirando a Casta. Entre risas, se entretenían revoloteando y soltando chascarrillos. Casta, que notó la

expectación que su persona causaba, se quedó mirando por ver si reconocía a alguna, por lo que Compasión le había contado, hasta que las hermanas, impacientes, llamaron de vuelta al trabajo.

Casta tomó camino a la oficina y cuando estuvo en ella, y una vez estuvo sentada, comenzando a copiar cartas, observó:

—Me ha llegado un olor a limpio, a perfume de naranjo y limonero, a ropa recién lavada.

—Hoy es el día de la semana cuando se cambian los vestidos y la ropa de cama —dijo la Madre, tomando nota de aquellos comentarios de Casta que tanto la desconcertaban—, sor María perfuma a conciencia la lencería, hasta el ajuar de la capilla. No quiero que la casa huela a beata. Además, me gusta rezar el ángelus en el jardín. Si por mi fuera, también rezaríamos el rosario junto a la fuente, pero es bueno tener al Santísimo enfrente.

—¿Seguimos? —interrumpió Manuel.

—Sigamos, y suerte si el resto de la mañana transcurre en paz —contestó la Madre.

No fue así. En el corredor alguien repetía a voz en grito: «¡Pobre hija de mi alma!».

La Madre se levantó de golpe y salió de la oficina. Manuel siguió escribiendo, como si nada hubiera oído, y Casta se quedó con la plumilla en la mano, a medio camino entre el tintero y el papel. «¡Pobre hija mía!», se oyó una y otra vez en medio de sollozos. Regresó al cabo la Madre sacudiendo el polvo de los bordes de su hábito, sacó un pañuelo del bolsillo, se secó el sudor de la cara y de los brazos y, una vez recompuesta, volvió a ocupar su asiento.

—Micaela, tengo que llevar la ropa a la lavandería, me olvidé de dejarla esta mañana. Volveré dentro de un rato —dijo Manuel, con la prudencia acostumbrada.

Echó hacia atrás su asiento, cauteloso para que no hiciera ruido, salió de la oficina y recorrió, ligero como un ángel, el sendero de guijarros que cruzaba el jardín desde el corredor hasta la portería. Allí saludó con la mano a la hermana, quien, acostumbrada a sus entradas y salidas, le franqueó el paso por el portalón y desde allí miró cómo ascendía camino arriba por el callejón.

En la oficina quedaron a solas la Madre y Casta. Escribía esta última, observó la Madre, con la nariz pegada al papel, con ahínco por aislarse. ¿Está enojada, molesta o sorprendida?, se preguntó, conociendo qué lejos estaba Casta del mundo de las chicas. Nunca se ha cruzado con una de la calle, pensó y, lo reconoció, tenía que explicarle el porqué de los gritos, el porqué de aquel sufrimiento.

—Era Pilar quien gritaba, la apodaban la Maña, por el nombre y

porque es aragonesa, la habrás visto rezando el ángelus. Llegó a la casa con años de calle encima, infectada de ladillas y con la piel quemada por el sol. La recogí en el mercado una noche cuando salíamos una hermana y yo con la ronda —dijo apoyándose en el respaldo del asiento y buscando los ojos de Casta, inútilmente, porque la señora eludía mirarla tratando de encontrar en la mesa refugio a su turbación. De tanto como se inclinaba, Casta amenazaba con estrellarse contra la madera.

—¿Con qué ronda? —preguntó levantando un poco la vista.

—La del Pecado Mortal. ¿No has oído hablar de ella? —dijo la Madre, ojeando un libro de devoción que estaba abierto a su lado, sobre la mesa. Distraída, pasaba las hojas, como buscando orientación en las reflexiones de su autor, el riguroso moralista padre Arbiol.

—Nunca oí hablar de esa ronda —dijo Casta—. En Vera salían muchas. De noche la más conocida era la de la Cofradía de las Animas, que no admitía mujeres si no iban acompañadas. En Málaga iba muy concurrido el Rosario del Alba, que rezaban hombres y mujeres, pues salía con la luz del día. —Casta se alzó la toquilla, que se le había deslizado otra vez hasta la cintura, se subió las mangas del vestido y se revolvió inquieta en el asiento—. Nunca me junté. Ni mi madre ni mis hermanas ni yo. No estaba bien visto entre las buenas familias de Málaga participar en las devociones del pueblo, y de casada, Ramón no me lo hubiera permitido —explicó—. «De religión lo justo», solía decir.

—De lo que yo sé —dijo la Madre—, solo hay Rondas del Pecado Mortal en las ciudades grandes. En Valencia se llama también del Santo Celo, cuya cofradía tiene una casa donde recogen a las muchachas solteras que se han quedado preñadas. Un grupo de cofrades salen por la noche por las calles para advertir a las gentes de mala vida que irán al infierno si no se arrepienten. Recogen muchas limosnas aterrorizando a la parroquia.

La Madre separó su asiento de la mesa, retiró la mano del libro de devoción y apoyó las dos manos sobre las rodillas, mirando atenta a Casta, para saber cómo recibía noticias penosas.

—¿Ustedes salen cada noche con la ronda? —preguntó entonces Casta, atónita, sacudiendo la cabeza para vaciarla de las imágenes que la Madre le lanzaba—. Monjas recorriendo las calles y de noche…

—No somos monjas sino religiosas, aunque tú no sepas la diferencia. No somos una orden para la contemplación, nos ocupamos del barro del mundo, vivimos en comunidad, pero sin clausura. En cuanto a lo de salir cada noche, ¡no, válgame Dios! No salimos cada

noche y la ronda siempre va escoltada, faltaría más. Acompañamos a la cofradía de tanto en tanto y muy a mi pesar. Nos lo pide el obispo, espera que recojamos a las mujeres de la vida que quieran arrepentirse. No ha comprendido todavía su ilustrísima que las mujeres de la calle necesitan un trabajo, no rezos, coincide en esto con el padre Arbiol, el autor de este libro —añadió, y sujetó con la palma de la mano el devocionario abierto por el centro, como si hubiera encontrado por fin el punto que buscaba—. Volviendo a Pilar, la encontré borracha perdida y gritando que estaba maldita, que su hija se había muerto porque su madre no había hecho lo que tenía que hacer. Esto lo decía entre palabrotas y dándose puñetazos en la cabeza. Pilar tuvo una niña que de chica fue una criatura enclenque que chupaba con desgana el pecho de las amas de la Casa de la Caridad donde su madre la había dejado —dijo la Madre.

—¿Quién era el padre? —preguntó Casta horrorizada, deslizando una mano temblorosa a lo largo de la trenza, caída sobre el regazo.

—Constaba como desconocido. Una gran verdad, porque, haciendo cuentas, Pilar calculó entre veinte o treinta los que podían haberla preñado. La niña creció deslucida y se hizo una chiquilla odiosa, envilecida. Afortunada o desgraciadamente, no sé, enfermó de unas fiebres, pero antes de morir le dio el antojo de engalanarse. Repetía que quería hacer la calle como su madre. Tanto gritó que Pilar tuvo que vestirla con unas ropas parecidas a las suyas y calzarla con unos zapatos de tacón que le venían tan grandes que la niña perdía el pie a cada paso. En su delirio, no cesaba de gritar «¡Soy una puta como mi madre, soy la hija de la Maña!». Lo repitió muchas veces hasta que cayó al suelo fulminada, con la boca torcida y una expresión de odio en la cara.

Casta se levantó y se alejó unos pasos. Miró a derecha e izquierda, alzó la vista hacia la ventana que, aunque estaba cerrada, dejaba ver el cielo, y después sus ojos recorrieron de arriba a abajo la librería. Parecía no saber qué buscaba, si quería o no quería escuchar más. La Madre advirtió su desazón, pero no quiso darse por enterada y continuó:

—Pilar se rompió, su hija había muerto de chica y vestida de puta, y empezó a beber, tanto que se quedó sin clientes. Cuando la recogí, mugrienta y apestando a vino, se agarró a mi mano y una vez en la casa no quería salir de la tina en la que la metimos para quitarle la porquería del cuerpo. Se ha recuperado, pero con el rezo del ángelus se pone desesperada. Está convencida de que la niña murió hecha una viciosa por su culpa, porque no la concibió sin pecado, no la tuvo como la Virgen María tuvo a Jesús, sino muy manchada. —La Madre

volvió a apoyar los codos sobre las rodillas. Sostuvo el mentón con una mano y miró a Casta antes de explicar—: Pilar cree que su niña está en el infierno porque ella la vistió de puta antes de morirse, porque no la puso de blanco, como correspondía para que entrara en el cielo.

Volvió Casta sobre sus pasos y se sentó otra vez. Puso el brazo izquierdo sobre la mesa y con la mano derecha lo repasó desde el hombro hasta la muñeca, como si quisiera arrastrar una porquería que la ensuciaba. Después repitió el gesto, limpió con la mano izquierda el brazo derecho. La Madre vio que Casta estaba conmocionada. Qué encarnizamiento el del señor Bosco, pensó, debería saber con quién está Casta, lo duro para ella de estar entre prostitutas.

Entonces, como sin venir a cuento, Casta preguntó:

—Madre, ¿qué es ser madre en espíritu?

—Vaya pregunta, Casta —respondió—. ¿Quién te ha hablado de esa maternidad?

—La hermana portera —contestó Casta—. Dice que ustedes son «madres en espíritu».

—Madres en espíritu sí lo somos, madres de otra manera. Nunca hice carantoñas a los bebés ni me conmovieron, y a las chicas, en cambio, las tengo tan dentro como si fueran mías. No me ha hecho falta parirlas —afirmó tan sincera como plana, y no parecía estar incomodada por la pregunta de Casta. La cuestión de la maternidad parece interesarle, pensó.

La Madre entonces convocó escenas de las tardes de paseo con su amiga Francisca, con la certeza de estar frente a recuerdos amables. Francisca, embelesada, conversaba con las amas y nodrizas que conducían cochecitos de bebé adornados como barcos en día de gala, haciendo a los niños mil arrumacos, con una emoción que ella *nunca* compartió. En esas estaba cuando vio el gesto ansioso de Casta y recordó la mirada turbia, los ojos acuosos que tenía durante el rezo del ángelus. Iba a preguntarle si tenía hijos cuando la llegada de Manuel lo impidió.

—Ya estoy de vuelta —dijo.

Venía tranquilo, liberado del saco de ropa y desprendiendo un aire de afable tolerancia. Emanaba la energía del mercado, del bullicio de las calles, de la vida libre de Valencia.

—He llevado mi ropa a una lavandería que han abierto muy cerca de mi casa —dijo Manuel—. Se llama La Lavandería de Juana, por la dueña, una señora que atiende con mucha educación.

—¿Por qué no dejas tu ropa para lavar en la casa? —le preguntó la Madre.

—Bastante es que me limpien el piso —contestó Manuel—. A Serafina no le gustaría que otras se ocuparan de mí.

—¡Eres un viudo inconsolable! —exclamó la Madre, que giró la vista hacia el jardín.

En él vio a Encarna, que cuidaba las plantas. Se percató de que ni allí fuera, en el jardín, ni en el corredor se habían colocado geranios, como sí los había, por el contrario, en las ventanas del pasillo del segundo piso, que sor María se había empeñado en cuajar de macetones para que en la casa hubiera algunas flores con las que agasajar al Santísimo. Estamos en marzo, pensó, cuando las plantas empiezan a adornarse anticipando el esplendor de mayo y yo ni siquiera empiezo a entender a Casta. Volvamos a la visita del obispo, resolvió, a lo que es importante para la casa, si no lo es para nuestra ilustre visitante, que a lo que veo hasta ahora se desliza como una sombra de su habitación a la oficina y vuelta. Menos mal que Compasión no se me escapa.

Acercándose a la sala, la Madre atisbo a las chicas que cosían en el jardín a la luz de la tarde temprana. Se alegraba de recibir al obispo, de quien quizás conseguiría que las bendijera, pero, reconoció, no estaba segura de que quisiera él tenerlas cerca. Como mucho desde el altar, con ellas al fondo de la capilla, sospechaba.

—Buenas tardes —dijo al entrar en la sala admirada de su limpieza. Las chicas se han esmerado, admitió, sabiendo que no estaba en sus hábitos de vida la pulcritud. A la luz de la tarde el suelo brillaba tanto como los muebles, que se habían impregnado con aceite de linaza, los mil adornos del piano pulidos con arena y el cristal de la ventana, fregoteado hasta conseguir que fulgurara. La Jerusalén celestial, pensó la Madre, tan rica y opulenta, no luciría con tanto esplendor como esta sala angosta y amueblada con piezas rescatadas del palacio de Guadalajara, que más parece un cuarto trastero que una salita formal. Para completar el modesto agasajo de la casa al prelado, la Madre observó que encima del piano alguien, seguramente sor María, había colocado un jarrón lleno de geranios que desprendían su delicado aroma y que sin duda procedían de los testeros del segundo piso.

Encontró al señor obispo sentado en un taburete frente al piano tecleando con dos dedos una melodía. Complacida la Madre de encontrarse en persona al que solo conocía por carta y quien, no

dudaba, era hombre de recias convicciones religiosas, nada afectadas por los cambios que estaban trayendo los liberales a la religiosidad. Le saludó con toda la efusión de que era capaz una señora de rango, educada en las reglas de la antigua nobleza y obligada, por tanto, a la contención de las emociones y de las formas. El obispo se puso en pie y respondió al recibimiento de la Madre con una amplia sonrisa y un caluroso saludo. Le dio a besar el anillo y una vez sentados los dos frente a frente, la Madre no quiso enredarse en demasiados prolegómenos, sabedora de que el obispo odiaba la cháchara insustancial.

—¡Al fin he conseguido que nos visite, tanto tiempo pidiéndole a su ilustrísima que se acerque a conocer esta casa y a darnos su bendición, tan agradecidas estamos! —dijo, reconociendo que quizás sonaba rimbombante y ponderando cuál debía ser la causa de que su ilustrísima se presentara con tanta urgencia—. Según le indiqué en mi última misiva, tenemos pendiente de concretar el calendario de las colectas dominicales a realizar en las parroquias de Valencia a favor de los conventos de monjas disueltos por estos gobiernos impíos que odian la religión católica —añadió la Madre, tanteando a su ilustrísima.

—Mil gestiones hemos hecho por estas comunidades —le aseguró el obispo.

—La penuria de las monjas contemplativas es calamitosa —dijo la Madre—. Sobreviven las pocas que pueden volver con sus familias y las comunidades que pueden dedicarse a la enseñanza o a la beneficencia, lo cual no es siempre posible. Ahora mismo tengo a dos monjas aquí hospedadas, decisión que tomé sin contar con su permiso, de lo que me excuso, porque no me dio tiempo a solicitarlo.

Ellas están aquí porque les han cerrado el convento y no pueden trasladarse de momento a ningún otro de su orden. Estoy feliz de ayudar, aunque no se hace idea de lo que representa convivir con personas que llevan años en clausura.

El obispo al pronto se puso de pie, caminó unos pasos arriba y abajo, acercándose unas veces y alejándose otras de la Madre. Girando distraído el anillo episcopal explicó:

—¡Lo que hemos importunado a las autoridades! —exclamó—. A los de uno y otro lado, porque los políticos se enfrentan, pero no dudan en ponerse de acuerdo para apropiarse de los bienes de la Iglesia, cierran los conventos de clausura y se quedan con el patrimonio. Se martiriza a las esposas del Señor —alegó, no podía contenerse—. ¡Se sacrifica a estas dignas y castísimas señoras, modelos de abnegación y fidelidad conyugal como lo fuera mi santa madre!

La voz del obispo se había quebrado a la mención de su «santa» que, imaginó la Madre, debía de ser una viejita tan seca y arrugada como buena cristiana. Por amor a su «santa», el obispo no puede tolerar lo que pasa con los conventos de clausura, pensó.

—La última gestión que estoy realizando —prosiguió el obispo— es un alegato a favor de las religiosas del convento de Santa Rosa de Zaragoza, mi ciudad natal, donde se educaron mis hermanas y donde, ya de viuda, profesó mi madre, y allí falleció rodeada de sus hijos y de sus hermanas en religión. Pido a Isabel, como reina y como mujer, que tome bajo su protección a estas mujeres indefensas, que en el retiro del claustro oran día y noche por ella y por su gobierno, y que nada piden sino vivir y morir en alejamiento del mundo, no ser molestadas en su vida religiosa. Por eso he decidido pedir ayuda a la Corona.

La Madre comprendió. Aquella parrafada florida, tan perfecta y gramaticalmente pulida que hasta permitía adivinar dónde iban a estar colocadas las comas, reproducía el escrito que había dirigido el obispo a la reina y que había motivado su visita a la casa. Mejor que mejor, pensó, bueno será que su ilustrísima me deba un favor.

—Tengo que reclamar la atención de la reina —exclamó el obispo —. ¡Le escriben tantos! De seguro, a usted la oirá, tan próxima como está a ella —reconoció el aragonés, sabiendo que muchos de sus proyectos dependían de la gente de rango.

Así que era esto, pensó la Madre. No lo dudó.

—Le ruego me envíe el escrito cuanto antes —dijo—. Me encargaré de hacerlo llegar a palacio en correo urgente y acompañado de una nota escrita de mi propia mano. No faltaría más. Claro que Isabel escuchará mi petición, para algo he sido su aya.

Un escueto «buenas tardes» interrumpió el intercambio entre los dos religiosos. Era Casta, que saludaba desde el dintel de la puerta. Había llegado con el sigilo de un ánima bendita, y a pesar de su fino oído la Madre no había percibido el ruido de sus pasos acercándose a la sala. Una vez que estuvo dentro, la Madre anunció:

—Le presento a la señora Casta More —dijo, y el obispo se levantó, tendió el anillo a Casta para que lo besara, le indicó después que tomara asiento y él mismo volvió al suyo.

Al sentarse, Casta dejó a su lado un sombrero de paseo, luego desplegó a su alrededor, con trazo perfecto, el bajo de la falda, con un ademán que el obispo hubiera encontrado elegante si hubiera sido un hombre de mundo, que no lo era, pero que a la Madre le pareció exquisito. Observó que Casta se había cambiado el vestido de la mañana por un conjunto de tarde, de falda avolantada y cuerpo de

chaqueta corta, confeccionado con la sabiduría, le pareció, de una señora fina que distingue el atuendo adecuado para cada ocasión.

—La señora More es una visitante que nos distingue con su presencia, esposa de Ramón Bosco, diputado por Almería —indicó la Madre.

—¡De Ramón Bosco! —exclamó su ilustrísima—. Tengo amistad estrecha con el obispo de Almería, que ha puesto en mi conocimiento la labor en favor de la educación de los niños pobres que pusieron en marcha muy benéficas damas de aquellas tierras, en cuya misión no vaciló en prestar asistencia el diputado Ramón Bosco.

—Así es. Siempre estuvo en el ánimo de mi esposo proporcionar ^educación y asistencia a los desfavorecidos —dijo Casta, mostrando un despliegue de buenas maneras y modales.

—¿Qué opinión le merece la obra de la Madre? —preguntó a Casta el señor obispo, quien, recuperado de sus anteriores emociones, escuchaba con atención a la visita.

La reacción inicial de Casta fue una especie de carraspeo, pero enseguida reaccionó mostrando sus mejores artes y ofreciendo una contestación que, la Madre comprendió, era muy diplomática.

—No puedo sino admirar su gran labor en pro de las desamparadas —dijo, y sin dar lugar a continuar la conversación añadió—: Con el permiso de su ilustrísima y de usted, Madre, me gustaría retirarme. Antes de que cierren quiero recoger una revista en la redacción de La Ilustración.

A la Madre se le fue entonces la vista hacia el sombrero de paseo que la señora había dejado junto a sí, comprendió cuáles habían sido desde el primer momento los planes de Casta para aquella tarde y se limitó a objetar:

—Imposible que vayas sola por la ciudad. Manuel podría acompañarte. Le encanta pasear a los forasteros.

—Entonces me despido. No sabe cuánto celebro haber tenido la ocasión de saludar a su ilustrísima —dijo Casta, y enseguida se levantó, se arregló otra vez la vestimenta, caminó hacia la puerta y antes de salir se despidió con un gesto del obispo y la Madre. Se internó después en el pasillo, camino de la oficina en busca de Manuel.

—Volvamos a la cuestión que nos ocupa —reanudó la conversación la Madre—. Vamos a concretar el calendario de colectas para las exclaustradas. Tengo conmigo la lista de parroquias y los nombres de los párrocos.

—Dígame cómo actuaremos —replicó él—. No puedo garantizar mi asistencia, pero sí que acudirá alguien del obispado. Contacte con

las superioras de los conventos a quienes se destinan las colectas y explique cómo se repartirán las ayudas. Lo mejor es empezar por la parroquia de Santa Catalina Mártir. Omitiremos la de San Miguel, bastante tienen aquellas gentes con su pobreza. Después acudiremos a la de la Santa Cruz y a la parroquia de San Bartolomé, en las dos hay muchas familias que tienen alguna hija religiosa…

Así prosiguieron un buen rato y, acabada su tarea, salieron de la oficina y atravesaron el jardín, parando después un momento en la puerta para hacer las despedidas. La Madre reiteró al obispo el ofrecimiento de trasmitir a la reina su carta, este su agradecimiento tantas veces como pudo antes de subir al coche y, después, agitando la mano por la ventanilla durante todo el trecho de subida por el callejón. Cuando el carruaje giró hacia Les Magdalenes, la Madre entró en el jardín y se dirigió a la oficina con el pensamiento todavía enredado en Casta. Antes de llegar recordó que la señora no estaría en la casa, siendo que había salido a Valencia con Manuel. Comprobó que Compasión estaba cosiendo en el taller y aprovechando las dos ausencias se decidió a entrar a fisgonear en el dormitorio que ocupaban.

Repasando los libros que había en el estante, encontró varios tomos de poesía y una novela titulada *Dos mujeres*, que, esperaba, estuviera inspirada en buenos principios morales, como las fábulas de Iriarte que ella leía de chica, pensó, pero… ¡todo había cambiado desde entonces! Asombrada, comprobó que los libros que Casta leía estaban escritos por mujeres. Las chicas de las clases medias se educan, no es como antes, que solo las de rango sabíamos leer y escribir, razonó, recordando al severo preceptor de quien recibía lecciones de gramática y retórica.

Después repasó las contraportadas de las colecciones de poemas que había en el estante, donde se afirmaba que sus autoras eran mujeres de una especial sensibilidad. Leyó dos de los títulos: *Colección de poesías de la escritora española Carolina Coronado* y *Las violetas, de Dolores Cabrera*.

¡Violetas! Cosa más cursi no había, se dijo, qué sabrían estas poetisas de lo que era la vida. Sacó el primero, *Colección* de *poesías*, en cuya primera página aparecía el retrato de la autora, una muchachita morena, de cejas espesas y expresión virginal peinada con tirabuzones. Confiada en la imagen ingenua que desprendía el retrato, pasó tranquila las páginas iniciales del libro hasta llegar al primer poema, titulado «El amor de los amores». Leyó el primer verso:

¿Cómo te llamaré para que entiendas

que me dirijo a ti, ¡dulce amor mío!?

¡Dulce amor mío!, repitió desconcertada. Esperaba leer un poema religioso y se había topado con aquellas palabras encendidas que tantas veces había oído susurrar a los caballeros en los bailes de gala de palacio, a los que tenía que acudir, recordó, aunque siempre acompañada de Francisca, las dos solteras, las dos obligadas por su rango a frecuentar los salones de la reina. «El amor de los amores» no era una obra moral, como eran las novelas que componían la biblioteca que primero había revisado, pensó.

Los versos de «El amor de los amores» se componían de aquellas frases apasionadas que utilizaban los libertinos para levantar de cascos a las muchachas sin experiencia y a las mal casadas, a las débiles o a las viciosas, empantanadas en los juegos galantes, que empezaban a abandonarse desde el mismo momento en que llegaban al baile enseñando los brazos y luciendo escote. Palabras venales que en aquellas veladas desembocaban en escenas vergonzantes. Conforme avanzaba la noche, cuando el roce de los cuerpos mientras se danzaba y las bebidas habían barrido todas las contenciones, recordó, las parejas acababan encontrándose detrás de las columnas, bajo las escaleras, en los parterres. Que un hombre vicioso las usara… todavía, pero en boca de una mujer resultaban inaceptables. Qué falta de decoro, escribir un verso que da entrada a la pasión, a eso que llaman los hombres «amor» y que no es sino complacencia de sus sentidos y desprecio de nuestro cuerpo, se dijo.

Las tapas del libro que sostenía en la mano le abrasaban los dedos y en aquel contacto le vino a la mente la imagen de Casta rezando el ángelus, las manos juntas bajo el pecho. Parecía presa, recordó, de un arrobo que no podía ser devoción, porque no era una mujer devota. Era, entonces, el embeleso de una mujer enamorada, dedujo, y cuando no pudo resistir más el calor que desprendía aquel libro, lo cerró y lo devolvió al estante. Salió del dormitorio, recorrió el pasillo y bajó las escaleras hasta alcanzar el corredor caminando con premura, como si en vez de bajar subiera. Cómo pueden esas «sensitivas», se decía, abandonarse a palabras que traen abrazos, suspiros, susurros, que avasallan la voluntad, con las que el cuerpo de las mujeres desfallece y que acaba en embarazos ocultados, partos vergonzosos, en criaturas abandonadas en la Casa de la Caridad.

El señor Bosco y Pepe Salamanca, concluyó, me han enredado para que aloje a una burguesa, una «sensitiva». ¿Qué sé yo de ellas? Ni siquiera sé qué opina Casta de todo esto, pero ¿cómo lo voy a saber si no habla? Le preguntaría al ama Compasión, decidió. Nadie

mejor que una antigua criada conoce la intimidad de la familia a quien sirve. Hablaría con ella en el taller, porque el ama lo frecuentaba, donde se entretenía charlando con las chicas mientras hacía calceta.

Segunda carta

Valencia, 20 de marzo de 1854

Querida Carolina:

He recibido tu contestación a la mía anterior y me pongo enseguida a responderte. Mi buena amiga, recuerdas que estoy sola y deseando recibir tus cartas. Cuánto dolor transmites. Qué confianza me demuestras. Enseñas tus heridas, me dices que por ellas vives en una soledad que ninguna compañía puede mitigar, ni siquiera la de tu esposo, que te da tanto amor. Quisiera poder consolarte. Entregarte lo que no tengo, serenidad de espíritu, descanso para que recorras el día con mejor ánimo. No puede haber nada más doloroso para una madre que la muerte de un hijo, más si es una criatura de pocos años la que se va al cielo. Los niños que mueren se van demasiado pronto, este es el espíritu de tantos poemas elegiacos firmados por poetisas.

¡Cómo me gustaría estar junto a ti, abrazarte! Bueno sería estar las dos sentadas junto a la ribera del Gévora, tu río extremeño tan amado. Hablaríamos de poesía. Me enseñarías a trazar el recorrido de las nubes que veo atravesar

el cielo como un ejército blanco; a escuchar la conversación que mantienen, repiqueteando, las hojas de los árboles; a entender los afanes de las rosas, de las humildes violetas, a las que dedicaste encendidos poemas siguiendo un género poético tan propio de nuestra tradición. ¡Tienes tal sentido de la naturaleza! Lo envidio. Yo empecé a tenerlo de verdad cuando me fui a Almería. Voy conociendo la casa. Además de mi habitación, el austero jardín, que es inevitable transitar, la oficina, donde paso muchas horas, y la sala de recibir, adonde fui para saludar al obispo de Valencia, que vino de visita. La oficina está en el centro mismo de la primera planta. En ella solo hay una ventana alta que suele estar cerrada, pero la puerta está siempre abierta porque la Madre suele trabajar hasta tarde. Es como el ojo de Dios para ella, desde allí todo lo ve. Me preguntó si quería ayudar con la correspondencia de la casa, que le ocupa mucho tiempo, y en aquel momento no me pareció mal, todo lo contrario, no sabía en qué podía gastar las muchas horas que iba a tener libres si no era (aparte de escribir y leer) en beber tisanas y preparados reconfortantes.

Así que llevo un tiempo ocupada por las mañanas en copiar cartas en la oficina, donde, aparte de la Madre, solo entra Manuel, el amanuense (¿te he hablado de él?), y las hermanas cuando tienen algún recado, para anunciar las visitas o entregar la correspondencia. Vaya, que es todo un honor que la Madre me haya admitido a su lado. Qué ingrata soy, pero no consigo agradecérselo, parece que ser una visitante distinguida deba halagarme y estar en su compañía suponga una enorme satisfacción… Pues no. No he venido invitada a la casa sino a la fuerza, no he pedido conocerla a ella ni a las chicas. Vine escoltada como una delincuente, considerada entonces peor que las chicas, porque estar en la vida, me han dicho, no es delito, pero la

esposa que afrenta al esposo ¿es una criminal? ¡Qué sé yo la parte que ha tenido la Madre en este encierro! No tengo ningún interés en tenerla cerca, al menos hasta saber si ella tampoco me va a creer.

La Madre rige la comunidad con la seriedad de un administrador de casa noble. Cuántos registros. Se anotan todos los gastos. Hojas y hojas detallando entradas, salidas, donaciones, préstamos. Escribe a media España y le llegan cartas de la otra media. Se hace una copia de cada una de las que salen, que se archiva. Qué enormidad de trabajo. Solo los de señorío pueden considerar necesarias tantas anotaciones. De casada nunca se me ocurrió llevar un libro de cuentas ni tampoco uno de esos álbumes que se han puesto de moda, donde se anotan las fiestas familiares, los nacimientos y los bautizos. Llevé un diario poético, pero las cuentas de la casa las llevaba Ramón, y fiestas en familia no había. Mi madre no apuntaba nada, por más que se lo recriminara mi abuela, que, como buena irlandesa, consideraba necesario controlar los gastos. Mi madre se negó siempre a hacer sumas y ahora se me ocurre que era porque apenas dominaba las cuatro reglas.

He aceptado ayudar con las cartas porque así tengo algo que hacer, como te dije. Al principio de llegar estaba trastornada, sin fuerza ni para salir de la cama, donde me pasaba las horas. Poco a poco, fui recomponiendo el ánimo y ahora, si me quedo en la habitación, el día se me hace eterno, y no siempre me acompaña Compasión, a quien le gusta zascandilear por la casa y bajar por las tardes al jardín a hacer labor. Se me olvidaba, también conozco la portería y a la hermana portera, con quien hablé el otro día cuando fui a recoger el correo por encargo de la Madre. Una mujer sabia a la que he dado en llamar Campanitas, porque es quien a golpe de campanilla anuncia el ángelus. ¡Ah! Y a sor María,

la encargada del ropero y del dormitorio de las chicas. Un alma bendita, como Campanitas.

Las chicas pasan por delante de la oficina, que está siempre abierta, casi de puntillas, como lo harían delante del Santísimo.

Solo les falta santiguarse. Le tienen el mismo respeto que mis hermanas y yo le teníamos al despacho de mi padre y el que yo le tuve después al de Ramón; no me atrevía a entrar, ni estando sola en casa. Tampoco los días en que él recibía a sus socios. Yo llamaba a la puerta y, cuando le oía decir «Adelante», abría y me quedaba esperando. La limpieza del despacho era cosa de las criadas, que lo ocupaban con más confianza que yo. Ahora, discurriendo, deduzco que el despacho del padre o el del esposo es en nuestras familias un santuario donde, si acaso, entran los hermanos. Así que en este momento me asombra pasar la mañana tranquila en la oficina sin que nadie me reprenda. De tanto en tanto, me parece que voy a oír a Ramón preguntando qué hago yo allí, con ese tono que usaba para decir sin palabras: «¿Cómo te atreves?». Los primeros días esperaba el reproche de Manuel. Ahora ya no. Estoy allí autorizada. Me lo pidió la Madre.

A las devociones no he acudido todavía, lo que me recriminan de continuo. Que no aparezca es un desplante, lo sé. No contribuye a que se forme la Madre de mí una buena opinión, un extremo que no tengo ganas de tener en cuenta. No puedo. Me niego a acudir a la capilla como una más, por mucho que me hayan reservado un lugar de honor: sentarme en la última fila con las hermanas y junto a la Madre. ¡Cuántos honores me dedica esta comunidad que yo rechazo! La oración de la mañana y el rosario de la tarde se rezan en común. Es donde las acogidas se juntan con las hermanas, además de en el taller y en el comedor, a los que

tampoco acudo.

El propósito de la Madre es vivir en familia con las acogidas, pero si este es su ánimo, no es el mío. Agradezco que sean pocas las devociones y prefiero comer en mi habitación. Compasión me trae la comida de la cocina. No tengo ganas de revoltijos. Familia, si acaso tenía una y se ha deshecho. No tengo cerca sino a Compasión y me piden que sea parte de una compuesta por mujeres de la vida…

No sabes lo que hay aquí. Nunca había visto tanta manola junta ni de tan cerca. Mi madre las aborrecía y no tuvo que vivir entre ellas como yo, y, ahora que lo pienso, quizás mi madre se alegraría de verme donde estoy, tan pobre era la opinión que tenía de mi persona. ¿Sabe Ramón lo que ha hecho? Ponerme a la altura de lo más cochambroso de nuestra sociedad, de una prostituta. Darle la razón a mi madre, tratarme como siempre me trató ella. Lo peor, me ha hecho regresar a la vida que tuve antes de casarme, a la vida de la que hui, y al cabo del tiempo vuelvo a mis orígenes, a una como nube oscura de cenizas que cubre mi cuerpo, la que cubría el cielo el día que nací. Ramón me ha devuelto al mal fario con el que vine a este mundo. Qué difícil será que podamos reconciliarnos; ni aunque yo quisiera, cómo podría perdonarle…

Necesito cambiar de tema.

Quien está más que contenta ocupándose de preparar brebajes es el ama Compasión, que por campesina tiene en la cabeza un herbolario de remedios. Tener que prepararme tisanas y cocimientos le fuerza a acudir de continuo a la cocina, principal lugar de encuentro (además del taller) de las hermanas y las acogidas, por lo que llevo entendido. Compasión es tan charlatana… Por las noches me habla de las chicas, tanto que casi parece que las conozco, por lo menos por los nombres, ella no tiene mis reparos en tratar

con la mugre de las desamparadas. ¡Ha visto tanto en la vida, sabe tanto! Cuando la escucho me parece que las chicas me dan menos rechazo, será por conocerlas a través de las sabias palabras de Compasión. Me da por pensar que no echa de menos Vera, donde estaba, como todos, apabullada por Ramón.

Volviendo al ángelus. Una mañana después de rezarlo, una de las chicas (se llama Pilar) se puso a llorar a gritos acordándose de su hija que se había muerto de pequeña. Se culpa, me dijo la Madre, de que la niña muriera porque la había concebido «con mucho pecado», no como la Virgen concibió a Jesús. Después, durante el resto del día, no dejaba de zumbarme en la cabeza esto del «concebir con mucho pecado» y me venía, no sé de dónde, un olor, viejo conocido mío, que llamo «el putrefacto», compuesto de tufos distintos: la peste que sueltan las letrinas en verano, hedor a vómito, el mal aliento de los pobres…, hay tantos.

«El putrefacto» que me trajeron las palabras de Pilar era una mezcla de vómito de borracho y del hedor ácido que desprenden las mujeres de los barrios bajos, de la peste que debían de soltar las chicas antes de entrar en la casa, cuando estaban en la vida, un olor que yo conocía muy bien, de tantas veces como había notado que impregnaba las ropas y el aliento de mi padre cuando regresaba de noche a casa completamente amoscado y se adentraba como una alimaña en mi dormitorio de niña, antes de llegarse mucho más tarde al que compartía con mi madre (nunca tuvieron habitaciones separadas).

Se sentaba en el borde de mi cama, me explicaba lo desgraciado que era en su matrimonio, lamentándose de sus desdichas, de su infelicidad, mientras me acariciaba la frente y las mejillas, y yo, que dormía junto a mi hermana, que nunca se despertaba con estas visitas nocturnas de mi padre,

insospechadas y etílicas, me quedaba inmóvil, muerta, pero no en paz, sino petrificada, sin voluntad. Yo no sabía si las caricias de mi padre acabarían su recorrido en mi frente y en mis mejillas, o si sus manos continuarían explorando mi cuerpo, pero, claro, no podía preguntárselo ni podía rechazar sus acercamientos ni alegar nada. Además de petrificarme, enmudecía.

No recuerdo el desenlace de estas frecuentes escenas, pero cuando al fin se marchaba mi padre, cuando, no sé cómo ni por qué, decidía finalizar aquellos encuentros que yo ni deseaba ni provocaba porque solo era una niña, sino que en todo caso aborrecía, quedaban flotando a mi alrededor lajas de una neblina densa, oscura y fétida. Entonces me levantaba, abría la ventana en la esperanza de disipar el hedor, pero no conseguía ventilar la habitación y toda yo, mi piel, mí cabello, mi ropa, me quedaba no sé cuánto tiempo impregnada del mal olor que había dejado mi padre en la habitación. Me llevaba una eternidad librarme del «putrefacto», tiempo durante el cual procuraba aislarme, no me acercaba a nadie, no fuera a ser que advirtieran mi suciedad. Rehuía especialmente a mi madre, que tenía una nariz tan fina como la mía y que me iba a decir que yo olía a putón.

¿Cómo conseguía tapar el mal olor? Le pedía a mi hermana Matilde que me dejara aspirar un buen rato los ramos de flores que componía para adornar el altar de la parroquia, donde se pasaba la vida; era la mejor de las beatas. Sin que nadie me viera, sacaba del armario nuestros ajuares. Los manteles bordados, las tiras de encaje que esperaban enrolladas a que las costureras remataran con ellas docenas de camisas y camisolas (mi ajuar se quedó en Málaga. No me dio tiempo a recogerlo y tampoco me lo enviaron). Bajaba al cuarto de costura para aspirar el olor de las enaguas

recién almidonadas. ¡Cómo he añorado el perfume del almidón que da tiesura a las sábanas, a las toallas, a las pantaletas! En mi casa de Vera nunca conseguí reproducirlo. Allí las señoras rara vez almidonan la ropa y hay pocas planchadoras que sepan hacerlo (hace demasiado calor).

Hablando de olores, te dije en la anterior carta que tengo el olfato muy fino, pero, por desgracia, mi nariz es más sensible cuanto peor es el olor. Noto el aroma de los sentimientos y de las emociones, y puedo asegurarte que el corazón de las personas no huele a rosas. Hiede. La nariz se me afinó muy de chica. A diferencia de mis padres y de mis hermanas, siempre me persiguieron los vapores que desprendía el palacete donde vivíamos. Una vez le pregunté a mi padre si no olía algo raro en la casa. Primero me respondió que notaba un olor a humareda, pero enseguida dijo que dudaba, para acabar afirmando que no olía nada. Yo insistí hasta que él, enojado, dijo que me lo inventaba. ¡Desgracia es tener este afán por reconocer la verdad! No me ha favorecido saber que el cuerpo revela la verdad que las palabras ocultan.

Mi madre estaba siempre en el patio, alejada de la pestilencia. No solo lo negaba, sino que además huía. Fue la autora de una frase (rematadamente cursi) que circulaba en la familia: «En el patio estamos siempre perfumados por la primavera». Yo sabía que este lema era un conjuro, aunque no comprendía qué era lo que mi madre pretendía exorcizar. Qué desvarío es este de los olores. Cuánto es lo que ha devuelto a mi mente el rezo del ángelus y el sonsonete de Pilar. La memoria es una resaca. Por más que queramos, nos trae de vuelta lo que arrojamos al mar con la pretensión de que desapareciera.

Me dices que hace tiempo que no tratas a mi cuñado Serafín Estébanez ni tampoco mucho a Salamanca. El

primero ha conseguido colocarse muy bien en la política, supongo que ayudado por haberse casado con mi hermana Matilde. ¡Quién me lo iba a decir! Mi padre no le quería de pretendiente porque no tenía recursos, hasta le puso un mote, le llamaba el Popo, el poeta pobre. Todo el mundo sabía que Serafín se pasaba las noches con la farándula de Málaga, pero adoraba a Matilde, que más santurrona no podía ser. ¡Hasta me recriminaba que leyera novelas! «Son veneno para las jóvenes», solía decir. Profetizaba que yo iba a huir de casa con un amante y, muy cursi ella, «iba deshonrar a la familia».

En cuanto a Salamanca, la fortuna le ha favorecido con el don de ganar dinero a espuertas. Nació con una moneda en los ojos. Ve dinero como nadie, posee el don de los zahoríes, sabe dónde están los caudales ocultos. A la edad del casamiento se topó en Málaga con mi hermana Petronila, de quien se enamoró de inmediato, de ella o de sus dineros o de la influencia de mi familia. De Petronila saltó al dinero a lo grande del sur de España por medio de los negocios familiares y desde allí entró en Madrid, donde hizo capitales a lo enorme. Salamanca es socio de Ramón. No sé qué intereses comparten ni lo quiero saber. Me propuse ignorar los asuntos de dinero desde que una vez le oí decir a uno de sus deudores, el más rencoroso, que mi marido es el mayor usurero de Andalucía.

Pierdo el hilo. Releo la última carta tuya y me paro a repasar el retrato que haces de Compasión. Es como si la conocieras.

Entró de criadita con mi familia materna, en el cortijo mayor de la sierra de Málaga. Su madre la tuvo de uno que la abandonó para echarse al monte y mi abuela las recogió a las dos. Compasión creció de compañera de juegos de mi madre, que, al casarse, se la llevó a Málaga. Crecí con ella y

cuando me fui a Vera no consintió en dejarme sola, «con esos que visten como moros y no hablan en cristiano». Nunca le gustó la gente de Almería, los acusaba de mentirosos. Me sorprendió que Compasión se viniera conmigo cuando me casé. Era uña y carne de mi madre. Es un milagro que me haya acompañado a esta cárcel.

A Compasión no se le ha pasado por alto que el jardín está rodeado de aspidistras, como el del palacete de Málaga, y me ha dicho varias veces que me baje con ella a hacer costura. ¡De ninguna manera! No sé qué aborrezco más, las labores o las devociones.

Llevo varias tardes continuando un relato que comencé hace tiempo. Me baso en mis cuadernos de poesía y en los diarios de casada que traje. ¡Bendita Compasión que se acordó de meterlos en el equipaje! Me apoyo en ellos y en mi memoria. Qué suerte es escribir. Registrar la vida. Amarrarla. Tinta y papel nos anclan, a diferencia de la voz, que asciende y asciende, pero se disipa en el aire.

Antes de acabar vuelvo a la imagen de la que te he hablado. Estar sentadas las dos a la ribera del río, charlando. Es una escena que vi el otro día representada en el muro de baldosas de una fuente que hay camino de La Ilustración, adonde fui a recoger una revista. Me acompañaba Manuel, el amanuense, hombre más correcto no puede haber. Me hizo grandes elogios de la loza decorativa de Valencia, donde en muchas casas se usa para cubrir los zócalos y proteger las paredes de la humedad. Una tradición tan antigua como artística, dijo. Me quedé contemplando la fuente un buen rato, rodeada de aguadores y mujeres con cántaros a la cintura.

Adiós, querida amiga. Me despido. No olvides escribirme pronto.

P.D. Relación de preguntas que no paro de hacerme: ¿Cuánto tiempo pretende Ramón que me quede en la casa? ¿Hasta que me recupere? ¿De qué? ¿En qué consiste esa recuperación? ¿Debería escribirle? ¿Para decirle qué?

¿No debería ser él quien me escribiera?

Besos y abrazos de tu amiga Casta

La directora de **El Pensil de las Damas**
anuncia
la publicación del capítulo secundo de:

Azucena

La boda

Nos despedimos cuando Navajas acababa de proponer un paseo a su prometida para que conociera sus propiedades. Azucena estaba en el momento más importante en la vida de una joven. Iba a contraer matrimonio, a entrar en la edad madura. Todos los tratados sobre la mujer coinciden en señalar la importancia que tiene para ella las nupcias. Los años de la niñez, suelen afirmar, dejan en la mente gratos recuerdos y fuertes impresiones que determinan el rumbo futuro de la vida; la adolescencia se describe como una época especial de días felices, un tiempo de ilusiones cuando todo

parece grato y encantador y el futuro se presenta como un sendero jalonado de flores deliciosas. Advierten estos tratados a las jóvenes que no pueden ellas hacerse cabal idea de las duras realidades de la vida de las casadas, quienes, como flores ignoradas, yacen en el abandono y la tristeza. Las muchachas en edad casadera, afirma el moralismo del presente, deben ser conscientes del peso futuro de su decisión en cuanto al matrimonio y de lo acertado de acudir a sus mayores, confiar en su buen juicio, acrisolado por la experiencia y perfeccionado por la prudencia y la sabiduría que otorgan los años. Estas palabras, en resumen, son la forma en la que en nuestros tiempos se recalca el anteriormente llamado «deber de obediencia» a los padres de los hijos de familia.

Azucena se dejaba guiar en todo momento por estos razonamientos, obedecía el tercer mandamiento de la ley de Dios —«Honrarás a tu padre y tu madre»— y a las mismas normas legales que exigían el consentimiento del padre para que el matrimonio de una joven fuera válido. Esta narradora está también más que segura de que no ignoraba que el padre podía negarle la dote a una hija desobediente, y el triste destino que le esperaba a una mujer sin dote y más si caía en el repudio familiar. Por tanto, en cuanto a su enlace, Azucena siguió toda clase de consejos y normas, especialmente de su progenitor, y más que sus consejos, la decisión de su padre de que contrajera matrimonio con Navajas. Amigas lectoras, prepararos para ahora seguir conmigo el laberinto de los sentimientos, desazones y deseos, el torbellino que se produjo en la mente y en el corazón de Azucena cuando, con dieciséis años, supo que se casaba en un mes.

Desde que recibió la noticia de su enlace, el corazón de Azucena latía con fuerza, expandido por la previsión de un

futuro de libertad y alegría. Iba a dejar de ser niña, iba a ser una mujer casada. ¡Qué dulce palabra!, se decía. Pero también estaba desazonada. Desconocía si su futuro esposo sería bueno y cariñoso, si podría ser feliz. Todos los recuerdos de la infancia se representaban en su imaginación y deseaba con toda su alma abandonar a su familia, por eso es que estaba contenta. Como os indiqué en el primer capítulo, Azucena sabía que casándose con Navajas se acabarían muchas situaciones de su vida familiar que la atormentaban. Este deseo de alejarse de su familia, sin embargo, le provocaba como una necesidad de pedir perdón. Anhelar la libertad era pecaminoso, era deshonrar al padre y a la madre, a quienes se debe respeto hasta el momento de su muerte. Una buena hija lo era siempre, le decían.

La madre de Azucena había seguido rigurosamente las normas de educación que aconsejan a las madres contrariar los gustos de las hijas hasta arrancarles el llanto. Azucena sabía vencerse a sí misma, como le había enseñado su madre, y por eso no le resultó muy difícil quebrarla una vez más al contraer matrimonio. Como el resto de las jóvenes de su edad, no reaccionaba desfavorablemente ante las decisiones paternas, aunque, en realidad, en temas matrimoniales no tenía voluntad, ni tampoco se le había presentado ningún otro pretendiente con el que comparar al que se le proponía.

Esta narradora no termina de entender si Azucena estaba comportándose adecuadamente o no en el tema de su matrimonio. Ella obedecía a su padre, lo que era adecuado, y, al mismo tiempo, se alegraba de la libertad que adquiría, lo que no era propio de una buena hija. Lo que debía alegrarla era obedecer, respetar la voluntad de su padre, pero el cumplimiento de este deber de obediencia resultaba en que no era una buena hija, porque quería alejarse. Y si además pedía perdón por la alegría que sentía de abandonar

a sus progenitores, es que entonces, reconocía, estaba cometiendo un pecado. Este galimatías sumía a Azucena en una gran confusión moral; tantas contradicciones asolaban su pensamiento que no le quedaba tiempo para hacerse otras preguntas, las que normalmente se plantean a las jóvenes acerca de una decisión que afectaría al resto de su vida, preguntas muy frecuentes, por otra parte: ¿será él un buen esposo? ¿Seré yo una buena esposa? Todo eso. Y también otras relativas a aspectos prácticos del enlace que tanto ocupan a las jóvenes casaderas y les impiden reflexionar acerca de las cuestiones importantes en torno al matrimonio.

En este momento del relato tenemos que ponderar los sentimientos, los temores y las dudas que asaltaban a la novia, porque los movimientos del corazón son tan difíciles de ordenar como los de las aguas de un mar tempestuoso, que avanzan y retroceden caóticos, sin que nuestra razón alcance a comprender la lógica de sus oscilaciones.

¿Cómo se sentía Azucena al verse obligada a celebrar su boda con tal premura que solo iban a asistir a la liturgia matrimonial su ama y una de sus hermanas? Podemos imaginar su inquietud. No iba a compartir ni con su madre ni con sus amigas las numerosas decisiones que conlleva la celebración de una boda, suceso tan feliz como complejo, especialmente en lo que resulta de la elección del vestido de novia. De todos es sabido que nada interesa más a una muchacha casadera que acertar con el atuendo apropiado para este evento. Son innumerables las discusiones y deliberaciones que suscita cada detalle de la vestimenta y celebración, puesto que, el día del enlace, tantos ojos estarán puestos en la novia. Sin embargo, la madre de Azucena no había consentido en desplazarse al lugar del casamiento por lo arduo del viaje y el desastroso estado de los caminos. De sus amigas no prescindió porque no las tenía.

En cuando a la celebración de las nupcias, la localidad donde se iba a casar Azucena era del sur, pero también del levante, por lo que no se sabía muy bien cómo tenía que desarrollarse la boda. La costumbre en el levante de nuestra patria es que los novios acudan a la iglesia de buena mañana acompañados únicamente por los familiares más cercanos. Más hacia el sur, retrasan hasta la tarde la ceremonia religiosa y se acompañan de cuantos más invitados mejor. Los esponsales implican a toda la comunidad y es de rigor que los invitados se queden hasta bien entrada la madrugada cantando y bailando. Incluso, según le habían informado, cercano el amanecer van a las playas, donde continúan el jolgorio y es costumbre que los criados les llevan allí el almuerzo y se queden unos y otros contemplando la salida de sol.

Esta fue una de las primeras decisiones que tuvieron que tomar la hermana de Azucena y el ama, cuyos detalles daremos en el siguiente capítulo. En cuanto al banquete, las organizadoras preguntaron a unos y otros, especialmente a la Oscura, qué se acostumbraba a servir en las bodas y les dijeron que buñuelos, garbanzos tostados y dos borregos que se hubieran sacrificado para la ocasión. A Azucena le pareció extraño servir borrego y garbanzos en una boda, pero no quiso desairar a su suegra y se acomodó a que se hiciera el convite conforme a lo tradicional en la tierra. Lo importante era que nadie se extrañara de aquella celebración y que todos los invitados quedaran satisfechos, de forma que en la localidad se comentara que los invitados se habían quedado tan hartos de comida y bebida que nadie recordara nada de la boda, tan enorme había sido la comilona y la borrachera.

Hemos acompañado, lectoras amigas, a Azucena en su laberinto sentimental y ahora me propongo volver al relato que dejamos al finalizar el capítulo anterior, cuando el futuro

esposo de Azucena proponía a esta que fueran a dar un paseo, algo muy razonable para que los prometidos se fueran conociendo.

Uno de los siguientes días a aquel en que tuvo lugar el acuerdo matrimonial, por la tarde, Navajas y Azucena fueron a visitar unas minas de plata que, el primero aseguraba, producían cuantiosas cantidades de dinero. Ya iniciado el paseo, Azucena oía con sordina las explicaciones de Navajas, ocupada como estaba en desenredar sus pensamientos. Puesto que el matrimonio estaba ya decidido, pensaba que tendría que conocer bien al hombre con quien debía pasar tanto tiempo. Nada menos que el resto de su vida. ¿Cuánto sería ese resto?, se preguntaba. Lo imaginaba como una línea alargada hacia lo lejos, muy lejos, y observaba Azucena al señor sentado a su lado, a quien no sabía cómo debía dirigirse, si de tú o de usted.

Un corto inciso, amigas mías. De antaño viene la costumbre de que el esposo llame a la mujer de *tú* y esta al marido de *usted*, aunque ahora se estén abandonando estos tratamientos. Por tanto, amigas mías, cuando Azucena se preguntaba cómo debía llamar a su futuro esposo, tenía presente esta polémica, que tanto se discute ahora en periódicos y revistas.

Durante el paseo, Azucena notaba la humanidad de su novio atrapada en la chaqueta de pana que llevaba, a pesar del calor. Unos cordones prietos, bien anudados, sujetaban los zapatones en que encajaba sus enormes pies. De las mangas, que apenas le cubrían las muñecas, emergían las manos, dobladas hacia dentro, con el dedo gordo escondido entre los dedos. ¿Estará conteniendo un puñetazo?, se le había ocurrido pensar a Azucena, aunque enseguida había rectificado concluyendo que era muy injusta, que no podía juzgar así a quien acaba de proponerle matrimonio.

Avanzado el camino, Navajas quiso explicarse, como pensó que era lo debido en las circunstancias en que se hallaba. Habló de que su padre había comenzado el negocio familiar y de las fundiciones que se estaban instalando en la zona. Azucena se atrevió a preguntar cómo se llamaba su señora madre. Mmm, murmuró Navajas. Y ante aquella contestación, ella añadió que desearía conocer a su futura suegra, segura como estaba de su bondad. Sin éxito, porque Navajas enmudeció. Calló Azucena, contemplando las tierras que recorrían, un paisaje de belleza atormentada, de lomas pedregosas y tierra amarillenta. Escaseaban los árboles, pero abundaba la retama.

Se adentraron en el interior de la sierra y comenzó a escucharse el estallido de la pólvora. De tanto en tanto, rebotaban en el suelo del camino que recorrían las piedras lanzadas al cielo abierto por los explosivos. Caían los cascotes expulsando un aluvión de polvo y guijarros. Aterrorizada, Azucena se cubrió la cabeza y se tapó la cara, oliendo la carbonilla que surgía de las chimeneas de las torres de fundición instaladas en el lugar. En los márgenes del camino se acumulaban montañas de escombros. Circulaban mulas transportando cargas de mineral que chorreaban agua y encharcaban el suelo. Una masa de asquerosidad brotaba de las entrañas de la tierra, donde había permanecido por los siglos sujeta a las raíces de las retamas y de las plantas de romero. Apesta. La tierra apesta, gimió Azucena. Sentía que aquella podredumbre le había ensuciado el cuerpo.

Le llegó entonces un tufo desde la chaqueta de su prometido y pensó que a este le apestaba hasta lo limpio. Sintió un dolor parecido al del enojo o el temor. No sabía si lo que olía mal era la pólvora, la carbonilla, los lodos, las ancas de las mulas o la chaqueta del novio. El asco se le

subió a la garganta y le dieron tales arcadas que comenzó a vomitar. Se le escurrió de la boca un puré espeso y agrio que cayó sobre sus propios zapatos y también sobre los de Navajas, que se apartó bruscamente y fue derecho a sacar un pañuelo con que limpiarse la porquería que le había caído encima. Azucena echó fuera comida hasta que no le quedó nada dentro y se le escurrió de los labios un hilo de bilis. Se incorporó después dolorida y empapada. Apoyó la cabeza en el respaldo del asiento, cerró los ojos y se quedó tiritando, con la mirada extraviada y las manos yertas en el regazo. Navajas ordenó entonces al cochero que diera media vuelta y pusiera rumbo a Candelas. Es muy delicaducha la niña con quien me voy a casar, consideró, más que nada fastidiado. Pronto empezamos con las blandenguerías, y eso que no está preñada, se dijo.

En cuanto al momento del relato en que nos hallamos, ¿qué pasó con Azucena?

Cuando la llevaron a casa no recordaba nada del viaje de vuelta. Estaba tan aterida como cuando otras veces se desmayaba, pero en aquella ocasión no llamaron al médico, seguramente porque no habría en la localidad ninguno de confianza. La envolvieron en mantas y a pesar del calor, temblaba de frío. Le dieron agua azucarada y el ama no paraba de preguntar qué era lo que había comido, que parecía veneno.

Envenenada o no, al día siguiente se iba a casar. Había visto dos veces al que iba a ser su esposo y deseaba que se celebrara el enlace, sobre todo por salir de tantas cavilaciones. Luciría un vestido de raso negro que había elegido su padre, porque, según él había dicho, quería que su hija Azucena diera el sí vestida como si él mismo fuera el novio, y no lo fuera Navajas. Azucena no refutó a su padre, claro está, y sonrió con ternura, pero ¡qué cosas! ¿Pues no se

sentía rara? ¿De dónde procedía esta incomodidad?

Como acaban de comprobar mis lectoras, había muchos puntos oscuros en el alma de Azucena que nuestra heroína no podía desentrañar y no era el menor el tema del vestido de boda, porque le parecía entender que su padre se quería casar con ella, pero eso, se decía Azucena, no podía ser. Así que la cuestión quedó flotando en su mente sin haber sido resuelta, pero allí se quedó cubriendo su corazón de congoja y en esta situación estaba cuando llegó el momento del rito matrimonial.

La boda se celebró a primeras horas de la mañana en la iglesia parroquial. Acudieron a la ceremonia los padres de Navajas, el padre de Azucena, la hermana de esta y el ama. No quedó claro si aquella fue o no una boda de tronío. De cierto, únicamente del padre de la novia se podía afirmar que era un «señor de los de sombrero», porque Navajas era el amo, pero no tenía trazas de señorío, y el padre de Navajas ni llevaba sombrero ni era un señor ni el amo. Las vecinas del pueblo que espiaron la ceremonia escondidas tras las columnas de la nave afirmaron que el ama que acompañaba a la novia era una «señorona», de las que viven regaladas en la casa de los dueños, pero de Azucena, por prudencia, no dijeron nada, sino que era forastera y muy niña.

Volvamos a la boda.

En una hora temprana, dos muchachos de pelo rapado y orejas de soplillo abrieron las puertas de la iglesia. Se juntaron con el señor párroco al pie del altar, no sin antes pasar por la sacristía para colocarse las vestiduras de monaguillo. Debido a la hora y al resto del incienso que

flotaba en el aire procedente de la liturgia del día anterior, reinaba en el interior de la iglesia un ambiente adormecido que se contagió enseguida a los que entraron para celebrar la boda. La novia llegó del brazo del novio, porque no era costumbre en la zona que el padre entregara a la hija. Tampoco sonó música alguna, porque a esas alturas del siglo y en un lugar tan remoto no había hábito de acompañar la marcha de los novios hacia el altar con música de órgano. Tampoco había órgano en la parroquia ni, caso de haberlo habido, se hubiera encontrado en la villa un músico que lo tocara.

Cuando llegaba al altar, Azucena vio a su suegra, y tan renegrida le pareció que se echó a temblar, temiendo por la influencia de aquellas tinieblas en su futuro. La Oscura estaba sentada en el primer banco, al lado de su consuegro, el padre de Azucena, y junto a este se había colocado el padre de Navajas. (Esta narradora se ha dado cuenta de que nunca ha mencionado al padre de Navajas por su nombre propio, ni siquiera le ha nombrado por un mote, que tampoco tenía. Ha pensado que, siendo su presencia en este relato tan escasa, no merecía la pena entretenerse en describirlo, bastantes son ya los personajes de esta historia que las lectoras tienen que memorizar).

Sentadas en un banco a la izquierda del pasillo estaban la hermana de la novia y el ama. En un reclinatorio colocado entre el altar y los bancos, de espaldas a los invitados, se arrodillaron los contrayentes. Las invitadas llevaban el negro vestido sacramental propio de las bodas, pero no de lana, debido al calor, sino de raso. El padre de Navajas iba ataviado con un traje de paño negro, y el contrayente, que había consentido en prescindir de sus ropas habituales, lucía el chaqué que se ponía en las ocasiones formales. Integraban los nombrados un grupo sombrío, aunque en la penumbra de

la iglesia deslumbraba a los asistentes a la boda el chaleco plateado del padre de la novia, que refulgía como la cota de un arcángel.

Se había vestido primorosamente para la ocasión y reventaba de orgullo, satisfecho de emular a Navajas, pero cerraba los ojos cuando miraba a su consuegra, humillado por las sayas negras, el pañolón anudado al cuello y la cara amortajada de la Oscura, quien, por su parte, no miraba a su consuegro ni a su nuera. Ella sentía que las piedras del suelo temblaban con el mismo retumbar de la tierra anunciando riadas. El fragor, percibía la Oscura, delataba que Azucena, llegada de súbito y de tan lejos, anegaría sus vidas con la fuerza de las tormentas que, nacidas en la sierra, inundan los campos infladas de agua y de barro, arrasando las cosechas. La Oscura temía por su hijo y se preguntaba si aquella novia, chiquita y frágil, no terminaría por hundir a su familia.

A Navajas, de camino al altar, le cegó el brillo del chaleco de su suegro. Después entró en el estado de duermevela que a todos dominaba y se encogió de hombros. La hermana de Azucena y el ama no paraban de llorar. La primera, de envidia, porque su hermana hubiera conseguido un esposo tan rico, lo que nadie en la familia esperaba que sucediera. El ama lloraba de pena, afligida, pues parecía que se llevaban robada a su niña. Acabada la ceremonia, el cura párroco se quiso acercar a los novios para felicitarlos, pero no pudo. Contagiados por el ambiente, anonadados por la pesadumbre, el oficiante y los monaguillos se quedaron inmóviles, aletargados, junto al altar.

No puede esta narradora imaginar futuro más encantador para Azucena que el de ver su dulce y simpática figura colocada como un ángel de paz junto a sus parientes. Antes, sin embargo, tenemos que hacer el relato de su noche de bodas, lo que mis lectoras encontrarán en el próximo

capítulo. Acerca de lo que pasó aquella noche no hagáis suposiciones aventuradas, amigas mías. Mi deseo sería que, de resultas de la misma, se estableciera entre los cónyuges el recíproco amor que debe unir a los esposos con un lazo más dulce y fuerte que el de sangre. Veremos si este deseo se ve cumplido.

PARTE TERCERA

Las tapadas

—No sé cómo hemos llegado hasta aquí —dijo Compasión.

Calcetaba el ama en el taller con las chicas y con la Madre Micaela y sor María, que lo dirigían. El hilo de algodón que tejía salía de un cesto colocado a sus pies y a cada vuelta de aguja, a cada giro de su mano, se transformaba en una preciosa puntilla. Compasión hacía labor a ciegas, sus dedos recordaban el patrón de aquellas filigranas y era capaz de conversar con la Madre sin perder el punto. Parecía halagada por tener su atención. La Madre, a su vez, charlaba afanada en rematar a vainica una pila de camisillas y mirando de tanto en tanto la ventana del segundo piso que daba a la habitación de Casta y que, había observado, llevaba toda la tarde abierta. Estará escribiendo a la Coronado, pensó, y seguro que nos escucha, como las chicas, que no pierden ripio. Y tanto que sabía la Madre a quién escribía Casta. Comprobaba el remitente de cada una de las cartas que llegaban a la casa.

Sor María se acercó a la Madre y le habló al oído.

—Las chicas no hablan de otra cosa en el dormitorio sino de quién es doña Casta, de por qué está con nosotras una señora como ella. Varias noches he tenido que levantarme a callarlas —dijo.

—Lo imaginaba —respondió la Madre con una media sonrisa, y llevándose el dedo índice a los labios le indicó a Compasión que hablara quedo. Se había sentado junto a ella, un poco apartadas las

dos del resto del taller, un gesto bien intencionado pero poco realista, tan cerca estaban unas y otras. A la Madre no le preocupaba Pilar, mayormente ocupada en no estropear la labor, ni Encarna, que iba y venía de la sala de corte al jardín y seguía a medias la charla del taller. Tampoco Iluminada, que cosía a unos pasos y no solía parlotear, y en cuanto a Obdulia y Palomita, dudaba, no las conocía bien, habían ingresado hacía poco. De Chelo, en cambio, la Madre recelaba, inquieta por el punto de sorna que brillaba siempre en sus ojos, por su malicia. No entendía por qué seguía en la casa, por qué no se había marchado todavía.

—Recogí a la niña del vientre de su madre —le oyó decir a Compasión, que dejó la labor sobre el almohadón y se arrebujó en la toquilla, aunque no hacía frío—. Nunca la he podido dejar sola, que no siendo yo quien la parió, la tengo en mis entretelas. De doña Pura, su madre, era devota, con la misma devoción que tengo a María Santísima. Con la niña es distinto. Estoy atada a ella de una forma que ni yo misma me explico. No me arranca de su lado ni el peor viento.

—«La niña, doña Pura…». ¡Bah! Qué dulzarrona se pone la vieja —soltó Chelo como solía hacer, sin levantar la vista de la labor, que sostenía con unas manos de uñas blancas y una piel suave que la calle no había conseguido estropear.

—¿Qué le decías a Compasión? —le preguntó la Madre por ver si se delataba y esperando que su comentario no avinagrara al ama, que hablaba con mucho sentimiento.

—*Na*. Mis cosas —replicó Chelo, quien levantó esta vez la vista del almohadón de costura y, tranquila, miró a la Madre con sus ojos verde azulados de largas pestañas, al tiempo que se colocaba la toca, que se le había deslizado dejando asomar un mechón de cabello lustroso de color castaño claro.

A Encarna, que recogía las piezas bordadas para plancha, oyendo a Chelo se le cruzó el gesto. Se lanzó a pelear:

—Antes, que mi menda es un cacho carne, y ahora que el ama… —comenzó, pero se detuvo por el gesto severo de la Madre. Enojada, cogió el cesto a medio llenar y marchó hacia la sala de corte todo lo deprisa que le permitían sus recias piernas.

La Madre entonces se dirigió a Pilar.

—¿Cómo van esos hilvanes? —preguntó.

—Se *hase* lo que se *pué* —contestó ella.

—No mojes el hilo con saliva ni hagas nudos —le recordó la Madre, temiendo que arruinara otra pieza.

—Voy echando una mano —intervino sor María, que esperaba no

tener que desechar otra camisa renegrida.

—Un desvivir estos cosíos —replicó Pilar.

—¡Qué hermosa es tu labor! —exclamó la Madre, mirando a Compasión, recuperando la charla.

—Es un modelo antiguo —repuso el ama—. Me enseñó a trabajarlos la niña Matilde, una hermana de Casta, no la mayor, sino la segunda. Tenía un dibujante que copiaba los retratos de la gente de importancia que cuelgan en los palacios y sacristías. Con sus dibujos, la niña Matilde sacaba patrones de los encajes que el *señorío* lucía en los cuellos y en los puños.

—¿Casta es la pequeña? —preguntó la Madre.

—Así es —contestó el ama—. Nació en Junqueras, un pueblo de la sierra de Málaga que no es sino un puro cortijo de la familia de doña Pura. La señora era de allí, como yo, que entré a servir de muy chica en su casa, y cuando la señora se casó me llevó con ella a Málaga. Que la niña naciera en Junqueras se debió a que sus padres tuvieron que salir escapados para esconderse en la sierra por cosas de la política. Unas tropas entraron en la capital, más no sé explicar. La señora estaba embarazada, le quedaba muy poco para dar a luz.

Me voy enterando de quién es mi alojada, pensaba la Madre, cuando le llegó un sonsonete.

—Salerito soy, Salerito me llaman, la más guapa que hay, la que mejor canta —canturreaba Chelo. Presumía de nombre artístico.

—No estamos aquí para cantos —dijo la Madre.

—Canto bajito —replicó Chelo—. La ratita *presumía, cosé* y *cantó, cosé* y *cantó*.

—Ni bajito ni alto. Cose y calla —dijo la Madre, fatigada de las artes de Chelo.

Apareció en ese momento Encarna, sudorosa y casi sonriente. Se detuvo junto a la fuente, dejó la cesta en el suelo, hizo un cuenco con las manos y las hundió en la pila, y con el agua recogida se refrescó la cara y después se secó con el delantal. Entregó las piezas que traía a la Madre, quien al verla contenta comprendió que a Encarna le había sentado bien alejarse un rato. Reconfortada, retomó la conversación con el ama.

—Junqueras, qué bonito nombre —dijo incitando a que continuara.

—Tan bonito como el pueblo mismo. Un primor repleto de flores —aseguró—. Un lugar lleno de cruces en memoria de los que aparecen muertos en las calles.

—Muertos de frío, de hambre o a navajazos. Un pueblo de miseria y criminales —apostilló Chelo.

—Un pueblo bendecido por el Cristo de los Pobres y la Virgen de

las Nieves y también por el arcángel San Miguel, que tiene su escultura en la plaza de la iglesia —replicó Compasión.

—Y a la casa de putas de Junqueras, que seguro la hay, ¿quién la bendice? —preguntó Chelo—. ¿La llenan de flores o de muchachas pobres?

Compasión, desconcertada, se pasó la mano por la frente. No esperaba esa pregunta.

—No sé que es una de esas —replicó—. Si es una casa de pueblo te diré que los patios de las de Junqueras revientan de jazmines, tantos que de noche su perfume te marea, y que allí hay muchas placitas iluminadas por farolas de forja muy altas, y también muchas fuentes que en verano refrescan y en invierno sus chorros de agua se hielan y parece que escurran hilos de plata.

Iluminada, que no había prestado hasta el momento ninguna atención a la charla, se quedó embelesada escuchando al ama hablar de Junqueras, de sus casas y plazas, cruces y fuentes, de sus patios perfumados de jazmín. Interrumpió la vainica que bordaba y, con la aguja en lo alto, vislumbró un Junqueras tan radiante como una ciudad celestial. Prendida en el asombro de la muchacha, Compasión se lanzó a hablar sin parar mientes ni bajar la voz.

—El padre de la niña Casta se llamaba don Tomás y era extranjero —dijo—, pero no se le notaba porque llegó de chico a España. Apareció en Junqueras por cosas de unos negocios que tenía con el padre de doña Pura y venía de Málaga capital, adonde los señores se fueron después de casarse. Tuvieron seis hijas —añadió a la ligera sin sospechar el alboroto que iba a levantar.

—¡Seis niñas! ¡Todas mujeres! ¡No ganaría su señor padre para adornos! ¿Cómo las iba a casar? ¡Alguna tendría que quedarse a vestir santos! —clamó el taller.

—¡Silencio! —ordenó la Madre.

—La señora Pura se enamoró de don Tomás nada más conocerlo —siguió Compasión sin aturdirse por el guirigay. Se crecía a medida que aumentaba el interés por su relato—. Había que verlo, qué elegancia de hombre. La señora Pura no había visto nunca un hombre así —siguió y las chicas escuchaban ya sin disimulo, parada la labor —. Parecía un figurín. Más años cumplía, más buen mozo era. Las mujeres todas por él. No solo las señoras, muchas otras se morían de gana, desde las manolas hasta las criadas guapas…

Un perfume mundano inundó el ambiente y se llevó por delante la poca compostura que Chelo era capaz de mantener. Se levantó, dejó la labor encima de la silla y como si estuviera en uno de los teatros donde había actuado comenzó a cantar y bailar una tonadilla:

—«Don Tomás el figurín, las señoras de postín, doña Pura que lo sabe ya no se puede reír».

El taller apreció por desigual el arte de Chelo. Iluminada regresó de la ciudad celestial desconsolada. Compasión volvió a calcetar, la cabeza gacha y la atención concentrada como nunca antes en la labor. Encarna no reaccionó y Pilar, que no parecía muy afectada por los excesos de Chelo, amagó con unirse a la fiesta, lo que sin duda hubiera hecho de no haber notado la ola de aflicción que inundaba el taller. Atribulada, reemprendió la vainica que estaba bordando cuando empezó el jolgorio.

—¡Basta! —ordenó la Madre.

Chelo se puso en jarras, alzó las cejas y se encaró.

—¿Es que no le gusta el arte? Qué tristura la vida en este convento y en este jardín, el más feo que he visto en mi vida, no hay más color que el verde chuchurrío de esas hojas que lo rodean —dijo, en tono agrio y acompañándose de gestos vulgares.

—Ya basta —repitió la Madre—. Sor María, llévate a Chelo a rezar rosarios a la capilla el resto de la tarde.

—¿Será suficiente corrección? —preguntó la hermana.

—No la vamos a azotar. Aquí no se castiga a nadie. En presencia del Altísimo podrá recapacitar, si no es que se duerme —dijo la Madre. No parecía alterada, hecha a los desplantes de las chicas.

Sor María agarró a Chelo del brazo y a rastras se llevó a la muchacha, que no paraba de dar patadas a su alrededor y de lanzar peinetas a las chicas y a la Madre. Poco a poco se apagaron los gritos de la artista conforme el corredor se tragaba a Chelo y a sor María, hasta que en el jardín se hizo el silencio. El ramaje de los árboles continuó impertérrito, ajeno al alboroto, y las hojas de las aspidistras permanecieron desparramadas con igual indiferencia. Únicamente se alteró una maceta, la que estaba colocada junto a la puerta del corredor, a la que Chelo había pateado dejando el suelo a su alrededor cubierto de cascotes y tierra pisoteada. Encarna, tan seria y callada como el resto, vio el destrozo. Consternada, le dijo a la Madre:

—Arreglaré esa maceta. Qué ruina trae la Chelo, *manque tié* razón, unas *bunicas* flores…

La Madre miró a Encarna pensando que quizás no estaba aquella chica tan desacertada. Flores en el jardín, pensó, qué agradable sería tener flores frescas para el altar.

—Lo pensaremos, pero ahora volvamos al trabajo —dijo sin dejar de observar la sonrisa que se le había puesto a Encarna en la cara. Se preguntaba también si Chelo estaría ya dormida en la capilla.

Cuando al día siguiente Casta se despertó, la luz apenas iluminaba los naranjos y limoneros del jardín, y los geranios de las ventanas del segundo piso parecían deslucidos, lejos del color rotundo que alcanzaban sus flores al mediodía. Saltó de la cama, salió al pasillo, sintió el frescor del aire y seducida por la magia del momento se sentó junto a una de las ventanas para observar la llegada del día. Traía este el cielo algodonoso de las primeras horas, los chillidos de los vencejos que rasgaban el cielo trazando una maraña de caminos, y un relente que no daba frío, pero recordaba las madrugadas del invierno. Embelesada, Casta consiguió distraerse de la tonadilla que le había martilleado en la cabeza desde que el canto de Chelo le llegara la tarde anterior alto y claro a través de la ventana del pasillo y de la puerta abierta de su habitación, que no había cerrado para que corriera el aire. Después, cuando Compasión subió al dormitorio le contó lo ocurrido en el taller, y estaba el ama tan compungida que no había querido cenar.

No me lo esperaba, repetía. Mientras cosíamos, la Madre y yo charlamos tan tranquilas. Me enganché con ella porque me preguntaba, pero solo dije que naciste en Junqueras y lo bonito que es nuestro pueblo, y las chicas callaban. Todo empezó cuando hice un comentario acerca de lo que tú y yo sabemos de tu padre. Esa desvergonzada de Chelo aprovechó para entonar una tonadilla muy vulgar y se puso a bailar. Si yo fui imprudente y no supe callar es también mi parecer que la Madre no actuó con firmeza. Le dijo a sor María que se llevara a Chelo a rezar rosarios hasta que fueran a recogerlas, un castigo que es una simpleza de monja, porque dejó el taller sin dos personas para coser. Al segundo misterio, Chelo, seguro, caería dormida y sor María se debió de haber quedado rezando los mil rosarios. La Madre, como poco, tendría que haber castigado a Chelo sin cenar, opinó Compasión, que habló y habló hasta que, derrotada por el cansancio, sucumbió al sueño.

Casta no había conseguido tranquilizarse. Durante la noche, vueltas y vueltas en la cama, envenenada por la memoria de su padre, que estaba muerto, pero regresaba emboscado en las burlas de Chelo. El padre de su niñez y adolescencia que, borracho, de madrugada, se acercaba a su cama y le murmuraba arrumacos como si fuera ella la manola que le había acompañado de juerga aquella noche, y que con la peste de su aliento ordenaba obediencia a sus requerimientos. La tonadilla había arrastrado una voz sucia, el aliento

del deseo, palabras que le *enervaban* los sentidos, mensajes que no había podido desatender. Su padre había regresado en el turbio cante y el baile de Chelo, hasta que, llegada la madrugada, agotada, se había ella levantado de un humor insoportable.

La mañana trajo algún alivio, pero pronto la tonadilla le aporreó otra vez el pensamiento: «Don Tomás el figurín, las señoras de postín, doña Pura que lo sabe ya no se puede reír».

Con aquel sonsonete volvió a la maraña que la atormentaba, al bucle del que no había conseguido salir. El tercer mandamiento, honrarás al padre y a la madre, contra el sexto, no cometerás actos impuros. Obediencia al padre o pureza. Humillada, avergonzada, se revolvió contra Chelo.

—Asquerosa manola —le gritó, como si la tuviera cerca, odiándola, y con ella a sus padres, a sus hermanas y al esposo que la había encerrado entre prostitutas, hasta que sus palabras despabilaron a Compasión.

—¿Me hablas? —preguntó confusa.

—Claro que no. Duérmete, es muy temprano —respondió Casta. Inspiró profundo hasta tranquilizarse y se acercó después a la cama del ama y le arregló el embozo.

Luego sacó del armarlo el vestido de visitante que debía vestir durante su estancia, un pingajo de tela rasposa y color indefinido al que los primeros días no había hecho ningún caso, limitándose a dejarlo colgado en el armario. Después, cada mañana lo miraba preguntándose si había llegado el momento de usarlo, y cada mañana también, en un ataque de mal humor, rechazaba ponérselo.

Por ver si se le había pasado la aversión hacia aquella piltrafa, Casta descolgó el vestido del armario y, una vez que se hubo quitado la camisa de noche, introdujo los brazos en las mangas, después la cabeza en el talle y cuando estaba a punto de ver la luz se quedó atrancada, ni los brazos ni el pecho avanzaban. Forcejeó varias veces arriba y abajo sin salir del atolladero. Ni entraba ni salía, no veía nada. A punto de asfixiarse y sudando de miedo consiguió arrancárselo, y con peor humor del que ya tenía lo tiró al suelo. Sentada en el borde de la cama recuperó el aliento y desde allí le dijo a aquella ropa que era muy vulgar y que su cuerpo le tenía tirria. Buscó en el armario una de sus batas de diario y se calzó. Dedicó un buen rato a peinarse y una vez que le pareció que estaba bien arreglada, salió del dormitorio camino de la oficina.

Bajando al primer piso, Casta aspiró el aliento primero de la mañana, todavía limpia. Sintió la quietud insólita del corredor y, al pasar junto al reloj, escuchó a su madera rajada lanzar un saludo

tembloroso como la voz de un anciano. Desde el corredor contempló que el jardín se desperezaba y que las macetas de aspidistras, alineadas como soldaditos, desplegaban en forma de corola sus hojas, excepto las de una de ellas que se mantenían erguidas, sujetas por la tierra que alguien había amontonado prieta en torno a la base de los tallos. Se fijó entonces en la maceta de barro y observó que estaba rajada, como si se hubiera caído al suelo, y entonces comprendió. La energúmena de los cánticos debió de haber tirado la maceta al suelo. Dedujo también quién había recompuesto la aspidistra. Sin duda, Encarna, pensó, solo había que ver el empeño con que la mujer cuidaba el jardín.

Al llegar a la oficina permaneció un momento tomándole el pulso a la estancia. Observó el papelerío que rebosaba la mesa. Las carpetas amontonadas donde, según había visto, la Madre archivaba por temas la correspondencia. La rotulada «Borradores» contenía las cartas dictadas a las hermanas de Madrid y a los prelados de media España; «Circulares», el esbozo de la dirigida a las parroquias de Valencia solicitando ayuda para las exclaustradas; «Domésticas», la relación de las señoras pidiendo una empleada de confianza, y «Recomendaciones», las de quienes proponían a una conocida con manifiesta vocación religiosa. Junto a la mesa, sobre un mueble auxiliar, se apilaban notas de pagos y gastos pendientes de inscripción en el libro de cuentas, así como el libro de registro de las educandas y el Inventario de ropas y enseres.

Casta aspiró el olor que exhalaban los registros, los inventarios, los pliegos, y animada por aquel aroma a papel y tinta que le era tan familiar, se dispuso a comenzar. Preparó la escribanía, desenroscó el tintero para que la tinta se refrescara, pulió una plumilla, preparó la arenilla y el papel secante, y comenzó a copiar cartas. Escribió y escribió, tan enfrascada que no advirtió que las primeras horas del día habían cedido el paso a la mañana, que se habían abierto claros en el cielo y que el gris turbio de las nubes tempranas se había disuelto en el azul del cielo.

—Buenos días, señora Casta —oyó. Era Manuel que, recién llegado, saludaba, como si Casta fuera ya parte del equipo.

—Buenos días —contestó ella—. ¿Hoy no es día de ir a la barbería? —preguntó, interrumpiendo el trabajo. Miró a Manuel y en sus ojos había un brillo tranquilo.

—Voy una vez a la semana, pero hoy, en cambio, he aprovechado para pasear un rato antes de llegarme a la casa. Me gusta estar en la calle cuando la ciudad se pone en marcha —dijo Manuel—. Estupendo el paseo por el mercado. Tiene usted que conocer la Lonja.

—Está usted hecho un valenciano, se conoce todos los puestos —comentó Casta. Y la ira que le arrasaba el ánimo desde la noche anterior debía de haber menguado porque no rehuía la charla. En esta amable conversación estaban cuando se oyó el repique de la campanilla anunciando la primera oración del día y al mismo tiempo una voz que llegaba desde el corredor gritando: «¡Brujas! ¡Brujas!».

Aquella algarabía no sorprendió demasiado a Manuel, que continuó con la rutina que seguía al llegar a la oficina respecto a su vestimenta: quitarse la chaqueta, doblar los puños y las mangas de su camisa, y colocarse los manguitos, para después tomar asiento. No fue así la reacción de Casta, que, alterada por los gritos, se levantó bruscamente, corrió a la puerta de la oficina y desde allí vio lo que pasaba. Encabezadas por sor María, las chicas esperaban en el corredor haciendo fila para entrar a cumplir con las devociones mañaneras. Se decían unas a otras: «Hay brujas en la capilla», y Chelo insistía en que había unas brujas sentadas en el primer banco, a la izquierda. Vestidas de negro. Con la cara tapada.

—¡Hay brujas! —repetían unas y otras, aunque, en realidad, no todas se lo creían. Sabían que de Chelo solo cabía alborotos, especialmente habiendo rezos. Se aburría y aseguraba que le daba miedo la oscuridad y repelús lo pálidas que se veían las caras en aquellas tinieblas.

Sor María confrontó a Chelo:

—¿Qué brujas?

Chelo explicó que había llegado pronto aquella mañana a hacer fila y, cansada de esperar a las demás, entró en la capilla y vio en el primer banco dos bultos negros sentados el uno junto al otro que no se movieron cuando ella se puso delante, y que por la firmeza que mostraban se había convencido de que eran brujas, porque «las *demonios*», alegó, son como las ratas, que no se asustan de las personas, sino que les hacen frente. Que entonces ella, con mucho miedo, añadió, había salido de naja.

—Chelo ha visto a dos religiosas contemplativas que se alojan con nosotras —explicó sor María a las que, ansiosas, se arrebujan a su alrededor—. Estarán aquí unos días hasta que puedan trasladarse. Estaban rezando.

—¿Qué es una «contemplativa»? —preguntó Iluminada.

—Esta tarde en el taller os lo explicaremos —respondió sor María comprendiendo que no era momento de alargarse, y, con ganas de abroncar a Chelo por el batiburrillo que había organizado, recordó a las chicas, de acuerdo a las enseñanzas de la Madre, que no necesitaban jaleos sino buen juicio, templanza.

No tuvo tiempo sor María de seguir desplegando argumentos. Enseguida llegó la Madre, informada de los rumores que corrían en la casa y advertida también de quién los habían lanzado. En cuanto a malicia, venía pensando la Madre, Chelo sobresalía; la chica nada temía, ni siquiera la sífilis que la estaba rondando y que más pronto que tarde la conduciría a la sala de incurables del hospital. Con todo, se recriminaba por no haber advertido a sor María que pusiera a las chicas sobre aviso.

Entró en la capilla y se acercó al primer banco. Murmuró excusas, desplegó argumentos y razonó hasta conseguir que las exclaustradas accedieran a rezar en su habitación; en cuanto las supo convencidas esperó a pie firme a que se levantaran, dispuesta a encabezar la marcha que debía conducir a las hermanas en religión hasta su habitación en el segundo piso. Mientras esperaba, advirtió los estragos que la noche había causado en el recinto desde que lo había abandonado la anterior madrugada, *una vez* acabado su tiempo nocturno de oración. Las sombras habían amortecido el resplandor de la lamparilla del altar, que, a duras penas, conseguía iluminar las sencillas imágenes que lo ornamentaban, y habían amustiado también la turgencia de las flores que adornaban la presencia del Amigo en el ara. La humedad, que solía desatarse al amanecer, había corrompido los aromas del incienso, de la cera y las flores que durante el día aromatizaban los rezos de la comunidad. El transcurso de la noche, pensó, es como el del tiempo de este mundo, que todo lo degrada, a diferencia del de la vida que nos espera después de la muerte.

Tener la mente ocupada en estos pensamientos no impidió que la Madre considerara que había concedido a las hermanas un tiempo razonable para que se prepararan, y sin volverse a comprobarlo inició la marcha, congratulándose por haber advertido a sor María antes de entrar que se llevara a las chicas de vuelta al dormitorio común y que esperaran allí un rato, temerosa de la impresión que podía causarles la visión de las tapadas.

Salieron las tres a un corredor que hubiera estado desierto si no fuera porque Iluminada, que por alguna razón no había seguido las instrucciones de sor María, se había quedado petrificada delante de la capilla y miraba a las contemplativas estremecida de espanto. A la Madre le conmovieron los temblores de la muchacha, el horror del que todo su cuerpo y su rostro daban cuenta, sin duda causado por el porte de las exclaustradas. Qué solemnidad desprendían aquellas figuras misteriosas cubiertas de hábitos negros, escondidas tras unos velos tupidos que les tapaban la cara, calzadas con unas pobres sandalias de cuero, tan abiertas que retaban al más templado de los

inviernos, las manos ocultas en las bocamangas del hábito. No pudo enojarse con la desobediente y afligida. La Madre, con un gesto de la mano conminó a Iluminada para que se alejara, y la muchacha se dio enseguida media vuelta y echó a correr. Viéndola alejarse, la Madre pensó que Iluminada, convencida por Chelo, parecía haber visto realmente a dos «brujas o *demonios*», y dedujo que sor María y ella misma tendrían que gastar *por* la tarde en el taller saliva y tiempo para que las chicas entendieran la vestimenta y los rezos de aquellas con quienes se habían cruzado.

Rumiando estos pensamientos recorrió la Madre en compañía de las tapadas el corredor hasta el arranque de la escalera que subía al segundo piso, y después el pasillo del mismo, hasta llegar al dormitorio que se les había asignado, que era el contiguo al que ocupaban Casta y Compasión.

Me es imposible acompañarlas, les dijo al llegar, dirigiéndose a aquella de las dos que juzgaba debía de ser la de más edad, a tenor del volumen de su cuerpo y del contorno del rostro que traslucía el velo. No conocía su nombre en el mundo, al que habían renunciado al profesar, no había hablado con ellas ni les había visto la cara. La superiora del convento del que estas procedían solo le había informado de su nombre en religión. Habían llegado a la casa escoltadas por don Celso, el padre de la que llevaba más tiempo en clausura, y las dos, siempre tapadas, se habían dejado conducir al dormitorio. No compartían la vida de la casa, no hablaban ni lo necesario. A la Madre, que comenzaba a desesperarse, no le alivió la falta de respuesta de la que tomó un libro de alabanzas, lo sostuvo sobre las palmas de las manos, elevó los brazos y se volvió en silencio a su hermana de clausura diciéndole con el ademán: «Sigamos».

Perpleja por una actitud que el mundo calificaría de displicente, la Madre se fue sin despedirse. Las exclaustradas no podrán quedarse mucho tiempo en la casa, pensó, deseando que la superiora del convento hubiera ordenado a sus hermanas que cuando estuvieran en el mundo relajaran la observancia de la regla. Quiero ayudarlas, se dijo, pero no puedo. Con este ánimo bajó las escaleras hasta el corredor, sintiendo que acogerlas había sido un error, una decisión precipitada fruto de su caritativo corazón, pero inapropiado para la directora de una Casa de Desamparadas. Sor María y la hermana repostera se habían vuelto locas organizando las comidas, Chelo había roto el orden de la mañana y las propias religiosas habían actuado de forma absurda bajando a la capilla, pensó. ¡Cualquiera sabía por qué habían abandonado su habitación! Para remate, don

Celso, aquella misma mañana, sin petición previa y por sorpresa, había anunciado que se llegaría a la casa a hablar con ella. La Madre, encaminándose a la sala donde le esperaba el caballero, se sintió molesta porque se presentaba sin haberlo solicitado por escrito, mediante tarjeta de visita, puntilloso y formal, como quien era un señor de otros tiempos.

Conforme se acercaba a la sala, la Madre recordó la situación reciente que habían protagonizado las exclaustradas y las acogidas en la capilla. Las primeras, saliendo; las segundas, llamadas a entrar en la misma. Unas y otras, mujeres desamparadas, encerradas, silenciadas, pero tan distintas. Le rondaba y le rondaba esta escena en sus pensamientos, pero no pudo detenerse a examinarla. Le llegó un sucederse de estornudos y carraspeos orquestados por una nariz y una garganta que necesitaban expulsar las flemas de unos pulmones inflamados.

—Buenos días, don Celso —dijo al entrar, refrenando el tuteo por respeto a los años del visitante y porque solo le conocía del día que había llevado a la casa a las exclaustradas.

Sentada en uno de los butacones, la Madre apreció que la sala recibía al anciano tan pulcra como había acogido al obispo, pero la vista se le iba hacia las figuritas plateadas que cubrían el piano, que deseaba se hubieran ennegrecido y no brillaran, de tanto como las detestaba. No podía quitarlas, eran obsequios que hacían las visitas. Mientras esperaba que don Celso se recompusiera, observó aprensiva su cuerpecillo consumido, que a duras penas llenaba el asiento; su vejez enfundada en una vestimenta de sobria hechura, anticuada. Don Celso no había renunciado ni a la casaca ni a los calzones ajustados hasta la rodilla.

—Estos son días de mucha inquietud para nuestras contemplativas y para todos los que nos ocupamos de ellas —dijo la Madre cuando cesaron los estornudos—. He hablado con el obispo de Valencia para organizar una tanda de colectas a su favor. Vamos de susto en susto, reaccionando al capricho del Gobierno.

—Solo quiero saber cómo está mi hija —le espetó el anciano, cuyas facciones chupadas y amarillentas parecían animadas de una firme decisión. Sacó del bolsillo un pañuelo limpio y se secó el sudor que cubría el rostro por el esfuerzo de hablar.

A la Madre le golpeó lo abrupto de aquella respuesta, pero excusó a don Celso, razonando que no cabía esperar mucha amabilidad de un anciano enfermo.

—Su hija está tranquila, bien acompañada, no solo por nosotras, sino también por una hermana joven. Acabo de dejarlas rezando —

dijo—. Se mantienen en silencio, aisladas, observan la regla lo mejor que pueden, dadas las circunstancias. Ellas han sido muy prudentes y las hermanas de mi congregación también, solo nosotras sabemos que están en la casa —añadió.

—Solo quiero saber que ella está tranquila —insistió don Celso, carraspeando.

—¿Por qué no iba a estarlo? Vive con religiosas, aunque sea fuera del convento —contestó la Madre.

—No vive solo con religiosas, sino con mujeres de otra catadura —alegó él.

—En la casa no hay clausura, pero para ellas es como si la hubiera. No salen de la habitación —dijo la Madre, que empezaba a comprender.

—¿Dónde comen? ¿Con las hermanas o con las demás? —preguntó don Celso.

—Aceptamos que comieran en su habitación, aunque para la casa sea un enredo.

Don Celso estornudó un par de veces, se sonó la nariz y entre carraspeos dijo:

—Quiero explicarme y perdóneme si me alargo.

—Faltaría más —contestó la Madre.

—Con el decreto de exclaustración he tenido a mi hija en casa —dijo—. La acogí, cómo no iba a hacerlo, aunque estaba trastornado por ese cambio tan grande en su vida y en la mía, y por cómo sucedía todo sin que lo hubiera previsto.

—Los políticos disponen a golpe de decreto de la vida de los que están en religión —dijo la Madre.

—Cuando mi hija profesó —siguió don Celso con el tema que le preocupaba—, sufrimos su madre y yo lo que no está dicho. No nos gustó, pero tuvimos que hacemos cargo. Ella insistía en que era su vocación, en que de esa manera quería vivir y morir, solo dentro de la Iglesia. Reunimos el dinero con mucho esfuerzo. Ahora, con la exclaustración, todo lo que entregamos se lo queda el Estado. No puedo creer que hayan exclaustrado a mi hija, a la que tantos años he visto solo a través de rejas y pinchos, tapada con ese velo oscuro como la muerte que su madre odiaba. La Iglesia nos la quitó, a ella y a los nietos, y ahora el Gobierno me quita las propiedades y las rentas que entregué.

—Cómo no voy a entender su enfado —dijo la Madre.

Don Celso *continuó* explicándose, ignorando otra vez el comentario de la Madre:

—Las primeras semanas que la tuve conmigo yo estaba casi

contento porque desde la muerte de mi esposa se me quedaba la casa inmensa y estaba tan solo como nunca había estado. Después vinieron los duelos. Como mi hija necesitaba un oratorio, yo le puse el que usaba su madre, pero con mucho dolor, porque era como volver a enterrar a mi esposa. Ella no se quería quitar el velo para estar por casa, decía que si la veía era como si estuviera en el mundo. Vaya, que yo era un extraño y extraños también los dos criados que viven conmigo, dos infelices. Luego accedió a salir de la habitación para almorzar, siempre que comiera a solas, y tuve que acomodar un rincón junto al hogar donde se le sirvieran las comidas en las horas que establece la regla y de forma que pudiera cumplir los continuos ayunos y abstinencias que impone, que más que una regla parece una cuerda de ahorcados, de la forma tan rigurosa como se lleva. —Don Celso no paraba de hablar sino para llevarse el pañuelo a los ojos—. Yo ya soy muy viejo para tanto enredo, lo mismo que mis criados. Soy un buen cristiano, observo la ley de Dios y los mandamientos de la Iglesia, entrego el diezmo, doy limosnas a los pobres, cumplo con el ayuno y la abstinencia. Pero no soy una monja. Me duele reconocer que, aunque con pena, me alivió que mi hija se fuera, pero cuando supe que se iba a alojar en esta casa me arrebaté. Por eso ahora le pido lo que le voy a pedir. Ahora viene el remate, Madre. Lo que me retrata como un ingrato con usted. Le pido que se afane porque mi hija no sepa qué clase de mujeres son esas de las que usted se ocupa. Piensa que se aloja en un beaterío donde enseñan a chicas pobres, que es lo que le dije cuando fui a recogerla. Qué sabrá, si es una simple, como tantas contemplativas, que parece que la clausura les quita el entendimiento. Si se entera de que está con arrepentidas se muere del disgusto. Ahora que se lo he dicho le pido que me perdone las ofensas que les hago a las arrepentidas, que no se merecen el desprecio de los que presumimos de religión.

Escuchando a don Celso, a la Madre se le enfrió la sangre. Aquel cristiano viejo se atrevía a pedir que escondiera a sus chicas de la vista de las contemplativas, reconoció, avasallada por el menosprecio que don Celso hacía no solo a las acogidas, sino también a la congregación que ella había fundado para dignificar a las desamparadas. Pero supo que no le quedaba otra que contemporizar, no era momento ni ocasión de reproches, sino de tranquilizar a aquel cristiano que tan mal llevaba el espíritu de los tiempos modernos. Tragó saliva, carraspeó y después se puso en el empeño de aclararle que no tuviera cuidado, que su hija no sabía dónde estaba ni lo iba a saber. Que en los pocos días que estaría en la casa, ni siquiera para rezar se cruzaría con las chicas, ella se había encargado de

arreglarlo, y que le pediría al obispo de Valencia, que le debía favores, que autorizara el ingreso de las exclaustradas en el convento de Santa Rosa de Zaragoza, donde su ilustrísima tenía influencia. La Madre, para explicarse, evitó mirar de frente a don Celso y desvió la vista hacia la colección de figuritas que decoraban el piano, que no eran de plata, aunque lo parecieran; eran solo de latón. Espero haber respondido a la fragilidad del caballero con caridad auténtica, que sea de plata de ley, que no haya sido mi respuesta mera palabrería, le dijo al Amigo.

Con todo, no tuvo ánimos para alargarse y se despidió de don Celso asegurando que le esperaban en la oficina. Salieron de la sala, recorrieron el corredor, atravesaron el jardín y se llegaron al callejón, donde un carruaje esperaba al visitante. El coche se puso en marcha y la Madre esperó hasta que, remontado el callejón, giró por Les Magdalenes y desapareció de su vista.

De vuelta hacia la oficina necesitaba de un rato de soledad. Deseó que Manuel se hubiera marchado ya a almorzar, lo que sabía imposible, porque era demasiado pronto, o que Casta no hubiera bajado, lo que sí que podía pasar. Pero el Amigo aprovechó bien el tiempo y la llevó a entender que, obligado por su condición humana y por amor a su hija, don Celso había negado como un Judas a las chicas y también el mensaje evangélico. Quién era ella para juzgar, se reprochó, aunque apenada. Se obligó entonces a excusar a don Celso. A él y a las exclaustradas que había acogido, que se afanaban por seguir la regla también en la casa por no romper los votos.

Como le era más fácil reprender a los políticos que a las contemplativas o a don Celso, la Madre se permitió enojarse con los primeros. Le habían pedido que hospedara a unas monjas hasta que pudieran juntarse las doce que exigía el Gobierno para mantener abierto el convento. ¿De dónde habrán sacado ese número, qué saben ellos?, se preguntó, dejándose llevar. ¿Desde cuándo era que cuatro políticos les decían a las monjas cómo tenían que vivir? A todo esto, ¿qué opinaba Su Santidad? ¿No sabía lo que pasaba en España? Siguió con sus arrebatadas preguntas hasta que, junto a la puerta del corredor que daba al jardín, se topó con Casta, que lo miraba pensativa protegiéndose los ojos del sol con la palma de la mano derecha.

—Vaya, ¿tú aquí? —preguntó la Madre—. Creí que estabas en la oficina.

—Salí a dar un paseo, anoche dormí poco y me estaba quedando dormida —contestó Casta—. Parece que tenemos contemplativas en la casa…

—¿Quién te lo ha dicho? —le preguntó la Madre.

—Quien va a ser, el ama Compasión —respondió Casta—. Bueno, no exactamente. Estaba en la oficina cuando oí a Chelo gritar: «¡Brujas en la capilla!». Después oí a sor María decir que por la tarde en el taller iba a explicar quiénes eran esas *demonios*, qué era una contemplativa —Casta frunció el entretejo como si le costara seguir el orden del relato y después giró la vista hacia la fuente.

La Madre, observando el gesto de Casta, se sorprendió pensando qué pocas veces podía ver sus ojos y su expresión. La señora se esconde detrás del velo cuando va tapada, baja los ojos y se despeña sobre el papel cuando copia cartas, desvía la mirada. ¿Qué oculta? ¿Está avergonzada? ¿Rabiosa? Esperando que Casta siguiera hablando, iba a hacerle un comentario amable acerca de su peinado, pero no hizo falta porque Casta continuó:

—También Compasión y yo nos dimos cuenta días pasados de que había alguien en la habitación contigua. Escuchamos ruido en el dormitorio y pasos en el pasillo, el rumor de quien se acuesta pronto y se levanta antes del amanecer. Las chicas le dijeron al ama que habían visto a las hermanas subir bandejas con el almuerzo al segundo piso. Compasión también me contó lo de los cantos y bailes de Chelo —explicó con la mirada tendida hacia la fuente.

—¿Así que los oíste? —le preguntó la Madre.

—Ajá —contestó Casta, equívoca.

—Su comportamiento fue inaceptable. Recibió su castigo —dijo la Madre, conocedora de que el «ajá» de Casta no era una respuesta. No quieres hablar de tu padre, qué sé yo de padres si apenas conocí al mío, se dijo, concluyendo que Casta había hecho en aquel tema voto de silencio.

—Compasión me contó anoche lo que había pasado. Hablamos hasta tarde, así que estoy medio dormida —dijo Casta.

—Te vendrá bien pasear un rato —dijo la Madre.

—Ajá —repitió Casta, y la Madre esta vez se decidió a lanzarle un cumplido por ver de no estropear el tono confidencial que se había iniciado.

—Siempre vas muy bien peinada, señora More, eres una mujer elegante —dijo, observando que brillaba lustrosa la trenza con que se había peinado, enroscada alrededor de la cabeza, primorosamente sujeta por agujas invisibles. Es un recogido que he visto lucir a esas burguesas que se dicen de buen tono, pensó la Madre, y recordó cuando el día de su llegada vio a Casta en el dormitorio con la trenza deshecha en guedejas extendidas por la espalda. Parecía una Magdalena o la medusa del infierno griego, no una señora, reconoció

la Madre, desconcertada por aquel cambio.

Casta giró la cabeza y con una casi sonrisa explicó que cada mañana dedicaba un buen rato a trenzarse el cabello, que le gustaba salir arreglada, pero en uno de sus prontos miró otra vez hacia la fuente e inopinadamente observó:

—Las chicas cosen reunidas junto a la fuente. A veces me asomo a la ventana del pasillo, las veo coser y me parece el taller un nido de palomas.

La paloma es el símbolo del Espíritu Santo, pensó la Madre.

—Palomas —repitió—, no a todos les parece que las chicas lo sean. Pocos son los que ven su belleza. Las chicas, como las contemplativas, van tapadas, pero no por un velo, sino por su aspecto, por su forma de hablar, por la vida que han llevado. Quererlas es un don del Espíritu —dijo.

Sonaron en ese momento las risas de las chicas que entraban en la cocina para preparar la comida, y la Madre, al oírlas, reconoció qué difícil debía de ser para Casta juntarse con prostitutas, qué difícil para una mujer de mundo, que era como antes ella había sido, acercarse al barro. No ignoraba la traza brutal, degenerada, de la mayoría de las chicas. Casta no conoce al Amigo que le ayudaría a amarlas, pensó.

Decidió darle una tregua. Por una vez no iba presionar a la señora para que compartiera la vida de la casa. Decidió respetar sus tiempos. Tomó a Casta de la mano y le preguntó:

—¿Y tú ya sigues el régimen de «tisanas» que te han puesto?

—Compasión se ocupa —contestó Casta.

—Anda, vete a descansar. Pide a Compasión que te suba al dormitorio el almuerzo y la tisana que te toca al mediodía.

Antes de marcharse Casta observó:

—De verdad que le faltan flores a este jardín. Necesita geranios de muchos colores, las aspidistras le dan un tono verde algo descolorido, tristón.

Y la Madre, que decidió esta vez plantar flores, se sintió agotada por Casta, por los misterios de la señora More. Necesitaba saber de ella, no podía demorarse más. Tenía que escribir sin falta a Francisca. ¿No había dicho su ilustrísima algo acerca de Bosco y una escuela para niños pobres en Vera? ¿No había Francisca iniciado allí esa obra de beneficencia? Deseó que pasaran pronto las horas y estar ya en la capilla en conversación con el Amigo que aquietaba su alma.

Tercera carta

Valencia, 15 de abril de 1854

Carolina:

¿Cómo estás? ¿Ha mejorado tu ánimo? Supongo que te habrán prescrito dieta ligera, descanso, paseos al aire libre y una tisana para dormir bien. El médico de Vera me aseguraba que la mejor medicina es dar descanso al cuerpo, alimentarlo, que el clima contribuya a la curación. De esta forma él mismo se recupera. Opino que es una buena receta para el sufrimiento físico, pero no para la pesadumbre, bien lo sabe quien te escribe.

Hermana, así quiero llamarte, siendo como eres la que nunca tuve. De las mías de sangre ni tengo noticias, me ignoran, quiero decir, me ignoraron siempre. En lo que toca a mi hija, es muy chica todavía para comprender que no estoy con ella, quizás piense en su momento que yo la he ignorado, como mis hermanas a mí, pero no es así. No quiero que venga, claro que no, pues me horroriza pensar que apareciera en la casa estando con quien estoy. Casi agradezco saber que por más que yo quisiera verla, Ramón

no lo iba a permitir. ¡Esa mala mujer que soy yo! ¡Esa desvergonzada!

Me alegro de todas las ocasiones que tengo de escribirte y no sabes qué contento me da cuando recibo tus cartas, sobre todo cuando son largas. Hacía muchos días que no estaba tan contenta como hoy, cuando me ha llegado junto a la carta un bosquejo del retrato en el que está trabajando Madrazo. ¡Qué bien se te ve! Una dama tocada con mantilla tan negra como el vestido, en contraste con la blancura subida de tus mejillas. Tu mirada reclama atención, es serena, intensa y un poco triste. La boca insinúa una medio sonrisa enigmática. Nada que ver con el anterior tuyo, el que aparece en el primer volumen de tus poesías. Entonces eras una jovencita que peinaba tirabuzones y, sin parecer apocada, carecías de prestancia. La imagen de una romántica. Te parecías, por cierto, a Louise Colet, la poeta francesa —aseguran que era amante de Flaubert—, cuyo retrato he visto publicado en una revista. Cuánto has mejorado con los años. A cada rato vuelvo a mirar el que ahora me has mandado y le hablo, como si pudiera oírme. Se lo enseñé a Compasión y me intrigó su comentario. Dijo que eres «una señora cristiana», de las de antaño. No lo tomes a mal en cuanto a lo de «antaño». Viniendo de Compasión es un cumplido. Ella sí que es mujer de otros tiempos. No ha salido del mundo en que nació.

Ya que eres la poeta de las flores, he pensado regalarte un álbum con las que consiga en la casa o las que pueda encontrar en el mercado, donde hay muchas floristas. Antes de casarme los hacía con las que cultivaba en macetas en mi dormitorio. Luego, en Vera, con las del huerto. Hago como los botánicos. Recojo las flores y las prenso entre dos hojas de papel grueso durante un tiempo para que se sequen. Luego las sujeto con fuerza en pliegos, donde pongo,

delante, el nombre de cada flor y detrás una poesía. Todavía no sé qué flores podría poner en este álbum que empiezo a imaginar. En la casa no hay flores en el jardín, solo en las ventanas del segundo piso. Tendré que hablar con Compasión, me dijo que una de las chicas quiere poner macetas de flores en el jardín, creo que es una tal Encarna.

En la oficina, la Madre no para de entrar y salir, no para de discutir con Manuel por la redacción de las cartas: cuál es la frase adecuada, la expresión correcta, el tono según a quién se escriba… Manuel suele decirle a la Madre que no se puede hablar de cualquier manera a las autoridades, especialmente a las de la Iglesia, y la Madre, guerrera, le contradice con cierta rechifla: «¿Autoridad en qué, Manuel? Autoridad en cosas de la Iglesia, sí, pero de lo que aquí tratamos no saben los señores nada». Entonces Manuel contrataca y dice que no es igual escribir a un obispo que a un político. La Madre no se rinde: «Todos somos iguales a los ojos de Dios», y Manuel suele zanjar la discusión sentenciando: «Daremos a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César».

Así se pasan las horas, y Manuel suele ganar en las cuestiones de retórica, aunque solo en ellas. No he conocido a nadie que escriba tantas cartas como la Madre ni a persona como Manuel que se esmere tanto buscando la palabra precisa, el adjetivo adecuado. Manuel y la Madre son gente de letras como tú y yo, aunque no parecen saberlo. Se ocupan de las palabras y escuchando paso las mañanas agradecida de poder estar en compañía, pero callada.

Estar como si no estuviera es la única forma en la que quiero vivir desde que he llegado a la casa. Solo deseo que la vida me pase sin que tenga que darme por enterada.

Mejor la oficina que el taller de costura, que debe de ser muy bueno a juzgar por lo que dice el ama, pero que no me

interesa. Compasión, que desde chica hizo labores, se hace lenguas de las piezas que salen del taller, además de embelesarse con la categoría de las señoras que las encargan. Me ha dicho que hoy mismo se ha enviado a palacio otro ajuar.

Odio la costura. Cuántas horas se lleva. Que no. Que no quiero coser. Prefiero quedarme ciega escribiendo que con las inacabables vainicas que se bordan en el taller, Compasión me ha enseñado algunas muestras y solo de verlas me ha dado dolor de cabeza.

Quieres que te hable de las chicas. No las conozco, pero el ama Compasión pulula por la casa, habla con unas y otras y siempre me cuenta. Algo sé de una que se llama Pilar, la que decía lo del «sin pecado concebida», y de Encarna, la que cuida el jardín. He oído los nombres de las otras a la Madre o a Compasión y me parecen pintorescos: Iluminada, Obdulia, Palomita… De Iluminada me habla mucho Compasión. Dice que le va bien el nombre, que tiene por dentro una pasión, que se le enciende la cara cuando le habla de mí, que no deja de preguntar quién es esa señora tan elegante, qué hago yo tantas horas sin salir de mi habitación. Cuando le dijo que yo leía y escribía todo el rato se le puso una cara… como si hubiera visto una aparición. Vaya, que tengo una admiradora.

No es con todas las chicas con quien Compasión se lleva bien. La otra tarde en el taller tuvo una agarrada con un mal bicho que se llama Chelo, una manola guapa, para que veas que no todas ellas tienen la misma facha. Es guapa, mala y, según ella asegura, «una artista» que se dedicaba a cantar y bailar, y luego entró en una casa de mujeres, se puso a hacer la calle, cogió de todo «en los bajos» —es así como lo dicen — y Sanidad no quiso darle la cartilla que se necesita para estar en una casa hasta que se curara, así que se vino a esta

casa, que no tiene nada que ver con el sitio donde estaba. Aseguró que iba a dejar la vida. Compasión sospecha que engañó a la Madre, que Chelo solo vino para curarse. ¡Dios mío! Me parece que me estoy contagiando y empiezo a hablar como una manola, y eso que no las trato.

Enredó Chelo a Compasión la tarde de la que te hablo preguntando por mi familia, y como el ama es mayor habló demasiado y al final Chelo acabó haciendo burla de mi padre, se puso a hacer el monigote y casi enreda al resto de las chicas.

La Madre tuvo que poner orden; puedes imaginar lo poco que disfrutó con aquella payasada, por mucho que esté acostumbrada a pasar por toda clase de trances. A lo que parece, las chicas se descontrolan fácilmente. El ama está tan confundida con esto que nos ha pasado que se aturulla. Antes era muy prudente, ahora habla con quien no debe y de lo que no debería hablar. No es por malicia, sino porque está apesadumbrada. Insiste en que esta es una casa de arrepentidas, no de desamparadas, a las que no rechaza, pero no entiende qué hacemos aquí. Por mi parte, con esto que ha pasado con Chelo se me ha revuelto la memoria. Creía haber borrado a mis familiares muchos años atrás y me he visto avergonzada, de nuevo expuesta a malicias, y encima por una mujer de la vida. Era temor, miedo a que volvieran los tiempos del frío, las tinieblas, el olor putrefacto. Aquella noche me acosté temerosa. Me costó conciliar el sueño. Me consuelo sabiendo por Compasión que Chelo no va contra mí, es que está en su naturaleza meter cizaña, le gusta emponzoñar, especialmente a Iluminada, con quien la tiene cogida, según el ama, porque la muchacha es dulce y buena, no se rebela y la tiene por persona débil, a quien puede fastidiar sin temor a la revancha.

A pesar de lo que ha pasado con Chelo, no me ha

llegado del taller «el putrefacto». Si no se lo huelo será porque, según ordena la Madre, las chicas se lavan a diario, lo mismo que a diario se limpia la casa, donde huele a limpio. Sospecho que incluso la capilla no atufará a santidad pegajosa. Entonces razono que quizás haya una santidad que no huele mal y unas manolas que huelen a limpio.

Digo «sospecho», porque todavía no me he decidido a bajar a la capilla. La Madre no deja de lanzarme pullas, pero no, todavía no es el momento. Ya comparto demasiado con las chicas. La hermana Campanitas, la que dirige el ángelus, me dijo: «Nosotras que las acogemos, en lo profundo, estamos tan desamparadas como ellas». Me hizo pensar.

Me asombra lo que cuentas de la Madre, que es la comidilla de la corte, que dicen que se ha ido a vivir con «esas» por soberbia, por santidad mal entendida, que no es de recibo tanta entrega, que lo que toca a las damas es dar dineros. Pues ya tenemos ella y yo algo en común, salvando las distancias. De monja no tengo nada, pero me he convertido en la comidilla de Almería, como la Madre lo es de la corte. La Madre no es de las que arrugan la nariz.

Se le nota la casta, pero no ofende ni es beatona. Lo que rezamos en la casa no indigesta. Hasta a Ramón le parecerían pocas estas devociones, a la vista de las muchas que ha observado siempre su madre.

He estado unos días sintiendo ruidos en la habitación contigua a la nuestra. Eran o son, no sé si están todavía, dos exclaustradas acogidas aquí por la Madre. Esto de las contemplativas exclaustradas ha tenido ocupada a la casa, y ahora me doy cuenta, por la cantidad de mujeres de vida religiosa que estoy conociendo, cuánto ignoro de esto. Nada sabía yo de las que dedican su vida a la Iglesia, todo lo más de beatas. Mi abuela era anglicana; mi madre iba a la iglesia lo preciso, no le gustaban los grupos de señoras que hacían

beneficencia, prefería estar con sus amigas jugando a las cartas y chismorreando. Mi hermana Matilde, la más religiosa, se ocupaba de adornar la capilla de la parroquia, pero nunca hablaba de la fe católica. Ninguna de nosotras quiso ingresar en un convento y en Almería más que monjas encuentras santeras. Nunca pensé que podría estar tan cerca de mujeres que eligen vivir dentro de la Iglesia, nunca me vi tampoco en conversaciones acerca de la fe como ahora: qué es el misterio de la Encarnación (cuando se reza el ángelus), por qué las hermanas de la congregación que gestiona la casa son madres espirituales (eso me explicó la Madre)… Tampoco pude pensar que conviviría con prostitutas. No salgo de mi asombro.

Cuando hablo de la vida en la casa acabo con los dedos agarrotados. Así que mejor sumergirse en un pasado más habitable.

Conoces a mi cuñado Serafín Estébanez y sus escritos, y por eso me animo a compartir contigo recuerdos de mi encuentro con la poesía gracias a él en las tertulias familiares en mi casa de Málaga, en el palacete de los Álamos.

Escuchando recitar versos a Estébanez, llegué a reconocerme como poeta. Alrededor suyo giraban muchas reuniones de jóvenes que pasaban la tarde en el patio del palacete, lanzándose pullas, soltando chistes y riéndose de los mayores. Con frecuencia le pedían que recitara uno de sus versos, de los que él estaba tan orgulloso, porque se alejaba de la métrica clásica y de las querellas de los dioses del Olimpo griego. La de Estébanez no era una poesía clásica, pero yo la sentía trillada. Versos que hablan del paisaje sin hacerte sentir nada, que expresan una belleza sin alma. Solía escoger uno titulado «Los versos del mar». Hablaba de «el mar cristalino que baña las costas, de sus aguas puras, que retratan el sol y de las luces vacilantes del

cielo». Todo era empezar y se quedaba muda la audiencia. Conseguía interrumpir la conversación de los mayores. Mi padre dejaba de hablar de política, mi madre y sus amigas cesaban los malvados comentarios con que crucificaban a las señoras ausentes. Hasta las sirvientas prestaban atención, arriesgándose a que mi madre las reprendiera ya que consideraba intolerable que las criadas escucharan a los invitados. Solo se oían elogios. ¡Qué sonoridad! ¡Qué rimas tan acertadas! ¡Cómo se aprecia la belleza del mar!

Yo, escondida tras las aspidistras, escuchaba, pero no conseguía implicarme, y acabado el recital regresaba con desaliento a mis lecturas. La poesía de Estébanez me dejaba indiferente. No quería oír aquellas descripciones. Necesitaba palabras deslumbrantes que juntaran naturaleza y sentimientos desquiciados. Paseando por la playa, sentía en el viento y en el agua una fuerza inútil, enloquecida, que remedaba a la que tiraba de mí misma y me obligaba a vivir, aunque no quisiera. Las olas del mar, al llegar a la orilla, se rizaban, se adentraban en la arena y emprendían después la huida, como se agitaba mi ánimo perturbado por las dudas. Veía en el sol una fiera dispuesta a atacar y que de las rocas que pueblan los farallones emergían colmillos rojizos y sangrientos. Figuraciones del miedo, del desasosiego. Observaba yo la silueta de los barcos que se adentraban en el puerto dando tirones, entre nubes, y al regresar a casa estaba a salvo en mi habitación. Rememoraba entonces aquella naturaleza desencadenada, que destroza sin esfuerzo a la más segura de las embarcaciones, y en ella percibía el poder al que yo estaba sometida. Esto es lo que yo quería oír y no oía en los versos de mi cuñado. Disgustada, volvía a mis lecturas, me negaba a aplaudirle. Reflexionaba, discurría el porqué de mi desapego. Encadenando pensamientos, me topé con mi propio verso, y esto se lo debo a mi cuñado.

Es momento de acabar. Te aseguro que empezando a escribir no sé dejarlo, aunque tenga otra vez los dedos agarrotados. Ahondar en el pasado me agota. Tenía pensado hablarte de mi tragedia cercana, de quienes fueron responsables de que yo haya acabado en esta casa.

Te pido que te acuerdes algunos ratos de tu hermana. Cumpliré sin falta la palabra que te he dado de escribirte. Cuanto me pase y cuanto recuerde te lo voy a contar. Sin tus cartas estoy fatal, casi lloro, mira que no soy de muchas lágrimas.

Abrazos, mi buena amiga.

La directora de **El Pensil de las Damas**
anuncia
la publicación del capítulo tercero de:

Azucena

Rato y consumado

Queridas lectoras, habéis seguido mis pasos hasta este momento. Espero que continuéis este relato en la esperanza de que, finalmente, comprenderéis su sentido.

Dejamos a la dulce y simpática Azucena, un ángel de paz, conociendo a su nueva familia, y en el presente capítulo veremos qué le aconteció el día de su boda, mejor dicho, la noche de bodas.

Azucena no había estado de niña en un internado religioso, como sucede con las hijas de la nobleza, que bien pronto se las separa de sus madres y envía a una institución

religiosa donde aprenden bordado, música, pintura y danza, y de la que no salen sino para contraer un matrimonio concertado. Estas criaturas desconocen todo de la vida, aunque lo aprenden después demasiado pronto y mal. No era este el caso de Azucena. Había presenciado los galanteos de sus hermanas, las emociones, los altibajos, las ilusiones y las lágrimas que las muchachas derraman hasta encontrar al hombre adecuado para acompañarlas el resto de sus vidas. Pero no sabía nada de la primera noche ni de las siguientes, nada de cuanto atañe al trato íntimo entre hombre y mujer, ni por boca de su madre ni de sus hermanas. Regía entre las mujeres de la familia la mayor reserva en estos y en otros muchos temas, un silencio solo roto por frases convencionales, la pequeña conversación con que las mujeres esquivan los conflictos.

Azucena había escuchado hablar a las criadas del querer y desquerer de los hombres. Era lo primero, decían, un fuego cuando él te recorría el cuerpo con las manos. Era después un dolor, el de la primera vez, que te partía el vientre, te atufaba un olor ácido y se te derramaba por dentro una sopa espesa que se escurría por los muslos y con ella más pronto o más tarde te quedabas preñada. Cuando él te hacía una tripa, aseguraban, venía el desquerer, se marchaba el que te había dado palabra de casamiento, desaparecía. Sentías entonces, decían las criadas, mucho frío en los huesos y te dolían las manos, como si en lugar de dedos tuvieras espinas, y te daban temblores y se te pegaba a la ropa una peste que no salía ni con sahumerios de retama ni con sosa de barrilla. El mal olor que se te había pegado por el abandono no se iba, decían, sino acudiendo a una santera para hacerte un sanamiento contra el mal que el desquerer te había metido en el cuerpo, que era este mal como una culebra que te comiera los sesos. Te consumía.

Impresionada por el decir de las criadas tanto como por el silencio de su madre y sus hermanas, Azucena buscó ayuda, como solía, en los escritos de aquellas mujeres sabias que se ocupan de la moral en la mujer, en cuyas obras encontró alguna mención a sus cuitas. Aseguran estos tratados morales que en lo relativo a los movimientos del corazón y del cuerpo, la mujer debe ser reservada, para, a continuación, entretenerse en explicar lo que debe entenderse por «reserva». Es un movimiento del corazón, dicen, que nos hace preservar del conocimiento de los demás cómo experimentamos nuestras sensaciones físicas y morales, cuáles son nuestros afectos, impresiones e ideas. Reserva no es disimular ni mentir, aseguran, aunque reconocen cuán difícil es trazar la fina línea que separa la reserva del disimulo.

Azucena leía estos argumentos con interés, pero sin ingenuidad, y encontraba que «preservar la intimidad» era una forma de silencio, que había pocas diferencias entre la reserva de la que hablaban los tratados morales y el silencio que le imponía su madre. En todo caso, aprendió de ellos una lección importante: como mujer, estaba sometida a un escrupuloso escrutinio por la sociedad y tenía que defender su imagen a toda costa para ser apreciada. Nunca debía verse de su persona más que cuanto era bello, ideal. En sucesivos capítulos veremos qué consecuencias tan funestas tuvo para Azucena no haber aprendido bien esta lección.

Ahora os hablaré de otro tema del que se había informado Azucena en los tratados morales. El de la modestia. Lo haré siguiendo los escritos de una buena amiga mía moralista, una famosa literata que ha dedicado muchas horas a estudiar este y otros temas acerca de la mujer, cuyo nombre prefiero no revelar, pero que Azucena conocía a fondo. La modestia, dice mi amiga, impone conductas que

inculca una buena madre en el carácter de sus hijas desde su más tierna edad. La modestia prohíbe posturas indecorosas, los trajes de corte exagerado que llamen la atención. Aconseja a la mujer salir poco de su casa y no prodigarse demasiado en público. Exige que toda joven ignore o aparente ignorar todo aquello que su edad y estado le prohíben saber. La modestia es no permitirse libertades en la conversación ni modales desenvueltos, demanda hablar poco, tener cuidado con las propias acciones, mantener el decoro, no exagerar en el traje ni en el peinado para no llamar la atención, no usar adornos llamativos, colores estridentes ni formas atrevidas en los vestidos. Ser, sobre todo, sencilla.

Cuando, en la penumbra del dormitorio, Azucena esperaba a que subiera su esposo, en los momentos previos a la consumación del matrimonio, rumiaba acerca de las cuestiones que hemos expuesto, acerca del silencio, de la reserva y de la modestia, pero sin saber por qué sus pensamientos alzaron el vuelo y se posaron en lo sucedido durante el banquete.

Este se había celebrado en el extenso patio de la casa del novio, que se había cubierto para proteger a los invitados del sol, y aunque una intensa luz blanca se colaba entre las junturas, el toldo producía una penumbra que daba a los comensales un aire hasta distinguido. Las señoras habían sacado las pañoletas de fiesta y hasta algún señor lucía levita. Las botellas de vino pasaban de mano en mano mientras los comensales comían acompañándose con grandes bocados que arrancaban de las hogazas de pan candeal que Navajas había encargado se horneara para la boda. Los vasos se quedaban vacíos de un trago y los cascos de las botellas se amontonaban en los barreños colocados en cada uno de los rincones del patio para recoger los restos del banquete. Al

cabo de muchas botellas y otras tantas horas, a algunos señores se les cerraban los ojos, a otros se les ponían blancos y todos ellos encontraban a las mujeres allí presentes mucho más hermosas de lo que eran, especialmente desde que ellas, que habían bebido lo suyo, como tenían ganas de despechugarse, se quitaron las pañoletas y empezaron a perder la compostura. Navajas se golpeaba el bolsillo haciendo sonar unas monedas que llevaba dentro y aunque no llegaba a sonreír ponía el gesto de persona que está forrada de dinero.

A mitad de la celebración, recordó Azucena, su padre se le había acercado con mucho sigilo y cautela. Se había sentado a su lado y su conducta había sido en todo semejante a la que observó cuando le había regalado las aguamarinas (lectoras, si no os acordáis bien de lo sucedido podéis refrescar la memoria releyendo el primer capítulo de *Azucena*).

Pues bien, su padre, durante el banquete de bodas, se le acercó también y respirando ruidosamente, le murmuró halagos y ternuras al oído. Le acarició la nuca y los lóbulos de las orejas con toques ligeros de las yemas de los dedos, suavemente arriba y abajo, demorándose en el tacto. A ella, estas caricias le levantaron una llamarada allá abajo y entonces se le emborronó la mente, como si una niebla se hubiera levantado desde el suelo y serpenteando, culebreando, hubiera trepado por sus piernas y ascendiendo por el pecho le hubiera llegado hasta la cabeza. Con los oídos taponados y la vista turbia, Azucena observó que su alma desaparecía cada vez que los dedos de su padre trazaban un círculo en su nuca, aunque por más que se devanaba los sesos no podía entender qué era aquel «no sé qué» que la debilitaba tanto, que la hacía sentir que la vida se le escapaba entre los dedos, como si le sangraran las manos.

Recordó también lo sucedido más tarde, cuando los invitados se desparramaron fuera del patio tomando el cauce de la rambla que llevaba a la playa.

El aire seco y cálido era trastornador. Las hojas de las palmas y de las pitas que bordeaban la rambla enramaban el cauce seco del río. Inquieta, se adentró en ella y su padre la siguió. Nadie reparaba en ellos. Su padre la alcanzó muy pronto. Contra un bosquete de chumberas la acorraló, sonriendo. Se acercó y ella vio cerca, muy cerca, un rostro que conocía bien pero que parecía distinto, dominador, ojos que se encendían bajo la luz viva… Su padre la rodeó el talle con los brazos y empezó a pronunciar aquellas palabras con las que un seductor se apodera del alma. Al pronto Azucena escuchó aquel hablar que la desvanecía. ¿Qué decía su padre? «No niegues que me has querido siempre, que me quieres desde niña… No lo niegues. Si yo lo sé…». Retrocedió. Pues claro, padre, dijo, como no voy a quererlo, pero sintió una vergüenza profunda. Otras palabras intentaban asomarse a los labios, pero no podía pronunciarlas. Quería gritar y callaba. Aterrada, se zafó del abrazo, dio media vuelta y, a paso vivo, sin volver el rostro, recorrió el camino de la rambla y se dirigió hacia el patio, allí donde estaba su marido. Lo encontró sentado en el lugar reservado para el novio en la mesa nupcial departiendo con unos y otros; los menos se acercaban a felicitarle, los más a pedirle un favor, una recomendación, un préstamo. Ocupó ella el asiento de la novia, que estaba vacío, y se quedó allí quieta, muda. Solo se le ocurría repasar los preceptos acerca de la modestia que conocía para entender cuál era el que no había cumplido, el que había provocado la actuación de su padre. No conseguía encontrarlo. No usaba modales desenvueltos ni ropas exageradas, no le gustaban los adornos llamativos, no tenía un lenguaje descarado, salía poco de casa y nunca paseaba en

solitario ni por calles peligrosas. Era una muchacha sencilla y modesta. Pasó un buen rato dándole vueltas y vueltas a la cabeza, hasta que cansada le dijo a Navajas que se retiraba al dormitorio.

Encontramos a Azucena en su noche de bodas parada en el centro de la habitación, sin saber qué hacer, estupefacta. Le pareció que debía quitarse la ropa de ceremonia y vestirse para la noche, y soltó los cierres de la falda de raso negro, que cayó al suelo, después las enaguas, y por último el corpiño, quedándose desnuda y tiritando, a pesar del calor. Vio que sobre la cama alguien había puesto, extendida, una camisa de noche blanca con las mangas dobladas y los puños enfrentados entre sí. La cogió, introdujo las manos en el interior de la camisa y cuando alzó los brazos para ponérsela le llegó a la nariz un tufo a mar, a agua salada, tan fuerte que comenzó a picarle la garganta y a llorarle los ojos. Se quedó quieta aspirando aquel olor tan intenso hasta que entendió que el olor a mar procedía de las aguamarinas que lucía en las orejas, que el puño de la camisa se había enganchado en uno de los cierres. Tiró de la camisa con fuerza, la tela se rasgó y entonces notó que uno de los pendientes se había desprendido y caído al suelo. Formaba parte del prendido de aguamarinas que le había regalado su padre. Azucena tiró del cuerpo del camisón para sacar la cabeza al sentir algo húmedo en la garganta. Palpó a lo largo de la misma y un líquido viscoso se le pegó en la yema de los dedos Era un hilo de sangre. El cierre del pendiente le había rasgado el lóbulo. Sintió que necesitaba aire fresco y se dirigió al balcón del dormitorio que se abría al patio de la casa.

Oyó las coplas que cantaban los mozos en las calles celebrando todavía la boda. Repicaban en los cristales de las ventanas las palmas con que los muchachos puntuaban los cantes, como un picoteo de golondrinas pidiendo permiso

para entrar en el dormitorio. Alrededor de la cama y alineadas en las paredes, colgaban las fotografías de los padres y los abuelos de Navajas. Hacia la cama convergían sus miradas adustas, sus rostros tiesos, implacables, producto de las sequías, del levante africano que venía para achicharrar a las gallinas en los corrales. De las fotografías se desprendía un olor a pólvora y a cuchillos, a cuero y a excremento de cabras, que se mezclaba con el salobre del mar y el aroma intenso de las plantas silvestres que jalonaban los caminos de la costa.

Dejó el balcón, se acercó a la cama y se deslizó bajo las sábanas deseando que todo aquello acabara de una vez; al cabo supo que el novio se acercaba porque oyó golpes y notó que el suelo temblaba. Entró Navajas y, sin decir nada, empezó a desvestirse. Dejó la ropa encima de una butaca y los zapatos junto al galán de noche. En silencio se acercó, apartó las sábanas, levantó la camisa de Azucena hasta por encima de las rodillas y se subió a la cama colocándose encima de su mujer. Le separó las rodillas y cogiéndose el miembro con la mano derecha tanteó entre las piernas de Azucena, buscando el hueco oscuro y joven de la niña con quien se había casado. Reclamando el placer que le era debido, se desparramó sobre Azucena gimiendo. Abrió los ojos y vio el gesto petrificado de su esposa, unos ojos que lo observaban con una mirada blanca. Azucena lanzó un alarido y Navajas notó que un chorro de líquido espeso y caliente le estaba empapando los muslos y las rodillas. Miró a Azucena y vio que su mujer le seguía mirando sin ver, con el blanco de los ojos entelado. Un olor a orina le hizo llevarse las manos a la nariz, y al tocarse las mejillas la humedad se le extendió por la cara y hasta el pelo. Al momento, un olor a heces se desprendió de Azucena y llegó a la nariz del novio, que sintió que una masa oscura y tibia le

tocaba el cuerpo. Saltó al suelo y un chorro de heces se le deslizó entre los muslos. Navajas se limpió como pudo con las sábanas y se lavó en la jofaina que había junto al lecho. Antes de salir se volvió hacia su mujer y le dijo:

—Anda, niña, arréglate y limpia la cama.

Se fue después al despacho donde lo esperaban varias carpetas llenas de recibos y cartas de pago que tenía que examinar. No estaba trastornado, ni furioso, ni triste, ni siquiera muy sorprendido, pues era un hombre muy corrido y en cuestiones de alcoba había visto de todo. Las muchachas que frecuentaba no eran muy finas, sino campesinas analfabetas y sucias que olían a excremento de cabra, y a más de una niña se le habían soltado los caños del cuerpo cuando la estaba desvirgando.

Navajas conocía su propia brutalidad. No dejaba de comprender que sería incapaz de agradar a Azucena, pero su mujer aportaba buena dote. Si no hubiera mediado el interés, no se hubiera casado con ella porque sabía que su falta de educación, de modales, de delicadeza, no podían sino hacerle aborrecible para una señorita. A partir de entonces, se dijo, sería difícil quedarse satisfecho. Tendría que volver a las criadas campesinas, aunque de vez en cuando Azucena lo acogiera entre las sábanas.

Por su parte, Azucena se quedó pasmada. Tendida en la cama con las piernas manchadas de heces, orina y de una pringue extraña, se preguntaba si era ella misma quien se había ensuciado o era Navajas quien le había embadurnado de porquería. Le costaba levantarse, confusa, atormentada, mareada por la pestilencia de su cuerpo y la de Navajas, que le venía mezclada con el olor a mar que seguían desprendiendo sus pendientes de aguamarina, uno de los cuales llevaba todavía puesto y el otro estaba en la mesilla de noche. Este olor le llegaba persistente, acre, e impregnaba su

cuerpo como penetra en las paredes el vapor desprendido de un guiso de pescado, que parece que nunca desaparece y que pronto deviene tufo a podrido.

Azucena al cabo se levantó, se lavó en el palanganero, recogió la cama, se puso una camisa limpia y bajó al lavadero, donde enjabonó cuidadosamente las sábanas y una vez aclaradas las colgó en el tendedero. No podía dejar que las criadas las vieran sucias. Una mujer debía ser reservada, recordó haber leído. Debía preservar del conocimiento de los demás cómo experimentamos nuestras sensaciones físicas. Azucena sabía que debía defender su imagen a toda costa para ser apreciada. Nunca debía verse de su persona más que cuanto era bello, ideal.

De vuelta a su dormitorio, limpio su cuerpo, las sábanas cambiadas, Azucena se metió en la cama y durante el resto de la noche meditó acerca de las diferencias y similitudes entre el amor filial y el conyugal, esperando que, como había leído en los libros morales, naciera en ella un sentimiento de gratitud hacia su esposo, aquel que le iba a dar una representación en sociedad, y si esta gratitud bastaría para que brotara en su corazón un amor tranquilo, un cariño tiernísimo.

Amigas mías, las obligaciones derivadas del deber conyugal sometieron a Azucena, una niña de dieciséis años, a una tremenda prueba. Nuestra heroína es el ejemplo más cumplido del retrato de mujer entregada que nos presentan los escritos morales, el dibujo de la heroica abnegación de la esposa que se olvida de sí misma cuando experimenta el agudo dolor que le causa el cumplimiento de sus obligaciones. Su ternura conyugal y el esforzado valor con que soportó sus dolores y penalidades son el ejemplo más saludable que puedo ofreceros para que aprendáis a amar la virtud.

Finalizado este capítulo, os dejo en la confianza de haber entregado a vuestra consideración graves materias que afectan a la suerte de las mujeres para que meditéis sobre ellas el tiempo que resta hasta que nos encontremos de nuevo en el siguiente capítulo de *Azucena*.

PARTE CUARTA

Agazapada

Al día siguiente, acabada la oración de la mañana, la Madre se despidió de las chicas y de las hermanas, y se encaminaba a la oficina cuando, invitada por la dulzura del aire y la blandura de un sol de primavera, decidió quedarse un rato sentada en el borde del pilón de la fuente. Apreció la amabilidad del jardín, su austeridad, las pulidas hojas de las aspidistras que Encarna cuidaba con primor. Plegó las faldas del hábito sobre las rodillas para que no arrastraran los bajos y se ensuciaran de tierra, echó la cabeza hacia atrás y entornando los párpados dejó que la tibieza de la mañana le acariciara las mejillas. Escuchó el goteo del agua y el bullicio de los árboles, que decían querer conversar con ella, y dejándose acariciar por la brisa mañanera dio rienda suelta a sus pensares.

Decepcionada. Estaba decepcionada con la respuesta de Francisca a su carta, la que había recibido la tarde anterior en posta urgente, que leyó por la noche y que había guardado en uno de los bolsillos del hábito para tenerla a mano. Menudo desencanto. ¡Con el tiempo que había empleado en escribir la suya, casi de madrugada, después de la oración! Había abierto su corazón a Francisca, como en los mejores tiempos de su amistad, y la respuesta dejaba su alma destartalada, como una habitación desahuciada, con los muebles desperdigados aquí y allá, todo manga por hombro. Qué poco interés mostraba Francisca por Casta, pensó: se ocupa en verdad más que

en explicar a la señora, en detallar qué lugar habían tenido en la caída de Casta las rencillas de los antiguos propietarios, entre las que estaba el enfrentamiento de su propia familia, la de Francisca, con la de Ramón Bosco, y por tanto con Casta misma. Bosco, un recién llegado. Peleas de ricos, eso es todo, se dijo la Madre. El confinamiento de Casta estaba por justificar, razonó, tiritando por un aire que le enfriaba el cuerpo y no sabía de dónde venía, pero sí que no procedía del jardín.

Su pensamiento se deslizó por los entresijos de la carta. Desencuentros entre la familia de Francisca y la de Bosco por las adjudicaciones de fincas desamortizadas, por los beneficios de las minas. Costaba considerar a Bosco uno de los suyos, se trataban lo preciso, él era un nuevo rico. Los señores de antes tenían que compartir negocios con los recién llegados, quisieran o no, aseguraba Francisca, había pocos capitales y Bosco era el que más tenía, se rumoreaba que por los préstamos que daba en usura a los campesinos.

De Casta, Francisca decía poco. Que había enseñado en su escuela para niños pobres, que tenía muchas letras y que participaba en las reuniones de señoras poetas que dirigía el marido de su difunta hermana, su cuñado Buenaventura. A la Madre le rondaban en la cabeza preguntas y más preguntas con la insistencia pegajosa de las moscas de verano. ¿Por qué era Francisca tan parca al hablar de Casta? ¿Qué tenían que ver las peleas entre ricos con que Bosco hubiera mandado a su esposa a la casa? ¿Qué comidillas circulaban en los cortijos? ¿Qué eran esas reuniones de *señoras* poetas a las que acudía Casta y qué pintaba en todo esto el cuñado de Francisca, Buenaventura? Especialmente, ¿a quién estaba protegiendo su amiga? Notaba en la respuesta de Francisca una falta de delicadeza cercana a la grosería que le disgustaba tanto como si estuviera la carta llena de faltas de ortografía. La sacó del bolsillo, retuvo el papel entre los dedos y su corazón se arrastró hacia antiguos escenarios.

Cuánto habían compartido en aquellos tiempos en los que su amiga todavía no se había comprometido en matrimonio y ella no había entrado en religión. Era mucha la actividad social que su rango les exigía. Cuánta cháchara superficial, cómo gastábamos, qué lujosa nuestra vida, pensó, reconociendo que no se arrepentía tanto como debiera. Cada noche de gala en el Palacio Real se llevaba dos semanas de preparación que las dos paladeaban, sumergiéndose con gusto en el trajín de compras y modistas, telas finas, joyas costosas, adornos y complementos. Entrando en el salón de baile, ella se embelesaba mirando los espejos, los suelos bruñidos, las filas de

candelabros, aunque se le acababa pronto el entusiasmo, impacientada por el galanteo, cansada de bailar, a diferencia de Francisca, que a los primeros compases se le iban los pies y nunca quería terminar. Aseguraba que bailar no era pecado y no accedía a salir de palacio sino cuando, entrada la madrugada, los invitados estaban tan bebidos que el galanteo se hacía intolerable y ninguna de ellas dos podía ignorarlo.

Francisca y ella misma, por el contrario, recorriendo juntas las calles del Madrid más pobre, entrando en las corralas y, bajo la protección de los guardias, buscando en los arrabales de la miseria a los parientes de alguna sifilítica que se moría en la sala de incurables del hospital. Imágenes de los despojos con que se topaban. Viejas decrépitas, alcoholizadas, dementes, que, medio muertas, hacían todavía la carrera. La Casa de las Desamparadas había sido idea de Francisca, recordó, agradeciendo lo mucho que su amiga le había enseñado en aquellos años y apenada ahora por ella. ¿Qué callaba? Casta no presentaba trazo alguno de mujer enfermiza ni de esposa desobediente o desarreglada que hubiera que enderezar, porque si este fuera el caso, si Bosco pudiera probar la conducta amoral de Casta, le hubiera remitido el permiso que requerían las autoridades para recluir a una esposa de conducta desordenada.

Salamanca, ¿a quién me has mandado? se preguntó. Otra vez me enredaste, con ese arte que tienes para seducir a particulares y audiencia, pensó. Siempre *ganas, se* dijo, y extrañó en ese momento a Francisca sin saber muy bien por qué, pues aquella vez su amiga no le estaba sirviendo de ayuda. Cansada de los fuegos de su memoria, precisó volver a lo cotidiano y emergió de las antorchas que iluminaban los bailes de palacio, de los versos incendiarios, a la tibia luz del día en el jardín, cuando oyó:

—Tenemos un problema.

La Madre abrió los ojos. Cegada por la luz del sol no llegó a percibir sino la mancha oscura de un cuerpo, pero distinguió la voz. Era Casta quien estaba a su lado.

—¿Un problema? —le preguntó.

—Iluminada se ha escondido debajo de la mesa de la oficina y no quiere salir ni hablar con nadie si no es con usted —dijo Casta—. Dice que quiere saber de letras, como yo.

—¡Debajo de la mesa! —exclamó la Madre, que se levantó, y de tan pasmada como se había quedado no se le ocurrió sino agarrar los faldones del hábito y sacudirlos, como si se hubieran enarenado—. Pero bueno, ¿qué pasa? —preguntó—. Quien está bajo la mesa no puede ser Iluminada, la chica nunca se hace notar —añadió,

observando que Casta estaba sofocada.

—Cuando entré esta mañana en la oficina, muy temprano, no había nadie dentro —explicó Casta—. Estuve un rato copiando y estaba todo callado, no percibí ningún ruido, pero cerca de la hora en que acaba la primera oración me pareció que oía algo, como el roce de unos pies, y me quedé mirando a mi alrededor. —La Madre, por no interrumpir la parrafada, permaneció escuchando. Pudo ver los ojos de la señora que brillaban iluminados por una luz que le venía de los adentros, y en su cara la misma expresión arrebolaba que tenía en el rezo del ángelus un día atrás, cuando ella se había preguntado a quién se dirigía Casta en su rezo, si no sería que pensaba en un amante—. Algo me había parecido sentir varias veces junto a mi habitación —continuó Casta—. Oía ruido de pasos en el corredor y percibía una presencia cercana, de alguien que estaba junto al dormitorio. Me llegaba un rumor, no sabría precisar qué era, pero no quise alarmarme.

Casta hubiera continuado explicando que, en otra ocasión, le había parecido notar que estaban revueltos los papeles que había dejado encima de su escritorio y que una vez la revista que estaba leyendo había aparecido abierta por una página distinta de aquella en la que la había dejado. No pudo seguir. Se topó con la mirada de la Madre y se cruzó entre las dos una señal de entendimiento. Supieron lo que Iluminada buscaba: quería aprender a leer y escribir. Momento en que la Madre tomó a Casta del brazo conminándola con el gesto para que le acompañara, y se dirigieron las dos a la oficina, donde al llegar vieron a sor María y a las chicas esperando. La hermana contenía a las educandas, que amenazaban con juntarse con Iluminada bajo la mesa. Las retenía, las empujaba para que no entraran en la oficina.

—No pasa nada —decía sor María—. Pronto llegará la Madre.

Encarna, secándose con la punta del delantal la humedad que le venía de los ojos, repetía:

—¡Ay, esta chica! —Miraba a Iluminada, que siempre le entregaba para plancha las piezas de labor tan limpias como si las hubieran bordado los ángeles.

Pilar, que estaba junto a Encarna, se había escapado de la cocina y retorcía un trapo que llevaba en la mano intentando entender qué pasaba. Chelo estaba sin estar. Miraba displicente tarareando una de sus tonadillas, al tiempo que golpeaba con los dedos de una mano la palma de la contraria, y parecía muy entretenida con su cante y su ritmo. Obdulia y Palomita, expectantes, callaban, dispuestas a unirse a la decisión que tomaran las demás. Sor María, junto a ellas, esperaba.

Acompañada de Casta, la Madre se abrió paso entre las chicas y

se acercó a la mesa, debajo de la cual un cuerpo acurrucado se tapaba la cara con las manos y repetía que quería hablar con la Madre. Manuel, que estaba arrodillado en el suelo junto a ella, le ofrecía un pañuelo para que se sonara.

—¡Chiquilla! —repetía, y la voz se le quebraba.

Con la llegada de la Madre, Manuel se levantó, se sacudió el polvo de los pantalones y salió después de la oficina, pasando discretamente el testigo. La Madre, por su parte, inspiró profundamente, pidió ayuda a lo alto, sacó a Iluminada de debajo de la mesa, le retiró el pelo de la frente y atusó sus ropas.

—Ahora dime qué hacías escondida —le dijo.

—*Pa* que usté venga, *pa* que sepa que *tingo* que aprender letras. Como ella —contestó Iluminada.

—¿Como quién? —preguntó la Madre.

—Como la *seña* Casta —respondió la muchacha.

—Y tú ¿cómo sabes que ella sabe?

—En su habitación vi los papeles que tié y las cosas *pa escrebir*.

—¿Con qué permiso?

—Con *nenguno*. Con las ganas, con la *necesiá*.

—¿Con la necesidad de qué?

—De entender qué pasa. *Pa* salir de esta *norancia*, que voy como ciega, no *intiendo* a la gente ni lo que *ice* ni lo que habla. *Pa* no ser como era antes y lo que era la mía *mara*. Que está *too* en *saer* de letras, está too en esos papeles que lee *la seña* Casta.

—Anda, muchacha, habla con Casta y luego vete a buscar tu labor —dijo la Madre notando que le temblaba la voz. Iluminada, que no era dulce ni devota, como tampoco lo era Casta, había conseguido conmoverla, y muy a su pesar lamentó conocer su lugar de procedencia: un barrio de corralas, cobertizos de latón y vertederos de escombros, surcado por un arroyo de aguas de alcantarilla tan negras como la tinta que bajaba por un cauce abierto. Más aún lamentaba saber que Iluminada había sido pajillera desde los doce años y heredado de su madre una clientela selecta compuesta de hombres astrosos, de basura humana. Cada hombre que recibía le sobaba los pechos, los pequeños pezones apenas apuntados, se restregaba contra la carne joven de aquella niña que todo lo ignoraba y dejaba en ella la inmundicia de su vida, hombres insensibles al abandono de una criatura destinada a recibir su podredumbre. Todo era tan miserable…, se dijo la Madre, melancólica. Iluminada no había visto nunca un lugar como aquel del que había hablado Compasión, estaba ella segura, el pueblo llamado Junqueras donde había nacido Casta, repleto de placitas recoletas, calles empedradas y patios perfumados. Un

ensueño para Iluminada, concluyó, y volviendo su atención al momento presente percibió que las chicas estaban tan alborotadas que no paraban de parlotear. Imposible tranquilizarlas si no es que las reunimos en la fuente a bordar, decidió.

—Pasaremos el resto de la mañana en el taller cosiendo —dijo, dirigiéndose a sor María.

Al pronto, se giró hacia Casta, que seguía junto a ella. Recordó la ternura con que la señora se había referido a Iluminada tanto como las ganas de saber letras de la chica y las novelas morales que tenía Casta en su dormitorio. Ató cabos y comprendió cuál sería la mejor forma de callar a las chicas, de tranquilizar la casa.

—Cosiendo y escuchando lo que Casta nos quiera leer —dijo la Madre, y le preguntó a esta—: ¿Tienes alguna lectura que pueda gustarnos? Que podamos entender. Uno de esos libros que tienes en tu habitación. Esta mañana haremos una excepción, nos reuniremos a coser en el jardín. El día es tan claro y soleado que invita a disfrutarlo, y para tranquilizarnos lo mejor es escuchar en silencio. Espero que el libro que nos leas no sea de indecencias, bastante saben las chicas de esas cosas. —Y recordó cuanto había visto en la habitación de Casta.

—Buscaré entre los que he traído —contestó Casta, que vaciló un momento para después alzar el rostro de la muchacha que seguía parada junto a ella, como pidiéndole permiso y con los ojos bajos. Se quedaron las dos con la vista prendida la una en la otra. Los de Iluminada llorosos, y los de Casta al borde de las lágrimas. Sacó después Casta de su bolsillo un pañuelo y limpió las lágrimas de Iluminada y la conminó a obedecer a la Madre, que fuera a la sala de plancha a buscar su labor, y cuando casi corriendo se alejó Iluminada, la Madre le dijo a sor María:

—Hermana, que en la cocina preparen unos refrescos y que las chicas se reúnan en la fuente. Escucharemos el libro que nos va a leer Casta. Para tranquilizarnos es lo mejor.

Las chicas, dirigidas por sor María, se encaminaron unas a la cocina a buscar refrescos y otras a la sala taller a recoger sus labores. Al poco rato, Casta se unió al taller para leerles un relato, como había prometido. La Madre observó que las chicas, inclinadas sobre la labor, de tanto en tanto alzaban la vista para mirar a la lectora, quizás cuando no entendían. Recordó entonces la conversación que había mantenido con Casta días atrás: «Reunidas cosiendo parecen un nido de palomas», había dicho, y ella reconoció, muy a su pesar, que le parecía hermosa aquella semejanza.

Manuel, pasadas las turbulencias de la mañana, había ocupado su día en trabajar en la oficina, hasta que, acabada la jornada, se dispuso a marchar. Limpió y raspó las plumillas, desechó el papel secante, cerró el tintero y sopló los restos de arena, notando que aquel día le costaba volver a casa. La angustia de Iluminada le había desazonado.

Se quedó remoloneando en la oficina, indeciso, hasta que una voz interior le dijo que la jornada de trabajo se había acabado, su marcha no admitía dilaciones. Salió al corredor y desde allí, como acostumbraba, echó un vistazo al jardín, a la fila de aspidistras que lo bordeaban, apreciando que sus amplias hojas creaban un muro de verdor en torno a las muchachas que cosían. Solía contemplarlas por la tarde, al salir, porque todos los días del año, menos los pocos que llovía, el taller se reunía hasta el atardecer. Algunas trabajaban absortas, ni se movían, parecían dibujar puntada a puntada un paisaje hermoso. Otras no paraban de levantarse para consultar a la Madre o la hermana. Las había que cuchicheaban y se reían en voz baja, infatigables charlatanas. Del taller emanaba una atmósfera doméstica, un sereno ambiente de hogar, que a Manuel le reconfortaba.

Aquella tarde, reconoció, estaba trastornado, le faltaba el aire. No se desprendía de la imagen de una Iluminada acurrucada bajo la mesa. Le perseguía la voz de la muchacha llamando a la Madre, notaba en el bolsillo el hueco del pañuelo que le había dado y que Iluminada todavía no le había devuelto. Le seguían doliendo las rodillas de haberse agachado junto a ella, y no se explicaba cómo es que había cedido a un impulso tan ajeno a su natural comedimiento. Le afligía saber a Iluminada tan torpe, tan inexperta, que solo sabía pedir de esa manera tan extrema, no tenía palabras, era tan analfabeta como lo había sido su mujer en el tiempo en que se casaron. Volvió a respirar cuando comprendió las razones de su desazón. Iluminada tenía la misma ansia por aprender *que había* tenido Serafina, y *con este* entendimiento fue como si el azul del cielo se le metiera dentro. La memoria de su difunta le decidió. Iba a ayudar a Iluminada, y se sintió ligero, aliviado de su angustia, apagado el resquemor que guardaba su corazón por haberle fallado a Serafina, que había muerto sin saber leer ni escribir.

Salió al jardín y al pasar junto al taller saludó con la mano a las que cosían. La hermana contestó inclinando la cabeza. Iluminada, que se dio cuenta de su paso, levantó los ojos de la costura y le miró de reojo, y las demás le contestaron con un gesto indiferente pero

educado.

Salió al callejón y subió la cuesta bordeando el muro del jardín hasta alcanzar Les Magdalenes, que recorrió para llegar al mercado. Compró un trozo de queso y unas nueces para cenar y después cambió la ruta que solía seguir de vuelta a casa. Desde el mercado entró en el *carrer* Ample, donde se estaban instalando comercios nuevos a imitación de los madrileños y los parisinos, que convivían con los que estaban allí desde que empezara el recuerdo, que ni se habían renovado ni querían hacerlo. Ropavejerías junto a novedosas sastrerías para caballeros y a talleres de modistas que declaraban usar patrones parisinos. Se detuvo frente al escaparate de las tiendas que no conocía, pasó de largo las más antiguas y finalmente recaló ante un establecimiento que se anunciaba como La Escribanía Moderna. Se paró frente al escaparate un buen rato, ensimismado, sin saber muy bien qué hacía allí, hasta que supo qué le había detenido. La culpa la tenía una hermosa colección de plumillas de madera colocadas en torno a un palo que hacía de clavillo, como las varillas de un abanico, al lado de la cual lucía un tintero y un plumier. Era una escribanía sencilla, no tenía adorno alguno ni trabajo de marquetería ni incrustaciones de nácar, pero el conjunto tenía un aire distinguido.

Entró en la tienda. Repasó el material de despacho y de comercio que allí se ofrecía y también los libros escolares de los que el establecimiento hacía acopio. Plumillas y tinteros, cartillas, hojas de papel rayado y cuadriculado, manuales de primeras letras y de matemáticas, libros de ortografía, de primeras nociones de religión, historia universal y española, libros de economía doméstica y de labores, obras recomendadas por la reina para uso en las escuelas oficiales, y las utilizadas en las escuelas religiosas más reconocidas.

Después de repasar aquella oferta, Manuel pidió al dependiente que le trajera la escribanía que estaba en el escaparate y también unos rollos de papel secante, unas cartillas y un saquito de arena. Una vez que hubo pagado salió de la tienda más contento que cuando entró, seguro en su propósito: regalar a la casa cuanto había comprado y cuanto tenía guardado que había pertenecido a Serafina.

Llegó a la plaza donde estaba el caserón cuyo último piso ocupaba, destinado anteriormente a alojar a los criados de la marquesa propietaria del edificio. El portero había encendido los globos de gas que iluminaban el paso de carruajes y los que jalonaban la escalinata de la entrada y la escalera interior. Subió Manuel la primera y accedió a la segunda, una escalera que no estaba alfombrada y cuya barandilla de sencillo latón deslucía comparada con la balaustrada de piedra y la elaborada barandilla de madera de las

principales. Remontadas las escaleras, jadeante por el esfuerzo entró en su piso, agradeciendo a Micaela que se lo hubiera conseguido, porque era amplio, ventilado y tenía vistas a la ciudad, siendo poca la renta que pagaba. Su casera, la marquesa de Casa Lorca, casi le había dado las gracias porque quería que él se ocupara de ahuyentar a las palomas que invadían el terrado. Abrió los postigos de las ventanas de la sala y descorrió las cortinas para contemplar la sucesión de tejados que se ofrecía a su vista y el Miquelet de la catedral. Comprobó que el retrato de su mujer seguía en su sitio, y al mirarlo recordó que el padre de Serafina nunca se había preocupado de que su hija aprendiera a leer y escribir. Para qué necesita letras una muchacha, para casarse y tener hijos basta con que sea buena, solía decir.

El retrato estaba encima de un pequeño arcón, junto a las ventanas de la sala, y cuando Manuel alzó la tapa del mismo encontró en su interior, envueltos en papel de seda, los tesoros de Serafina. El abanico de plata y marfil que le había regalado la marquesa, la madre de Micaela, con motivo de su matrimonio. Pañuelos con sus iniciales bordadas, la limosnera, la mantilla de diario y la más elegante de tul, bordado en pequeñas puntadas siguiendo el patrón de un mantón isabelino. Rebuscó después hasta dar con lo que buscaba: unos cuadernillos y el *Silabario para aprender a leer y escribir*, algunas de cuyas lecciones había repetido con Serafina tantas veces que todavía podía recitarlas. «De la c en sus dos sonidos. Ca, co, cu, ce, ci. Casa, cosa, cuesta, cena, cita». Se topó también con la *Guía para la mujer*, un manual que ofrecía cuantos modelos de carta podía necesitar una señorita en su vida social, impresos en la letra redondilla que estaba sustituyendo a la anterior, picuda. Felicitaciones de cumpleaños, una invitación a comer, excusas. «Muy señora mía», leyó:

> *Con motivo de ser mañana los días de V., me considero muy dichosa suplicándole se sirva aceptar la expresión de mi más viva gratitud y los votos que dirijo al cielo para la felicidad de V. y de toda su familia.*

Le pudieron, intensos, los recuerdos. Volvió a ver a Serafina pidiéndole que le enseñara a leer y escribir, sintió su abrazo, y le golpearon fuertes en el pecho los latidos del corazón.

Habían salido a pasear una tarde después de que él insistiera en que Serafina tenía que airearse para olvidar la desgracia de que la niña que había recién nacido hubiera muerto a los pocos días. Recorrían cogidos del brazo las calles comerciales de la ciudad,

Serafina mirando escaparates, cuando en el camino se toparon con el de la imprenta Castro Núñez, que publicaba el diario local y distribuía revistas de salones por suscripción. Vieron allí expuesto el ejemplar de una publicación de título rimbombante: *Museo de las familias*. Serafina se quedó clavada frente al retrato de una mujer mirando arrobada a la criatura que llevaba en el regazo. En la parte inferior de la página se leía el lema de la revista: «Consejos para las madres de familia. Crianza y cuidado de los recién nacidos». Serafina miró a la mujer hasta que se atrevió a preguntarle:

—¿Qué pone? ¿Qué dicen esas palabras, las que están debajo de la madre?

Una vez enterada, no cejó en su empeño, porque había revistas que decían cómo ser madre, y si ella hubiera sabido leer, aseguró, habría podido criar a la niña, que no sabía porque era huérfana de madre, y así la criatura no hubiera muerto. Se lo dijo en la certeza de que las letras podían alejar la negrura que se había llevado a su hija, como si fueran poderosas.

Manuel repasó la libreta de Serafina para encontrar en ella el rastro de sus manos, la huella de los dedos que habían sujetado la plumilla, un poso del esfuerzo hecho. Resolvió que, si no había llegado a tiempo para que Serafina aprendiera, si a ella se le había acabado la vida sin saber leer y escribir, no le sucedería lo mismo a Iluminada, no iba la muchacha a volver a la calle y morir de la muerte horrible que esperaba a las prostitutas.

Acordándose de Serafina, se supo Manuel rodeado de mujeres que buscaban el poder en las palabras, la fuerza en las letras. Iluminada, pensó, quería superar el infortunio de su madre, el de morir haciendo pajas. Micaela recababa el apoyo de los poderosos con su interminable correspondencia, y Casta, Manuel intuía, había construido con la lectura y la escritura un formidable castillo interior. Con ellas se defendía de una vida asediada, y Manuel, que estaba triste recordando a su mujer, sintió algo cercano al contento. Se dijo que él tenía la fuerza que aquellas mujeres buscaban, que era un hombre de letras, que no era un criado cualquiera.

Colocó el *Silabario*, la *Guía* y el material que había comprado sobre la mesa, hizo un paquete que sujetó primero con un cordel y luego lo envolvió en papel y lo dejó encima del baúl junto al retrato de Serafina para que ella supiera desde el cielo a quién le iba a entregar sus pertenencias. Alegre y pacificado, se acercó después a la ventana y contempló la ciudad que se extendía a lo lejos, a los tejados de las casas que trazaban caprichosas líneas quebradas, pero tan firmes como su ánimo.

Las campanas de la catedral dieron las siete y media cuando Manuel, bostezando, desenredó el nudo de telas que habían trenzado sus piernas durante la noche. Vueltas y vueltas. Apartaba las sábanas cuando las piernas le ardían, para después recogerlas y taparse de los pies a la garganta porque se había enfriado. Durante la noche se había despertado muchas veces como si la cabeza le dijera al cuerpo que tenía pendiente un encargo.

De camino a la casa dieron las ocho, y Manuel aceleró. Llegaba tarde. Anduvo ligero, y casi sin aliento entró en la oficina donde se encontraban ya la Madre y Casta trabajando. Ignoró la mirada de la primera, que le preguntaba por la causa del retraso, y se limitó a dar los buenos días a sus compañeras. Dejó el envoltorio encima de la mesa, bien a la vista, y realizó los gestos acostumbrados. Se quitó el gabán y lo colgó en el perchero, no sin antes sacudirlo; dobló los puños de la camisa y alzó las mangas hasta el codo.

—¿Para quién es? —preguntó la Madre, que algo barruntaba.

—Es para la casa —contestó Manuel—. Hay que abrirlo para saber de qué se trata.

—¿Por qué no lo abres tú, que estás más cerca? —le preguntó la Madre a Casta, quien cogió el paquete, deshizo los nudos del cordel, retiró el envoltorio y lo abrió.

—Plumillas, un tintero, papel secante, arena, cartillas —enumeró.

—¿Nada más? —preguntó la Madre, mirando a Manuel.

—Un libro titulado *Silabario para aprender a leer y escribir* y otro que lleva por título *Guía para la mujer* —contestó Casta.

—¿Son nuevos? —preguntó la Madre.

—Nuevos no son, se ven usados —explicó Casta.

—¿Llevan el nombre del dueño?

—El nombre de la dueña —corrigió Casta—. El mismo en los dos. En la primera página dice «Serafina» y debajo, «Palacio de los Condes», y después, «En Guadalajara, mayo de 1840».

—El *Silabario*, la *Guía*, plumillas —murmuró la Madre, mirando al ventanuco en vez de a Manuel. Serafina nos contempla desde allá arriba, pensó.

—Siendo cosas que guardo y no uso, pues mejor que alguien las aproveche —intervino Manuel.

—Iluminada pedía aprender a leer y escribir —recordó Casta.

—Iluminada sí, las demás no, o en todo caso Chelo, para su arte. A las demás ni se les ocurre ni les interesa —alegó la Madre—. Que

Iluminada lo necesite, no lo creo. Aprender, ¿para qué? Para coser y limpiar no hace falta. Las señoritas quizás precisen letras para escribir cartas, enviar notas, esas cosas. Otras letras sobran, enredan a las mujeres, las empujan a mostrar sus sentimientos sin pudor, como si lucieran escote —añadió, y consiguió callarse el «para remate, ahora una de la vida quiere ser literata» que estaba a punto de añadir cuando intervino Manuel.

—No lo veía de esta forma Serafina. Todo lo contrario. Cuando se nos murió la niña, se culpaba de no haberla sabido criar. Quiso saber letras para leer revistas de señoras donde, me aseguró, enseñan cómo cuidar a los hijos. Yo no sabía que las mujeres pudieran aprender de esa manera, pero entendí que Serafina, como era huérfana de madre, no había tenido escuela —lanzó Manuel. Fue una explicación larga y sentida, y a la Madre, escuchando, se le cruzaba el presente con el pasado, el de un Manuel más joven llevando el cuerpo de su hija muerta en brazos, la carita congelada de la niña pegada al pecho. Un Manuel que cogía las manitas de su criatura para calentárselas con el aliento, como si no pudiera creer que su hija hubiera muerto.

—Habrá celos si Iluminada tiene un trato distinto —dijo la Madre, y recordando la carta de Francisca le preguntó a Casta si había hecho de maestra.

—De maestra, maestra, no —contestó Casta—. No tengo título. Estudié en casa con una profesora que nos daba clase por las tardes. Mis hermanas se aburrían, se escapaban, y nos quedábamos la maestra y yo muy contentas mientras ellas charlaban en el patio con mi madre y con las visitas. Aprendí mucho.

—Pero sí que has enseñado —insistió la Madre.

—Enseñar, no lo sé —contestó Casta—. Lo intenté. Me lo pidió la marquesa de Algaira, de nombre Francisca, una señora de Almería muy dedicada a las caridades. Me ocupé porque Ramón insistió en que lo hiciera, cosa extraña, porque la marquesa es muy noble y Ramón, de noble nada. Llevé las clases de primeras letras. Aprendían siempre que podían acudir a la escuela. Primero eran las cosechas y para las niñas ocuparse de los hermanos pequeños, y luego muchos se morían de chiquitos, de tantas enfermedades como allí hay. Tenían que caminar mucho trecho hasta la escuela, ida y vuelta, no siempre podían.

—Excusas, me pones excusas —interrumpió la Madre—. Por la mañana tendrá que ser, por la tarde hay taller.

Esto avanza, decía la cara de Manuel escuchando el diálogo entre la Madre y Casta. La decisión estaba tomada y, en consecuencia, dejó

la conversación y siguió trabajando. Comprobó que la escribanía estaba donde tocaba, que las plumillas estaban limpias y las cuartillas, apiladas. Colocó a su izquierda los documentos y empezó a escribir.

Y la Madre supo, viendo a Manuel mover los labios, que estaba rezando la oración de las ánimas para asegurar la entrada de Serafina en el cielo.

La oración de las ánimas, rumió la Madre, era la que, para su desgracia, iba a tener que recitar la noche siguiente acompañando a la Ronda del Pecado Mortal. Llegado el momento, siempre se ponía de muy mal humor. La siguiente ronda tenía que ser la última. Ni ella ni las hermanas podían sufrir más esas caminatas nocturnas por las calles amedrentando a la gente. No era este el espíritu de la Casa de Desamparadas.

Cuarta carta

Valencia, 30 de abril de 1854

Mi queridísima amiga:

¡Recibo con tanta alegría tus cartas! Son lo mejor del día. Cada mañana, tan pronto como puedo, voy corriendo a la portería para ver el correo antes de que se lo entreguen a la Madre. Si me ha llegado una tuya, la hermana me deja un momento el sobre; por supuesto, nada de entregármelo. Cuando no me mira me lo acerco y aspiro su olor. Ahora puedo reconocer con qué fragancia te habías perfumado al momento de escribirme. Sé que tienes varias y las distingo de aquella que usas para perfumar el papel. Sabiendo que me has escrito, estoy contenta el resto del tiempo hasta que la Madre me convoca a la oficina y me entrega la que ha llegado. No las abre ni me pregunta quién me escribe, pero estoy segura de que ha tomado nota de tu nombre y habrá indagado entre sus relaciones para saber quién eres.

Lo mismo que indaga en mi dormitorio, que está muy transitado, parece la calle mayor de Vera un domingo por la mañana. Tanto la Madre como Iluminada han entrado sin

que yo lo supiera para informarse de mis lecturas, de mis libros y revistas, y espero que la Madre no haya leído mis cartas. Tengo que tener cuidado, no dejar papel alguno a la vista, he cogido miedo a que lean mis escritos. No sé cómo, noté que la Madre había entrado, quizás por el rastro que dejan las personas. Después comprobé que eran ciertas mis sospechas con ocasión de una de las tormentas que producen las chicas. Esta vez fue Iluminada quien soliviantó la casa. De ella me había hablado Compasión, pero yo no me había fijado mucho. Tenía a Iluminada por una muchacha callada, así que me dejó asombrada cuando, de forma escandalosa, con una pataleta, le reclamó a la Madre que quería aprender a leer y escribir «como la señá Casta». Era cosa de ver cómo se explicó, entre hipidos. Se me iba el alma.

En un momento, cuando Iluminada decía a la Madre que quería aprender letras, yo estaba con ellas, y nos quedamos Iluminada y yo mirándonos a los ojos, y los suyos estaban llenos de lágrimas y los míos al borde. Yo sentía ternura y compasión, y ganas de abrazarla; sentía lo que nunca había sentido mirando a mi hija. Las chicas se soliviantaron y la Madre me pidió que, para tranquilizar los ánimos revueltos, me reuniera con las cosedoras en la fuente y les leyera un libro en voz alta. Fíjate ahora. Dijo: «Alguno de los libros que has traído». Repito sus palabras. Nunca me había encontrado en esta situación. Me desarmó su franqueza, su desparpajo. Busqué un libro «decente» entre los que tengo, que son pocos y nada inmorales.

Me decidí por uno titulado *Dos mujeres*, cuya lectura es agradable, se adapta a lo que la Madre me pedía. Al principio las chicas no parecieron muy interesadas, hasta que comprendieron que trataba de esas cosas sencillas que a todas las mujeres nos interesan. ¡Las señoritas no son como nosotras, pero en algo se asemejan!, decían.

No es la Madre la única que ha visitado el dormitorio. A ella no me la encontré en la habitación, en cambio sorprendí a Iluminada, cuando, conteniendo la respiración, salía de mi habitación a la chita callando. Yo, que la estaba viendo desde las escaleras, bajé apresurada y muerta de risa al primer piso para que no nos cruzáramos. ¡Qué chiquillada! Estoy segura de que Iluminada no se dio cuenta de mi presencia, ella estaba de espaldas.

Aproveché ratos para observar el jardín y el cielo. Al primero lo juzgo austero. Más que un jardín es un secarral y sería un desierto si no lo refrescara la fuente. Necesita color, que se conseguirá colocando macetas de flores entre las aspidistras. Menos mal que la Madre se ha decidido y nos ha encargado a Compasión y a mí que nos ocupemos, con la ayuda de Encarna, que hace de jardinera. Lo necesita el jardín y lo necesito yo, de otra forma no podré regalarte el álbum del que te hablé en la anterior carta. Mirando al cielo lo siento muy distinto al de Almería, que de continuo luce un azul deslumbrante. En Valencia, el cielo adquiere un tinte profundo o adopta un tono ligero, dependiendo de las nubes que cruzan la ciudad, que viven una vida intensa pero corta y tienen una personalidad voluble, como el carácter de las personas. Aparecen en formas diversas: unas son hinchadas, como señoronas que pasearan majestuosas presumiendo de poderío. Otras son pequeñitas, alargadas o redondas, que caminan apresuradas, con la vehemencia con que los niños chicos juegan a hacer carreras.

Las hay menos simpáticas, nubes oscuras y densas o amarillentas, violáceas, que amenazan con descargarse en granizo. Son fanfarronas, presuntuosas, fatuas. Tienen el carácter de los hombres, cuya hinchazón nos obliga a nosotras, las mujeres, al sometimiento.

Tenemos que obedecer, primero al padre y luego al

marido.

Te conminan a ser una buena hija, una buena esposa, una buena madre, con una lista interminable de obligaciones. Tendría que haber una tabla de la ley especial para las mujeres. Su tercer mandamiento, obedecer a los hombres. Por eso la voluntad de mi padre actuó siempre sobre la mía con una fuerza a la que yo no podía oponer resistencia. Era como si me hubieran hipnotizado. Algo me obligaba a hacer lo que él quería, sin saber por qué, ni lo que hacía. Me sentía de corcho. No me notaba el cuerpo, como me pasó una vez, que te voy a contar.

Un día me dijo que fuera con él a Málaga, no explicó para qué y yo no pregunté, estaba bien enseñada. Salimos a media tarde sin avisar a nadie. Recorrimos el trecho que lleva desde la avenida de los Álamos, donde vivíamos, hasta la plaza de la Merced, y recalamos en la escribanía de un notario. Después de entrar, caminamos a lo largo de un pasillo flanqueado por despachos hasta una sala grande. En ella, desperdigadas, había varias mesas, ocupadas por unos señores de mediana edad que redactaban lo que fuera y que no se molestaron en saludarnos. Olía a sitio cerrado, a papeles enmohecidos. Al poco, un escribiente nos indicó que tomáramos asiento y después vino otro con un legajo. Lo abrió y señaló un punto en donde yo tenía que firmar. Miré a mi padre y le pregunté qué era aquel papel. Me contestó que luego me lo explicaría. Me quedé paralizada, no me salían las palabras. El escribano me conminaba a firmar con gesto impaciente. Mi padre, que estaba de pie, había girado la cara y miraba con fijeza un retrato del rey Fernando que estaba colgado en la pared, no sé por qué; el rey Fernando murió hace mucho. Pensé que a mi padre se le había pegado el gesto del retratado. Erguía el talle y sacaba cadera igualito que el rey, como un torero. Firmé, vaya si firmé. Con mano

temblona, la vista nublada, tan aturdida que tuve que repetir la firma, el escribiente insistía en que aquello era un garabato inadmisible. Luego cerró el legajo y mientras anudaba las cintas anunció que lo pasaba a firma del notario. Me miraba como dándome la enhorabuena y yo no sabía de qué. Más tarde supe que era la escritura de constitución de mi dote, que mi padre tenía planeado casarme y no me había dicho nada, pero entonces ni se me ocurrió chistar. ¿Por qué? Estaba aterrorizada.

De vuelta a casa, recorrimos el pasillo en silencio. En la calle esperaba el cochero, con quien mi padre entabló conversación nada más llegar, no sin antes indicarme que subiera al carruaje y esperara. Pasaba el rato y yo seguía espera que te espera, cayendo en una oscuridad que estaba tan dentro de mí como del coche. Oí que mi padre le ordenaba al cochero que comprara unas botas de vino en una taberna cercana. Finalmente, subió acompañado de dos desconocidos. Una vez en marcha no paraban de hablar, cuando no era que entonaban coplas, bebían tragos y daban grandes risotadas. Creo que me dormí o quizás perdí el conocimiento, porque cuando quise darme cuenta habíamos parado frente a mi casa y mi padre y los otros señores habían desaparecido. Flotaba en el interior del coche una peste a vinazo y al olor que despiden los pantalones de los hombres.

Bajé desorientada. Oí que me decían, «Buenas tardes, señorita». Caminé hacia la casa, empujé la cancela, recorrí el patio y me escondí tras el muro de aspidistras. A través de las hojas observé que mi padre se había sumado al grupo de las señoras para jugar a las cartas. Tenía un atractivo admirable, apenas se había encanecido, lucía tan elegante como un aristócrata. Me quedé mirándole. Intentaba averiguar qué quería de mí; quién era yo para él; por qué me trataba de forma distinta a mis hermanas; qué había en mi

persona que le condujera a portarse de ese modo. Las dudas me atormentaban. No podía tranquilizarme. Respiraba ansiosa, como si un incendio llameara cerca.

Aquella noche creí que enloquecía por cuanto había pasado, por las tinieblas que habían dominado el día. Al acostarme, una bandada de imágenes me asaltó, las de los grabados que aparecían en mis lecturas infantiles. Dragones, lobos, paisajes lóbregos, nocturnales, giraban ante mis ojos, atormentándome.

Me invadieron los mismos terrores que tenía de pequeña. Me hundía en un mar helado. Era una frialdad que no podía tolerar ni entender ni suavizar ni aliviar. De resultas de aquellos miedos, mi corazón es ahora un cazo abollado, incrustado con restos de comida fría. Por más que quiero limpiarlo, que rasco y que rasco, no consigo sacar la suciedad de entre sus hendiduras.

No quiero acabar llenándote de mis tristezas, no sea que de tanto gritar yo, te quedes tú muda. Voy por eso a hablarte de «mi fuente». En otra carta anterior la mencioné, pero brevemente. Cuando hace unos días salí otra vez a la ciudad y me acerqué a beber en ella, consideré que es muy hermosa y que tenía que conocerla mejor.

Tiene dos caños de bronce y el pilón enmarcado por un frontal de azulejos valencianos donde aparece representada una escena de familia: dos hombres y dos mujeres que pasan la tarde en el campo, a la orilla de un río. Los hombres llevan el traje popular valenciano que llaman *saragüell* y en la cabeza, un pañuelo; y las mujeres van vestidas de hortelanas, con su falda amplia y su manteleta. Entre las dos mujeres, en la hierba, hay un capazo de cañas, en cuyo interior, bien arropada, duerme una criatura. Hombres y mujeres están merendando y dos perrillos blancos corretean a su alrededor ladrando y persiguiéndose. A lo lejos, una cadena de

montañas, cubiertos sus picos de nieve blanca, y en la falda de los montes, una hilera de tejados rojos.

Cada vez que salgo a la ciudad me paro a beber el agua de esta fuente y me quedo embobada mirando la escena familiar. La criatura en su capazo, las mujeres charlando entre sí, los hombres detrás, protectores. Me parece aspirar el olor de la hierba, que el aire frío que viene de la montaña me rasca la garganta y levanta el rubor de mis mejillas, que oigo el ruido del río cercano y el canto de las lavanderas. Empiezo a salivar imaginando el pan candeal, los embutidos olorosos y picantes y el buen vino que componen la merienda de la familia a la que me gustaría pertenecer. La idea de pasar una tarde en el campo me consuela, siento envidia de un bien que no he conocido, pero mirar la escena familiar representada en la fuente me recompensa, me siento en paz.

Con esto de los azulejos valencianos de la fuente me viene al pensamiento lo que me preguntaste, que cuál iba a ser la próxima habitación de la casa de la que te iba a hablar. Ya conoces la oficina. El dormitorio no destaca, es tan austero como una celda. Podría bajar a ver la cocina, de la que el ama dice que es hermosísima: los suelos enlosados brillan, las paredes están decoradas con azulejos valencianos representando una escena hermosa y las alacenas muy bien provistas de cacharros y vajilla. Podría bajar a hacerme una tisana a media tarde, cuando se haya recogido ya el almuerzo, y así la vería.

Pregunté a la Madre si alguna de las chicas podría traerme las tisanas a la habitación. Compasión se fatiga de subir y bajas escaleras. Será por poco tiempo, le dije, ya estoy mejor, casi buena. Déjame que lo piense, me contestó. No es costumbre. Las chicas atienden a las visitas, pero no son las criadas. Después me dije que podría bajar yo misma, cuando

no hubiera nadie. También esta respuesta de la Madre me hizo pensar que ella, siendo de la altísima nobleza (así dicen las hermanas), es una señorona monja, pero nada que ver con las señoronas aristócratas de Vera (de los señoritos aristócratas mejor no hablar). A quien más conocí fue a la marquesa de Algaira, un título de Almería con quien tuve bastante trato, ahora sé que demasiado, que no es que fuera muy beata, pero sí, a lo que he comprobado, muy falsa y desde luego mucho más distante que la Madre con los que no son de su rango, y eso que Francisca es de rango por su matrimonio. Es la cuñada del dichoso Buenaventura, de quien no sé si te he hablado y ahora tampoco quiero explayarme. Se me va abajo el ánimo y no, no, no puede ser que te asfixie con estos problemas del presente después de haberte escrito tanto de los del pasado. Es demasiado. No quiero abrumarte.

Gracias por las reseñas que me envías y especialmente por los recortes de las crónicas de salones que vas publicando. Siempre solícita, has buscado aquello que me ilusiona.

¡He disfrutado tanto!

Hasta pronto, mi buena amiga. No insistiré más para que me escribas a vuelta de correo. Sé que lo harás.

La directora de **El Pensil de las Damas**
anuncia
la publicación del capítulo cuarto de:

Azucena

Una dama de buen tono

Algún tiempo ha pasado desde la última vez que me encontré con vosotras. ¿Qué diré de Azucena, una vez colocada en la condición de esposa a los dieciséis años, pudiendo convertirse por las condiciones de su matrimonio y su poca edad en ángel o demonio del hogar doméstico? Cuando escribo acerca de estas verdades, la amargura invade mi alma, por lo que dedicaré muy breves palabras a la tarea enojosa de explicarme, aunque no puedo dejar de hacerlo porque esta es la razón de todos mis escritos.

Como nos aseguran tantas piezas de teatro, novelas y

obras morales, muchas son las «niñas», y digo «niñas» con toda la intención, a las que casa su padre a los catorce o dieciséis años, aunque en su familia no reine una severa economía ni carezcan de bienes de fortuna. Les dan normalmente por esposos a sus antiguos amigos, y estos pretendientes pueden muy bien ser de tanta edad como los padres de estas infelices. ¿Por qué sucede esto?, os preguntaréis. Os daré una razón piadosa, aunque en verdad hay muchas más razones que mis lectoras conocen, algunas por experiencia propia. Los padres temen a los jóvenes porque están alejados de su propia juventud. Se aferran a uniones basadas en la hipocresía o la resignación y lo que sucede en el interior de estas familias construidas sobre bases tan falsas, no bien se eclipsa la luna de miel, no es para describirlo. Dejo al buen juicio de las lectoras saber lo que sucede, pero estoy segura de que comprenderán que no se conocerá en el seno de estos hogares ni el recíproco amor entre sus miembros, que un lazo más dulce y fuerte que la sangre, ni el sincero respeto de los hijos a sus padres, que es la base precisa de la sociedad, como aseguran las voces más autorizadas. Para saber si este ha sido el caso de nuestra protagonista vamos a seguir explicando su historia y los acontecimientos nos desvelarán cuál es la situación en la que se hallaba. Sigamos entonces con la narración.

Se han producido mudanzas en la vida de los personajes de este relato. Bueno será que digamos en qué consisten estos cambios, para la mejor inteligencia de nuestras lectoras.

En cuanto a Azucena, contaba ya dieciocho años y hacía dos que estaba casada. Su vida matrimonial transcurría calmosa, no interesante, pero tampoco más enojosa de la que, como hija de familia, había experimentado. Azucena, que no estaba enamorada de Navajas, tampoco le odiaba más de lo que había aborrecido a su propio padre y estaba

enseñada a soportar las vulgaridades y egoísmos de los hombres de su entorno, ya fueran el padre, los tíos o los primos.

Cuando Navajas decidió contraer matrimonio buscó una mansión adecuada a su nueva situación. Le ofrecieron una casa grande y algo destartalada, un caserón que había estado ocupado por una vieja devota y regañona. Los muebles y hasta las paredes participaban de la incuria sórdida y triste que siempre ha sido compañera de la beatería. Grandes sillones de vaqueta negra, muy viejos, desclavados y raídos, estaban diseminados aquí y allá, las mesas estaban llenas de gotas de aceite y sebo, los vidrios de los balcones llenos de polvo, los marcos de los cuadros del todo negros. El corazón se oprimía ante el aspecto ruinoso de aquella vivienda. Recordando los rumores que hablaban de las maravillas de la mansión de su suegro, Navajas decidió dar carta blanca a su mujer para que se ocupara de adecentarla de forma que diera cuenta de la situación social que su familia ocupaba. Azucena realizó con gusto esta tarea y dio un nuevo aire a la casa. Como era una mujer exquisita, una «sensitiva», creó en su hogar un interior de belleza y pulcritud. Había consultado muchas revistas de salones para encontrar el modelo de decoración exigido al hogar de una familia de tono. Cretonas, muselinas, fina lencería del hogar, alfombras de nudo, visillos de espumosa batista, vajillas de cristal y porcelana, múltiples objetos de cristal y marquetería, muebles de palo rosa y hasta un chifonier con remates de bronce dorado. Cambió el interior de la vivienda que recibió cuando contrajo matrimonio, lo que no fue del agrado de su suegra. La Oscura creía que estos cambios eran demasiado lujosos, superfluos y fuera de lugar, pero se calló al ver que su hijo apreciaba los arreglos, los consideraba necesarios.

Azucena se esmeró sobre todo en la decoración de su

gabinete. Extraño contraste presentaba este aposento con el del dormitorio conyugal. En el de Azucena se advertía elegancia; en cambio, nada había más pobremente sencillo que el otro. Componían el moblaje de este último una cama, un gran armario de pino para la ropa y una mesilla de la misma madera sobre la que había un peine y un cepillo de ropa. En un rincón, una jofaina y un colgador, del cual pendían de diario una chaqueta y un pantalón de pana. Y en la pared, el retrato de los padres de Navajas cuya mirada adusta se dirigía a la gran colcha de ganchillo que cubría el lecho, para ahuyentar cualquier efusión emotiva entre los esposos.

El día que llegó el piano, la Oscura le preguntó a su hijo para qué quería Azucena un mueble tan caro, y Navajas respondió que para distraerse. Yo jamás he tenido distracciones, objetó la Oscura, ni he tenido un gabinete. Para coser está la cocina, leer y escribir no sé y mucho menos tocar el piano. Porque las únicas distracciones de la Oscura eran sus devociones, la santería y hacer cocimientos de hierbas que preparaba según las indicaciones que le daba la santera para remedio de las enfermedades y para echar conjuros. También se ocupaba del arreglo de las ermitas y de la iglesia del pueblo. La Oscura adoraba a su hijo y trataba a Azucena con desapego y desconfianza. No podía dejar de admitirla en la familia, puesto que su hijo la había escogido como esposa, pero no le gustaba debido sobre todo a que no la entendía.

Azucena hacía como que no oía las pullas de su suegra, las reconvenciones de su suegro expresadas de forma indirecta y con retranca, y los comentarios de su marido acerca de su frialdad. Contestaba con el silencio. Cuidaba de la despensa, del lavado, del repaso de la ropa; miraba por el aseo y la comodidad de su marido; se preocupaba de llevar

vestidos favorecedores, tarea difícil de conseguir de las costureras de la localidad en que vivía. Navajas no era propenso a viajar, aunque fuera diputado. Rara vez iba a la capital, por lo que Azucena no tenía acceso a modistas de verdad, de las que disponían en sus establecimientos de patrones de París.

Ella tocaba el piano, como hemos visto que hacía la tarde en que conoció a Navajas. También leía y escribía. En este punto, amigas mías, tengo que hacer un inciso, retroceder en el tiempo. Ofreceré unos datos de su vida familiar anterior al matrimonio. Esta narradora comprende que estas vueltas fatigan, pero son necesarias. Entendedlo, así se podrá conocer mejor a nuestra protagonista.

Cuando vivía con sus padres, antes de casarse, algunas noches se despertaba, encendía una luz, se arropaba bien y comenzaba a escribir. Frases, relatos, poemas, palabras, lo que le pedía su corazón y le llegaba a la cabeza por rutas misteriosas. Escribía los versos que oía recitar a la gente, las palabras que se le quedaban resonando en el recuerdo, como el eco de las campanas, siguiendo el ritmo que marcan unos pasos en el suelo. Más de una vez se quedó dormida encima de los papeles. Una noche escuchó los pasos de su madre que se acercaba y, llena de miedo, apagó la vela y se refugió en un balcón a través de cuyos cristales podía ver el interior de su habitación. Su madre entró, se acercó a la mesa, leyó lo que estaba escribiendo y llena de ira rompió en pedazos los papeles. Luego cerró el balcón, aunque la había visto. Golpeó las maderas con los puños, con toda la fuerza que podía, que no era mucha, debido a sus pocos años. Suplicó a su madre entre sollozos que abriera el balcón, que no la dejara encerrada. Gritó desesperada esperando ser oída por alguna persona que pidiera compasión para ella, que su padre intercediera y rogara a su madre que perdonara la

terrible falta que había cometido, pues había desobedecido la orden de su madre de que nunca, nunca, perdiera el tiempo escribiendo. Transcurrió un tiempo que se le hizo eterno, esperando ayuda, pero nadie se levantó, nadie la oía. Sus sollozos se hicieron más débiles, las convulsiones de su cuerpo cedieron y su llanto se suavizó. Finalmente, agotada, se quedó dormida. Se salvó de una muerte cierta porque la noche no era fría, pues era la estación del verano, y por el hecho de ir abrigada. Pero aquella vivencia dejó en ella una fuerte impresión. ¡Su madre quería lo que nunca se le hubiera ocurrido pensar! ¡Dejarla en el balcón! No la contenían ni la virtud ni la bondad ni el reconocimiento de una ley superior. Solo una suerte de pasividad, no verse capaz de hacer «aquello».

Su madre, como he dicho, le prohibió escribir. Se lo hizo jurar con la mano en el misal y frente a un crucifijo, y con una expresión en la cara tan severa que a Azucena se le atragantaron las protestas en la garganta. Ordenó también colocar en las paredes del dormitorio de su hija unas láminas representando vidas de santos «para que te ayuden —dijo— a huir del pecado». Azucena prometió obedecer, pero después comprendió lo imposible de cumplir su promesa. No podría evitar seguir a su naturaleza, que le imponía escribir, pero por este don transitaría por un camino solitario y lleno de amargura, siempre culpable.

Azucena era una buena hija. Estaba bien enseñada y obedecía tanto si su madre se dirigía a ella tan airada que se le enrojecían de enojo las mejillas, como cuando simplemente hablaba con ella con una especie de lástima, y hubiera obedecido también llegado el caso de que su madre la hubiese tratado con benevolencia. Obedecía, pero inquieta, afligida. Obedecía por costumbre, porque no podía hacer otra cosa. No se veía virtuosa. No sentía «el bienestar

que se deriva del ejercicio de la virtud», según decía el cura párroco en los sermones dominicales y aseguraban los manuales de conducta y las novelas morales que tanto le gustaban. Al contrario. Cada vez que obedecía se ponía seria, rígida, con una cara tan tiesa que hasta daba lástima. Total, que Azucena no estaba satisfecha ni tranquila. Deseaba que alguien adivinara su malestar y se le acercara, o que ella misma pudiera confiarse. Pero no imaginaba con quién hablar ni qué decir. No tenía palabras para describir su desasosiego, su desazón, el asco continuo. Al honrar a su madre, como ordena la ley de Dios, le venían arcadas. No podía ganar. Si obedecía, mal; si no obedecía, peor.

Proseguimos.

Una noche, Azucena reconoció cuánto le desagradaba todo aquello. Por aquel entonces se había aficionado a leer revistas, y solía hacerlo por la noche a la luz de una candela. Le gustaba repasar las narraciones y copiar poesías. En un momento se le ocurrió que podía averiguar dónde vivían las poetas que en ella publicaban y escribirles cartas. Mejor dicho, no a todas, sino a las que ofrecían sus versos a una amiga, a una hermana. Intuía que estas escritoras habían establecido una relación cercana, íntima, y al leer las poesías se le derramaba por dentro una sensación de calor, se le desprendía un peso del pecho, algo duro que tenía dentro. Se permitía en esos momentos desear que hubiera una hermana poeta que le permitiera acercarse, a quien incluso pudiera hacerle confidencias. Entonces recitaba el canto que una poeta, Robustiana Armiño, dedicaba a su hermana Dorotea.

Hermana, el otoño llega
con sus lluvias y raudales
y al son de los vendavales,
¿quieres mi canto escuchar?

Así lo hizo y cuando llegó la primera respuesta la recogió con la emoción del niño que recibe un regalo inesperado. No pudo sino llevársela a la cara, como si fuera a besarla, y el sobre desprendió la mezcla de fragancias en que se envuelven las elegantes: el sándalo de los abanicos, el agua de violeta de un pañuelo perfumado, el cuero de los guantes. Antes de abrirla, leyó y releyó el nombre de la remitente, saboreándolo. Venía de la capital, remitida por una escritora conocida, que encabezaba la carta con un «Querida amiga y hermana de letras», y adjuntaba una composición que pronto publicaría y que iría dedicada a Azucena. Fue la primera de otras muchas y, con el tiempo y la práctica, se acostumbró a escribir y después se aficionó tanto que no podía pasar un día sin redactar alguna.

Con la correspondencia le parecía tejer una vida prudentemente oculta y que era un poco más dulce, menos áspera. Como sabía que su madre le prohibiría escribir cartas, pidió al cartero que, a cambio de una propina, dejara las que recibiera para ella en un escondite convenido. Con esta correspondencia creía intimar con sus «hermanas poetas». Mejor dicho, casi intimar, porque Azucena no era capaz de hablar de su malestar. ¿Cómo podría maldecir a su madre por su desamor? ¿Reconocer que la odiaba? Las buenas hijas, repetían las normas morales, no pueden odiar a nadie, menos a las madres; la mujer es toda perdón, es toda virtud. Pero ella no podía entonar las quejas blandas que inspiraban tantas poesías femeninas, no podía hablar del desengaño, de las hojas caídas. Lo suyo no era una tristeza dulce, sino rabia, un padecer maligno que la llevaba a imaginar situaciones sangrientas. En ocasiones, hecha un puro odio, abrasada, salía a ver la noche y deseaba sumergirse en el lago oscuro del espacio y allí hacerse cenizas, pulverizada.

Conocidos estos antecedentes, volvamos a la vida de casada de Azucena.

Con el matrimonio se había distanciado de sus progenitores, pero el rencor no cesaba, estaba presa de una tristeza maligna. Sin embargo, aunque era fría con su esposo y de ordinario sufría de melancolía, no estaba tan a disgusto como cuando era soltera. Se levantaba, se peinaba y vestía, y bajaba a dar un paseo. Cuando regresaba, tomaba un frugal almuerzo en su cuarto, compuesto de leche, huevos frescos y un poco de dulce. Luego se ponía a leer junto a la ventana de su cuarto, que, por estar situada la casa al final de un tramo de calle y por ocupar aquella uno de sus ángulos, daba a una rambla seca que se originaba en la montaña y desembocaba en el mar. También escribía muchas cartas, poesías, relatos. Cuando volvía su esposo, él almorzaba en la cocina un puchero preparado por la sirvienta que se ocupaba de cocinar y si Azucena le acompañaba lo hacían en el comedor. Ella organizaba la vida doméstica del hogar y la vida social de la familia. Atendía a los invitados, ejercía de anfitriona y recibía a su esposo en el dormitorio cuantas veces se lo permitía la fragilidad de su organismo y su sensibilidad, que eran pocas. El resto del tiempo trataba a Navajas con un respeto cuajado de frialdad. Y de Navajas, ¿qué diremos? Que abandonó su respetuoso galanteo nada más salir de la iglesia. Que no maltrataba a Azucena porque siendo como era, materialista y grosero, sencillamente prefería ignorarla, resolver las necesidades de su cuerpo en otros lechos.

Azucena no era dichosa, pero tampoco mucho más infeliz que antes. Más adelante tendremos ocasión de hablar, lectoras mías, de los dolores del corazón que sufrió nuestra heroína, tan distinguida, tan delicada y pura, al lado de aquel hombre, pero, en este tiempo del relato, ella consideraba bastante que Navajas no se entrometiera y así poder

libremente dedicarse a leer y escribir.

En este momento de la narración, el papel de Azucena, como hemos dicho, es el de la digna esposa de un hombre acaudalado. Pero recapitulemos. ¿Cómo estaba su corazón? Azucena había sido educada con dureza y su natural hermosa índole se amargó con el rigor. Afirman quienes se ocupan de la educación de la mujer que una criatura que no ha recibido de su madre más que reproches, que solo ha escuchado la dura frase «no te quiero» y la odiosa sentencia «eres mala», llega a acostumbrase a los desdenes y considera que es muy pequeño el amor de su madre, porque desaparece por una leve falta. El dulce y sagrado sentimiento del amor maternal jamás debe ser profanado. Una madre debe convencer a su hija de que el amor materno no puede faltar, nunca puede una madre hacer que su hija pierda el sentimiento de su dignidad. ¡Ay entonces de estas hijas! A la luz de estas afirmaciones, esta narradora se pregunta: ¿cómo podrá tener fe en sí misma una hija que se sabe incapaz de inspirar amor? ¿Cómo podrá, repito, convertirse a su vez en una buena madre? En estas circunstancias, ¿qué le sucedería a Azucena si diera a luz, cumpliendo así el destino reservado a la mujer? ¿Qué le sucedería a la criatura que tuviera? Estos serán los temas que nos ocuparan en los siguientes capítulos.

Si mis lectoras quieren saber cómo transito Azucena por los caminos de la maternidad, no descuiden acudir a nuestro próximo encuentro. Esta narradora tiene el deseo ferviente de encontrarse con ellas en el siguiente capitulo de la historia que estamos compartiendo.

PARTE QUINTA

La Ronda del Pecado Mortal

La Madre percibió las voces de las chicas que charlaban en el dormitorio el tiempo que restaba hasta el repiqueteo de la campanilla llamando al silencio nocturno. También la de sor María, en conversación con la hermana que vigilaría el dormitorio el tiempo que durara la ronda. Se levantó entumecida, pues la humedad que filtraban los muros le enfriaba el cuerpo y las piernas notaban el tiempo que había permanecido inmóvil en oración. Una vez en la entrada, descorrió las cortinas que cubrían la puerta de la capilla durante la noche, y al soltarse de su mano el negro terciopelo cayó con un golpe seco, en pesados pliegues sobre el suelo, anunciando que el tiempo de oración había concluido.

Recorriendo el pasillo oyó el ruido del reloj colocado a la mitad del corredor. Un mamotreto de tamaño desmesurado que lanzaba sin cesar el raspeo de su mecanismo a través de la madera astillada y cuyo pesado péndulo recorría la media circunferencia de su trayecto renqueando, sin la solemnidad que hubieran debido darle los años. La presencia del reloj se amortiguaba durante el día, ahogada por el trasiego de la casa, pero cuando la vida se debilitaba, la máquina se convertía en señora de la noche, aprovechaba para hacerse oír, y cada quince minutos la madera de la caja crujía como golpeada. El reloj lanzaba sus requiebros a la noche.

Aquella antigualla procedía del tiempo en que la casa había sido la

sede de una orden religiosa dedicada a las mujeres de la calle que buscaban redimirse de su pasado y entrar en el paraíso por medio de la oración y la penitencia. Fue uno de los problemas, quizás el mínimo, que la Madre encontró al instalar su congregación en Valencia. El peor había sido el mandato del obispado de seguir acompañando a la Hermandad del Pecado Mortal, como las religiosas de la anterior orden habían hecho: salir con los cofrades que recorrían periódicamente el barrio antiguo conminando a las gentes a abandonar tanto la calle como sus malos hábitos con la amenaza del infierno.

La Madre, que de habitual vivía olvidada del reloj, notaba su presencia cada vez que tenía que acompañar a la ronda. Prometía regalarlo, cualquier cosa con tal de no volver a escuchar sus tañidos, que impresionaban, pensaba, a persona tan serena y comedida como sor María, con quien iba a salir aquella noche. No podía deshacerse todavía del mamotreto, como tampoco podía dejar de salir con la hermandad, por mucho que aborreciera tanto al uno como a la otra, ya que le parecían, respectivamente, un artilugio desaforado y una actividad tan siniestra como innecesaria.

Se paró la Madre a saludar a la hermana que estaba de guardia en el corredor. Se protegía del frío nocturno con una toquilla de lana que le cubría los hombros; ocultaba las manos dentro de las mangas y se alumbraba con una candela de aceite puesta encima de una banqueta cuya llama creaba zonas de luz entre las sombras a su alrededor.

—Buenas noches, hermana —le dijo.

—Buenas noches, Madre. Puede usted encontrarse… —comenzó la hermana, pero la Madre, sin darle tiempo a terminar, le preguntó:

—¿No tienes frío? ¿Dónde está el brasero?

—Lo llevé a la oficina para que estuviera templada cuando usted llegara y el rato que espere hasta la doce.

—¿No pusieron allí otro? Claro, olvidé recordárselo a la provisora. Tráetelo, te vas a enfermar y te necesito fuerte y sana —dijo.

La hermana marchó a cumplir el encargo bajo la mirada afligida de la Madre, que no quería tantas vigilancias. La casa no es una cárcel, se quedan las que quieren, y las que no, se marchan por la puerta de entrada, que todo eso de escaparse saltando tapias son novelerías, repetía. Había pensado la Madre de esta manera hasta que llegó Manuela, la primera de las casadas desarregladas enviadas por el marido a reformarse. Sus amantes rondaban la casa continuamente y la noche en que un hombre entró en el jardín para encontrarse con ella, la Madre decidió establecer un turno de vigilancia en el corredor. Las hermanas no se quejaban, pero ella sabía que les amedrentaba

pasar la noche casi a oscuras, solas y al relente, razón por la cual se acercaba a charlar con ellas cuantas veces podía.

Al pasar frente a la cocina vio una luz en su interior y entró, sospechando que se encontraría a una Chelo escapada otra vez del dormitorio. No fue así, era Casta, que estaba al fondo de la pieza, junto a la cocina económica, llenando una taza con el agua que sacaba de la enorme olla que se dejaba todo el día puesta a calentar sobre la chapa.

—¿Qué haces aquí? Sabes que está más que prohibido salir del dormitorio después de la cena. ¿Te ha visto la hermana que está de guardia en el corredor? —soltó la Madre.

Casta, sin amohinarse, dejó la taza llena de agua sobre la encimera de mármol adosada a la cocina.

—No son horas, ya lo sé —dijo—. Bajé a preparar la tisana de la noche. Compasión estaba demasiado cansada. Es la valeriana que el doctor me recetó para dormir.

—¿Tan tarde la tomas? —preguntó la Madre.

Incluso en la penumbra pudo ver que a Casta le había subido a las mejillas un arrebol que procuraba enfriar con las palmas de las manos, como el rubor del niño excitado por un postre sabroso. Casta está arrebatada por lo que acaba de escribir, sospechó. ¿Será otra carta, será otro poema?, se preguntó.

—Le expliqué a la hermana que está de guardia para qué venía a la cocina —continuó Casta—. No niego que quería verla a solas, a mis anchas. Ya conozco el resto de la casa.

—No conoces la capilla —objetó la Madre—. Además, poco vas a ver de ella con esta luz, y lo siento porque es una pieza muy hermosa. Es lo poco que se conserva del palacete que mi prima, la marquesa de Casa Lorca, donó a la anterior Casa de Arrepentidas. La cocina económica nos la regaló mi hermano José —añadió, estimando conveniente omitir que su hermano era el heredero del título familiar y embajador del reino de España en París.

—¿La de Casa Lorca es su prima? —preguntó Casta.

—Primas nos llamamos las de rango unas a otras —aclaró la Madre.

—¿También es prima suya Francisca, la marquesa de Algaira? —volvió a inquirir Casta.

—Francisca es casi mi hermana. Juntas empezamos la congregación donde ahora vives, pensada para acoger a mujeres desamparadas —dijo la Madre.

—A mujeres desamparadas… —replicó Casta—. Desamparadas somos tantas…

La Madre notó la pesadumbre de Casta y le subió de lo profundo un frío que le hizo temblar, y necesitando calor puso las manos sobre la chapa de la económica. No contestó a Casta y calladas las dos sobrevino un silencio que ocupó el crepitar de las brasas hasta que la Madre dedujo que había llegado el momento de concluir la conversación.

—No son horas de charlar —dijo.

—Madre —preguntó Casta sin escucharla—. ¿Cómo fue que llegó Iluminada a la casa?

—Te lo contaré en otro momento —respondió ella—, o mejor, pregunta a sor María —añadió, le costaba pensar en algo que no fuera la ronda. Tenía por delante una noche larga y desagradable—. Casta, sube a tu habitación, y si esta noche te quedas escribiendo, que me sospecho lo harás por la cara que tienes, tapa la vela para que no llegue el resplandor al jardín. De tus noches eres dueña siempre que no salgas del dormitorio. Puedes tirar de cera tanto como quieras, tu esposo paga el gasto, pero no desordenes la casa.

La Madre esperó a que Casta se alejara por el corredor y entró en la oficina justo cuando el reloj dio otro cuarto para la medianoche. Comprobó que la hermana que estaba de guardia se había llevado el brasero y aunque echaba en falta el resplandor de las brasas agradeció el rato que había estado templando la oficina, así como que los dos candelabros colocados sobre la mesa estuvieran encendidos. Su luz era la suficiente para revisar papeles hasta que llegara sor María.

Leyó primero la nota que a media tarde le había llegado de Francisca anunciándose. Esta sí que es buena, se sorprendió, admirada no tanto de que su amiga se acercara a Valencia, porque viajaba con frecuencia, sino de lo rápido que Francisca se había decidido a hablar de Casta. No cabía duda, esta era la razón de la visita. Qué me va a contar, mejor dicho, qué espero yo que me cuente de Casta y qué le voy a decir yo a Francisca, sino que es un poco peleona, se preguntó la Madre, que se alegraba de la visita de Francisca, pero no se le marchaba el mal humor.

No le gustaba hacer la ronda y no podía zafarse. Tenía que acompañar a los hermanos, continuar la tradición, pero desdeñaba los cuentos en que el obispo creía, de mujeres que se encerraban a hacer penitencia arrepentidas de la vida que habían llevado y por temor al infierno. Como si a las mujeres de la vida, pensaba la Madre, les pudiera dar miedo el infierno, ¡si era allí donde vivían! ¿Quiénes eran las arrepentidas?, se preguntaba. A la casa no venían arrepentidas sino escapadas de la enfermedad, de las alcahuetas o de los chulos, y

otras castigadas por los maridos. Sabía que a sor María le rompía los nervios aquella tétrica puesta en escena que era la ronda, y no era a la única, así que se propuso hablar con el obispo. Las hermanas no podían sufrir esas caminatas por las calles amedrentando a la gente, y el obispo le debía una.

—Buenas noches, Madre —escuchó. Era sor María, que se anunciaba esparciendo a su alrededor un aroma a agua de olor.

—Buenas noches. ¿Lista? —preguntó. En la oscuridad no podía verle la cara, pero sí percibir cómo le temblaba la voz. Lo que me temía, pensó: sor María está aterrada.

—Que Jesús nos acompañe —dijo la hermana.

—Buena falta nos hace su protección.

—¿Sabemos la ruta?

—Iremos por el barrio viejo —dijo la Madre—. Saliendo de la casa subiremos por el callejón hasta Les Magdalenes y entraremos en el mercado para girar por *carrer* Ample y llegar a la plazuela donde vive Manuel. Desde allí tomaremos *carrer* dels Oficis y a su final iniciamos el regreso. En el mercado podemos esperar hogueras, peste a vinazo y a vómito de borracho, y encontraremos a las amas de los prostíbulos, que nos conocen y se limitan a insultarnos; no nos echan a sus matones encima por ser quienes somos y porque llevamos protección. Después, casonas oscuras y ventanas ciegas, que se abrirán para que los vecinos lancen limosnas a los hermanos, y al final veremos a los parroquianos reunidos en tertulia en la calle, que se quedarán mudos de miedo y mandarán a casa a los chiquillos, a meterse bajo la cama hasta que pase la ronda.

—Bien que la conoce —comentó sor María.

—Demasiado bien, hermana.

—Traigo provisiones para la madrugada. Almendras y pasas. Es lo que llevan los músicos cuando tienen concierto de noche —dijo sor María.

—Música celestial es la que tiene nuestro obispo, hombre santo donde los haya, pero chapado a la antigua —dijo la Madre—. Empeñarse en que salgamos con esta ronda, que encima llaman del Pecado Mortal… De noche, como una procesión de las ánimas. Qué cosa más triste.

—Muchos la temen, la amenaza del infierno impresiona y los hermanos recogen buenas limosnas —alegó sor María.

—Yo no temo a la ronda, estoy curtida —dijo la Madre—. Espero que esta noche no salga con nosotros el segundón de los Alda, aunque nos protegería, porque es un buen espada. Un muchacho piadoso que presume de ser cofrade y que cuando va a salir se lo

cuenta a todo el mundo, el mundo de los suyos, puedes suponer, sabiendo que no puede hacerlo, que debe guardar secreto. Las otras veces que vino lo supe mirando el calzado que llevaban los hermanos. Están obligados a calzar abarcas, según las ordenanzas de la hermandad, pero el segundón lucía buenas botas para no despellejarse los pies. La ruta es larga y no todas las calles están empedradas.

—Nuestros primos tienen la piel muy fina. Dispuestos a mucho, pero no a hacerse ampollas —asintió sor María, que estaba emparentada con la Madre.

—Tú no tienes miedo, ¿verdad? —le preguntó esta como si no supiera la respuesta.

—No me gusta salir a medianoche, cuando están apagadas las pocas farolas que ha colocado el ayuntamiento —contestó sor María.

—El miedo es solo al principio —dijo la Madre—. Con el tiempo compruebas que no pasa nada, vamos muy protegidas, nos acompañan, y a la hermandad se la respeta. Yo no tengo ya miedo, sino enfado. ¿Qué hacemos tú y yo entre esos hombres, aunque sean cofrades y guardias? Dos religiosas paseando de noche por las calles de la ciudad…

—¿A mí me lo pregunta, Madre? Yo solo obedezco.

—Tú me obedeces a mí y las dos obedecemos al obispo.

—Por obediencia lo hacemos entonces —dijo sor María—. ¿No salía usted en Madrid de noche por las calles? Muchas veces lo ha contado.

—Salía, sí, pero de otra manera, por los recados que nos mandaban las chicas a través de alguna amiga, o de los médicos que nos avisaban, o cuando los guardias encontraban a alguna muchacha escapada de la casa. No salía para asustar a la parroquia, y ahora tampoco me gusta hacerlo.

Sor María no replicó. Conocía el genio que se gastaba la Madre las noches de ronda.

—¿Vamos? —preguntó.

Recogieron dos mantos del perchero, se los echaron sobre el hábito y salieron al corredor donde se cruzaron con la hermana vigilante, que seguía sentada en su silla, inmóvil, y que a la sola luz de la candela y al resplandor escueto del brasero pareciera estar en el purgatorio.

—Que tengan buena ronda —les deseó esta.

—Que así sea —le contestaron.

A la Madre le pareció entonces oír ruido de pasos, pero prefirió ignorarlos, concentrada como estaba en afrontar la noche, y se

adentraron las dos por el sendero de guijarros que conducía a la portería. Bajo un cielo sin luna bordearon la fuente, cuyo chorro, ajeno a sus cuitas, cantaba, gozoso y valiente, como si fuera de día. En el portalón, la Madre deslizó las manos sobre la madera para encontrar la cerradura, arrastró el cerrojo hasta su extremo, lo empujó y al salir se toparon con los hombres que las esperaban: los dos guardias que el ayuntamiento enviaba para proteger la ronda y los cuatro anónimos cofrades.

Estos vestían hábitos de paño oscuro, de faldones tan largos que se arrastraban por el suelo y llevaban la cabeza cubierta con una capucha de reborde ancho tirada hacia delante que les cubría la frente y ocultaba la cara. Uno de ellos mantenía en la mano derecha un farolillo cuya luz formaba a su alrededor un halo amarillento y opaco, como de niebla. En la izquierda sostenía una campanilla cuyo badajo golpeaba de tanto en tanto sus bordes metálicos lanzando un tañido prolongado. Sor María se arrebujó dentro del manto y dijo:

—Los cofrades desfilan descabezados, parece que no haya nadie bajo los hábitos.

—Lo que te dije, como una cofradía de ánimas —dijo la Madre—. No podemos saber quiénes son, los cofrades juran mantener el secreto.

—¿Rezamos el rosario? —preguntó sor María.

—Buena idea —contestó la Madre—. Comencemos por los misterios gloriosos para animarnos. Diriges tú, acércate, que pueda oírte. Vigila los pasos, hay muchas piedras. ¿Quieres cogerte de mi brazo? Caminando juntas no tropezaremos.

—Si me cojo de su brazo no podré pasar las cuentas —contestó sor María—. Mejor, meto las manos en las mangas, por la noche se me quedan heladas.

Ajustado el calzado y seguro el cierre del manto, entonó la hermana el «Dios te Salve» y con el primer «amén» se oyó una voz de hombre:

—La ronda sale —dijo.

Los cofrades formaban filas de a dos cuando las campanas de la catedral anunciaron la medianoche. Detrás iban la Madre y sor María y en último lugar, cerrando la marcha, los guardias. El hermano que llevaba la linterna y la campanilla, que debía ser el cofrade mayor, se arrancó a caminar con paso lento y procesional, y la ronda ascendió la cuesta del callejón esquivando piedras y hoyos. En lo alto del mismo, en el cruce con Les Magdalenes, el grupo se paró para recomponer las filas y siguió después su camino hacia el mercado, a cuya entrada se detuvo.

Acogía el recinto durante la noche a cuantos en Valencia quisieran divertirse a destajo, juerga hasta reventar, enseñoreándose de la plaza desde que el último vendedor salía del mercado hasta que llegaba por la mañana el primero de los cargadores. En las columnas de los soportales flameaban antorchas cuyas llamas se ondulaban a cada golpe de aire, como banderas de fuego, soltando chispas, astillas y peste a aceite viejo y a resina requemada. En toneles ubicados junto a las columnas ardían fuegos de carbón cuya luz rojiza teñía la piel de los que se apostaban allí del color rojo profundo de la sangre, y a sus ropas de una tonalidad púrpura. Mujeres de la vida paseaban bajo los soportales ofreciendo su mercancía, y eran tantas como los jugadores que echaban partidas de cartas en el suelo a la luz de las velas, que a cada mano soltaban blasfemias, si es que perdían, o gritos y risas, si es que ganaban. A su alrededor, los golfillos formaban corro y cuando podían apuraban el vino de los jugadores que se hubieran distraído. Otros bailaban al son de las canciones que tocaban guitarristas callejeros. Flotaba en el mercado un olor a podredumbre, una peste compuesta del tufo de las antorchas, la mugre de las personas y el hedor de los excrementos que los animales habían soltado durante el día.

Frente a aquella concurrencia se plantó la ronda. El hermano que la dirigía tañó la campanilla y gritó:

—¡Pecadores! ¡Alma que estás en pecado, si esta noche murieras, piensa bien adonde fueras!

Los niños dejaron de bailar, los jugadores interrumpieron la partida, las mujeres de la vida cesaron en sus risas, los guitarristas dejaron a medias las canciones y los borrachos cortaron sus peroratas beodas. Se hizo el silencio. Quedó el crepitar de las antorchas y de los carbones, y las arcadas de algún borracho. Supersticiosa, afligida, temerosa, la concurrencia calló, se ocultó tras las fogatas y las columnas de los soportales, o retrocedió hasta pegarse a las paredes.

La campana volvió a repicar cuando al pronto salió de la oscuridad una de las mujeres de risa fácil, que se adelantó a echar unas monedas en el platillo que pasaba uno de los hermanos y le preguntó:

—Eso no lo ha dicho por nosotras, ¿verdad?

No hubo respuesta. A su iniciativa siguieron otras. Un hombre de edad que se pasaba la mano por la frente como si meditara dejó una limosna. Un chiquillo abandonó el *corro, avanzó* atolondradamente hasta toparse con el limosnero, echó un par de monedas y con risa nerviosa regresó a los soportales. Dos jugadores se levantaron del suelo y dejaron un puñado de perras chicas al hermano que las recogía moviéndose a paso lento entre los devotos.

—La cuadrilla de vividores está amedrentada —comentó sor María —. ¿Quién no lo estaría? No sé qué es peor, si la campanilla, que suena como un ladrido, esa luz amarilla del farol, que parece el ojo de un gato, o las penas del infierno que les prometen.

—No seas supersticiosa. Ni perro ni gato —objetó la Madre—. La mujer, si tiene miedo es porque se ve de anciana muriendo en la calle, que es su infierno; el de los demás no sé cuál será.

—¿Y las penas del más allá? —preguntó sor María.

—También preocupan las de la vida, que vienen antes —contestó la Madre—. Volvamos a rezar.

Concluida la colecta, la ronda siguió adelante. Cruzó el mercado y se adentró por una de las calles que de él salían, cuyo comienzo anunciaba una lamparilla temblona. Avanzó a lo largo de un enredo de travesías, cruzó una y otra, dejó atrás callejones y pasadizos hasta llegar a uno flanqueado de fachadas anodinas, salpicadas de ventanas cerradas, mudas. El cofrade mayor paró la ronda y al repique de la campanilla recitó:

—¡Pecadores! Muchos hay en el infierno por una culpa no más. Tú, con tantas, ¿adónde irás?

Al instante se abrieron varias ventanas y desde el interior de las casas llovieron puñados de monedas, sin que pudiera verse quiénes las lanzaban. Venían envueltas en papeles en llamas que daban de lleno en el suelo y allí se extinguían, con cuya luz podía verse en la oscuridad el punto preciso donde caían. Las fachadas llamearon. Rayos oblicuos inundaron de un resplandor rojizo las paredes grisáceas y pintaron trazos sobre el gris de los muros. Desde lo alto, las limosnas centellearon como brasas azules y rojas sobre los cofrades, las religiosas y los guardias. Cubiertos por negras vestiduras, alumbrados por aquellas limosnas ardientes, los cofrades de la ronda se rindieron a la piedad de los devotos escondidos tras las ventanas.

—Son las llamas del infierno —dijo sor María—. Es imponente, mueve al respeto y al temor.

—¿Las llamas del infierno? —preguntó la Madre—. Una lluvia de estrellas me parece a mí, y hermosa. En mi tierra pueden verse estas lluvias las noches de agosto, si no hay mucha luna, cerca de la medianoche y hasta el amanecer. Aparecen en todas partes del cielo, rápidas y brillantes, y dejan un rastro de luz como la estrella de los Reyes Magos, pero las llaman «Lágrimas de San Lorenzo» porque caen por el día del santo en agosto. Me distraigo —se interrumpió—. ¿Por qué misterio íbamos?

Calló la Madre. Observó al cofrade que recogía las monedas del

suelo, algunas todavía llameando, a las que pisaba, y otras, con el papel hecho ceniza. A su lado esperaba el cofrade que llevaba el farolillo, cuya luz dibujaba en el suelo un redondel color mostaza en torno al limosnero.

—Como si escarbara, como si buscara gusanos, o huesos —dijo sor María, deseando que se levantara el cofrade que recogía las monedas—. Mejor no saber quiénes son esos hábitos deshabitados y esas capuchas sin cabeza.

Surcó la ronda la noche. Navegó por las calles al compás del paso oscilante de los cofrades, avanzando como una nave movida solo por el movimiento del agua, con su tripulación absorta. Cruzó una plaza flanqueada de casonas palaciegas cuyos porteros la observaron cautelosos, preparando las limosnas, pero la ronda no paró, sino que siguió adelante hasta alcanzar la entrada del último tramo que recorrería, el *carrer* dels Oficis.

—Es una vía muy concurrida de día y de noche —le dijo la Madre a sor María—. De día, por los clientes que atraen los comercios y por los que trabajan en los talleres. Comercios ha habido siempre, pero ahora hay más, que cada día se abre uno distinto, y talleres no digamos: los antiguos, de vidrio, alpargatas y toneles, y los nuevos, como los de los maestros perfumistas que vienen de París y que solo aquí quieren abrir botica. Entrada la noche, los vecinos salen a charlar a la fresca y a hacer tertulia hasta bien tarde, las de la barbería tienen mucho predicamento, tanto que se vienen hasta los plumillas de los periódicos a comentar las noticias. Las calles se llenan de chiquillos que juegan y de mujeres que hilan y cotillean hasta bien entrada la madrugada.

Se descolgó la Madre con esta disertación por el *carrer* dels Oficis que sor María encontró inusitada y fuera de lugar, aunque llenara el silencio que se había creado entre ellas al concluir el rosario. ¿Está la Madre cansada o está harta?, se preguntó la hermana, sorprendida ante la salida intempestiva de su superiora, a quien tenía por persona espontánea hasta donde se lo permitía la posición que ocupaba, pero nada amiga de enfrascarse en charloteos. ¿Era ese parlamento un desliz de la Madre o quería distraerse y distraerla?, volvió a preguntarse mientras miraba a los cofrades, que se les habían adelantado unos pasos.

Al inicio del *carrer* dels Oficis estaban los hermanos silentes y quietos, anónimos representantes de la eternidad. Sobre ellos, como si los coronaran, colgaba una hornacina esquinera en cuyo interior brillaba la estatua del arcángel San Miguel, alumbrada por una lamparilla roja. Rodeado por su corte angélica, San Miguel se

inclinaba hacia delante, dispuesto a clavar su lanza en la cabeza de un dragón que yacía a sus pies y los ojos vidriosos de la bestia miraban con desesperación y odio al príncipe de los ángeles. Era la bestia, Satán, de extremidades monstruosas, garras afiladas, fauces devoradoras, en cuyas entrañas, sin duda, tenía su residencia el lugar del castigo eterno. Unos metros más allá, cobijado entre las sombras de un portalón, un muchacho, desencajado, contemplaba a los hermanos.

—¡Qué viene la ronda! —gritó, y aterrado echó a correr mientras voceaba—: ¡La Ronda del Pecado Mortal!

Sus gritos llegaron hasta el final de la calle avisando a los vecinos, a las mujeres y a los tertulianos. Corrió el vecindario a esconderse en el interior de sus casas dejando ristras de sillas y mesas volcadas, tirados en el suelo los periódicos del día, abandonadas las chapas y los tapones de las botellas con que jugaban los muchachos, descabezados los muñecos de las niñas y enredadas las madejas de las mujeres que hilaban. Vacío estaba el *carrer* dels Oficis cuando la ronda lo atravesó. Desfilando al paso cansino de un ejército derrotado, caminó a lo largo de callejuelas y atravesó plazas hasta llegar al mismo punto de inicio, donde sonó la campanilla y el cofrade mayor ordenó:

—Acaba la ronda.

Se separaron los tres grupos en el cruce desde el que habían salido horas atrás. Los hermanos, callados para guardar el secreto que debían, ni dieron las gradas a las religiosas ni las acompañaron, sabiendo que los guardias las escoltaban, pero se quedaron observando hasta que se cerró el portalón de la casa. Una vez solos, se retiraron la capucha, sacudieron la ropa y desempolvaron las abarcas. El hermano que recogía las limosnas hizo recuento de la colecta conseguida y otro sacó las provisiones que llevaba para el resopón de madrugada.

La Madre y sor María se despidieron de los guardias, entraron en el jardín y cuando llegaron a la fuente la Madre propuso:

—Vamos a descansar aquí un momento.

Estaba tan cansada y dolorida que no le importó saltarse una de las reglas que había establecido para la comunidad: vestir el hábito al completo en toda circunstancia. Se quitó la toca, se descalzó y sumergió después los pies en el agua de la fuente que las horas de luz habían calentado; estaba tan tibia como si la hubieran puesto al calor de la económica. La imitó sor María, agradecida de que el voto de obediencia aconsejara seguir los movimientos de la superiora. Sin toca y descalza, hundió los pies en el agua, levantó el hábito hasta las

rodillas, lo sujetó con una mano y con la otra se refrescó la cara y los brazos afiebrados; le parecía habían atravesado un desierto. Se sentó después junto a la Madre en el poyo de la fuente, miraron las dos a lo alto y, como no vieron la luna, buscaron una oyente entre las estrellas.

Se oía en el jardín el chirrido de los grillos y el ulular tembloroso del cárabo. La brisa serpenteaba entre las plantas, como si danzara, agitando las ramas de las aspidistras, cuyas hojas aleteaban a su impulso para aquietarse después.

—Hemos hecho un recorrido corto —dijo la Madre, observando que la cara de sor María ya solo reflejaba cansancio—. Pero no puedo más, ha llegado el momento de negociar con el obispo. Nuestros votos son pobreza, castidad y obediencia. Punto. No prometemos pasar miedo. No estamos para redimir pecadores, sino para ayudar a las chicas.

—¿Quiere usted comer algo? —preguntó la hermana.

—Estoy hambrienta —contestó la Madre.

Sor María sacó las provisiones y la Madre las repartió.

Qué serena la noche cuando estás en casa, pensó la Madre. Qué alivio llegar, saber que te protegen los muros del jardín, *que en* el dormitorio las chicas duermen confiadas en la hermana que hace la guardia y que la comunidad descansa sin aflicción, meditó.

Comieron en silencio y una vez recuperadas del hambre y del miedo, y ya templado el cuerpo, se calzaron y recogieron las tocas que habían dejado a un lado.

—Esta noche dormiremos muy bien —dijo sor María.

—Y que lo digas —contestó la Madre.

Con un breve «hasta mañana» se despidieron. Sor María se encaminó al dormitorio para relevar a la hermana sustituía y la Madre, antes de retirarse, quiso contemplar la noche. Miró primero a lo alto para comprobar si Casta seguía levantada y como no vio en la ventana resquicio alguno de luz dirigió su mirada hacia el jardín.

Estaba inundado de claridad. La luna, que tanto había esquivado a la ronda, había decidido por fin enseñar su rostro de matrona, soberana de la noche, y remontada la bóveda del cielo se había instalado en lo alto, observadora. Parecía sonreír.

Quinta carta

Valencia, 20 de mayo de 1854

Carolina:

Acabo de recibir tu carta y compruebo, una vez más, que te acuerdas de mí. Estoy tan sensible que, pasando unos días sin tener noticias tuyas pienso que te has cansado, y había escrito cuantas simplezas se me vinieron al pensamiento. Te pedía que me dijeras si las mías son tan largas que te cuesta acabarlas, que yo procuraría usar menos palabras. Aquella carta la he roto y he prometido que nunca más me voy a apresurar. Ni siquiera debería haberte contado estos momentos de duda. ¡Para qué arrojarte las turbulencias de mi corazón! Es falta de gusto. Me excuso alegando que el estar aquí me confunde la cabeza.

Voy de una impresión a otra, de un sentimiento al opuesto, y no alcanzo a serenarme.

Mi situación no es halagüeña. Estar en la casa no sirve para ganarse el aprecio de nadie. ¿A quién podría presentarme sin que se me cayera la cara de vergüenza? Ramón tiene muchas relaciones en Valencia, a quienes no he

querido acercarme. ¿Qué podría explicarles? ¿Que esta casa no es ya de arrepentidas? Para las señoras de mi clase, las chicas son mujeres de la vida que hacen penitencia, nada más, no creo que sepan que un marido puede mandar aquí a su esposa contra su voluntad, y si digo que estoy enferma no se lo van a creer. Tengo aspecto de buena salud. ¿Montar toda una historia de acuerdo con la Madre sobre el porqué de mi estancia? No me sale, no tengo ganas de enredos.

Así que prefiero no asomarme. Me dirás que por qué no me contento ahora si estoy mucho mejor que cuando llegué. Paso las horas escribiendo, me dices, hablo con la Madre en compañía de Manuel, que te parece que debe de ser un caballero agradable. Sí, es verdad, pero no puede darme contento alguno estar encerrada y en semejante compañía, alejada de mi casa, de la vida que había conseguido medio ordenar para que no fuera de desgracia en desgracia, y al cabo me encuentro en una situación inaceptable para la esposa de un diputado. ¿No sería mejor que solo conocieras el lado amable de mi vida? Hablarte de la belleza del paisaje almeriense, el azul deslumbrante del mar, la bóveda del cielo nocturno agujereado de estrellas, el aire de la noche perfumado por el aroma punzante de las plantas silvestres…

Me ayuda escribirte. Llevo una vida áspera, sostenida en una rabia permanente, y contarte cuanto me ha sucedido y me sucede me tranquiliza. Solo con tomar la pluma y empezar a escribir se me disipa el mal humor que tengo instalado. Frente al papel, me atrevo a decir cosas que nunca he comentado. Hablar no me sale. Nunca ha sido mi fuerte, y en cambio, con la plumilla en la mano, me lanzo a redactar frases con las que hilvanar un relato que explique quién soy. La fuerza está en mi mano y en mi cabeza, pero no en mi garganta, que, al contrario, está agarrotada por tanto tiempo como llevó callándome.

No salgo de recordar que estoy encerrada, deseando salir y sin saber a dónde podría ir si ahora mismo abandonara la casa.

¿A Vera? ¿Volver a ser la esposa de Ramón? Qué improbable. Solo lo haría a condición de que prometiera no cumplir la amenaza que hizo de apartarme para siempre de mi hija. Nunca me pedirá perdón por lo sucedido y yo tampoco cederé, si no es que alguna vez me explica de qué soy culpable, por qué me ha encerrado, en qué he sido una esposa extraviada. Que aceptara mis explicaciones y admitiera que se ha equivocado. Si volviera a Almería, le pediría a Ramón que viviéramos juntos, pero alejados el uno del otro. Yo estaría con la niña en Vera y él, solo o con quien fuera, en la ciudad de Almería. Ramón llevaba tiempo hablando de trasladarse allí para aprovechar que están creciendo los barrios de las afueras, lo que da ocasión a nuevos negocios. Si así lo hiciera, yo podría vivir con la niña en uno de los cortijos de la familia, el que esté lo más alejado de Vera. Ante la sociedad alegaríamos, para justificar la separación, el mucho tiempo y dinero que lleva el arreglo de una vivienda en Almería, especialmente lo dificultoso de acondicionar el enorme caserón que Ramón ha comprado. Cuando me pongo sensible, imagino que yo podría ir de tanto en tanto a Almería ciudad para que Ramón viera a la niña. Saldríamos los tres a pasear, sin temor a cruzarnos con los indeseables de Vera. Esto que ahora mismo digo, bien sé que es una novelería. No me imagino a Ramón paseando a la niña. Diría que no es cosa de hombres, sino de niñeras.

Cambio de tema. La Madre me ha pedido que enseñe a leer y escribir a las chicas. Al principio me disgusté. Los tiempos en que hice de maestra en Almería no fueron buenos. Los chiquillos no eran díscolos, sino indiferentes. No sabían para qué les iba a servir la escuela. Pensaban,

según oían en su casa, que con las letras y los números no se recogían cosechas. Acudían a clase porque lo mandaba doña Francisca, la marquesa de Algaira, que es quien había organizado la escuela para niños pobres. Los niños obedecían sin rebeldía, pero sin interés, con el mismo desapego con el que yo hice de maestra a petición de doña Francisca y porque Ramón me ordenó que colaborara para que se viera que los políticos liberales —es decir, él— se ocupaban de los pobres tanto como los ricos de siempre. Accedí sin entusiasmo, confiada en doña Francisca, una mujer educada y, me parecía en aquel entonces, de buen corazón. También lo hice, reconozco, para ganarme su voluntad y que me introdujera en el ambiente literario de Vera, donde, si ella era un gran personaje, por el título de su marido, reinaba su cuñado Buenaventura. El chascarrillos, lo llamaría yo, causante de mis desdichas, que en los comienzos me pareció lo que no era, un hombre educado y respetuoso con las mujeres. Resultó ser todo lo contrario. Era un chismoso de provincias. Y ahora viene lo más grande: que doña Francisca, la de Algaira, es amiguísima del alma de la Madre, según ella misma me ha dicho hace nada. Decir que me quedé de piedra es poco. Creí estar alejada de aquellos a quienes conocía y me encuentro a algunos de los míos alrededor de la Madre: Salamanca primero, y ahora la de Algaira.

Volviendo a Iluminada, pregunté, primero a la Madre y después a sor María, de dónde venía la chica. La Madre esquivó el tema y la hermana me dijo que era hija de una mujer que murió hecha un asco. Que Iluminada había seguido el oficio de su madre en los peores barrios y que la Madre se la llevó con ella a la casa.

Sor María me explicó cómo fue el encuentro. Una noche que salió la Madre con la ronda se la encontró haciendo

pajas contra el muro de un callejón oscuro, entre basuras (mejor no explicar qué es hacer pajas, pero tiene que ver con que los hombres derramen), y los que pedían sus servicios se ocultaron en las sombras al ver la escolta. Ella se acercó y, asqueada, le dio una patada al cubo de agua turbia que Iluminada tenía al lado y después le entregó una toalla para que se limpiara las manos y le dijo que si quería dejar el oficio la podía ayudar, y entonces Iluminada la siguió, confiada en su palabra. Viendo cómo borda, sor María me dijo, no se entiende que Iluminada haya podido vivir en la calle tantos años haciendo lo que hacía. «Acaricia una a una las vainicas, repasa con delicadeza los contornos de las flores, de los tallos y de las hojas con sus dedos diminutos, parece escribir un verso». Nada que ver con la suciedad de la que venía, con los bajos fondos, con la brutalidad de su entorno, asegura la hermana, que no se explica cómo Iluminada no acabó degenerada.

No puedo seguir. Yo pensaba que las religiosas ignoraban la asquerosidad que nos rodea a las mujeres. Aquí he comprobado lo equivocada que estaba. Las ignorantes son las contemplativas, pero el resto, especialmente las que son como la Madre, conocen de primera mano la miserable vida de las mujeres pobres y hablan de ella con una franqueza que desarma. Prefiero entonces contarte cómo fue que me decidí a hacer otra vez de maestra.

¿Recuerdas que le había pedido a la Madre si podía ser que una de las chicas me subiera las tisanas? Unos días después apareció Iluminada en mi habitación trayéndome una manzanilla. Se quedó parada mirando una revista que estaba abierta encima de la cama. Suelo dejarlas allí, no hay otro sitio. Le dije que pasara y que si quería se podía quedar. Iluminada dejó la tisana en el escritorio y directa se fue a la revista. Puso las palmas encima de la hoja por donde estaba

abierta y luego se las llevó a la cara. Aspiró el aroma a página escrita que se le había quedado en la piel, lo mismo que suelo hacer yo, porque me parece que en ese olor de los dedos está el alma de las palabras. Iluminada pasaba una página tras otra y acariciaba las letras, con el gesto de los ciegos cuando recorren el rostro de la persona con la que hablan. Se estuvo así un buen rato, estudiando los grabados, los anuncios, dando vueltas y revueltas a las páginas, como si quisiera que nada se le escapara, siendo así que desconocía cuanto palpaba y olía. Cuando se levantó y ya se iba me dijo que, como no sabía leer, entendía lo que explicaban aquellos papeles por su olor y por lo que le contaban los dedos. Cuando Iluminada salió de la habitación, después de «tocar» las revistas, me echó una mirada de súplica. Me tendía su alma, como la criatura que alza los brazos a su madre para que le acoja y yo sentí que mi corazón se deshelaba, me entró un calor por dentro…

Con los niños pobres de doña Francisca nunca fue así. Tampoco con mi hija, que nunca me necesitó. La apartaron de mí al nacer, dijeron que podíamos contagiarnos el cólera una a otra. ¡Qué confuso ha sido siempre lo de mi niña! Que al cabo quedó creciendo lejos de mí y lejos se quedó. Al nacer, ni mirarme pudo ella a mí ni yo a ella. Se la llevaron sin que hubiera la niña abierto los ojos y luego fui yo quien no podía acercarse. Esto de ser madre, una buena madre, de lo que tanto se habla en libros y revistas, no sé bien en qué puede consistir, en cambio tú, a diferencia, eres una madre tan sentida, rota por la muerte de tu criatura. En tu persona se cumple lo que nos aseguran que nos pasa a las mujeres: ser una buena madre está en nuestra naturaleza.

Tengo que dejarte. El reloj de la galería, una máquina enorme y anticuada que regula la vida de la casa y del que todavía no te he hablado, está haciendo cuanto ruido puede

para que comprenda que es la hora de acudir al rosario, una llamada que suelo ignorar.

Última nota. He leído la reseña de tu novela, *La Sigea*. Se sorprende el autor de que la protagonista sea una mujer de letras, una de las que ahora califican los señores como «literatas», como si se encontrara ante una nueva clase de fémina. Debe de ser que no ha leído lo que escribes acerca de Safo, la poetisa griega, ni tus comentarios sobre Teresa, la santa de Ávila.

¿Me podrías enviar *La Sigea*?

Recibe un abrazo enorme de quien quisiera ser la mejor de tus amigas.

La directora de **El Pensil de las Damas**
anuncia
la publicación del capítulo quinto de:

Azucena

El rezo

Algún tiempo ha pasado desde que me encontré con vosotras, mis queridas lectoras.

En este momento del relato sabed que en la familia de Azucena todo eran conjeturas. El niño no venía, y ya era hora, y la Oscura insistía en que Azucena acudiera a la santera para que le hiciera un conjuro, «el rezo», y se quedara embarazada, porque llevando como llevaba un año de casada, decía ella, ya tenía Azucena que estar preñada, que en la casa todos lo esperaban y de seguro que su hijo, aunque no dijera nada, también se estaba extrañando de la tardanza,

que los hombres, ya se sabía, pronto querían hijos, mejor si niño que niña, y acaso se barruntaba su hijo que, si no había embarazo ya nunca lo habría, y que si no estaría arrepintiéndose de… La Oscura siempre dejaba la frase sin terminar, aunque era claro el sentido de su silencio, y le repetía a Azucena la misma advertencia una y otra vez, de la misma forma, con las frases sucediéndose en igual orden, utilizando semejantes palabras. Hasta le parecía a Azucena que su suegra se la decía a sí misma cada noche en su cama de matrimonio, como si fuera ella, y no su nuera, la que se hubiera de quedar embarazada.

Azucena cedió finalmente a los deseos de su suegra en lo relativo al rezo y una tarde se dispuso a recibirlo. Se tumbó sobre la cama de matrimonio rodeada de varias imágenes santas y se levantó las faldas sobre las rodillas para que cuando llegara el momento la santera le hiciera cruces sobre el vientre y los muslos con ceniza de olivo quemado en Cuaresma. De ese modo, porfiaba la Oscura, al poco se iba a quedar preñada.

Aquella tarde, en el dormitorio matrimonial de Azucena, reinaba la penumbra y alrededor del lecho se habían colocado varias palomitas de luz que brillaban creando un ambiente santo, pero un tanto funerario. Más parecía que se iba a celebrar un velatorio. Los pensamientos de Azucena giraban en torno a la Oscura, cuyo apodo retrataba con igual acierto que impiedad a la madre de Navajas, una mujeruca sombría y ceñuda, desprovista de todo encanto, que al hablar sonaba tan profética como lapidaria. Con quien, en resumen, era imposible entablar una conversación amena o insustancial. Azucena comparaba la blancura de su propia piel, que protegía siempre del sol, con el tono renegrido de la piel de la Oscura, y la forma con que ella trenzaba su cabello con el peinado de su suegra, un invariable y austero

moño sujeto a la nuca con una ristra de horquillas negras. La Oscura llevaba siempre, o al menos cuando salía de su casa, un pañuelo anudado a la barbilla, como las campesinas, y en la mirada fija de sus ojos secos, en el gesto furioso con que se sujetaba el delantal en torno a la cintura, en la forma cautelosa con que escudriñaba a los vecinos percibía Azucena las señales de la marea violenta que sacudía el alma de su suegra.

No podía determinar, se decía Azucena mirando el techo del dormitorio, si la Oscura era más supersticiosa que fanática o a la inversa, observando la fe que tenía en las santeras, la devoción con que participaba en las procesiones de Semana Santa y el extremo con que mantenía limpio y precioso el interior de las ermitas que tenía a su cargo. Barruntaba Azucena que esa fe le brotaba a la Oscura de sus propias entrañas, de lo más hondo de sus vísceras de mujer silenciada por la ignorancia y por las pocas palabras que conocía, que componían un lenguaje tan parco, tan limitado, que impedían cualquier forma de expansión de su alma. Tan escaso vocabulario no podía dar vuelo al alma de su suegra, porque, al final, creía nuestra heroína, todo en la vida dependía de lo abundante de las palabras que tengamos a nuestro alcance.

Tumbada boca arriba miró Azucena a la derecha de la cama, donde en una repisa estaba una talla de la Virgen de las Angustias que la Oscura había adornado con ramos de retama y espliego recolectados la noche de San Juan, cuando, decía, todas las plantas que se recojan antes de que pinté el sol tienen poderes, tienen gracia. Azucena miró también la muñeca que su suegra había traído para el rezo, un monigote fabricado con papelillos de colores y cañas silvestres que llamaban «la Vieja», que lucía repantigado en la mesilla de noche con las piernas abiertas que colgaban fláccidas y los

brazos desparramados a cada lado del cuerpo. La santera había insistido en que no se olvidaran de la Vieja, porque, sin ella, el rezo no tendría fuerza: la Vieja tenía poderes, hacía que las bestias se quedaran preñadas, las mujeres embarazadas, lograba buenas cosechas y que crecieran hortalizas en los huertos. Para quitarse de la vista al monigote, Azucena miró el retrato de la Virgen Campesina que estaba al lado. Se lo había enviado en la última carta su mejor amiga, una poetisa con quien mantenía asidua correspondencia, acompañado de unos versos y un ramillete de flores silvestres ya secas y alisadas. Tenía la Campesina los ojos castaños, el cabello largo y oscuro le caía sobre los hombros hasta el pecho enroscado en prietos tirabuzones y lucía un alegre atuendo de romería: un traje bordado en hilo de oro cubierto con tres mantos, recamados, respectivamente, en rojo, azul y blanco, y se cubría la cabeza con un sombrero de paja. Esperando el rezo, Azucena se sentía rodeaba por mujeres santas o santeras. La Virgen de las Angustias, la Vieja, la Virgen Campesina, además de por la Oscura, que estaba ya en el dormitorio, y la santera misma, que pronto llegaría. Demasiadas mujeres para un asunto en el que en verdad la única afectada era ella misma y el responsable último era Navajas, su marido.

Ajena a los pensares de Azucena, la Oscura, de tanto en tanto, se acercaba a secretear.

—Que la Virgen de las Angustias quiera que te quedes preñada, que la Vieja te ayude en el embarazo.

Entonces Azucena se acordó del poema que le había mandado en la última carta su amiga:

grima viva de la fresca aurora,
.)
e en la tez de las flores seductora,

.)
zclas de grana tu color de nieve
e nieve su grana encantadora:
n a mezclarte con mi triste lloro.

Se repitió el «lágrima viva… ven a mezclarte con mi triste lloro» para olvidar la situación en que se encontraba, con las faldas arremangadas, esperando a que llegara la santera, a que empezara el rezo y se acabara por fin todo aquello, aunque no se quedara preñada, aunque fuera una niña lo que viniera y no el niño que todos esperaban.

De pronto Azucena oyó unos pasos acercándose. Notó que su suegra estaba junto a la cama y a su lado otra mujer.

Percibió un olor acre a sudor y a mugre, y entreabrió los ojos, pero solo alcanzó a distinguir un bulto que parecía rezar. Alguien tocó su vientre y sus muslos con los dedos, marcando sobre su carne el signo de la cruz, mientras una voz salmodió:

—Ceniza pura, ceniza santa, haz de este vientre nueva morada. Santa Ana, manda a tu sierva criatura sana. San Joaquín, que en este seno florezca un querubín. —Algo frío y redondo se posó sobre su vientre y una voz aseguró—: Ya está preñada. Será una niña.

La Oscura entonces lanzó un gemido para después salir del dormitorio gritando:

—¡Una niña! ¡Una niña!

Podemos adivinar cuáles serían los pensamientos de Azucena. Que tenía una niña en su vientre y lo había sabido por medio de dos mujeres tan supersticiosas como analfabetas. Barruntó que nada bueno podría comunicar la santera a la criatura que estaba por venir, ni tampoco la Vieja ni la Oscura, nada que ella misma pudiera comprender. Se arrepintió de haber obedecido a su suegra, de haber accedido

a hacerse conjuros, a rezar salmodias. ¿Quién le aseguraba que con el rezo no se le había echado a la niña el mal de ojo por ser mujer y no el niño que esperaban todos, especialmente su esposo y su suegra? ¿Quién le decía que los gritos de la Oscura no eran más que una premonición de lo que le estaba por venir a su hija? Azucena no podía sino acordarse de la forma en que seguramente se había quedado preñada, de los lances en que transcurrían tantos momentos de intimidad con Navajas, y con estas memorias olfateó de nuevo la pestilencia que solía inundar el dormitorio cuando le recibía, el olor putrefacto que la ahogaba y que solo percibía ella, porque su esposo no olía nada. Porfió entonces en que cuando la niña llegara todo a su alrededor iba a estar inmaculado y que ella misma iba a limpiar la piel de la criatura y que no dejaría que ninguna criada se acercara mientras no supiera ella que la mujer estaba muy sana y no iba a echarle el mal de ojo por encargo de la Oscura. Momento en que, aterrada, se preguntó si no sería ella misma quien estaba aojada y pudiera enfermar a la niña. Azucena entonces se levantó. Se acercó al balcón y al abrir las persianas le cegó un golpe de luz. En la línea del horizonte un sol enorme, tan vidrioso como los ojos de Navajas, se disponía a desaparecer tragado por el mar. Deslumbrada, sintió su carne chamuscada. Dándose la vuelta intentó escapar. No pudo. Le fallaron las piernas y a los pocos pasos cayó desmayada.

Esta narradora imagina cómo se sienten ahora mismo sus lectoras. Conociendo la corona de espinas que sufrió Azucena, se habrán lastimado vuestras propias sienes, vuestro corazón se habrá dolorido con el sufrimiento de esta mártir. Pero, por no ahondar más en la herida que sin duda este relato os ha infligido, voy a dedicar unas palabras a reflexionar sobre los asuntos que subyacen en los

acontecimientos descritos en este capítulo:

¿Cómo era la religiosidad de nuestra protagonista? Hemos visto que Azucena rechazaba las supersticiones, pero que al mismo tiempo hacía caso de ellas. Que era devota de la Virgen Campesina y al mismo tiempo toleraba el culto a la Vieja. ¿Cómo podía ser esto?

Esta pregunta, queridas mías, nos conduce al tema general de cómo es la religiosidad actual de las españolas. Una gran señora de nuestro tiempo, tan caritativa y amante de su hogar como preocupada por las graves cuestiones de nuestra sociedad, y muy especialmente por la situación de la mujer en nuestros días, ha escrito líneas maravillosas en las que analiza con sinceridad y agudeza la que denomina «situación religiosa de la mujer». Estudiándola en todos los grados de la escala social, esta gran pensadora advierte que la pobre harapienta y la gran señora, la prostituta y la hermana de la caridad, las mujeres de todos los estamentos y grupos sociales creen que la religión es el culto e igualan lo accesorio y lo esencial. La adúltera en el hogar que mancha, la prostituta en la casa infame, la delincuente en la prisión, sin estar arrepentidas, son devotas y esperan el cielo, no de la enmienda, sino de las prácticas exteriores, fáciles y atractivas, de sufragios y oraciones, de indulgencias que se aplican a sí mismas y cuyo mérito exageran. Llevan escapularios y medallas, y hasta en su propio cuerpo se tatúan emblemas religiosos. Asisten a la iglesia, ofrecen novenas por el éxito de sus asuntos, queman cirios, encienden lámparas.

Me pregunto, mis buenas amigas, si este podría ser el caso de Azucena. De su conducta respecto a la santera, de que se sometiera al rezo, no podemos deducir necesariamente que fuera supersticiosa, sino que estaba sobre todo influida por el ambiente supersticioso del pueblo español, y que en las tierras de Andalucía es predominante.

(Esta narradora no sabe nada de otras regiones). Todas hemos oído a señoras de buen tono mencionar: «El martes y 13 ni te cases ni te embarques», poner a los niños recién nacidos amuletos para protegerlos del mal de ojo, muchas que van a que les echen las cartas… ¡Hay tantas supersticiones circulando en nuestra sociedad! Se da una confusión frecuente entre los amuletos y los escapularios, una confusión presente no solo en las clases populares, sino en cuantos reciben una formación religiosa deficiente.

Pero también se ha desarrollado en nuestra sociedad actual la tendencia a que las madres sean las principales formadoras religiosas de los hijos, y en especial de las hijas. En muchos escritos se habla de la necesidad de que las madres las enseñen a comprender y amar la ley de Dios, que, yo os aseguro, es la principal enseñanza que una madre debe transmitir. Abundan, amigas mías, los escritos dirigidos a la formación religiosa de las niñas y esto constituye una gran novedad, puesto que anteriormente las obras educativas estaban pensadas para la infancia, sin que se distinguiera entre niños y niñas. Entre las que ahora aparecen para ellas también están las que instruyen acerca del adecuado comportamiento a observar en la celebración de los sacramentos: entrar con mucho respeto en el templo, guardar siempre la compostura en la iglesia, aunque no se estén celebrando oficios, asistir a la santa misa con devoción y sin estorbar a nadie.

Os preguntaréis, queridas lectoras, así lo espero, si Azucena había recibido enseñanzas religiosas de su madre y, por tanto, si sus creencias, si su moral, eran profundas, si tenía arraigada en su conciencia y en su corazón las verdades de la fe cristiana y la práctica de las virtudes. Esta narradora se pregunta, a su vez: ¿enseñan los tratados morales a amar a los hijos? ¿Es el amor materno distinto del cuidado del

cuerpo de los niños? ¿Se ocupa la religión del amor materno?

Amigas mías, os animo a que reflexionéis sobre estos puntos porque el deber de una buena lectora no es tragarse ciegamente cuanto lea, confiar a pies juntillas en las palabras y las opiniones del narrador. Todo lo contrario. Una buena lectora es aquella que sigue el devenir del relato con el ánimo de quien busca al delincuente que comete un crimen contra la sociedad, o con el de la cotilla provinciana que persigue acceder a los misterios que ocultan, tras los visillos, las vidas de sus vecinas más cercanas.

Revisando este capítulo, esta narradora se da cuenta de la poca presencia que ha tenido la madre de Azucena en el relato. No me he detenido a presentárosla, es cierto, apremiada por la necesidad de desvelar los sucesos que le acaecieron a la hija.

Confío en el raciocinio de mis lectoras, en su capacidad para deducir cómo fueron los familiares de Azucena de los datos que he ofrecido. Dejo que vosotras mismas contestéis a las preguntas que os formulo y también a las que puedan surgir a medida que se vayan sucediendo los acontecimientos en capítulos sucesivos.

La historia de Azucena no está completa, ni mucho menos, así que os espero. En los siguientes capítulos, veréis a Azucena recorriendo el sendero de la maternidad.

PARTE SEXTA

Iremos todas

La noche siguiente a la ronda, mientras una agotada sor María conseguía a duras penas recorrer la casa llamando al recogimiento nocturno, las chicas, en el dormitorio, esperaron su vuelta canturreando, lanzándose pullas y sobre todo chismorreando a sus anchas en aquella estancia alargada, ocupada por doce lechos donación del hospital de Valencia. Seis a cada lado del pasillo, separados entre sí por apenas unos pasos, lechos que a las chicas les gustaba cada noche rociar con la esencia de las plantas de romero y tomillo que Encarna cultivaba en un rincón del jardín y que sor María destilaba. Aseguraban ellas que el aroma de las plantas silvestres borraba de la memoria el tufo de los camastros, pura paja y trapos, donde habían dormido y hecho otras cosas antes de recalar en la casa.

De vuelta al dormitorio, sor María las puso a dormir. Comprobó que llevaran la camisa de noche, que vestidos y tocas estuvieran extendidos a los pies de las camas; mulló almohadas, arremetió las sábanas, acalló cuchicheos y revisó que las ventanas estuvieran entornadas. Una vez apagadas las velas, Iluminado por la sola luz que llegaba del jardín a través del corredor, el dormitorio calló, pero suprimido el runrún de las conversaciones entró por las ventanas el eco dela dudad. Caída la tarde, venían del mercado las voces encanalladas de las tabernas, de los garitos y de los cafetines, lugares

que cobijaban a los que querían acabar el día de la mejor manera posible. Se alzaban los gritos de los parroquianos pidiendo vino, juego y baile, y los acordes de los músicos callejeros entonando a todo trapo canciones populares. La vida nocturna de la ciudad entraba en el dormitorio y, al sentirla, Chelo añoraba la que antes había llevado y se revolvía contra su negra suerte, obligada a encerrarse en la casa.

—Ya está frita sor María de salir con la ronda —le susurró Chelo a Obdulia y Palomita, que ocupaban las dos camas contiguas a la suya —. Salí yo del dormitorio *entró* las doce y la hermana *vigilanta* no *sapercató* y me escondí *pa* la portería. Vi a las dos salir bien *abrigas*, y oí a los hermanos y los *soldaos, manque* hablaban bajo. La noche entera pasaron la Madre y sor María en las calles y la hermana ahora no *s'aguanta*. De aquí a poco podemos hasta berrear, que no *dispierta*.

Chelo afilaba su natural malicia con las chicas que dormían cerca y que escuchaban, a juicio de la primera muy admiradas, la historia de su vida. Además de despellejar a la Madre, a las hermanas y a las compañeras, lo que más le gustaba a Chelo era explicar cómo llegó a ser cantante y cómo triunfó, a lo cual dedicaba un rato cada noche siempre que la hermana que vigilaba el dormitorio no pudiera oírla.

Apenas cumplidos los doce años, Chelo se había echado a la calle huyendo de los bofetones que le daba su madre cada vez que el «manos largas» de su padrastro se le acercaba para jugar a «casados». A la muchacha no le disgustaban mucho estos juegos, siempre que no se le rompiera el velo y dejara de ser virgen, pero el hombre la persiguió y la persiguió, hasta que Chelo se hartó de él, igual o más que de las tortas de su madre, y decidió marcharse de casa. Vagó mucho tiempo entre basuras y desmontes, comiendo de lo que robaba y durmiendo bajo los soportales de las plazas o en las porterías de las casas señoriales, donde los porteros la dejaban quedarse a cambio de que compartiera con ellos la cama. Se unió a pillos y golfillas, practicó diversos oficios y hasta Instaló un puesto de churros en el mercado, que tuvo que cerrar porque no rentaba. Después de pagar la harina y el aceite, el alquiler del puesto y el de los cacharros, apenas quedaban unos ochavos, pero durante el tiempo que estuvo de churrera conoció lo que pasaba por las noches en el mercado y se decidió a explorarlo.

Se quedó deslumbrada. Las manolas que allí actuaban como ballaoras o cantantes le parecieron las mujeres más elegantes y hermosas del mundo. Se pasó noches enteras viendo actuar a aquellas diosas acurrucada en un rincón del cafetín de turno, a salvo de la mirada del dueño y de los parroquianos. Admiraba la forma de

vestir de las artistas, el gusto que tenían, así le parecía, para peinarse, para adornarse con flores y lazos. Las contempló deslizarse orgullosas y procaces entre las mesas ofreciéndose a un público de hombres que buscaban su trato, que más las querían cuanto más desvergonzadas se mostraban. Oía a las artistas alardear de la cantidad de botellas que hacían consumir a los clientes, se sorprendía al ver cómo los hombres se dejaban embrutecer, y al final se obsesionó. Quiso ser artista. Dado que era una muchacha guapa, que tenía una voz agradable y que no desafinaba demasiado, consiguió que los dueños de los teatruchos la contrataran para cantar canciones vulgares contoneando las caderas, haciendo carantoñas y poniendo morrltos. Los clientes la jaleaban y así consiguió labrarse un nombre, hizo carrera en los cafetines y garitos del barrio antiguo de Valencia, donde se anunciaba con el nombre artístico de Salerito.

—Así me gusta que *mi llamin*, que *tingo un* cartel y *un* público —explicó por enésima vez Chelo a Obdulia y Palomita—. Salía a cantar con la cara retocada, cejas negras, ojeras pintadas, muy escotada, vestida de gasa, requetepeinada y empolvada. Siempre montando *un* follón en la sala.

—¿Cómo fue que llegaste a la casa? ¿Cómo te pescó la Madre? —le preguntó Obdulia, una mujerona lenta de andares, que parecía floja de entendederas y que para evitarse problemas le hacía a Chelo cuantas preguntas quería oír la vanidosa que dormía a su lado.

—Fue por el mal de los bajos, el que sana con *lavaos*. Me atacó bien *atacó* y el *dotor* dijo que sin cartilla *nabía* curas.

—¿Para qué la cartilla? ¿No eras Salerito? —preguntó Palomita—. Las que cantan no *nesisitan* papeles. Solo las de casas, si es que quieren hacerse curas en *ropital*.

Aquí tuvo Chelo que explicarse.

—Me enamoré de un chulo guapo y *tordo* que me sacó del cante. Decía que con mi palmito más dinero ganaría haciendo la calle. Yo estaba tan *namorá* que to se lo daba, que era mucho, porque de veras que ganaba más que de artista. Pero al poco agarraron al Relimpio, que así le decían a mi chulo, por lo guapo que yo le llevaba. Fue al trullo y tuve que meterme en una casa. No estaba mal, pero me cogieron unos males y me fui al *opital pa* las curas, y allí conocí a una señorona de postín, doña Francisca, una de importancia que nos visitaba. Me consiguió entrar con la Madre *pa* ponerme buena —explicó, aunque no le gustaba hablar «del lado oscuro de su vida», como le gustaba llamar a sus desgracias, palabras que había sacado de una de las canciones de su repertorio—. En *l'opital* conocí a la madre de esa pava de Iluminada. Fuimos compañeras de sala —dijo,

señalando a la muchacha, que dormía, o así lo parecía, no muy apartada. Tapada la cara hasta los ojos, Iluminada estaba muy quieta, como si no respirara—. La *dicían* Alegría —continuó Chelo—, mira tú, una tristona como la hija, que lloraba a *toas* horas, y era tan pequeñaja, tan *esmirriá* como Iluminada, aunque no tenía sus aires *finolis*. Alegría acabó de pajillera y otras cosas, acabó *onde* empezó la hija, que no ha servido ni *pa* hacer la calle, esta *finústica*. Vivían las dos en un cuartucho que compartían con una que había *sío* puta. Iluminada acompañaba a su madre, pero solo *pa* hacer pajas o para «jugar a *casaos*» con señoritos, sin dejarse romper, como yo con mi padrastro, pero yo me llevaba bofetones de mi madre y esta *desgració* sacaba buenos *mortises*. Los señoritos la buscaban porque no estaba rota.

Iluminada, que no dormía, había escuchado a Chelo un buen rato sin prestarle mucha atención. Conocía a Salerito, su pasión por el Relimpio. La había oído hablar muchas veces en el hospital, cuando visitaba a su madre, que se moría ingresada en la misma sala de mujeres donde estaba Chelo. Iluminada oía a la artista sin hacerle mucho caso, pero cuando mencionó a su madre se sobresaltó. Entreabrió los ojos y escuchó.

—Había que ver a Alegría. Antes del *opital* estaba ya medio loca de las curdas que cogía *toas* las noches, que no atinaba —dijo Chelo.

—¡Mentira! —gritó Iluminada. Había emergido del interior de las sábanas y, desencajada, se enfrentaba.

—¡No *paece* sino que *l'incomodo* a *usté*! —respondió Chelo—. ¡Aguarda que llega lo mejor! Tan borracha era tu madre que ni de pajillera la querían al final, que *pa* coger un ochavo rondaba la cárcel por la noche, se tiraba al suelo con una vela entre las piernas y enseñaba to a los presos que se asomaban *pa* ver sus interiores. Me lo contó mi Relimpio, que tenía a Alegría más que vista.

—¡Mentira! —repitió Iluminada—. Madre no era una borracha, que era tísica, y yo no hacía señoritos, que la acompañaba *pa* que no la pegaran los chiquillos, porque no andaba bien y *l'apedreaban*, creían que estaba borracha.

—¡Mentira, dice! —replicó Chelo—. ¡Vaya! ¡La mojigata! ¡La sabionda! ¿Te incomoda la *verdá*? Pues me da la gana, ¿oyes? Tú no estabas con ella cuando murió, ¿estamos? Que la pobre se murió como un perro. *Pal* viático la envolvimos en una colcha *prestó* con un escapulario en las manos y pusimos unas flores de papel en su pelo. ¿*Ande* estabas tú? ¿A quién le hacías pajas mientras ella se moría?

Chelo no pudo seguir. Apenas acabó cuando Iluminada ya le agarraba del pelo. Había saltado de la cama y en dos zancadas se le

había plantado enfrente y lanzado a darle puñadas. Se enzarzaron Chelo e Iluminada bajo la mirada indiferente de Obdulia y la más nerviosa de Palomita, sin que ninguna de estas dos hiciera ademán alguno de parar la pelea. Por su parte, Pilar y Encarna, que estaban ya medio dormidas, se levantaron y se acercaron de puntillas. Allí quietas, miraban silenciosas enfundadas en sus largas camisas de noche, con gesto serio y las entrañas partidas. Qué atrocidades soltaba Chelo. Qué palabras usaba…, ofender la memoria de una muerta y a una hija que tanto había cuidado de su madre… Qué mala gente Chelo…, decir que Iluminada había abandonado a su madre moribunda por una paja y dos perras chicas… Todo esto decía el gesto mudo de sus caras.

Al poco llegó la Madre con paso resuelto y el gesto firme de quien ha tomado una decisión. Sabiendo que se trataba otra vez de Chelo, entró en el dormitorio recapitulando cuántos eran los desmanes que la artista llevaba cometidos en los días recientes. Había ofendido a Casta burlándose de su padre, descompuesto con sus cantos y bailes el taller de costura, alborotado la oración de la mañana con la absurda historia de las brujas y, para remate, se había enzarzado a pelear con Iluminada. No puede quedarse, concluyó. Francisca se había equivocado y ella misma había errado al retener a Chelo en la casa por la destreza con que bordaba. Menuda farsante, cómo nos ha engañado, se lamentó. En lo referente a la casa no debía permitirse nunca tales fallos de juicio.

La Madre llegó al punto de la pelea en el que Iluminada y Chelo, tiradas en el suelo, la camisa por la cintura, enseñaban todo de piernas arriba. Iluminada tenía la cara roja por las bofetadas, los brazos y las piernas hinchados a golpes. A Chelo, que tenía el pelo revuelto y las manos sucias, de la boca le caía un reguero de baba y de la nariz mocos que sorbía con fuerza. Su aspecto era a un tiempo lastimoso y grosero, pero cuando tuvo a la Madre cerca hizo un gesto de reto, como diciendo: «¿Qué se me da a mí lo que a *usté* le parezca?».

—Recoge tus cosas y sal de esta casa —dijo la Madre—. En el mercado hay muchos que te alojarán. No esperes que te acompañemos, conoces el camino. La hermana portera te abrirá.

—De fijo *sapensaó usté* que es culpa de mi menda, no de la santita de Iluminada —dijo Chelo.

—Recoge tus cosas y vete —repitió la Madre—. Ya estás buena del mal que traías en el cuerpo y aquí no podemos enseñarte más. Eres de otra cuerda.

—¡Bah, bah, *seña*! No me gustan sus remilgos —contestó Chelo,

crecida—. ¿Qué *creusté* que es la vida? Tanto callar y rezos… Soy la que soy y si no le gusta, allá *usté*. ¿A qué se cree que venimos aquí las de la vida? Pos a curarse y volver a la calle, que de coser y de criada no se gana un ochavo. Aprender de señoronas… ¡Pamplinas!

La Madre no replicó y abandonó el dormitorio en la tranquilidad de haber solucionado un problema, pero preguntándose cómo se iba a tomar aquello Francisca.

Chelo continuó discurseando hasta que viendo que hablaba sola no pudo sino callarse. De mala gana se acercó a su cama, cogió el vestido de educanda y lo tiró al suelo, para después reclamar a voces el que llevaba cuando entró en la casa, aunque no le hacía ninguna falta gritar, porque sor María, entretanto, había preparado un hatillo con sus pertenencias. Chelo se cambió de ropa con toda calma y hasta se entretuvo en recogerse el pelo y sujetarse con saliva dos rizos en la frente. Hecha una manola de tronío, recorrió el pasillo del dormitorio silbando, saludando a derecha e izquierda a sus compañeras con gesto torero y salió dando un portazo. Se adentró en el corredor, atravesó el jardín y traspasó el portalón que la hermana portera sostenía abierto y cerró enseguida tras ella, no sin antes desearle suerte en su vida futura.

La noche recibió a Chelo con una luna redonda y blanca como una bola de gasa suspendida en lo alto. Ascendieron las dos por el callejón hasta el *carrer* de Les Magdalenes y una vez frente a la fachada de la casa, Chelo se plantó mirando las ventanas del dormitorio y cantó a gritos:

—Salerito soy, Salerito me llaman. La más guapa soy, la que mejor canta.

La tonadilla se oyó alta y clara en el interior, no en vano Chelo había cogido oficio de lo mucho que había cantado en la calle, y todas en el dormitorio supieron que se guaseaba de ellas.

Entonces sor María, que se había empleado en ayudar a Iluminada el rato que Chelo llevaba gastado en provocar, arropó a la muchacha canturreando una nana:

—«Duérmete niña, duerme mi bien, que entre las nubes es fácil soñar…». Ahora a dormir, que estamos cansadas —dijo después.

Acallados los cantos de Chelo en la calle, sor María se acostó y agotada se durmió de inmediato. Así, no pudo oír el llanto de Iluminada, pero las chicas sí lo sintieron. Al poco alguien dijo:

—No llores, Iluminada.

—La Madre me va castigar. Me quedaré hecha una *ijnoranta* —dijo Iluminada entre hipidos. Y lo decía con tanta pena que el dormitorio se quedó en suspenso.

Luego, aquella que antes había hablado se arrancó:

—Pues iremos todas. No te castigará la Madre si vamos juntas. También nosotras queremos aprender —dijo, y en esta seguridad cesó la pena de Iluminada y el dormitorio finalmente se echó a dormir, tranquilizado.

La luna que había acompañado a Chelo hasta Les Magdalenes decidió no adentrase en el mercado con ella, sino quedarse colgada sobre la casa para allí mostrar a quienes la ocupaban su rostro más amable. Atravesó con sus rayos la ventana de la oficina y se dispuso a esperar a que la Madre, que allí trabajaba, reparara en su presencia.

Mientras releía la nota de Francisca anunciando su inminente llegada, la Madre observó el camino de luz que los rayos del astro habían dibujado en el suelo y se supo incitada a salir de la oficina. Animada, siguió el trazo de luz por el corredor hasta el comienzo de la escalera que subía al segundo piso. Entonces comprendió qué era aquello de lo que la luna avisaba. Tenía que recordarle a sor María que tuviera dispuesto el dormitorio para la señora Francisca. En especial, que se colocaran en los cajones del armario ramas de romero que perfumaran su interior. Una de las debilidades de su amiga.

Sexta carta

Valencia, 19 de junio de 1854

Querida hermana de mi alma:

Ahora ya te conoce la Madre, sabe que tengo una amiga y que nos escribimos con frecuencia. Esta mañana me acerqué a la portería para ver si había carta tuya. Como la hermana portera ya había distribuido el correo, me fui corriendo a la oficina y allí estaba la Madre con Manuel y, sobre la mesa, la correspondencia. Al entregarme la tuya, la Madre me preguntó quién me escribía tanto. No le hice notar lo que suponía, que se había informado de quién eres. Contesté que estás muy bien casada y vives en Madrid, que tu esposo, Horacio Perry, es diplomático y de una importante familia del norte de América. ¿Poeta?, me preguntó, delatándose de nuevo, porque yo no le había dicho que eres poeta. Y reconocida, le aseguré, que a sus tertulias acude lo mejor de nuestras letras. No sabes cómo llegué a presumir. José Salamanca vendió a Horacio Perry, el esposo de Carolina, el palacete donde ahora viven. Ajá, contestó escueta la Madre. Qué extraño. Conoce, y mucho, a

Salamanca, tiene tantas relaciones… La Madre se trata con la reina, doña Isabel, esta contigo… Los de arriba, entre los que no estoy incluida, os conocéis todos. Ahora que releo esta última frase, me doy cuenta de que su sentido es confuso. Si Salamanca es mi cuñado y es de los de arriba, yo debería serlo también. Pero entonces no se entiende que yo esté aquí, como tampoco entiendela buena sociedad que la Madre (que es de muy arriba) viva con ellas. De todo este embrollo deduzco que la Madre y yo tenemos en común que no estamos donde deberíamos estar.

Cuando tuve tu carta en mis manos, noté la mezcla de aromas que la impregnan, el del agua de olor que usas y el otro con el que aromatizas el sobre y el papel de cartas. Juntos componen tu fórmula magistral, que ahora, dispersa en el aire de mi habitación, te trae a mi presencia. Cuando aspiro esta mezcla sé que estás a mi lado.

Me asombra cómo has respondido a las preguntas que te hice en la mía anterior. Cuántas razones me has dado. No te han parecido que sean triviales mis sentimientos, propios de una mujercita débil. Con este juicio me consideran quienes prescinden del corazón, que es una fuerza inmensa. El corazón rige la vida de las mujeres, nos aseguran, y deberíamos administrarlo bien, lo que no sabemos hacer. Pero el corazón de una mujer tiene muchos destinatarios, no solo el hombre; el hombre quizás sea el menos importante. Me dices, como si yo no lo supiera, que mucho has denunciado el maltrato que sufren tantas mujeres en el matrimonio, sin que nadie se atreva a defenderlas. Solo hay que leer tu poema «El marido verdugo». «Alimañas», les llamas. Nunca se me fue el corazón con Ramón, pero sí con Iluminada, que viene a ser una hija para mí.

No es poca la sorpresa que me han dado recientemente las chicas. Decidieron unirse a Iluminada y ahora quieren

todas aprender a leer y escribir. Se presentaron en grupo, con Encama llevando la voz cantante, y por más que las instaba a marchar no se movían. Me preguntaban: «¿*Señá* Casta, verdad que no nos quiere echar?». Razonaban que, si se presentaban juntas, la Madre no podría suprimir las clases, convencidas de que lo iba a hacer para castigar a Iluminada. La muchacha había tenido «un problemilla». Se había enzarzado a patadas y puñetazos con Salerito, no me dijeron por qué, sino que era por cosas antiguas. Salerito había salido ya expulsada de la casa, pero las chicas temían que la Madre castigara a Iluminada. Encarna repetía que estaban allí por Iluminada, que si la quitaban de aprender se le iba la vida, que desde que pensaba en tener letras se le había puesto una cara nueva. Nosotras somos una piltrafa, aseguraba Encarna, pero tenemos entrañas. Al escuchar a Encarna hasta me atraganté. Qué reacciones llega a tener nuestro cuerpo sin pedirnos permiso.

Pasamos a la sala taller, que estaba entonces vacía. Repartí cartillas y plumillas, puse un tintero. Les hice ver cómo se moja la plumilla, cómo se trazan las rayas, de izquierda a derecha, claras y limpias, sin torcerse. En estas estábamos cuando la Madre apareció. No dijo nada, sino que me pidió silencio poniéndose el dedo en los labios. Las chicas miraban como preguntando: «¿Qué, nos quedamos?», y ella asintió con un gesto. Se marchó no sin antes indicarme con la mano: «Luego hablamos». Parecía perpleja. Pasada una hora vino sor María. Las chicas le enseñaron lo que habían hecho. Aseguraban que ya sabían coger la plumilla y mojar en el tintero sin echar borrones. Sor María hizo muchos elogios, sin dejar de observar el montón de trapos empapados en tinta que llenaban la papelera. Después de esta prueba, la Madre se ha decidido. Tendrán clase. Solo una hora al día, después de la oración de la mañana.

Esperemos que luego no falten, observó la Madre, que no se aburran, y en su cara me pareció entrever un atisbo de sonrisa.

Me dirás que sueno contenta. No lo sé. Quizás aliviada. La pesadumbre que suele dominar mi ánimo me ha dado una tregua. Para seguir así te voy a contar cómo fue que me encontré con las revistas de salones. Es un episodio que me gusta recordar.

Una vez tuve que acompañar a mi padre al casino de Málaga, donde él quería pasar la tarde jugando a las cartas. Reunidos los jugadores, se sucedía una partida detrás de otra y a mí se me hacía aquello interminable. Aburrida, me escabullí, salí del casino y me fui a pasear por las calles. Caminé un trecho hasta llegar al centro, que de tan animado como estaba incitaba a demorarse.

Muchachas había que paseaban cogidas del brazo y girando la sombrilla con que se protegían del sol. Las calesas circulaban a buen paso, ocupadas por señoras que lucían vestidos de seda y tocados de encaje. Repicando cascabeles, desfilaban mulas y caballos adornados como señoritas por el arte que tienen los cocheros de Málaga para engalanarlos. Caminé un buen rato, no recuerdo por dónde, pero sí que disfrutaba tanto que deseé quedarme para siempre como estaba, sola y libre. Miraba a los paseantes, oía los pregones de los vendedores, el martilleo de los organillos, sin importarme el asalto de las gitanas ni la peste a pescaíto frito. Estaba embobada y tan contenta que no quería acordarme de nada ni de nadie.

Me topé con la redacción de un periódico y su escaparate reclamó mi atención. En su fondo estaba expuesto, como una custodia, un ejemplar del diario de noticias *La Voz de Málaga*. Me dio un pronto y entré. En el interior encontré una sala grande y de techo alto donde grupos de señores

conversaban formando corrillo; otros, en solitario, circulaban escuchando las conversaciones, mezclados con los vendedores de periódicos. Nadie se fijó en mí. Pasé un buen rato ojeando ejemplares de *La Voz*, hasta que, leyendo el último número, di con una nota. Anunciaba que se iba a ofrecer al público en lo sucesivo una revista de salones llamada *El Pensil del Bello Sexo*, en cuyas páginas publicarían las poetisas Amalia Fenollosa, Manuela Cambronera, Carolina Coronado y Ángela Grassi. Lo leí diez veces. No salía de mi sorpresa. ¡Cómo podía ser que hubiera tantas mujeres poetas! Rumié y rumié maquinando de qué forma iba a convencer a mi padre para que nos suscribiera al *Pensil*. Le di tantas razones que mi padre se aburrió de escucharme. Terminó diciendo: «Venga, venga, lo que quieras», de modo que lo arrastré hasta la redacción de *La Voz* y pagó por adelantado un año de suscripción.

Me pasaba la vida acercándome a la redacción para preguntar por *El Pensil*, cuya periodicidad resultó ser muy irregular y su vida muy corta, pero al que siguieron muchas otras revistas donde publicaban tantas literatas. Me tenían allí tan vista que me saludaban desde los golfillos que repartían los periódicos hasta el director. Cuando recogía mi revista de turno, volvía corriendo a casa. No la abría hasta que, ya en mi dormitorio, ponía el ejemplar sobre la mesa. Temblaba al romper el precinto, me acercaba la revista a la cara, aspirando su olor. Me demoraba mirando los grabados de la portada, le daba vueltas y vueltas para ver la contraportada, antes de sumergirme en el contenido. Pasaba una por una las hojas leyendo los anuncios de polvos de talco, jabones, crecepelos, cremas para la cara y las manos, y lociones para cubrir las canas. Me imaginaba visitando los establecimientos que se anunciaban y hasta comprobaba los horarios de salida y llegada de las galeras al puerto. Me

estudiaba los patrones importados de París, con modelos de temporada para las damas, de vestidos de mañana y de tarde, de paseo y formales, atuendos de noche, de teatro y etiqueta. ¡De cuánto me informaba!

Después venía lo mejor. Leía cuentos, novelas y poesías firmadas casi siempre por las mismas autoras. A través de estas publicaciones supe de ti, de Josefa Massanés, de la Avellaneda. De tantas. Llegué a consideraros mis amigas. Cuando ya me tenía leída la revista, copiaba los versos. Después la dejaba en el patio para que la leyeran mis hermanas, interesadas en los patrones de moda, y mi madre, que leía sobre todo los anuncios de productos de limpieza para la casa. Finalmente, guardaba el ejemplar en mi dormitorio. Reuní bastantes números, pero, cuando me casé, la colección se quedó en la casa de mis padres en Málaga y la perdí de vista. Suerte que copié los poemas. Formé con ellos mi diario poético. Lo repasé tantas veces que me sabía de memoria los versos que había copiado. Al repetirlos, entraba en ellos, en su melodía, en su ritmo, en la idea o en la emoción que los sustentaba (escribir versos y componer melodías son artes parecidos). Los comparaba con mis propias poesías. Aprendía sin maestros. Después decidí escribir a «mis amigas poetas», como yo las llamaba. Pedí sus direcciones y así fue como tú y yo llegamos a conocernos.

Desde que llegué a Almería y me casé y luego nació mi hija, mis versos quisieron cambiar, si no es que era yo la que cambiaba. Me arrastraba la fatalidad, el destino, unas fuerzas que en Almería son tan reales como el tirón de la resaca. Leía y releía tu poema «A la palma» y sentía que hablabas de mí. Yo era la «hija del suelo ardiente», «en el desierto abrasado, donde el *simoun* vierte lumbre… y el sol lanza su llama destructora». Salía a pasear a las horas de más calor para que me cegara la luz. Me dejaba atormentar por los

granos de arena traídos por el viento africano que se clavaban en mi piel. Pisaba la tierra seca y me atragantaba. Sentía en mi cuerpo dolor de amor, aquel del que habla tu mejor poema, «El amor de los amores». Quería desgarrar al que lo leyera con el sufrimiento que me torturaba desde niña y también con otro, más fuerte si cabe, que amenazaba con destruirme desde el momento en que nació mi hija. Sufría por mí y por ella, por lo que nunca tuve y por lo que la niña nunca tendría de mí si yo continuaba siendo la que era. Mi hija me arrastraba al fondo de mi alma, a lo más hondo. A comprender que no podía recogerla porque todavía estaba yo esperando el amor de mi madre. Mi dolor era el de la criatura desatendida. ¿Recordamos los mayores cómo es este sufrimiento?

No te conté lo que me pasaba porque temí que no me entendieras. Necesitaba ayuda. La busqué de la única forma que pude, pero resultó inadecuada. Si te hubiera tenido a ti como consejera no me habría visto envuelta en sucesos tan enojosos, tan deplorables como los que me han sobrevenido. Me han encerrado en esta casa por el amor que le quiero tener a mi hija. Qué burla. Con la decisión que tomé, acudir a un hombre para que me ayudara a escribir, a Buenaventura, me he visto leída por un público que nada sabe de mí, entre ellos mi marido. Se divirtieron con mis amores y desamores. Leyeron mis versos entre risotadas.

Compruebo que el tono de mi carta ha cambiado y voy a terminar. En los párrafos anteriores había contento. En estos últimos, consternación, desconsuelo. No quiero concluir si no es caminando derecho a tu corazón. Desearía decirte algo hermoso, digno de ti. Si no escribo las palabras que tú desearías leer, imagínatelas. Pon aquellas que más quieras, las que en verdad te emocionen. Selecciona las que vayan directamente a tu corazón.

¿Estás segura de que quieres leer el relato que estoy publicando? Considera si no serán mis letras demasiado intensas.

Adiós, mi querida amiga. Como siempre, espero tus cartas.

La directora de **El Pensil de las Damas**
anuncia
la publicación del capítulo sexto de:

Azucena

La niña Pía

Antes de comenzar este capítulo tengo que disculparme. Para relatar los importantes acontecimientos que en él se contienen, para que conozcáis las verdades de la vida y de los movimientos del corazón de nuestra heroína, no tengo más remedio que recurrir a un lenguaje extremado, utilizar unas palabras que os causarán sonrojo. Describo experiencias del cuerpo y del ambiente en unos términos que sin duda van a herir vuestra sensibilidad. Me excuso, pero solo así puedo transmitir con verdad y fidelidad los sucesos que componen esta historia.

Según había anunciado la santera, Azucena dio a la luz a una niña. ¿Cuál suele ser la reacción de la familia cuando esto sucede? Una entrañable amiga mía, insigne escritora y pensadora ilustre, nos ilumina en esta materia. En sus escritos afirma que en los días en que se espera un alumbramiento en la familia, lo que más se desea es que el recién llegado sea un niño. Mi ilustre amiga señala que este es el anhelo de un padre noble y rico, no habla de otros. ¿Por qué se prefiere un niño? Nos lo preguntamos sabiendo ya la respuesta. Para continuar el linaje. Un hijo prolonga el apellido, asegura la continuidad del patrimonio. Mi amiga pensadora no nos indica cuáles son los deseos de un padre que no es noble ni rico, pero no importa, porque en este caso el padre, Navajas, era rico, aunque no fuera noble, y por tanto su caso se ajusta a lo descrito. En cuanto a la madre, mi amiga afirma que una mujer que da a luz solo puede desear que venga una niña para que sea su sostén en la ancianidad. Es decir, que una madre, si no es por esta razón egoísta, no desea que nazca una niña. Una vez que la criatura está en este mundo, mi amiga reconoce que, aún decepcionados, tanto el padre como la madre se conmueven al recibirla y no tardan en cubrir de besos el rostro de la recién nacida, a quien en principio rechazaron. Una vez que tenemos este modelo de comportamiento habitual, voy a relatar cómo transcurrió el nacimiento de la hija de Azucena para ver si aquel suceder se ajusta al modelo prescrito por la literatura moral.

Sintió nuestra heroína los dolores de parto una tarde mientras redactaba unas cartas, que nunca llegó a acabar. Suspiró aliviada al saber que el embarazo llegaba a su fin pues se le había hecho muy largo y la gestación le había afectado seriamente el alma. Las molestias físicas fueron las normales y en cuanto a las demás, solo tenéis que recordar

cómo había sido la noche de bodas (que relatamos en el capítulo tercero de este folletín) para comprender la influencia que aquella noche ejerció en la mente y el corazón de Azucena. En cuanto a la primera, el efecto fue que desarrolló una preocupación intensa por el desorden que imperaba en el lugar donde vivía y por las escasas costumbres higiénicas de sus habitantes. En cuanto al corazón, le atormentaban sentimientos perturbadores: soñaba que, cuando le ponían la criatura en los brazos, esta se caía al suelo y se le abrían los sesos.

En aquella localidad provinciana del levante donde residía Azucena, no se consideraba a la mujer embarazada digna de cuidado o consideración alguna por parte de nadie. Ni del esposo ni del médico ni mucho menos del gobierno local. No se pensaba que los seres que se desarrollan en el vientre de una mujer tuvieran que ser objeto de especial cuidado. Las autoridades no hacían nada por proteger a las embarazadas de cuanto pudiera causarles daño y terror. No habían ordenado, porque hubiera sido inútil, prohibir en las calles disparos de armas de fuego, ni tampoco que se pusiera freno a los ruidos y alborotos que estallaban a cada momento, alteraciones del orden que podían afectar a las embarazadas y hasta adelantar el momento del alumbramiento. En las calles estallaban enfrentamientos, peleas y riñas. Unos y otros se aliaban con los patronos y caciques locales, que eran enemigos entre sí por razones políticas y por la rapacidad de sus almas. En las costas cercanas, los contrabandistas campaban a sus anchas, descargando en las playas toda clase de alijos, y menudeaban las escaramuzas con las fuerzas armadas, que no se sabía si pretendían controlar el contrabando o quedarse con parte del botín. Los que podían tenían a su servicio hombres pertrechados para defender sus casas y sus bienes y para

asegurar los desembarcos, y los que no tenían bienes propios se enganchaban al servicio del cacique local. Tampoco se cuidaban las autoridades de retirar de las vías públicas la profusión de pordioseros, mutilados, seres deformes, enfermos de tracoma y apestados que las ocupaban. Sin embargo, la proximidad de esta miseria, su contemplación, podían afectar tanto a las futuras madres como a las criaturas que estas llevaban en su seno.

El desorden y la incuria imperaban en la localidad, y Azucena había llevado el embarazo preocupándose de si la criatura podía venir contaminada por la violencia y la suciedad que había a su alrededor. En las calles se depositaba todo lo que no se deseaba en las casas, como basuras y porquerías múltiples, y no había forma de que la población observara las normas de higiene que la autoridad dictaba. Que las viviendas, y en especial los servicios y retretes, estuvieran en perfecto estado de limpieza. Que se sanearan los patios interiores y corrales, cuadras y cocheras para que no aparecieran malos olores. Que las aguas de los lavaderos se renovaran, no se dejara a ningún animal, y mucho menos a los cerdos, vagar libremente por las calles. Y que la ropa, sobre todo la de los trabajadores, se lavara con lejía. Pero nada de esto se cumplía. Por esta razón, Azucena, durante los largos meses de embarazo, había extremado las ya de por sí minuciosas medidas de limpieza que solía mantener en su hogar. Aplicaba todas las normas de higiene aprendidas de su madre y las dictadas por las autoridades, que conocía al dedillo, porque le pedía a Navajas que las recopilara; las leía atentamente y aplicaba después con mucha diligencia.

Azucena había escuchado, o leído en alguna parte, no se acordaba bien, que el gobierno debía fomentar la formación de buenas y expertas parteras y comadronas, que estuvieran instruidas y experimentadas, y que merecieran la confianza

de las mujeres que les entregaban el cuidado de ellas mismas y de sus hijos. ¿Fue este el caso de nuestra protagonista? Desgraciadamente, no. Azucena se tuvo que atener, en materia de partos y lactancia, a lo que decidió su suegra, una vez que su madre y sus hermanas, que hubieran podido aconsejarla, habían desaparecido de su vida.

La Oscura había buscado, además de a la comadrona, a la nodriza, una cortijera que, según aseguraba ella, iba a ser una estupenda ama de cría porque, estando siempre embarazada, tenía leche en abundancia. Pero Azucena dudaba. Sabía que las cortijeras no comían mucho, habitualmente poco más que gazpacho y migas de maíz. El vino que consumían era espantoso, y en verano las familias campesinas llegaban a veces a alimentarse únicamente de las higueras que cuajaban las lindes de los caminos. La cortijera, pensaba Azucena, se enfermaría fácilmente, no podría proporcionar leche gruesa, y la criatura que venía no iba a resistir, como tampoco lo hacían los niños de los cortijos, que crecían debiluchos, se quedaban cortos de estatura, por no decir raquíticos, y sufrían toda clase de enfermedades, desde la tisis hasta el tracoma, pasando por las viruelas, las diarreas mortíferas y el garrotillo. Azucena sabía acerca de las epidemias que de continuo asolaban el levante y creía que no se debían únicamente al hambre reinante. No, amigas mías. Estaba segura de que sobre todo procedían de la falta de higiene. Así que durante el embarazo encargó a las sirvientas que cada semana limpiaran toda la casa, empezando por su dormitorio, siguiendo por la sala y el comedor, y acabando por el despacho de su marido, y que prestaran especial atención a los aseos (su vivienda era una de las pocas que contaban con ellos). No cesan de declararse epidemias, aseguraba, no iba a permitir que la criatura que venía estuviera expuesta.

Los desvelos que afligieron a Azucena en este periodo tuvieron un desarrollo dramático una vez llegado el parto. De tal manera afectó a nuestra heroína la llegada de su hija que su sistema moral se conmocionó. Comenzó a concebir ideas extrañas acerca de la realidad y se debilitó su facultad de cumplir con los deberes maternales. Con anterioridad al alumbramiento, se había mostrado como una mujer responsable, pero, después del parto, su fuerza moral se quebró fruto del terror y de la angustia. Azucena creyó que era real lo que sus miedos imaginaban y desarrolló sentimientos perturbadores hacia su hija, ambivalencias extrañas.

La comadrona que atendió a Azucena en el parto recogió a la niña y la nodriza la puso de limpio y enseguida comenzó a alimentarla. Mientras, la madre, exhausta, cayó en un profundo sopor. Las criadas lavaron a la parturienta, incluso le cambiaron las sábanas y la almohada sin que ella lo notara. El ama que velaba su sueño vio que el rostro de Azucena estaba encendido, ardía de fiebre. Aplicó el único remedio que conocía para bajar la calentura, colocar en la frente de la enferma paños mojados en agua muy fría. Transcurrieron varios días durante los cuales la fiel sirvienta, que también había visto nacer a Azucena, no se apartó de ella ni de noche ni de día hasta que la fiebre remitió.

Llamaron entonces a la nodriza para que pusiera a la niña en los brazos de Azucena. Nada más cogerla comenzó la madre a decir que sentía un mal olor, que la niña, aseguraba, tenía diarrea y que la notaba muy agitada. Afirmó que el malestar de la niña era debido a que la nodriza que primero la había amamantado estaba infectada de cólera y que las miasmas habían contaminado el cuerpo de la niña. Despidió a la cortijera y ordenó que llevaran a la criatura a una habitación en el segundo piso de la casa, no fuera a ser

que contagiara a cuantos tuviera cerca, especialmente a ella misma, que no iba poder resistir el cólera que, decía, había llegado porque estaba débil y afiebrada. Por último, encargó a su antigua criada que buscara otra nodriza, una que viniera de una villa lejana.

Todo esto le explicó Azucena al médico que la atendió después del parto. Este afirmó que la niña venía fuerte y sana, que no veía nada extraño, y Azucena, comprobando que no asentía a sus razones, se tornó orgullosa y soberbia. Le hizo saber que sería responsable si no comunicaba a las autoridades la epidemia que se estaba propagando. El médico, entonces, teniendo en cuenta que Azucena era la esposa de Navajas, declaró que no procedía hacer más comprobaciones en la localidad para ver si había otros casos de cólera, que bastaba con lo que la parturienta había notado. Ordenó que la niña permaneciera en el piso más alto de la casa en la sola compañía de la nodriza, sin comunicación ni proximidad con miembro alguno de la familia, tampoco con la madre. Al cura párroco que acudió a bautizar a la niña, a quien puso por nombre Pía, le explicaron cuál era el estado de ánimo de la madre y que necesitaba reposo y calma.

Pasado un tiempo, Azucena se recuperó y con la mejoría se convenció de que la epidemia de cólera había cesado en la localidad. Pero entonces entró en asegurar que la nodriza cortijera le había echado el mal de ojo a la niña. Lo decía porque en cuanto ella se acercaba a la cuna le daban arcadas, percibía un olor desagradable y esto no podía ser, en su sentir, sino porque Pía estaba aojada. Afirmada en su convicción, Azucena no miraba a la niña, porque a los aojados, sentenciaba, no se les puede mirar. Por fuerza, decía, tenía que alejar a Pía de su presencia hasta que la niña sanara del aojamiento.

¿Cuál fue la reacción del padre ante el nacimiento de Pía? Navajas no se decidió a ver a la niña sino hasta pasadas unas horas desde el alumbramiento, y cuando lo hizo se limitó a decir que tenía mucho tiempo para decidir con quién la casaría, años para buscar un buen partido.

Podemos imaginarnos a la pobre criatura que, con un lastimero vagido pedía perdón por haber venido al mundo. Sé lo que estáis pensando, mis queridas lectoras. Que en esas circunstancias no podía formarse un vínculo de amor entre la madre y la hija. Esta madre que ha recibido a su hija con el temor de morir ella misma, entrega la niña a la nodriza y apenas la ve. Podemos imaginar cuán triste será su crianza y prever que el corazón de la niña Pía se iba a quedar para siempre afligido.

Nos queda por responder una pregunta muy delicada acerca de la índole moral de Azucena, de la solidez de sus principios. A lo largo de esta narración hemos presentado las escenas de su vida desde que se anunció su compromiso hasta el momento en que dio a luz a su hija. No hemos observado que fuera Azucena una mujer frívola ni que estuviera obcecada por el brillo de la vida social. Mucho menos hemos visto que nuestra heroína fuera una coqueta, no era una señora del gran mundo entregada al devaneo. No vivía pendiente de la moda, no se cubría de alhajas, no era esclava de sus caprichos. Su dedicación a las tareas del hogar era la adecuada a una señora de su posición, la que, contando con suficiente servidumbre, no realiza personalmente las faenas domésticas, sino que las dirige.

Siendo esto cierto, también lo había sido que la madre de Azucena no había imprimido en el corazón de su hija el sentimiento maternal. Para ello, continúo, tenía que haberse formado entre la madre y la hija un lazo de afecto, aquel vínculo de amor que le permite a la hija ser, a su vez, madre.

Azucena rechazó a su hija como ella había sido rechazada. No sabemos todavía si Azucena llegó alguna vez a vislumbrar la luz del amor maternal, si se produjo entre ella y su hija el encuentro de las dos almas.

La pregunta que ahora nos hacemos es si hubo otras conductas que se inscribieron en Azucena, tanto en su corazón como su conciencia. ¿Podía una mala madre ser una esposa fiel? ¿Y si sucedía que Azucena, que no amaba a su hija ni tampoco a su esposo, era proclive al adulterio?

Espero, amigas mías, encontraros en el siguiente capítulo, donde comprobaremos si Azucena cumplió el compromiso de fidelidad a su esposo que prometió observar al recibir el sacramento del matrimonio.

Antes de finalizar quiero recordar a mis lectoras que en la primera parte de este capítulo les propuse que analizáramos si el nacimiento de la hija de Azucena, la niña Pía, tuvo en la familia el efecto que, según las moralistas, suele conllevar el nacimiento de una niña. Segura estoy de que las lectoras no necesitan que yo saque conclusiones por ellas. Son muy capaces de hacerlo.

PARTE SÉPTIMA

Antiguas amistades

Cuando el carruaje desembarcó estrepitoso frente a la casa, la Madre dio un respingo. Dejó en la silla la labor, anunció a las chicas que quien había llegado no podía ser sino doña Francisca y recorrió con paso ligero la senda de guijarros hasta el portalón, empujada por la fuerza de quien acude al encuentro de un ser querido que lleva demasiado tiempo ausente. A las chicas no les sorprendió la premura de la Madre. Llevaban un buen rato notándola descentrada, más atenta al ruido de fuera que a la costura o a la charla, y todo el día escuchando que la señora Francisca venía de visita. Una vez que estuvo junto al coche, la Madre no pudo esperar. Abrió ella misma la portezuela ignorando las voces del cochero que advertía no se acercara al carruaje, pues los animales no estaban bien frenados y podían golpearla. Impaciente, esperó a que los mozos colocaran el escalón para que la viajera descendiera y una vez que esta puso pie en tierra, apoyó las manos sobre sus hombros y dijo:

—¡Qué alegría! ¡Cómo te he extrañado!

Colocó las palmas sobre las mejillas de Francisca, abarcándole el rostro como se hace con las criaturas, y Francisca, sonriente, respondió estrechando las suyas. Cuando deshicieron el fraterno juego de manos y se observaron, la Madre se alegró de que el tiempo hubiera sido indulgente con Francisca, a la que vio tan distinguida como siempre, peinada con un recogido bajo ahuecado a los lados y

su cabeza cubierta por un velo de encaje sujeto en el cabello por una aguja de perla. Los labios coloreados en un rosa nácar, las cejas bien dibujadas y el rostro iluminado por el brillo de unos pendientes de perlas y diamantes en forma de corazón que, pensó la Madre, tendría que quitarse mientras estuviera en la casa.

—Te quedarás con nosotras, claro. ¿Cuántos días? —le preguntó, y sin esperar respuesta se dirigió a la hermana portera, que estaba a su lado—: Hermana, suba el equipaje a la habitación que le tenemos preparada —dijo, aunque con cierta aprensión, pensando qué pasaría si Francisca y Casta se cruzaban en el pasillo del segundo piso, estando contiguas las habitaciones.

—Sí, Madre —respondió la hermana, prudente, pero no dio instrucción alguna a la cuadrilla, conociendo que su superiora y la visitante iban a discutir.

—Me quedaré con la de Casa Lorca, es un compromiso —alegó Francisca—. Tenemos temas pendientes sobre las propiedades de su casa en Vélez Blanco, contiguas a las nuestras.

—Temas, temas —replicó la Madre—. Ni pensarlo, la de Casa Lorca es muy cotilla y le encanta enredar. El asunto Bosco es el escándalo del año, hablillas circulando. Ella te sacará lo que pueda y el resto se lo inventará. Nada, que te quedas con nosotras, estarás más tranquila.

—Sabe mucho de rumores, pero no conoce a los Bosco, no son de su ambiente. Puede que nuestra prima sea inofensiva —objetó Francisca.

—No estoy tan segura —insistió la Madre.

—Más tranquila estaré aquí —reconoció Francisca—, y más descansada. La de Casa Lorca además de lianta es muy coqueta. Con ella todo son jaranas.

—¿Lo ves? —confirmó la Madre.

—Solo hasta la noche —dijo Francisca—. Después no me queda más remedio, me esperan. Le aseguré a Emilio que estaría con la prima, de otra forma no vengo. Tendré que hacer los honores. Se ofenderán si no aparezco.

—A lo que diga tu marido yo no puedo objetar —dijo la Madre—. Pero encontrar una excusa es fácil. Que están mal los caminos, que el carruaje se estropeó y tuviste que esperar… No dirás nada que no pueda ser verdad tal y como está la ruta. De Vera a Valencia no hay sino barrancos y ramblas. No hay eje que resista.

—Pero será una mentira —insistió Francisca.

—Mentira sería si ella tuviera derecho a saber. ¿Desde cuándo lo tiene?

—Desde que yo le pedí que me recibiera.

—Pues mal hecho. Pero tú decides —dijo la Madre, claudicando.

—Micaela, no porfíes. Me quedo hasta que hablemos de lo que tenemos que hablar —dijo Francisca.

No bien dijo la visitante que solo iba a necesitar la bolsa de mano que estaba sobre el asiento, la hermana portera supo que había llegado el momento de actuar. Pidió a los hombres que sacaran la bolsa y se adentró en la casa, y la Madre indicó entonces a la cuadrilla cómo llegar a una fonda cercana que disponía de una buena cuadra, y le aseguró a Francisca que los gastos de su estancia corrían a cuenta de la casa.

Resuelta la primera de las querellas, la Madre miró sonriente a Francisca y se cogió de su brazo.

—Venga —le dijo—. Vamos a entrar. Verás a las chicas en el taller. A algunas ya las conoces.

—¿Está allí Casta? —preguntó Francisca.

—No le gustan las labores, lo suyo son los libros —contestó la Madre—. No viene sino de tanto en tanto, y de lectora. Una tarde leyó en el taller la historia de unas jóvenes y tanto les gustó a las chicas, me dijeron las hermanas, que en las comidas y en el dormitorio la comentaron durante días a todas horas. Hablaban de las protagonistas como si fueran sus amigas.

—Casta tiene fama de poetisa —dijo Francisca.

—De literata —corrigió la Madre—. No es lo mismo. Literatas son las que escriben, —no solo poesías, sino de todo. Casta también escribe cartas y creo que relatos. No para de leer y escribir en el tiempo en que no está ayudando en la oficina o dando clase a las chicas. No es de la clase de señoras medio analfabetas que me suelen enviar.

—¿Qué sabes tú de literatas? —preguntó Francisca.

—Desde que llegó Casta he aprendido —respondió la Madre.

—Era una buena maestra, y hasta hace poco se la tenía por señora honesta —dijo Francisca.

—Mira qué hermosura de jardín —comentó la Madre, deseosa de retrasar el tema Casta—. Hemos colocado macetas de flores entre las aspidistras.

—Aspidistras… En este jardín crecen a pleno sol, no parece que sean plantas de sombra —dijo Francisca.

Conversaban Francisca y la Madre junto al portalón cogidas del brazo, contemplando el jardín y también el taller, donde las chicas trabajaban al parecer indiferentes a ser observadas, aunque de reojo miraban y remiraban a la recién llegada.

—Subiré a descansar un rato y en cuanto esté lista, bajaré a la oficina y charlamos —dijo Francisca—. Pero antes conoceré a las chicas que tienes ahora. No sabes cómo me reconforta saber que están contigo.

—Por supuesto —dijo la Madre—. Sin ti, esta congregación no hubiera echado a andar.

Se adentraron en el camino de guijarros y, al verlas llegar, las muchachas dejaron la labor y se levantaron.

—Buenas tardes —saludó Francisca.

—Buenas tardes —contestaron ellas.

Cuando Iluminada se acercó, Francisca la tomó de la mano, acarició sus mejillas y observando sus ojos redondos y húmedos comentó:

—Tienes ojos de gacela.

Iluminada volvió a su asiento y Francisca se dirigió a Encarna, las costuras de cuyo vestido reventaban incapaces de abarcar su cuerpo rollizo.

—¿Ya coses? —le preguntó, afectuosa.

—Para nada. No tengo *déos* —contestó ella—. Vine *pa saludó*, me avisó Compasión —dijo, colocando su mano en el brazo de la Madre.

—¡Que la vas a gastar! —exclamó Pilar.

—Envidia tiña la *dalguna* —replicó Encarna.

—¡Aquí tienes a Pilar! —le dijo la Madre a Francisca, señalando a la Maña, que se había acercado.

—*Señó Francisca*, contenta de saludar —dijo Pilar

—¿Y Salerito? —preguntó Francisca.

—Está de vuelta al cante y el baile —respondió la Madre.

—Y con el Relimpio —añadió Encarna.

—Se moría por *su arte* —dijo una muchacha de cara redonda y hablar despacioso—. Salerito está mejor fuera *quen* la casa.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Francisca.

—Obdulia.

Terminó Francisca la ronda saludando a Palomita, cuyo nombre y el de Obdulia repitió varias veces para que no se le olvidaran, y la Madre, atenta a la escena, apreció la discreción de Iluminada, la rencilla entre Encarna y Pilar, y las observaciones de Obdulia, más agudas de lo que podía esperarse de una muchacha tan lenta.

—Solo me falta saludar a Manuel —dijo Francisca.

—Ahora no está en la oficina —dijo la Madre—. Será mejor que subas a tu habitación. Necesitas descansar.

—Sí, me echaré un rato —aceptó Francisca.

La Madre pidió a Iluminada que fuera en busca de sor María y

mientras las dos mujeres la esperaban no pararon de charlar. La Madre quiso saber si a Francisca le había resultado largo el viaje, cuándo había salido de Vera, si tuvieron algún contratiempo, dónde hicieron noche. Francisca, por su parte, se limitó a discutirle a la Madre lo único que le importaba: ¿qué era eso de que los gastos de fonda para los hombres y de cuadra para los animales corrían a cargo de la casa?

—No te corresponde, como si yo no pudiera costearlos —se quejó Francisca.

—Qué menos. Hice que vinieras —replicó la Madre.

—Vengo a hablar con la de Casa Lorca —alegó Francisca.

—Vienes, en primer lugar, por Casta —insistió la Madre.

Mantuvieron el picoteo de su conversación hasta que vieron a sor María agitando la mano para llamar su atención y subieron después las tres al segundo piso orquestadas por el escándalo que formó el reloj del corredor a su paso. Tantos fueron sus crujidos que la Madre se preguntó de qué le estaba avisando aquel adefesio.

Recorrido el pasillo del segundo piso, entraron en una pieza un tanto oscura, una alcoba cuadrada amueblada sin pretensiones. Una cama, a sus pies una alfombrilla de esparto, en un rincón, el palanganero de porcelana y un espejo con marco de madera. Al frente, una cómoda tan fondona como un galeón, un armario y un pequeño escritorio. En el suelo estaba la bolsa de viaje de Francisca y sobre el escritorio, un jarro de flores.

—¡Micaela, qué detalle! —dijo Francisca—. Después de las posadas donde me he alojado, esta habitación me sabe a gloria. Qué pulcra. Limpieza de monja, hasta huelo el romero colocado en el armario.

—No sigas, Francisca, pareces un británico renegando de las fondas españolas. En esta habitación descansarás bien. Es *un poco* oscura, como todas las que dan a Les Magdalenes, y se oye el ruido de la calle, si te molesta lo puedes evitar cerrando la ventana, y para que corra el aire abres un poco la puerta —se explicó la Madre rogando para sus adentros que Casta no se acercara a curiosear y se encontrara de sopetón con Francisca.

No sé por qué no le he dicho que venía, se dijo entonces la Madre, preguntándose también si debía haberlo hecho. Ni Francisca ni Casta le habían dado señal alguna acerca de la estimación en que se tenían. De la carta de Francisca no había podido ella deducir cuál era el juicio que la señora Bosco le merecía, y a Casta no se le había cambiado el gesto hablando de la escuela de niños pobres de Francisca. En estas y otras disquisiciones estaba la Madre cuando oyó a su amiga decirle

a sor María:

—No te he visto en el taller.

—Alguna vez bajo, pero no es lo que más me ocupa. Llevo la ropería, que es trabajosa, y sobre todo el dormitorio de las chicas —explicó la hermana, que miraba con satisfacción el jarro de flores que ella misma se había encargado de colocar sobre el *escritorio*.

—¿Te gusta? —le comentó Francisca, que había notado la expresión satisfecha de la hermana.

—Me encanta. Yo misma pedí estar cerca de ellas, ¿verdad, Madre? —replicó sor María.

—Muy cierto —contestó la Madre, que se había adentrado unos pasos en el dormitorio y al filo de la conversación comprobaba que todo en ella estuviera en orden, que lo estaba, y de aspirar con deleite el aroma del romero con que sor María había perfumado el armario.

—Entonces sabrás qué pasó con Salerito, con quien mucho me he equivocado. Me engatusó jurando que no volvería al teatro ni a la calle —le dijo Francisca a sor María, si no con enojo, con un deje de agravio.

—Una noche Salerito se peleó con Iluminada a patadas y puñetazos. Por los celos que siempre la tuvo —explicó sor María.

—¿Salerito celosa de Iluminada? ¿De qué se conocían? —preguntó Francisca.

—Salerito recaló en la sala del hospital donde murió la madre de Iluminada —contestó sor María—, la misma sala de donde usted la sacó para traerla a la casa. Salerito se cree una artista y le molesta que Iluminada sea una artista, o mejor, una literata, como la *señora* Bosco.

—Me cuesta creer que Iluminada sea una artista, y Salerito no digamos. Las dos vienen de la vida —objetó la Madre, atenta a la conversación y agradeciendo a sor María que fuera ella quien le diera a Francisca unas explicaciones que encontraba enojosas.

—Sí, las dos vienen de la calle, pero de distinta manera —replicó sor María—. Cuando Iluminada llegó a la casa era un pajarillo revoloteando a ciegas, en busca de un nido que la acogiera. Salerito en cambio estaba deslumbrada por «la luz del arte», otra de sus frases. Creía que su público de hombres la adoraba. Y así sigue, ofuscada por este relumbrón. A Iluminada ninguna luz la cegó, a pesar del nombre que lleva, siempre vivió en el lado oscuro de la vida.

—¿Cómo sabes tanto de ellas? —preguntó Francisca.

—En el dormitorio oigo sus conversaciones —contestó sor María sonriendo—. No paran de hablar, como si estuvieran solas.

—¿Iluminada una literata? —intervino la Madre, y se apartó el velo

de la cara con gesto de sorpresa—. No me cabe en la cabeza.

—Lo es. Desde el principio quiso aprender letras, mejor dicho, desde que vino Casta. Se quedó fascinada con ella, con sus libros y revistas. Reclamó y reclamó que Casta le enseñara letras. Reconózcalo, Madre —replicó sor María, embalada.

—Tiene resolución, aunque es una llorona —admitió la Madre comprendiendo que sor María estaba ya del lado de Iluminada, quizás como lo estaba también Casta.

—Casta vino aquí, o la trajeron, para reformarse o para reponerse de *una* enfermedad que tiene que ver con su marido y, en cambio, ahora está de maestra… —comentó Francisca, que de tan interesada como estaba en la conversación ni se había decidido a quitarse la ropa de viaje. Permanecía de pie junto a la bolsa de mano, observando a sor María y a la Madre.

—Casta es una mujer educada —le dijo sor María, prudente, contenida.

—Micaela —argumentó Francisca, dirigiéndose a la Madre—, tú dices que Casta es una literata. Cuando a ti y a mí nos educaron solo había ilustradas, mujeres de rango conocedoras de la retórica y de nuestros clásicos. Casta no es una de nuestras ilustradas. En cuanto a Iluminada, es verdad que tiene algo especial, es refinada, pero de ahí a considerarla una literata…

—Francisca, estás fatigada —intervino la Madre para zanjar el tercio—. El viaje ha sido largo. Ahora toca recuperarse.

—Mejor descansar —reconoció Francisca con un suspiro y mirando golosa la cama, como si anticipara la dulzura del momento en que podría echarse.

Hechas las despedidas, salieron la Madre y sor María al pasillo, que recorrieron deteniéndose en cada una de las ventanas para arreglar las macetas de geranios. Quitaron las flores secas y las hojas amarillas, removieron la tierra y sor María aprovechó cada una de las paradas para sonsacar a la Madre: por qué Francisca venía tan de repente, pero no se quedaba en la casa; cómo sabía tanto de Casta; qué era eso de que Casta había venido para reformarse, ¿no era que estaba enferma? La Madre entendió el desconcierto de sor María y contestó a sus preguntas calculando cómo revelar el mínimo que le permitían su prudencia y sus propias dudas. Y una vez alcanzado el primer piso, al pie de la escalera, la Madre recordó que desde la llegada de Francisca las chicas se habían quedado solas en el taller y le pidió a sor María que se ocupara.

—Claro, Madre —contestó sor María.

Con un «vete con Dios» la Madre se despidió. Desde el taller

llegaban las voces de las chicas que charloteaban tranquilas. Observó que la brisa henchía, blanda, las faldas del mandilón de Iluminada, que debía estar rematando un traje de cristianar, y que Encarna, a pie firme junto a Obdulia y Palomita, esperaba las piezas para plancha. Sorprendió luego a Pilar estirando los brazos, levantándose y bostezando ruidosamente, mirar a Encarna y acercarse después a Iluminada.

—Rematas tú, que *ties déos* finos —dijo, dejando en el regazo de Iluminada su labor, que la muchacha cogió sumisa.

Al momento Encarna se encaró con Pilar:

—Abusona, que eres una abusona —le dijo.

La Madre vio a Pilar bostezar otra vez, estirar los brazos y caminar, moviendo mucho las caderas, hacia la fuente, donde se mojó la cara y las manos, y una vez refrescada, regresó a su lugar y se puso a coser. ¡Teatreras y peleonas!, pensó la Madre camino de la oficina, aliviada al comprobar que una vez Chelo fuera de la casa las chicas discutían como les era habitual. Ni más ni menos.

Ya en la oficina comenzó por repasar la primera carta de Francisca, anterior a la nota en que anunciaba su visita, y su lectura volvió a decepcionarla. Espero que Francisca no me cuente las consabidas historietas, pensó, las que siempre escucho sobre las esposas desarregladas. No sabía qué podía decir ella acerca de Casta, sino que le parecía una señora malcasada, lo que no quería decir deshonesta, razonó, temiendo que la visita de Francisca tuviera relación con el reciente envío del juzgado de Vera, que por fin se decidió a leer.

Abrió el envoltorio de regular tamaño que esperaba en la bandeja de asuntos pendientes y, roto el sello, extrajo del interior un legajo compuesto por un escrito, de una denuncia de adulterio y unos cuantos pliegos que decían ser un requerimiento. El primero estaba punteado de manchas pardo verdosas y al sacarlo saltaron del mismo unos bichejos. No sé qué es peor, si las manchas o los bichos, pensó la Madre sacudiendo las hojas como quien airea una alfombra infectada de polvo y chinches. Comenzaba a leer cuando de nuevo escuchó el sonido rasposo del reloj del corredor. Un aparato tan desaforado y siniestro como este escrito, se dijo, comprobando que estaba tan obligada a leerlo como sujeta a escuchar las horas de aquel reloj. Esta reliquia se empeña en asegurarme que no es un trasto desvencijado, se dijo, y está más roto que lo que va a quedar el matrimonio de Casta con esta denuncia.

Eran cuatro frases redactadas con el farragoso estilo propio de los escritos legales, que no formaban ni el mero relato de los hechos. Ni

decía quién era el amante de Casta ni el cuándo ni el cómo ni durante cuánto tiempo ni dónde se había consumado el adulterio. Bosco lo pergeña amparado en su derecho marital, condena a Casta sin necesidad de juicio y nadie va a dudar de su veracidad, puede que ni yo misma, comprobó apenada. Allá en el fondo de su conciencia se le encendían luces rojas, dudaba, no terminaba de confiar en Casta por más que considerara un dislate la acusación de Bosco. Como si nunca hubiera habido líos entre los casados, se dijo enojada. Toda la vida los matrimonios se han separado de forma decorosa, sin denuncias ni juzgados, le argumentó a aquel con quien siempre dialogaba, al Amigo, al que después expuso el corolario de sus razonamientos: que la denuncia contra Casta no podía ser sino el producto de una persona obcecada.

Cuando después leyó el requerimiento del juzgado de Almería para que la casa de Valencia alojara a Casta durante la tramitación de la querella, a la Madre le dio un pronto de rebeldía. ¿Por qué tenía la casa que alojarla? ¿Es que no había otra institución en Almería? Detrás de la elección veía la mano de Bosco, aconsejado por Salamanca, reconociendo que había sido engañada por los dos señores, primero con aquello de la enfermedad y después con el enredo de la querella y el requerimiento. Bosco trata a su mujer como un paquete, la lleva de un lado a otro, pensó. No iba a colaborar con este atropello, decidió, y desde luego no iba a ser ella quien le dijera a Casta que la habían denunciado. Así que agarró los papeles deseando que carcomas, polillas o cualquier otro bicho al que le gustara el papel se los comieran, los introdujo en el sobre y depositó el mismo en el fondo de la bandeja de asuntos pendientes bajo un montón de pliegos. Deseó aplastar con ellos el poder de Bosco, el de Salamanca y el de las autoridades sobre Casta y sobre ella misma. Entonces levantó la vista hacia el ventanuco buscando la luz de la tarde y recordó haber hecho el mismo gesto cuando leyó la primera solicitud de Bosco y Salamanca. El cielo le había parecido un brochazo de azul estrellándose contra la blanca pared, como un mar que chocara contra las rocas, cuyas aguas, derrotadas, iban a acabar disueltas en la arena de una playa. Así es Casta, una ola insignificante braceando en mares revueltos, estaba pensando cuando alguien pidió permiso para entrar.

—Pasa —dijo. Segura de quien era, apoyó las manos sobre la mesa y esperó a Francisca.

—Estás, como siempre, rodeada de papeles —le dijo esta al entrar.

Venía renovada. Se había cambiado el traje de viaje por un vestido

de cuadritos azules cerrado con un cuello blanco y, observó la Madre, sustituido los pendientes de perlas y diamantes por unas bolitas de plata de sencilla apariencia que desmentía la exquisitez del fino pañuelo de batista que le asomaba de la manga. A su vista, el corazón de la Madre se sumergió en una dulzura antigua, la de otros tiempos cuando, juntas, Francisca y ella compartían tanta vida.

—Francisca, pareces otra. Después de un viaje, nada como dormir un rato y cambiarse de ropa. Por cierto, el coche en el que viniste es de tu casa, pero no lleva escudo —le dijo, añadiendo, como de paso, que había pedido a la cocina una jarra de limonada, que ya tardaba.

—No iba llegar en berlina y luciendo emblemas —dijo Francisca, tomando asiento junto a la Madre—. Mi esposo se opuso a que viniera, y menos en galera, y solo accedió porque me iba a traer uno de nuestros coches y me alojaba con la de Casa Lorca. Por el qué dirán y los asaltos. Por la que se está montando.

—¿Qué pasa? —preguntó la Madre. Juzgó preferible dejar para más tarde el averiguar qué era eso del «qué dirán», retiró la mano derecha de la mesa y buscó en el bolsillo del hábito el rosario, cuyas cuentas comenzó a pasar.

—¿No te han llegado noticias? —preguntó Francisca.

—Me llegan con, los visitantes como tú y por carta —replicó la Madre—. Ahora que lo dices, recibí una de mi hermano José. Comentó que a la embajada de París llegaban malas noticias de España.

—Hay revuelta de progresistas —explicó Francisca—. Desde Madrid se está extendiendo a provincias. Me extraña que Valencia esté todavía tranquila. Me dijeron que Salamanca tuvo que escapar de la capital.

—Los progresistas de esta ciudad se levantarán pronto. Irán, como siempre, contra las gentes de religión —dijo la Madre.

—La agitación durará hasta que se hagan con el gobierno —adujo Francisca.

—Si solo fuera un motín cuartelero estaríamos seguras, pero no parece que lo vaya a ser —argumentó la Madre—. Si hay revueltas… esta es mala zona.

—No asaltarán esta casa —afirmó Francisca.

—Estamos en el centro, donde empiezan o acaban los levantamientos —alegó la Madre, inclinando pesarosa hacia un lado la cabeza y pasando con premura las cuentas del rosario.

—Antes asaltarán el ayuntamiento. Los vecinos de Valencia piensan que sois «las arrepentidas» de toda la vida y os respetarán. Volviendo a mi esposo, no sé cómo le convencí. Todo era repetir que

no convenía que viniera, que la gente iba a pensar que vengo a apoyar a Casta, que bastante era tener escondido a Buenaventura. No sabes cómo está. Echando pestes de Buenaventura, de Casta y de Bosco —dijo Francisca.

—¿Qué sabe tu esposo de la venida de Casta? —preguntó la Madre, repitiendo para sus adentros «la gente va a pensar que vengo a apoyar a Casta». Eso había dicho Francisca. Observó sorprendida que su amiga desviaba la vista. Saltaba su mirada de un extremo a otro de la habitación, bailoteando, buscando refugio en los muebles de la oficina.

—Sabe lo que sabe… —contestó Francisca, colocando las manos sobre las rodillas con las palmas hacia arriba, con el gesto de quien ofrece una excusa.

—¿A quién dijiste que tenéis escondido? —preguntó la Madre.

—A Buenaventura, mi cuñado —respondió Francisca—. Te hablé de él en mi última carta.

—Ahora recuerdo, el poeta —dijo la Madre—. Se casó con tu hermana y enviudó. Tú has criado a los hijos.

—Viven con nosotros. La familia de Buenaventura es de antiguos propietarios y, en tema de letras, él es un cacique en Almería. Que si revistas, que si periódicos, que si concursos literarios. Ha organizado una sección de literatura femenina en la Sociedad de Amigos donde las señoras leen sus poesías. Casta me pidió que se lo presentara y yo accedí. Ella enseñaba en mi escuela de niños pobres y yo le tenía confianza —dijo Francisca.

—Algo me comentó de esas clases —dijo la Madre, esperando, pero aprensiva, que Francisca explicara por qué Buenaventura estaba escondido.

—A Bosco le pedí fondos para la escuela y también que le permitiera a Casta ayudarme. Siempre sospeché que Casta hizo de maestra por sugerencia de su esposo, que no quería que se dijera que los progresistas no ayudan a los pobres.

—Suenas como una marquesa —comentó la Madre.

—Quizás sí. Aunque de rango somos las dos —contestó Francisca, que sacó el pañuelo de la manga y se lo pasó por la frente al tiempo que taconeaba impaciente en el suelo. La Madre comprendió que se había irritado.

—Sigamos con Casta —dijo en son de paz.

—Cuando le presenté a Buenaventura creí que Casta solo quería compartir letras con señoras a quienes yo conozco de toda la vida, de las que escriben con permiso del marido y del confesor, muy correctas y prudentes. Suponía que le gustaba la poesía, nada más. Ella no me

había hablado nunca de sus aficiones, ni yo le había preguntado. Compartíamos la escuela y poco más. Es muy reservada —dijo Francisca.

—Vaya que sí lo es —aseguró la Madre, pensando que eran muchas las horas que Casta pasaba en la oficina sin decir palabra.

—Después de un tiempo, no sé cuánto, Casta le pidió a Buenaventura que le ayudara a terminar un poema que estaba escribiendo. Un *poema* de *amor. Ni más ni menos* —dijo Francisca—. Un poema de amor —insistió con voz estrangulada y alzando las manos hacia la Madre como si lanzara un dardo envenenado.

—Un poema de amor… —repitió la Madre y al dejar en suspenso la frase ganó tiempo.

Ladeó la cabeza y desvió la mirada, poniendo distancia entre las dos, dando ocasión a que su memoria recuperara el verso que había leído en el libro que tenía Casta en su dormitorio. «¿Cómo te llamaré para que entiendas / que me dirijo a ti, ¡dulce amor mío!?». Volvió a sofocarla la exclamación con que el verso se cerraba, «¡dulce amor mío!», y tornó a enojarse, recordando el uso que en los bailes de gala los señores daban a semejantes palabras para vencer la voluntad de las mujeres incautas. Deseó que Casta no las hubiera hecho suyas enseñada por un vulgar seductor.

—No sé a quién iba dedicado. No lo sabe nadie en Vera, aunque todos se lo preguntan —dijo Francisca.

—¿Casta tenía un amante? —preguntó la Madre, mirando a Francisca por si su mirada seguía huidiza.

—Que tenía un amante es la única explicación —dijo Francisca. Sacó otra vez el pañuelo, se quitó el sudor de las manos y, esta vez sí, sus ojos miraron directamente a la Madre.

—Aseguras que Casta tenía un amante solo porque escribió versos de amor. Hija, qué prueba tan endeble, con lo que tú y yo sabemos de esposas frívolas —alegó la Madre, con la boca seca. Se acordó de la jarra de limonada que había pedido, esperando no tener que reclamarla en cocina.

—Qué otra prueba puede haber. No se escriben poemas de amor al esposo y menos si este es Bosco —afirmó Francisca.

—¿Qué le sucede a Bosco? —preguntó la Madre.

—Bosco es un patán enriquecido, y no vuelvas a llamarme marquesa. No entiendo por qué Casta se casó con él, una mujer tan fina. Que Dios me perdone, pero no me extrañaría que ella hubiera buscado algo mejor —contestó Francisca.

—Lo que afirmas de Casta es muy grave. No me puedo creer que la acuses por un poemita —replicó la Madre.

—Casta ha sido una desvergonzada y una imprudente. Echarse un amante, que seguro se lo ha echado, es una indecencia; escribirle versos de amor, más que indecente, es pura tontería. Y encima, poner los versos en manos de alguien como Buenaventura, una estupidez impropia de una mujer adulta que además tiene una hija —contestó Francisca desafiante.

—¿Casta tiene una hija? No lo sabía —repuso la Madre, tan sorprendida que su *mano* derecha olvidó pasar las cuentas del rosario.

—Micaela, no sabes nada de Casta y está en tu casa —replicó Francisca.

—Por eso te escribí —contestó la Madre—. No he conseguido hablar con ella.

—Para remate, Casta se puso en evidencia. Qué simplona. Si hasta da pena. Cómo se le ocurre recurrir a Buenaventura, ese cabeza de chorlito —dijo Francisca, que, elocuente, se golpeó la frente con la palma de la mano, dando cuenta de la poca consideración en que tenía a su cuñado.

—¿Eso te parece? —preguntó la Madre.

—Eso es mi cuñado, pero afirmo que Buenaventura no es el amante de Casta, a pesar de lo que digan las malas lenguas —aseguró Francisca.

—Ya. Así que, para él todo Almería, Buenaventura es el amante de Casta, menos para ti —dijo la Madre.

—Buenaventura es un buen hombre —contestó Francisca—, pero débil. Es uno de esos poetas de ahora, todo suspiros. Tantas penas, llantos y flores le han comido el seso. Desde que enviudó se ha rodeado de señoras a quienes ayuda a escribir y trata con amabilidad, pero…

—Pero ¿qué? —quiso saber la Madre.

—Le gusta que revoloteen a su alrededor. Nada serio —contestó Francisca—. Va de viudo inconsolable.

—Ah, ya veo —dijo, sarcástica, la Madre—. Buenaventura es «un poeta romántico» carente de los impulsos de los hombres vulgares. Las señoras pululan a su alrededor por razones literarias, no carnales. Pero él tiene la lengua muy larga y se jacta de sus conquistas, que no son tales.

—Por si fuera poco —siguió Francisca, ignorando a la Madre—. Buenaventura pasa mucho tiempo en el casino, donde los propietarios comentan, presumen, y cuando beben, que es siempre, se van de la lengua. Buenaventura se explayó con todos y especialmente con uno que es un calavera, con el marqués chico de los Vela, el heredero, de

quien es medio primo.

—¿Qué tienen que ver Casta y Bosco con los Vela? —preguntó la Madre. Le dolía ver a Francisca hablar solo de ricos, defender al botarate de su cuñado, ignorar a Casta.

—El marqués chico es una desgracia —explicó Francisca—. Un mujeriego, de los que no aguantan que otro les gane a seducir mujeres, aunque está casado y tiene varios hijos. Para remate, juega. Pierde dinero de forma escandalosa.

—¿Ha arruinado el marquesado? —preguntó la Madre.

—Arruinado, no —contestó Francisca—. Pero los Vela, como la familia de Buenaventura y como la mía, tenemos que compartir negocios con los de ahora. Nuestro patrimonio es de tierras, no de capital. Necesitamos a Bosco, que ha reunido cantidades enormes de dinero a base de préstamos, dicen que usureros. Si nos falla, estamos condenados. Para conseguir el capital que nos aporta en cuantos negocios compartimos, que son muchos, tendríamos que vender las tierras. Por eso, las familias de antes le aborrecen, lo mismo que Bosco a ellos.

—Vamos, que necesitas que Bosco no crea que Buenaventura es el amante de Casta. Para que no os arruine —dijo la Madre fatigada. Qué cansinos estos problemas, pensó, para después preguntarle cómo se había enterado.

—Por medio mundo —contestó Francisca—. Las señoras comentaban, maliciosas, sin referirse directamente a ella, acerca «de esas casadas que hay en Vera que no saben comportarse». Las criadas, retorcidas, venían a preguntarme: «Usted, que es amiga de la señora Casta —decían—, ¿le tiene confianza?». Las vendedoras del mercado, a mi paso, se juntaban a cotillear y en la parroquia de Vera las beatas murmuraban a mi espalda.

La Madre sentía el veneno. En provincias, los rumores son como las ramas de espino que, cuando las empuja el viento ruedan, crecen y crecen hasta hacerse un monte, se dijo.

—Hablaste con Buenaventura para que los acallara —se adelantó la Madre.

—No tuve tiempo —dijo Francisca—. El marqués chico montó un escándalo una noche cuando desembarcó un enorme alijo de contrabando en las playas de Garrucha cercanas a Vera. Bosco estaba al mando de la milicia vigilando que la mercancía llegara a la playa, que, aunque la milicia no está para hacer contrabando, así se la utiliza. Los Vela no tenían parte en las ganancias porque ya no tienen sus propios hombres armados, siendo así que los señores antes siempre cobraban. Cobraban porque aportaban las cuadrillas, por el

uso de los caminos, por no dar parte a las autoridades. Ese era el acuerdo.

—¿Qué acuerdo? —preguntó la Madre, atónita—. Mi casa tiene un patrimonio enorme en la costa de Murcia. Muchas de nuestras tierras son vecinas de los Vela y nunca se han hecho acuerdos. Al menos, no durante el tiempo que yo las administré, que fue largo.

—¿Desde cuándo eres tan inocente, Micaela? ¿Desde que te hiciste monja? —voceó Francisca. Enojada, se llevó la mano a la garganta, el pecho agitado, rojas las mejillas.

—No somos monjas, sino religiosas. Francisca, sabes la diferencia. Hemos…, es decir, he fundado una congregación, no una orden. No vivimos en un convento de clausura —contestó la Madre, tan airada que se levantó arrastrando las patas del asiento, y el suelo, maltratado, rechinó quejándose del trato recibido. Tenía la boca seca, necesitaba la limonada que no les habían servido y deseó ir a buscarla a la cocina. Pero Francisca no paraba de explicarse.

—Será que en Murcia no hay contrabando. Almería depende de los alijos que llegan de Gibraltar. Si hasta en las corridas de toros se canta esa tirana, la del *Yo que soy contrabandista*. Ahora el acuerdo es que solo cobran los que aportan patrullas y el marqués chico no dispone de los hombres armados que se necesitan para garantizar un desembarco. Aquella noche estaba furioso. Recorrió todas las tabernas de Vera, borracho perdido, contando que la señora de Bosco se había echado un amante y que tenía pruebas: el poema de amor que Casta había escrito.

—Francisca, ¿qué quieres de mí? —preguntó la Madre. Tenía la boca tan *áspera como* hojas de pita, no podía salivar. Francisca me ha secado el habla, pensó.

—Si Bosco acusa a Casta de adulterio te llamarán para que declares —contestó Francisca—. Te pido que defiendas a mi familia.

—¿Cómo? —preguntó la Madre.

—Te pido que hables de Casta, de la índole de su carácter, de su moralidad —dijo Francisca.

—¿Quieres que la incrimine? —replicó la Madre—. En lo que yo conozco nada hay de reprobable en su conducta. Ignoro su pasado. En todo caso, esto no le afecta a Buenaventura. Tampoco hay nada contra él, solo indicios.

—Lo sé, solo rumores, pero, en contra de Casta, además de los rumores, están el poema y sus aficiones —dijo Francisca—. Incidiendo en sus desviaciones, la atención se alejará de Buenaventura. Casta escribe poesías y relatos. Se puede alegar que son de la clase de los que pervierten a las mujeres. Esas novelas de

amoríos que seducen el alma de las féminas y las hacen caer en adulterio.

Francisca se levantó y miró a la Madre, retadora, exigente, como el acreedor que reclama una deuda pendiente, y la Madre reconoció el reto. Comprendió que le estaba cobrando el precio de unas hermosas memorias, de una antigua y confiada amistad, de haberse visto tratada como una hermana. No se dejó avasallar.

—Pero ¿qué dices? No conozco los relatos que escribe Casta, pero los que he escuchado que lee en el taller son castísimos —replicó.

—Solo te pido que, si te llaman a declarar, te acuerdes de mí —dijo Francisca sin replegarse.

La Madre no replicó esta vez, abrumada por las preguntas que se le venían a la cabeza. ¿Ha tenido algo que ver Francisca con el encierro de Casta? ¿Ha sido ella la que ha metido cizaña para que la encierren? ¿Qué gana con eso? ¿Es para salvar a su cuñado o porque le tiene tirria a Casta? ¿Quizá tiene algún asunto pendiente con Ramón y por eso ha ido a por su mujer?

A la oficina silenciosa llegaron entonces retazos de la cháchara que sostenían las chicas en el taller, voces que entraban por el corredor. Las riñas de Encarna y Pilar, la espesa voz de una Obdulia a quien le gustaba contar anécdotas chispeantes de la vida de Chelo, como si la echara en falta, las suaves palabras de sor María poniendo coto a semejantes indecencias. Son el alma de la casa, se dijo la Madre, y estaba dispuesta a recordarle a Francisca que ella estaba al servicio de las desamparadas y no de los ricos propietarios cuando advirtió que la lengua se le pegaba al paladar, que casi no podía hablar.

—¿No tienes sed? —le preguntó—. Yo estoy seca. Voy a la cocina a buscar un refresco.

Salió al corredor y al pasar junto al reloj sonaron las horas más desafinadas que nunca hubiera oído en boca del armatoste. Me hablas en son de burla, repelente maquinaria, pero no te reirás de mí cuando Casta me explique. Esta vez no dejaré que calle, le espetó. Y se encaminó resuelta a la cocina, donde, estaba segura, iba a degustar la más dulce y refrescante de las limonadas.

Séptima carta

Valencia, 3 de julio de 1854

Carolina:

¡Qué reproches los tuyos! Me regañas, te quejas, aseguras que debía haber confiado en ti, pedirte ayuda, mostrarte mi poema. Qué imprudencia, dices, poner mis sentimientos en manos de un hombre, más estando casada. ¿Cómo pude creer que Buenaventura no iba a entender lo que entendió? No lo sé. Estoy consternada, confusa, me cuesta ordenarme. Me esforzaré en desenredar la madeja.

No supe obrar de otro modo. No me atreví. Yo me acusaba del poema que quería escribir, de su tono. ¡Hablar de desapego! No es propio de una buena madre. Para tratar de amores y desamores, ¿dónde agarrarme? No soy tan original. Creo en mi talento, pero necesito amarras.

Llevaba un tiempo frecuentando la Sociedad de Amigos de Vera, es decir, la sección de literatura femenina que dirigía Buenaventura, de quien te hablé, el cuñado de Francisca (la de Algaira) y poeta, que, local o no, era el que mandaba. Acudía para conocer a las señoras poetas, que las

había, a quienes durante mucho tiempo había evitado. Allí, sesión tras sesión, escuché versificar «los dolores de la vida», «las ilusiones que la dura suerte convierte en cenizas» y «al loco mundo que corona de espinas la frente del poeta». Lo que oía, ya ves, era discreto, también correcto y a veces hasta agradable. El sufrimiento de las señoras debía de ser sincero, pero así expresado, con este lenguaje, rebotaba en mi corazón. No era capaz de percibir el efecto del dolor en su cuerpo, el desgarramiento, la sangre manando de los agujeros abiertos en la carne por una «corona de espinas».

Abundaba la poesía que llamo «de parroquia», versos que ensalzan las virtudes del amor materno. Recuerdo uno que decía: «Cantemos a las madres y los niños, cantemos del amor la luz bendita, cantemos la virtud, la paz del alma».

Otros versificaban momentos de la maternidad que yo solo conocía a través de las novelas morales. ¿Cómo iba a ser de otra manera si no criaba a mi hija? Una criatura durmiendo en su cunita, un bebé que reclama la atención de su madre, sus manitas lanzadas hacia ella, sus ojos que la miran. Esta poesía no me servía. Todo lo contrario, me desalentaba. Entre las señoras, madres amorosas, y yo, que no lo era, se levantaba el muro de mi desapego, el que sentía hacia mi madre y hacia mi hija. En ocasiones, apreciaba que podría llegar a disolverme en la dulzura de sus versos si no fuera por la costra de dureza que hay en el fondo de mi corazón. El sedimento de mi rencor, de mi rabia, única forma en la que algunas toleramos el sufrimiento.

Solo encontré autenticidad y fuerza en tus versos. Me los sabía de memoria, especialmente «El amor de los amores». Era el único que conocía escrito por una mujer que conseguía estremecerme, a mí, que nunca me enamoré. Llamaradas de pasión y al tiempo una protesta intensa, genuina. Oyes a una mujer enamorada que desborda

aflicción, que desmiga el pan negro del abandono. ¡Es tan personal! Prescinde de protestas trilladas. Su tono y el mío eran diferentes, claro. En el tuyo, el lamento es dulce, un gemido. Mi aflicción es agria, reprocha, grita. Quería dulcificarlo para poder hablar a mi hija, para hablar de mi madre. Tu poema comienza: «¿Cómo te llamaré para que entiendas / que me dirijo a ti, ¡dulce amor mío!?».

Copiaba y copiaba tus versos. Los recitaba después en voz alta y me subía el sentimiento. Si solo pensaba en mi hija me quedaba fría. Al escribir, brotaba en mi corazón una extraña ternura, que iba y venía de las palabras a la cabeza y al corazón.

Dicen que tu poema es religioso. Qué extraño me ha parecido siempre este juicio, peregrina forma de rezar. La composición es muy extensa, pero solo al final, y una vez nada más, encuentras un «Señor Dios mío». ¿Te diriges a Jesús llamándole «dulce amor mío»? Impensable. Ni Santa Teresa llegó a ese extremo. Casi puedes oír un quiebro en la voz de la mujer que susurra al amante, que reclama su atención. Me intrigaba, y me intriga todavía, saber quién sería él. Me fascinaba de tu poema que solo al final descubres a quién se dirige. Me dije que el «dulce amor mío» podía ser quien yo quisiera que fuera, y al concluir, si me atrevía, si sabía cómo, desvelaría de quién o de quiénes hablaba, a quién me dirigía.

Antes de seguir, necesito descansar, redacto muy deprisa y no me ayuda el sofocante calor que hace. Los dedos me sudan cuando tomo la plumilla y tengo que secarme las manos. Gracias que le pedí a sor María un poco de agua de olor. Empapo pañuelos y me refresco.

Continúo. Releía «El amor de los amores». Me veía retratada. Soy, como la enamorada del poema, hija de la luna. Tantas veces le oí decir a Compasión que cuando yo

nací había una luna inmensa, redonda como el rostro de una madre, que se paró encima de mi cuna bañándola de luz. En tu poema, la enamorada contempla por vez primera al amor en los rayos de la luna. Me parecía que las dos, tú y yo, éramos hijas del astro, cada una de manera contraria. Tu luna era amorosa, la mía maléfica, traía desgracia. Decía Compasión que la lima es más mala que buena y que si la miras de frente te puedes quedar ciega. Esto me lo había tomado siempre de esa manera, no deja el ama de ser una andaluza, como mi madre, que tienen la cabeza llena de miedos y conjuros. Pero con tus versos me sorprendí pensando si no me habrían cegado los rayos de la lima que habían bañado mi cuna al nacer y era por eso que yo no podía mirar a mi hija.

¡Qué bucólico es este poema! La montaña, la ribera del río, sus colinas me conducían a las serranías donde se lamenta el pastorcillo enamorado o la zagala que le espera en las canciones que se recitan en los pueblos de la sierra de Málaga. Sus quejas, su impaciente soledad. El dolor al escuchar el rumor del agua, que no es sino la voz remota del ausente, el temor de verse sorprendido por la tormenta y herido por el rayo. También yo conversaba con la naturaleza, pero de otra manera, de forma desmesurada. Salía a pasear y el cielo me deslumbraba. A veces se hacía tarde y la noche me caía encima de golpe después de un atardecer inacabable. El sol descendía llameando, un dios majestuoso y airado, y daba paso a una luna panzuda como el vientre de una mujer embarazada. Yo veía en el sol y en la luna a mis padres, que estaban lejos, pero que no se habían ido, nunca se fueron. Eran los ojos de mi padre mirándome desde lo alto, era mi madre que con su peso me aplastaba. Sufría su presencia y su poder, incapaz de oponerme, convencida de que estaba maldita, aojada, que no podía escapar del lugar inhumano al

que ellos me habían destinado. No conseguía alejarlos. Los sentía en la soledad en que vivía, en el cielo despiadado, en la arena que me acribillaba. Me desesperaba. Volvía a necesitar de ellos algo que nunca me llegó, me abrasaba su desamor. Leyendo este verso: «Tiemblo a tu voz y tiemblo si me miras, / y quisiera exhalar mi último aliento / abrasada en el aire que respiras», me preguntaba si esto era amor.

Yo me sentía igualmente carbonizada, lacerada, en carne viva, pero no por amor, sino al contrario, por su ausencia. Quería dar forma a estos sentimientos y me faltaba estructura, aliento. Oficio, en resumidas cuentas. Las imágenes de las que disponía me parecían vulgares, puro abalorio. Empecé a redactar un poema cobijándome en tus versos. No sabía cómo hacerlo, me venía grande.

Aquí entra Buenaventura, el cuñado de Francisca. Poeta, novelista, además de rico, señor de los círculos literarios de Almería. Estaba en los cuarenta y tenía buena planta. Iba muy bien vestido, nada que ver con los horrorosos trajes de paño oscuro que lleva Ramón. Había enviudado con dos hijos pequeños y las señoras aseguraban que su mujer había Sido una belleza. La adoraba, repetían, no se había recuperado de su muerte. Buenaventura venía a menudo a mi casa para hablar de negocios y de política con Ramón, y entonces ya sabes lo que nos toca a las señoras, ordenar que se sirvan refrescos y licores y retirarse discretamente. Yo le veía como creí que lo hacía el resto del mundo, elegante, educado, irreprochable. La clase de hombre que toda madre desea para su hija. Nadie me dijo que fuera de otra manera. Nunca oí comentarios maliciosos acerca de su persona o de su conducta. Claro, él era un «señor». Los propietarios, cuando se critican unos a otros, usan un lenguaje que solo ellos conocen. Yo era una forastera casada con un nuevo rico y, sobre todo, carecía de la malicia necesaria para

desenvolverme con astucia entre ellos, no sabía sonsacar a las criadas los rumores que circulaban entre los cortijos. He rememorado una y otra vez las ocasiones en que me encontré con Buenaventura, ya fuera en las sesiones de literatura femenina como en los acontecimientos sociales, o cuando se reunía con Ramón.

Me he esforzado en recordar las palabras que dijo, las variaciones en el tono de su voz, cualquier comentario sutil que pudiera haber pasado por alto. Mis recuerdos no me han proporcionado ninguna ayuda. Creí conocer el talante de Buenaventura. Su imagen resultaba convincente. Nada que ver con la persona que demostró ser, que actuó conmigo sin pensar, por impulso, por costumbre o por la forma más vulgar de vanidad masculina. Buenaventura era el objeto que brilla en el suelo y que cuando lo recoges compruebas que no es una joya cara sino una baratija.

Al acabar una de las sesiones literarias, Buenaventura se acercó y me saludó. De pronto me preguntó si yo tenía alguna poesía en marcha, aseguró que le gustaría conocerla y se ofreció a guiarme. Al pronto, me alarmé. ¿Quién era Buenaventura? ¿Le conocía de verdad?

¿Podía confiar en él? En aquel momento, podría haber respondido con evasivas o rechazar cortésmente su ayuda. Algo diferente de lo que hice, que fue olvidar mis temores al sentirme halagada. ¡Que alguien me tomara en serio y se ofreciera a ayudarme me deslumbró! Le hablé del bosquejo que tenía escrito, le dije que se lo mandaría. Se lo mandé. Me equivoqué. Buenaventura no llegaba a tanto. Y en lo relativo a mi persona actuó como las campesinas que llevan y traen noticias entre los cortijos. Peor aún que ellas. Tomé a Buenaventura por un señor, un caballero. No lo era. Actuó con la alegre inconsistencia de un murmurador de provincias. El resto de lo que pasó ya lo sabes.

Bueno, ya está llena esta carta. Dado que acostumbro a zozobrar de congoja una vez que acabo de escribir, quisiera estar junto a ti para comprobar que no has cambiado el enfado por la melancolía. Si pudiera vivir en Madrid, o al menos cerca de ti, pero, ¡ay!, si ni siquiera puedo salir de esta casa. Para tenerte cerca me tengo que conformar con el tacto de un folio, con las palabras que trazo en estos pliegos.

Antes de acabar y para refrescarnos el ánimo, te hablaré de Iluminada, ¿te acuerdas de quién es? La que se escondió debajo de la mesa de la oficina.

Vino a mi habitación y cuando vio tu retrato sobre mi mesa, lo miró de cerca y, con un desparpajo impropio de su carácter, exclamó: «¡Qué hermosa, parece Nuestra Señora!». Salió mirando el escapulario de la Virgen del Carmen, un regalo de la Madre que siempre lleva encima. Esta chica me desconcierta. También me enternece. Si vieras con qué empeño se afana en aprender y cómo avanza. Está adquiriendo una bonita letra y ya deletrea. Gasta tanto papel que a veces me temo que la Madre se va a quejar.

Un gran abrazo, amiga mía.

La directora de **El Pensil de las Damas**
anuncia
la publicación del capítulo séptimo de:

Azucena

Sanamientos

Amigas mías, recuperemos el relato de las tormentas del corazón por las que Azucena estaba atravesando. A aquella amiga poeta con quien mantuvo correspondencia mucho tiempo, incluso después de casarse, le quiso confesar la nueva pena que poco a poco se le agrandaba dentro. No podía soportar lo que le pasaba, que no podía ver a su niña y no sabía por qué. Pía se estaba criando aislada en un cortijo al cuidado de una nodriza, y por este camino, comprendió Azucena, su hija iba a ser el retrato de ella misma. Su amiga poeta, que era la mejor de las madres, aseguraba que la

sonrisa de un niño era encantadora, que una madre no podía sino dejarse arrastrar, adorarlo, «un niño enamora». Entonces Azucena encontraba muy difícil decirle a su amiga que comprendía que el corazón de una madre debería entregarse por entero, derretirse, y sentía nostalgia de un sentimiento que no conocía. Deseaba compartir la emoción que expresaba un verso de su «hermana poeta», Dolores Cabrera, que había memorizado y le gustaba recitar:

pudiese contemplar
ojos negros y bellos,
u frente y tus cabellos
rebatada besar,
l viento hiciese mover
rizos sobre la mía…

Azucena no llegaba a discernir si la niña se había contagiado a través de la nodriza que primero la atendió al nacer, si esta última le había echado a la niña el mal de ojo, si era ella quien le había pasado a su hija una enfermedad o, comenzaba a admitir, si aquello eran imaginaciones suyas, si no era que le estaba poniendo a la niña el asco que tenía dentro. Había oído decir a las señoras que las mujeres después de dar a luz tienen muchas manías, «cosas de nervios», y preguntó a una antigua criada en quien confiaba qué se podía hacer para librarse de ellos. La respuesta no le ayudó gran cosa. «Los nervios —le dijo— son como una persona que se lleva dentro, si les haces caso se aprovechan de ti, si no les haces caso, se aburren y se van». Azucena no sabía cómo era eso de no hacerles caso, pero no siguió preguntando, comprendiendo que la respuesta no valdría gran cosa.

Para saber qué es la enfermedad y cómo se contagia, acudió a la biblioteca de la Sociedad de Amigos del País, que recibía publicaciones de medicina e higiene. En una de ellas encontró un artículo titulado «Historia de la enfermedad y los medicamentos». Leyó que «la enfermedad es la entrada en el organismo de una suciedad material», de algo que contamina el cuerpo, y se remedia lavando con agua limpia cuanto se pone en contacto con el cuerpo y purificándose con fuego. A Azucena le contentó comprobar que la enfermedad la causaba la suciedad, no menos que la decepcionó saber que nada se decía de la suciedad del alma. En cuando a los remedios, el de la limpieza lo había aplicado siempre y especialmente durante el parto, ordenando extrema pulcritud a la partera, al ama y a las mujeres que la asistieron, y dedicando las jornadas necesarias para que la casa estuviera requetelimpia. Mucho le decepcionó este artículo. La limpieza no había servido de nada, razonó Azucena, y en cuanto al fuego, pánico le daba pensar en cómo aplicarlo. Cavilando y cavilando se dio en imaginar que tenía que visitar a la santera, la misma a quien había acudido anteriormente cuando su suegra, la Oscura, creyó que no se quedaba embarazada.

Esta decisión, reconozco, no era propia de ella, de natural juiciosa, ajena a exageraciones religiosas o beaterías. Nunca tuvo arrebatos místicos ni se pasaba, como su suegra, las horas muertas en la iglesia, ni le dio por componer los vestidos de los santos ni, como a su hermana, por realizar bordados exquisitos para decorar los manteles del altar. Al tomar esta decisión, Azucena se comportó como muchas mujeres que, aun cumpliendo sus deberes cristianos, acuden a curanderas, que son medio brujas, y hacen sanamientos en los que invocan a las fuerzas de la naturaleza, lo mismo que piden la intercesión de la Virgen y los santos. Veréis para

qué visitó a la santera.

Voy a permanecer en silencio en las páginas que siguen, en las que relato esta visita, no interrumpiré con mi presencia la emotiva situación que atravesó. No es esta narradora partidaria de prácticas sanadoras, que considera supersticiosas, pero no me atreví a censurar la decisión de Azucena y como este es un relato inspirado en hechos verídicos, en escenas de la vida real, he considerado que mi deber como narradora me obliga a reproducir fielmente la historia de Azucena en todos sus extremos.

Una mañana, salió camino al interior. El día se abría paso trayendo una luz ambarina y espesa. Presagiaban tormenta de barro las nubes, densas como la melaza, que avanzaban al paso solemne y determinado de un ejército iniciando la carga. Las moscas, desorientadas, volaban dando tumbos, zumbonas y tan cabezotas que se pegaban a la piel y no se despegaban ni a manotazos. Azucena predijo que alguna gallina moriría aquel día sofocada por un viento de arena más propio del estío que de la primavera. Ya le parecía ver sus ojos redondos y enrojecidos, su pico desencajado y el pescuezo tirante, desquiciado, de una gallina asfixiada por el polvo. Tal era el ánimo con que Azucena acudía a la santera.

Caminó a buen paso por la rambla que se iniciaba junto a su vivienda hasta alcanzar el cruce con un camino por el que se adentró, que llevaba a un cortijo llamado de la Santera, no porque fuera esta la dueña, sino porque allí vivía en un chamizo. Un grupo de cañas, un pilón y junto a este un borriquillo comiendo cardos le indicaron que había llegado. A su alrededor se extendían campos ralos, tierras sembradas de guijarros amarillos, pequeños cultivos de cereal, pitas y grupos de cabras. A lo lejos, una colina pelada contra cuya ladera destacaba la silueta de un cortijo de adobe. Cuatro palos enmarcaban el agujero de entrada a la

choza y ocultaba su interior una cortina de jarapas cuyos vivos colores habían apagado los años y el sol. A un lado de la cortina, una pila de esteras y dos cántaros; al otro, haces de leña fina. Colgado en el muro, un candil de aceite y debajo de este, en la tierra, los arreos del borrico. Ni gallinas ni cerdos ni inmundicias. Cerca de la casucha, en el suelo, los rescoldos de un pequeño fuego lanzaban un humo blanquecino que se diluía en el aire, como el río en la albufera. Azucena observó que la cortina no se movía. Caía a plomo sobre la tierra con la pesadez de las moscas. La descorrió ligeramente y se anunció:

—Santera, ¿puedo pasar?

—Pasa Azucena —contestaron.

—¿Cómo sabes quién soy? —preguntó.

—Me lo han dicho tu voz y tu olor —aseguró la santera, sin añadir que poco antes una criada del cortijo le había dicho que la mujer de Navajas se acercaba por el camino.

Vaya sorpresa que se llevó Azucena. Esperaba encontrar una mujer desgreñada de ojos hundidos y fieros. ¿Qué vio? Una mujer sentada en una silla baja, más bien joven que vieja, vestida entre aldeana y mora con unas sayas largas, una pañoleta atada a la cintura y otra que le cubría la cabeza, cuyos picos se ataban en la nuca. Llevaba la cara descubierta. Distinguió sus mejillas rojizas, pero no arrugadas, y los mechones de pelo encrespado, sin canas, que sobresaliendo de la pañoleta le caían sobre la frente. Los labios carnosos, entreabiertos; los ojos negros, atrevidos, que miraban con una chispa burlona. Una mujer que, comprenderéis, arrastraba a los hombres.

—Vienes por la niña Pía —dijo la santera, sin levantarse del taburete donde estaba sentada ni hacer ademán de saludar.

—Mi hija está enferma —contestó Azucena, con la

mano todavía alzada sujetando la cortina de jarapas. No se decidía a entrar.

—Tu hija está enferma o sola. ¿No será que es a ti a quien le falta salud? —preguntó la mujer, retirándose un mechón que de inmediato volvió a caerle sobre la frente.

—No me tutee, santera —replicó Azucena, con un punto que podía ser de arrogancia o temor. La santera parecía dispuesta a saltarle a los ojos.

—En tu casa serás la señora. Aquí lo soy yo —dijo esta, y de sus ojos se esfumó la chispa burlona, que dio paso a una mirada callosa.

—Santera, busco ayuda y no con soberbia —reculó Azucena—. He venido caminando y sola. Por no traer, ni cuadrilla, y en estos caminos más vale protegerse. Ni a mi esposo le he dicho que venía, aunque ya lo sabrá, tantos son los ojos que me miran. Estoy aquí porque adivinaste tú a la niña en mi vientre cuando aún no había nacido. También eres su madre. La niña está apartada de mí, es costumbre que las señoras entreguemos los hijos a una nodriza, pero en su caso es que además ella está enferma, o lo estoy yo, que no puedo verla. Ni sé cómo son sus ojos ni sus lloros. Temo por ella.

—No eres una señora —objetó la santera con voz rasposa. Azucena encajó el insulto.

—No soy como esas en las que piensas. Ni lo quiero ser —alegó.

—Ni lo eres ni lo puedes ser. No te dieron este derecho —objetó la santera, calzándose las alpargatas que tenía a su lado, junto a la silla, y con el gesto se le alzaron las sayas y quedaron a la vista unas piernas blancas.

—¿Quién lo tiene que dar? —preguntó Azucena.

—Quien te mira bien —contestó la santera—. Todo está en la mirada.

—Santera, ¿por qué estás en mi contra? —preguntó Azucena.

—No estoy en tu contra, pero a tu esposo le va a disgustar que hayas venido. Yo no le gusto, ni mi santería. Bastante tuve que aguantar la otra vez, cuando me llamó tu suegra —dijo.

—Yo me encargaré de él —dijo Azucena, firme. Aspiró fuerte para soportar el envite y pudo apreciar que la choza desprendía olores a tierra remojada, a retama, a resina.

En la estancia, pequeña y fresca, de suelo de tierra, había, aquí y allá, vasijas y cestas repletas de ramas de pitas, cardos, retama, barrilla. Al fondo, una tela estampada en franjas verdes y rojas sugería la entrada a otra pieza. Del techo colgaban ristras de ajos, cebollas, pimientos colorados y canutillos de hierbas aromáticas envueltas en hojas de parra. El interior olía a la resina que exhalaban los haces de olivarda colgados para atraer a las moscas. Encima de una tabla que hacía las veces de mesa había una cesta llena de higos y, junto a ella, en un plato de barro, una docena de tortas de maíz, y otro plato de gachas recientes. No es la cabaña de una bruja, pensó Azucena, y se le escapó un halago.

—Qué bien huele tu casa —le dijo a la santera.

—¿Qué esperabas? ¿Ratones y culebras? —replicó esta, burlona—. Anda, acércate. Tengo que ver el fondo de tus ojos.

Azucena soltó la cortina y entró, y la santera, que se había puesto en pie, se le acercó, siguió las líneas de su cara con las yemas de los dedos y acabado el escrutinio le puso las palmas sobre los ojos, dejándola a oscuras.

—No los abras sino cuando aparte las manos. Tiene que venirte la oscuridad para que yo pueda ver su fondo —explicó la santera.

Con los ojos tapados, Azucena vio en sus pupilas centellas blancas, puntos rojizos. Percibió el pulso de la santera, la aspereza de su piel, el calor que desprendía su cuerpo, y una vez que esta retiró de sus ojos la palma de las manos, le deslumbró la penumbra de la choza.

—Algo he visto, pero no estoy segura —dijo la santera —. Si es lo que creo, tendré que limpiar tu pasado antes de sanar a la niña.

Azucena buscó dónde sentarse y la santera le acercó un taburete, con expresión todavía recelosa y triste.

—Sanaré a la niña Pía para quitarle lo que tenga —dijo —, pero solo si el mal que tiene es de lo mío, de santera, no un mal corriente.

—¿Un mal corriente? —preguntó Azucena.

—Que a tu hija le pase que es floja, pequeña o enfermiza —aclaró la santera—. Cuando yo esté segura de que tiene el mal de ojo.

—No sé cómo está. La veo de lejos, pero la nodriza dice que se queda escuchimizada —contestó Azucena.

Según hablaba, Azucena veía el cortijo donde se criaba su hija, una caserón de muros encalados y techo plano al estilo morisco que carecía de jardín, huerto o patio emparrado, situado en una llanura de cardos y espinos. Se veía a sí misma pidiéndole al cochero que parara el carruaje frente a una de las ventanas de la primera planta, que desde fuera se alcanzaba a vislumbrar en el interior una cuna y, junto a esta, el bulto de una persona que la mecía canturreando una nana. Recordaba que quería ver a su hija, pero algo se lo impedía, le parecía que la niña estaba enterrada bajo las sábanas, embalsamada, que de su cuerpo se desprendían emanaciones mefíticas, un olor tal a ponzoña que le subían arcadas.

—Iré a ver a la niña —dijo la santera, que bien sabía lo

que pasaba por la cabeza de Azucena—, pero antes hay que sanar lo que tienes en el fondo de los ojos. Ven conmigo.

Entraron en una pequeña pieza separada de la principal por la cortina de tela verde y blanca. Era un cubil oscuro y desnudo, con suelo de tierra, en uno de cuyos muros se abría un agujero tapado por un enrejado de cañas. Sobre unas tablas había un candil de aceite y una vasija de barro llena de agua, y extendida en el suelo una estera de esparto. La santera encendió el candil, se arrodilló en la estera y con un gesto indicó a Azucena que la imitara. De rodillas las dos, la santera tomó el dedo corazón de Azucena, lo mojó en el aceite del candil y lo puso sobre la vasija diciendo:

s te han hecho el mal. Tres te tienen que curar.
s tres personas de la Santísima Trinidad.

La santera dirigía la mano de Azucena con gesto firme y delicado, y a su contacto a Azucena le subió de las entrañas una llamarada de calor, como si el cuerpo de la santera, sólido y cercano, comenzara a derretir los neveros de su alma. Se desprendieron tres gotas de aceite del dedo de la mujer, que se deslizaron sobre el agua de la vasija.

—Reza un padrenuestro y una avemaria —dijo la santera.

Mientras Azucena rezaba, la santera, las manos quietas sobre las rodillas, miró sus ojos y se quedaron las dos frente a frente observándose, fundidas en alma y angustia. Con el rostro sudado y los labios temblones, Azucena repitió por tres veces el rezo, y al concluir había flotando en el agua nueve gotas de aceite. De ellas, seis eran grandes y en forma de ojos, y las otras tres, más pequeñas, sencillamente redondeadas. De la forma en que el aceite había caído

concluyó la santera que el mal de Azucena era antiguo y que para sacarlo debía proceder a que aquella suciedad que la enfermaba se escurriera tierra abajo, que descendiera a lo más hondo, donde ya no oliera ni pudiera hacer daño.

—Túmbate, pero no en la estera, sino sobre el suelo —dijo—. Cuando sepa que el mal se ha escurrido al último hoyo vendré a buscarte. No te muevas ni bebas agua.

Se fue la santera y Azucena dejó pasar las horas a oscuras, tendida en el suelo, como una náufraga, mecida por la tierra parda. Durante horas escuchó los sonidos del campo que se colaban a través de la ventana. El chirrido de las cigarras, los rebuznos del borriquillo, el zumbido espeso de las avispas en torno al caño del pilón y el de los moscardones que asediaban la ventana. Poco a poco se fueron apagando las voces del campo al tiempo que a sus oídos llegaban, nítidos, los latidos de su corazón y le nacía de lo profundo un lamento largo. Entonces Azucena se quedó dormida.

Avanzada la mañana la santera entró. Apartó el enrejado de cañas de la ventana y a la luz clara que entraba contempló a Azucena, que dormía recostada de lado, el cuerpo orientado hacia el exterior como si quisiera traspasar las cañas.

—Ya puedes volver a casa —dijo, zarandeándola—. Te acompaño hasta el desvío. Te mandaré recado cuando esté lista para ver a la niña Pía.

Salieron las dos hacia la rambla. El viento de levante había cesado y el cielo, limpio de polvo, lucía dulce, tintado de añil. Al llegar a la rambla se separaron y Azucena regresó a su vivienda, siguiendo la línea de pitas y matorrales que bordeaban el camino.

Ahora, queridas lectoras, necesito deciros que esta narradora no cree en supersticiones y por esta razón me he mantenido apartada en este tramo del relato. No me ha

motivado la indiferencia ni el desdén, ni tampoco que esté fatigada de escribir. He querido que compartáis estos hechos con Azucena, os los he ofrecido sin añadir comentario alguno, ni mis propios juicios. Os he dejado a solas con ella y la santera para que cada una de vosotras juzgue por sí misma este suceso. Después de estas aclaraciones, regresaremos al momento en que Azucena llegó a su vivienda.

Estaba tranquila y segura de que a nadie habría extrañado su ausencia, porque, aunque se sabía observada, eran muchas las ocasiones en que salía de mañana a pasear por la playa y se quedaba un buen rato mirando el paisaje. Bajó las escaleras que conducían al huerto y vio al ama vieja sentada en uno de los bancos rezando el rosario. Azucena se sentó a su lado, adormecida todavía por el sueño que había dormido encasa de la santera, hasta que, inducida por la quietud del momento, le preguntó:

—¿Te acuerdas cómo fue cuando nací?

—No me voy a acordar, lo mismito que si estuviera allí —contestó el ama.

—Pues cuéntamelo —pidió Azucena.

—¿Otra vez? —preguntó el ama.

—Te lo pido sin saber por qué —contestó Azucena—. Me ha venido esta necesidad.

—Solo te diré que la morita que atendió a tu madre en el parto, en el momento en que te sacó de su vientre, cortó unos pelos de tu cabeza y los envolvió en un trapo que guardó entre tus ropas para protegerte del aojamiento, al tiempo que recitaba un conjuro que decía: «A lo hondo del mar, *ande* nadie te haga mal, a lo hondo del mar».

—Nunca me hablaste del conjuro. ¿Por qué ahora? —preguntó Azucena.

—Lo he oído esta mañana —contestó el ama.

—Pero si has estado en el huerto, sola y medio dormida —objetó Azucena.

—En el huerto sí que he estado —dijo el ama—. Sola no. Me acompañan los muchos que vienen de visita a mis sueños.

Ahora, queridas lectoras, os diré algo que es importante para entender la suerte de Azucena, que es lo que había sucedido en el nacimiento de nuestra protagonista y que el ama calló. Que la madre de Azucena, al romper aguas, no paró de renegar contra la criatura que había venido. Que con el humor sombrío que le aquejaba siempre, pues ese era su natural, pero que se le había incrementado al dar a luz a Azucena, no había cesado de rumiar y rumiar contra la recién nacida, no menos que contra su esposo, «que otra vez la había dejado preñada».

Azucena, ignorante de esta parte de lo sucedido cuando ella vino al mundo, pensó que el ama tenía la mente muy espesa, tanto como si la hubiera enturbiado el polvo que de continuo llegaba a aquellas tierras procedente de África. No entendió las palabras del ama, pero estaba tan fatigada que no le quedó ni un resto de aliento para seguir conversando. Decidió retirarse. Cuando entró en su gabinete echó las persianas, creando en el interior una penumbra amable que invitaba al reposo. Se tumbó en el diván invadida por un enternecimiento, pero al mismo tiempo quebrantada, preguntándose qué iba a ser de su niña.

¿Queréis saber lo que ocurrió después? Otra vez os digo, amigas mías: ¡no dejéis de leer el siguiente capítulo!

PARTE OCTAVA

La noche del desembarco

Cuando la Madre entró en la cocina tenía la boca tan seca como una lija tras la discusión que había tenido con Francisca. Que condene a Casta por unos «versitos», que me pida declarar contra una desamparada… ¿O es que Casta no lo es?, preguntó al Amigo, mirando la luz que entraba por las dos estrechas ventanas abiertas en lo alto, por si allí le encontraba.

Brillaban lustrosos los azulejos del zócalo que enmarcaba las paredes de la cocina y reverberaban rojizas las brasas de la económica a través del redondel de su chapa, sobre la cual, en una gran olla, borboteaba el agua puesta a calentar desde primeras horas de la mañana. Sin decidirse a entrar, la Madre olisqueó el rastro del pan horneado a buena hora, el de las verduras cocidas para la cena y el picante aliento del vinagre con que se había aderezado el gazpacho del mediodía. Al entrar, se topó con la persona en quien venía pensando. Casta, de pie junto a una mesa, tenía la palma de la mano apoyada en la mejilla derecha y miraba una jarra cuyos bordes rezumaban goterones de limonada.

—¿Qué haces aquí? Más te veo en la cocina que no en la capilla, donde nunca te encuentro —le dijo, y sin esperar respuesta cogió un vaso de la alacena, lo llenó de limonada y bebió con ansia hasta la última gota, como si en ello le fuera la vida, como si acabara de atravesar el desierto.

—Es que… —comenzó Casta a decir, vacilante. Parecía no poder ofrecer una buena excusa a la Madre ni tampoco querer ocultarse. Inquieta, se ajustó en la nuca las puntas de la pañoleta azul que le cubría la cabeza.

—Antes que nada, ¿quién tenía turno de cocina esta tarde? —le interrumpió la Madre, sirviéndose otro vaso de limonada.

—Iluminada —respondió Casta, escueta.

—Ajá —se limitó a decir la Madre igualmente breve, observando que Casta llevaba un vestido de un color azul lejanamente parecido al del mandilón que usaban las chicas.

—Esta mañana Iluminada se me acercó lagrimeando —dijo Casta, decidida a explicarse.

—No para de llorar —objetó la Madre, mientras se bebía la segunda limonada, pero esta vez con más calma, a traguitos.

—Me dijo que tenía turno de cocina y que no iba a poder acabar los deberes que yo le había puesto, ni siquiera por la noche, porque sor María no daba permiso para que se quedaran levantadas. No dejaba de llorar y viéndola con tal sentimiento me conmovió —dijo Casta.

—Como a todas. Abruma el tamaño de sus lagrimones —comentó la Madre.

—La tristeza le duraba —siguió Casta, sin apreciar la ironía—. No conseguía sacarla de aquella aflicción. Cuanto más le decía yo, más lloraba ella. No me quedó más remedio. Cedí. Me ofrecí a hacerle el turno. —Puso las manos sobre la chapa de la económica, y el calor de las brasas, o quizás el de su emoción, levantó un arrebol en sus mejillas.

—Muy mal hecho —objetó la Madre. Juzgaba excesivo el apego de Iluminada por su maestra. Si hasta la espiaba, le había dicho sor María, que aseguraba haber visto a la muchacha fisgonear en el dormitorio de Casta.

—Mal hecho no. Peor hecho —respondió Casta con viveza a la Madre. Con el reproche se le había borrado la dulzura del rostro—. No tengo excusa, me dio una flojera que no tenía que haberme dado. Luego supe que la limonada era para la señora Francisca, que estaba con usted en la oficina, y decidí no llevarla.

—¿Cómo te enteraste? —preguntó la Madre.

—Por Compasión —contestó Casta—. Oyó voces en el dormitorio contiguo. Se fue a curiosear y luego vino a contarme que estaba usted allí con sor María y que la señora Francisca había venido a hablar de mí, esto lo supuso el ama, que tiene su malicia.

—¿Nos oíste tú hablar? —preguntó la Madre.

—Oí voces, pero creí que eran las exclaustradas. No sabía que habían dejado la casa.

—Volviendo a la limonada, también era para mí —dijo la Madre—. En cualquier caso, no te autoricé para que sustituyeras a Iluminada, pero ya que lo hiciste, tenías que cumplir —insistió. Torció el gesto, dejó el vaso encima de la mesa y amagó con servirse otro, pero desistió al ver que la jarra estaba medio vacía.

—¿Es que no tengo otra cosa en que ocuparme sino en servirlas a ustedes? —replicó Casta, retadora—. ¿A qué ha venido la señora Francisca? ¿De qué se conocen ustedes dos? ¡Ya es mala suerte la mía que se presente en la casa esa ricachona beata y falsa! —gritó, decididamente fuera de control— ¿No habrá sido ella quien convenció a Ramón de que me encerraran?

—¡Casta! No te permito este tono —replicó la Madre, buscando imponerse, pero a Casta se le adelgazó la cara, cerró los puños y adelantó el pecho.

—¡No voy a hacer de criada de esa señora! ¡Las barbaridades que debe de haber dicho de mí y ahora habrá venido a llenarle a usted la cabeza de mentiras! —gritó.

—¡Basta, basta, por Dios! —replicó la Madre a una Casta que nimbada por el resplandor rojizo de la chapa de la cocina parecía endemoniada.

Iba decidida a seguir escupiendo sus sospechas y sus rencores, pero cuando la Madre la conminó de nuevo a callar, tragó saliva, abrió los puños, humedeció las manos en el agua que escurría la jarra y se refrescó las mejillas. Entonces la Madre, considerando urgente resolver aquella desazón, le preguntó:

—¿Qué hacemos ahora? Iluminada va de «doña caprichos» y tú, Casta, soltando trapo de forma muy inapropiada, actuando como si el orden de la casa no fuera contigo. Bastante es que no hayas consentido en ponerte la ropa que tienes asignada, no creas que no me he dado cuenta, y que tampoco hayas bajado a compartir las devociones con la comunidad, como es tu obligación. No quieres ponerte al nivel de las chicas. ¿Quién te crees que eres? Me obligas a reprenderte como a una niña, pero eres una mujer, que además tiene una hija.

—También se lo ha dicho la señora Francisca, ¿verdad? —saltó Casta, rasposa.

La Madre no contestó y se abrió un silencio incómodo entre las dos que la Madre ocupó observando el vestido de Casta.

Una bata de percal adornada con un volante en el bajo y en los puños de las mangas, y en la cabeza una pañoleta. La tela de buena

calidad, nada que ver con los mandilones que llevan las desamparadas, pensó la Madre, a quien le vino a la mente la duda de si debía ella a Casta igual lealtad que a las acogidas. No pudo resolverla, pero de pronto un calor le subió al pecho obligándola a apiadarse de Casta. Le tendió los brazos y tomándole las manos se las estrechó.

—Me preguntaste una vez de qué nos conocíamos Francisca y yo, ya sabes que somos antiguas amigas y no me voy a alargar, pero eso no significa que esté en tu contra. Tenemos mucho de que hablar —le dijo—. Muy mal lo que has hecho, cuanto habéis hecho Iluminada y tú —se corrigió—. Iluminada nos puede, tan poquita cosa y tan llorona como es —advirtió la Madre, buscando espantar la acritud creada por la presencia de Francisca. La espalda de Casta se quebró, se cobijó en el regazo de la Madre y se lanzó a justificarse lagrimeando. La Madre *compartió* su *temblor* y la dejó balbucear explicaciones mojadas de saliva y mocos hasta que notó que se tranquilizaba. Entonces la apartó suavemente y le dijo—: Vamos a otra cosa. Vete a ayudar a Iluminada y, en cuanto tengáis su tarea hecha, os venís las dos a la cocina. Te encargarás de comprobar que esté completo el servicio de noche, limpias las servilletas, planchados los manteles. Iluminada preparará las mesas y, cuando hayáis acabado, cenaréis las dos antes de que lo haga la comunidad. Enseguida vendrá la hermana repostera. ¡Deprisa, Casta! —la apuró. Había oído unos pasos que no podían ser sino los de sor María.

—¿No está aquí Iluminada? Tenía turno en la cocina —preguntó la hermana.

—Está en la sala acabando los deberes para la clase —dijo la Madre—. Me pidió permiso. La señora Casta ha estado aquí un rato reemplazando a Iluminada, pero ahora ha ido a ayudarla y luego arreglarán las dos las mesas para la cena. —Y como viera que sor María miraba la jarra de limonada, añadió—: Teníamos la señora Francisca y yo tanta sed que enseguida nos bebimos la que primero nos sirvieron. Justo hace un momento vine en busca de otra.

—¿La señora va a servir las mesas? —le preguntó sor María a la Madre viendo cómo Casta desaparecía por el corredor.

La Madre, a quien tantas sutilezas comenzaban a agotar, replicó: —La hermana repostera, que es muy sabia, entiende la forma de distribuir las tareas. Sor María, acompáñame a la oficina y de camino me cuentas qué dicen las chicas de las clases.

—Pero antes le doy un recado —dijo sor María—. Han llegado dos cartas en un correo especial. Una para la señora More y la otra, un aviso de la Junta de Sanidad de la ciudad. —Sor María miró la

limonada y le preguntó a la Madre—: ¿No se va a llevar el refresco a la oficina?

—Para qué. Está caliente —contestó.

Salieron al corredor y al llegar a la oficina la Madre echó un vistazo a su interior, y como Francisca no estaba, supuso que se habría marchado al taller a charlar con las chicas, así que oteó en el jardín, donde tampoco la vio.

—Las chicas deben de estar contentas con las clases —le dijo la Madre a sor María, mirando complacida el ambiente del jardín. La brisa recién levantada mecía las hojas de las aspidistras y los tallos de las flores, y en la portería parpadeaba el farolillo que la hermana portera había encendido, como de costumbre, demasiado pronto.

—Vaya que sí —le confirmó la hermana—. No quieren ser menos que Iluminada y quizás prefieren estar en clase que ocuparse en limpiezas. El tiempo libre de la noche lo gastan llenando cartillas, claro que sin dejar de charlar. A veces hasta hablan de letras y no de hombres.

A la última luz del día, la Madre alcanzó a distinguir las blancas batistas que se bordaban en el taller, primores que le recordaron los ajuares que guardaba la cómoda de su habitación en el palacio de Guadalajara. Buscó en el bolsillo del hábito un pañuelo que conservaba de sus tiempos señoriales para sentir la textura de la tela almidonada, pero, apenada, notó que el pañuelo se arrugaba flácido. Como la amistad de Francisca, pensó, reconociendo que había llegado el momento de dejar atrás mucho de su pasado.

—Subiré a comprobar si la señora Francisca está en su habitación —dijo sor María.

Cuando la hermana se alejó, la Madre volvió a escuchar a Casta asegurando que Francisca era una «ricachona, beata y falsa». Una crueldad fruto del resentimiento, pensó, pero se supo obligaba a indagar otra vez en las causas de aquel rencor. Necesitaba charlar de nuevo con el ama Compasión, aunque esta vez en privado.

Regresó a la oficina. Sobre la mesa estaban las dos cartas que sor María le había mencionado. Una, remitida por el juzgado de Vera para la señora Casta More, en una de cuyas esquinas un oficial imprudente había anotado: «Tema de adulterio, viene de lo penal». Decidió retenerla. No se la iba a entregar a Casta. Antes iba a escribir al obispo de Almería, que le debía favores. Le pediría que moviera con discreción los hilos en el juzgado de Vera para conseguir que la querella de Bosco se extraviara en alguno de los estantes del juzgado. Mentalmente comenzó a escribir: «Don Ramón Bosco es un hombre ofuscado por sus pasiones, que por causas poco convincentes quiere

cesar la convivencia matrimonial quebrantando así el santo sacramento del matrimonio».

Se interrumpió enseguida, receló del tono con que redactaba. A ver si las «literatas» me están contagiando, pensó, y se dispuso a leer la que enviaba la Junta de Sanidad. Rasgó el sobre, temerosa hasta de tocar el papel. «Informe sobre la aparición de varios casos de cólera morbo en ciudades próximas a Valencia», se titulaba. Aseguraba que el cólera no había llegado a la dudad, pero estaba cerca, y daba cuenta de las medidas adoptadas y las que había que poner en marcha. Quieren tranquilizar a la parroquia o ponerla sobre aviso, discurrió la Madre, aunque dudó que pudiera ella tranquilizarse.

Le asaltaron escenas truculentas. Los coléricos embadurnados de fluidos, el cuerpo enfriándose, heladas la piel y la lengua, y finalmente, el pulso muerto. Carros repletos de los cadáveres que las gentes sacaban arrastrando a las calles, recogidos los cuerpos formando pilas, se enterraban rebozados en cal en una fosa común que el alcalde había mandado cavar en las afueras de la ciudad. Escuchó las letanías recitadas en los velatorios, le asqueó el olor de los agonizantes, el de los muertos, el tufo de los viáticos y el que desprendían las vestiduras de las hermanas de la caridad que limpiaban a los coléricos. Imaginaciones. Necesito un respiro, pensó, y agradeció la llegada de sor María, que se presentó en la oficina para explicar que la señora Francisca había pedido que le sirvieran un refrigerio en su habitación, porque en breve un coche la venía a recoger, y que Compasión estaba en su dormitorio y había dicho que no bajaría a cenar.

—Avisa a la señora Francisca. Que no se le ocurra marchar de la casa sin despedirse —le dijo a sor María, al tiempo que una vocecita, allá al fondo de su conciencia, le reprochaba tener muy pocas ganas de hablar con su amiga. Es que necesito tiempo, le argumentó la Madre a la vocecita, y si Francisca va a estar unos días en Valencia, pronto nos veremos, saldremos a dar un largo paseo, como antes. Y su conciencia burlona le repetía: trolera, trolera… Sin embargo, poco tardó en aparecer Francisca en la oficina.

—Me han avisado de que el coche aguarda hace rato en el callejón. No puedo retrasarme más —dijo—. En Casa Lorca cenan pronto y les disgusta que los invitados no sean puntuales.

Cuántas explicaciones, pensó la Madre, percatándose de que Francisca se había puesto el mismo vestido de viaje que traía al llegar. Sobre los hombros llevaba una manteleta de raso y en las manos unos guantes de seda color tostado, cerrados al puño por un botón ambarino. Había recuperado los pendientes de perlas y diamantes y el

velo de encaje sujeto por el alfiler de perla que lucía cuando llegó.

—Toda una dama, una señora del gran mundo —dijo la Madre con retintín.

—Micaela, ¿lo dices con rechifla? —preguntó Francisca.

—No te lo digo en broma. Es que ya no estoy acostumbrada a las elegancias —admitió la Madre, que no dejó de notar la mirada ansiosa de Francisca, el ruego agazapado en sus labios: que la apoyara—. En cuanto a lo de Casta, estos asuntos ya sabes que se eternizan. —Tomó del brazo a Francisca, sin querer enzarzarse en una discusión enojosa—. Para mí que todo se va a quedar en agua de borrajas. Una pelea de casados en la que nos han enredado. Pronto nos veremos, ¿verdad? Saldremos a dar un largo paseo, como antes.

Atravesaron el jardín y se despidieron en la entrada de la casa. Cuando el carruaje remontó el callejón y girando por Les Magdalenes desapareció, la Madre comprobó que había salido de la oficina con el informe sobre la epidemia de cólera que se avecinaba en la mano y que podría ser que Francisca y ella no llegaran a dar el paseo que habían proyectado. No es momento de morbosidades, recapacitó, sino de *pensar* qué quiero saber de Casta a través de Compasión.

La Madre no pudo llamar, por llevar en una mano un platillo con unas rebanadas de *pan y unos trozos de queso*, y en la otra un vaso de vino de la tierra. Empujó la puerta con el codo, avisó a Compasión y entró.

—No consiento que te vayas a dormir con el estómago vacío —le dijo al ama—. Poca cosa, pero suficiente: pan horneado esta mañana, queso y un cuartillo del vino.

Compasión, que estaba sola en el dormitorio, no pudo o no quiso *responder a* quien había interrumpido la paz de su tarde. Sentada en una mecedora junto a su cama, la cabeza apoyada en un almohadón, pasaba las cuentas del rosario que sostenía en la mano derecha y alternaba el rezo de las avemarias con el canturreo de un estribillo que decía: «A lo hondo del mar, *ande* nadie te haga mal. A lo hondo del mar».

—¿Qué cantas? —preguntó la Madre, sentándose en el borde de la cama, frente a Compasión.

—Es un conjuro contra el mal de ojo —contestó el ama, que colgó el rosario en el brazo de la mecedora y se incorporó para coger el platillo y el vaso de vino que la Madre le ofrecía.

—Conjuros, conjuros… —dijo la Madre displicente, y sin más se lanzó—: Me tienes que contar «lo de Casta».

—¿Qué le ha dicho la señora Francisca? —preguntó Compasión, al tiempo que bebía un sorbo de vino y dejaba después el vaso en el suelo.

—«Lo de Casta» es que está aquí, mejor, estáis las dos aquí. Con las chicas —insistió la Madre, resuelta a que el ama no la esquivara—. Ramón Bosco me envió a su mujer para que se repusiera de un mal que sonaba a cosa de nervios, y después averiguo «lo del amante». —Se detuvo un instante y tomó aire antes de asegurar—: Bosco acusa a Casta, dice que tiene pruebas, algo que ella escribió a su amante.

No bien dijo «pruebas» cuando Compasión se revolvió.

—¡Esa lagarta de Antonia! ¡Ese pedazo de carne! —soltó—. Que una criada nos haya traído la desgracia… Esas letras que la niña tenía escritas se las dio la fregona al marqués chico de Vélez, que las fue pregonando. Puso como un perejil a Casta y aseguró que engañaba a don Ramón.

—¿Quién es esa Antonia? —preguntó la Madre, observando que a la mención de Antonia la serena anciana se había puesto hecha un basilisco.

—Una cortijera zaparrastrosa —contestó Compasión. Dio otro sorbito al vino y siguió—: Antonia llegó de criaducha y acabó de doncella. Con la niña aprendió maneras y a leer y escribir.

—¿Antonia le dio los papeles al marqués? ¿Por qué? —preguntó la Madre.

—Había servido en casa de los Vélez, donde, además de fregar, le calentó el cuerpo al marqués chico. —La anciana tenía los ojos a punto de desbordarse en lágrimas.

—¿Cómo pudo Antonia hacerse con los papeles de Casta y cómo sabía cuáles tenía que coger? —preguntó la Madre, revolviéndose incómoda. Necesitaba estirar las piernas.

—Antonia fisgoneaba cuanto podía en el gabinete de la niña, que además no se cuidaba de esconder nada. El marqués chico de Vélez supo de los versos primero por el señor Buenaventura, que lo contó en el casino. Antonia se fue derecha a buscarlos y los pudo encontrar porque sabía leer. Se los dio al marqués a cambio, creo yo, de algunas perras y de algo más. El marqués se caía de guapo y galán, y sabía llevar a una criada por donde él quería. Yo soy la única que sabe que fue Antonia quien le buscó la ruina. A la niña no se lo he dicho, para qué darle más disgustos.

—¿Cómo fue que Casta cogió a Antonia para su servicio? —

preguntó la Madre, observando que Compasión, disgustada o no, comía con apetito una vez troceadas las rebanadas de pan y desmigado el trozo de queso.

—Fue un empeño de la entrometida de su suegra —dijo Compasión.

—¿Qué interés podía tener la suegra de Casta en Antonia? —preguntó la Madre.

—Interés…, no sé, me lo malicio —contestó el ama.

—¿Qué malicias? —A la Madre le costaba seguir las cavilaciones de una Compasión que reventaba de pena o de enojo.

—Me pienso que prefería saber a su hijo con las criadas de la casa que buscando consuelo fuera. Pronto comprendió el poco trato que de noche había entre los señores. Antonia era una buena moza y don Ramón tenía necesidades y si no le daban pan, tomaba tortas. Una cortijera, cuando se pone a servir y el señor reclama compañía en la cama, allá va ella. Por qué tenía el matrimonio poco pan, no lo sé —contestó el ama, que se detuvo con la mirada perdida en lo alto, como buscando el cielo—. No soy yo quién para preguntar, pero conozco que las que son como Casta siempre pierden y cuando yo esté en la gloria le pediré al Altísimo que haga hombres de mejor conformar que don Ramón.

Una cama fría que Casta no quería o no podía calentar, pensó la Madre. Seguía con atención el relato, pero confundida por las teologías del ama tanto como por el estribillo que esta estaba canturreando cuando ella entró en el dormitorio, que regresaba obsesivo a su cabeza.

—Pues no se entiende que siendo Casta de esa clase de mujeres se echara un amante —le dijo al ama.

—No lo entiende usted ni lo entiendo yo. Por más que vuelvo y revuelvo, no puedo encontrar en mis recuerdos ni un momento en que me entraran sospechas. ¡La niña un amante! Ni aun queriendo me lo creo —dijo Compasión.

—¿Y qué son esas letras que escribió Casta? —insistió la Madre, siguiendo la huella que dejaban las emociones en el rostro del ama: la pena, que ponía un temblor en sus labios; la duda, que le arrugaba las cejas; el enojo, que arrebataba sus mejillas.

—La niña siempre escribió, desde chica, y después, cuando se casó y nos fuimos a Almería —dijo Compasión.

—Eras criada antigua de su madre, pero te fuiste con ella —dijo la Madre.

—Cómo no iba a hacerlo, si hasta me lo pidió su señor padre —dijo el ama, recuperando el rosario. Lo sostuvo en el aire con la

izquierda y con la derecha comenzó a pasar las cuentas, aunque no rezaba—. El muy bribón la casó con don Ramón por la dote y por eso de la política. Además, yo no la podía abandonar, la había visto nacer. Ayudé a su madre en el parto.

—¿Cómo sabes tanto del matrimonio de Casta?

—A una criada vieja y que está para rezar la tienen por inofensiva. En los últimos años me pasaba las horas sentada en el huerto al sol, y eran muchos los que iban a hacer un rato de charla conmigo y me decían cuanto pasaba en la casa y en la villa. La niña ha pecado de simplona. Entre el marqués chico, la Antonia, el señor Buenaventura y alguno más me la enredaron —dijo Compasión.

—¿También sabes del señor Buenaventura? —preguntó la Madre.

—Cómo no voy a saber, si es un señor principal —respondió el ama con malicia.

—¿Qué hay de la noche del desembarco? ¿Estabas con la señora Casta?

—Seguro que doña Francisca se lo ha contado, y habrá sido a su manera, encizañando —replicó la anciana, más agria que antes, pero la Madre no quiso soplar las brasas del rencor y no replicó. Forzó una media sonrisa e insistió.

—¿Qué hay de la noche del desembarco? ¿Estabas con Casta?

—Vaya si lo estaba. Aterradas y sólitas. Me parece estar viendo las calles de Vera llenas de hombres armados y las dos en la casa sin saber qué era del señor, sino que estaba en la playa —dijo Compasión; sus manos, pequeñas, sujetaban el rosario, y sus dedos, regordetes, pasaban afanosos las cuentas—. Su segundo, el Paco, me contó que esa noche unos hombres llegaron de Vera y avisaron a don Ramón de que el marqués chico iba por las tabernas con sus amigos, todos borrachos y bravos, haciéndole burlas y poniéndole de lo que usted ya sabe —dijo, la voz adelgazándosele, el gesto pensativo.

—¿Y? —la apremió la Madre. Su cabeza llena de los recuerdos del ama, de la insidia del relato. Colocó las manos en el borde de la cama y amagó con levantarse, pero no se decidió.

—El Paco dijo que don Ramón se bajó del caballo y se fue a caminar por la orilla, y que su caballo entonces se desbocó. De vuelta le encargó que fuera con una cuadrilla a recogernos y que nos llevaran al cortijo del Esparragal, por el peligro que corríamos.

—¡Qué situación! —exclamó la Madre. Sentía el olor del mar, veía el caballo de don Ramón alzándose al cielo y el trazo de sus patas en la arena.

—No iba a quedar don Ramón de jamelgo viejo ni consentir que

todo Almería se riera de él. Mandó una cuadrilla a Vera para que sacaran al marqués chico y a sus amigos de las tabernas. Los señoritos salieron de naja y las dos cuadrillas se liaron a pelear, aunque no hubo muertos —dijo Compasión, que, suspirando, se humedeció los labios—. El amo mandó que nos llevaran al cortijo del Esparragal, a la niña y a mí.

—¿Qué más? —le preguntó la Madre.

—Cuando don Ramón se presentó en el Esparragal, era de ver cómo venía. Yo creo… —comenzó a decir Compasión arrastrando las palabras.

—¿Qué crees?

—Que a la niña la aojó su madre al nacer —dijo Compasión, hablando ya con un hilillo de voz.

—Eso son supersticiones —dijo la Madre, y como viera a Compasión afanosa con el rosario, buscó el suyo en el bolsillo del hábito. No es momento de rezar, pero me da confianza, pensó, palpando la madera de Tierra Santa.

—La gente de religión no cree en el mal de ojo. Pero yo sé lo que me digo, porque vi nacer a Casta. —Elevó el tono—. Otro día le explicaré cómo y dónde fue el parto, ahora solo hace falta que sepa que cuando la partera le entregó la niña Casta a su madre, la señora Pura, esta comenzó a maldecirla con unos gritos que le salían de las entrañas. Tan sentidos que la partera y yo nos amurriamos, quisimos calmarla, pero la señora siguió con el griterío y sin siquiera mirar a su hija se tiró a darle puñadas y a gritar que la aborrecía. Intentó cubrirla de tierra, en vano porque ya no tenía fuerzas, y la partera entonces recogió a la niña del suelo, la envolvió en las mantas y paños que traía y la acunó para hacerle llegar el calor que desprendía su cuerpo, y la piel amoratada de la niña se enrojeció. Renacía —dijo Compasión—. Doña Pura siempre la tuvo aborrecida, no quería ni mirarla. Y su señor padre, mil zalamerías que le hacía a su hija cuando quería enrabiar a la señora, que era muy celosa. El señor era un tunante que enredaba a las mujeres cuanto podía, y por eso me parece que fue que la niña se casó, creyendo que alejándose de sus padres se iba a sanar. Salió de la sartén para caer en el fuego. Don Ramón la achicharró —concluyó Compasión, que dejó caer el rosario en el regazo, inclinó la cabeza y cerró los ojos.

La Madre comprendió que Compasión, cansada, no iba a seguir hablando, y a ella misma le entró una fatiga que no era del cuerpo, aunque notara un temblor en las piernas. Sabía lo sucedido, lo importante, y su tarea era ya otra: cumplir con las autoridades y proteger a Casta en cuanto pudiera. En ese momento comprendió que

el estribillo que repetía Compasión era el conjuro contra el mal de ojo que las parteras recitaban en cuanto una criatura salía del vientre de su madre.

Dejó a Compasión dormitando y al llegar a la oficina, allá en sus adentros, algo le dijo que no era momento de trabajar sino de buscar consejo. Debía silenciarse a sí misma y dirigirse al Amigo, que estaba siempre dispuesto a escuchar.

Octava carta

Valencia, 4 de julio de 1854

Carolina:

Te escribo al día siguiente de la última que te mandé, ayer, 3 de julio. Necesito contarte lo que me ha sucedido hoy con tal apremio que al comenzar esta carta me tiemblan las manos. Repaso en mi cabeza lo necesario para hilvanar el relato. No más comience a escribir me tranquilizaré. No recibirás papeles emborronados, llenos de tachones.

Ha venido a la casa Francisca, la cuñada de Buenaventura, el poeta que me delató, y que tan bien conoces, y a cuenta de esta visita hemos tenido la Madre y yo una buena discusión.

No recuerdo cuánto te había contado de Francisca, que es marquesa consorte de Algaira. A Francisca la traté con ocasión de la escuela para niños pobres que puso en marcha, ahora recuerdo que cuando Ramón oía lo de «niños pobres» se le iban los demonios. Bastaría con decir «escuela de niños», repetía. Nunca me dirigí a ella como «doña Francisca», lo que hubiera ofendido a Ramón y porque en

los tiempos que corren no se hacen tantos distingos con la aristocracia, pero cuando he hablado de ella con la Madre decía «la señora Francisca». Pero bueno, qué importan estas naderías. Su condición de marquesa no afecta para nada al juicio que me ha merecido.

Cuando esta tarde supe de su visita, mi ánimo se tornó malicioso, retorcido y un punto morboso. ¿A qué ha venido?

Más tarde empecé a sospechar que Francisca había incitado a Ramón para que me encerrara. Si no fue así, ¿cómo supo él de esta casa? ¿Se aconchabaron los dos? También imaginé que la visita de Francisca estaba motivada porque Ramón había retado a duelo a Buenaventura al tomarle por mi amante, aunque pronto encontré esta sospecha desatinada. Los duelos no son del estilo de mi marido. No puedes imaginarte mi sorpresa al saber que se presentaba a hablar con la Madre y yo no he dejado de desear que esta señora hubiera tenido la decencia de quedarse en su casa. Ella me ha traído el recuerdo de Buenaventura, y con él han reverberado en mi cabeza imaginaciones inflamadas por el despiadado calor que se ha echado sobre la ciudad. «Las calores», llaman a la canícula de julio, que aquí es bochornosa y que sufro peor que las de Almería, que al menos son secas.

Desde el momento en que supe que Francisca estaba en la casa percibí la presencia de Buenaventura a mi alrededor, insistente como una mosca de verano, de esas gordas y de vuelo bajo. Me he notado exhalando un olor a desamparo, a abandono, un aroma opiáceo que atrae a quienes tienen, igual que las moscas, una naturaleza carroñera. Como si yo fuera los restos del animal que los lobos dejan abandonados en el campo una vez que se han atracado y entonces nubes de moscas hacen festín de los huesos y las pieles. Toda la vida me he visto asediada por los que viven de las sobras.

Cuántos han sido los que, como Buenaventura, han zumbado a mi alrededor, cuya voracidad no he podido reconocer cegada por la niebla que rodea mi entendimiento, que me impide distinguir la verdadera naturaleza de quienes me rodean.

Yo no pude reconocer quién era Francisca, a diferencia de mi madre que, como era una mala persona, la hubiera aborrecido enseguida. Hubiera dicho que Francisca era «una beatona falsa», una de esas condesas que visitaban las corralas de Málaga para adoctrinar a las manolas a quienes mi padre frecuentaba, las que, aseguraba mi madre, ningún deseo tenían de ponerse a rezar. Todo lo contrario, decía, querían que algún señor las retirara de la calle, que les pasaran dineros. Era tan dura con las manolas como con «las condesas benéficas», así las llamaba, y en esto mi suegra se le parecía. Repetía que de «las señoronas» los pobres nunca podían fiarse, y le insistía a Ramón para que nunca olvidara sus orígenes. Que no se esforzara en parecerse a los ricos. Mi suegra nunca reconoció que ella había llegado a serlo. Pero, bueno, me desvío del tema.

Te contaré la discusión que hemos tenido hoy la Madre y yo a cuenta de Francisca.

Al comenzar la tarde estábamos Compasión y yo en el dormitorio, ella rezando y yo escribiendo. Oímos que llegaba a la casa un carruaje y después el alboroto que se produce siempre en el taller con las visitas. Sentí el palabreo de las chicas conversando con la Madre y con otra persona, era una voz de mujer. No me esforcé nada en escuchar, estaba enfrascada en el relato que escribía. Después distinguí conversaciones en el dormitorio contiguo, voces, a las que tampoco hice caso porque estoy acostumbrada a las idas y venidas de los muchos que vienen de visita a la casa. La Madre recibe a medio mundo, hasta al obispo de Valencia,

que se pasó una tarde entera hablando con ella.

En estas, Iluminada (la chica que insistió en aprender a leer y escribir) se presentó en mi dormitorio muy apurada porque no había terminado los deberes para la clase que les doy. Me ofrecí a ayudarla haciendo su turno en la cocina hasta que los acabara, sin hacer caso a Compasión, que repetía: «Ten cuidado, niña, tendrías que pedirle permiso a la Madre».

Estaba en la cocina haciendo tiempo, cuando llegó Compasión. Se había enterado de que la visitante era la señora Francisca, que estaba hablando con la Madre en la oficina. Nos sofocamos las dos de tal manera que parecía que nos ahogábamos, y Compasión decía: «Otra vez los tenemos cerca», y yo sabía a quién se refería. La mandé de vuelta al dormitorio y me quedé esperando, completamente pasmada.

Al poco se presentó la Madre, molesta porque no habían llevado a la oficina la jarra de limonada que había pedido que les sirvieran. Al verme se llevó una sorpresa. No entendía qué hacía yo en la cocina. Le expliqué mis razones, el porqué de la ausencia de Iluminada, y después le aseguré que de ninguna manera iba yo a llevarle un refresco a Francisca, que no era su criada. La Madre me confrontó, yo lancé contra Francisca palabras gruesas, y de tan enojada como estaba me puse a llorar mirando la jarra de limonada, en cuya base se habían depositado pepitas y trocitos de limón, y por cuyos costados se deslizaban, cansinos, goterones de agua camino abajo, como mis lágrimas. Quería explicarme y no podía. Todo se me iba en chapurreos. Tenía frío y sudaba al tiempo.

Entonces la Madre me abrazó. Sentí su cuerpo junto al mío, cálido como una manta. A la vez noté que un viento fresco y seco, igual al que viene de la sierra, me refrescaba, llevándose el olor a desamparo que yo llevaba desprendiendo

toda la tarde.

No sé qué viento sería. Ninguna sierra rodea Valencia, pero sí sé que, sintiendo el cuerpo de la Madre junto al mío, el corazón me dijo que a ella yo no le huelo a carroña. Me tranquilicé. Ahora no me importa Francisca, me parece que la Madre no cambiará por su influencia la idea que tiene de mí. Cuando paré de llorar la Madre me dijo: «Ya hablaremos», y me mandó a ayudar a Iluminada.

El resto de la tarde pasó con otro aliento. Ayudé a la muchacha a terminar los deberes, preparamos el comedor, cenamos las dos y subí después al dormitorio, donde encontré a Compasión en la cama, pero no dormida. Me oyó entrar y me dijo: «La Madre ha subido a hablar conmigo. Mañana te lo cuento». Yo le contesté: «Bien, bien», y me puse a escribirte.

Después he estado redactando un borrador tras otro hasta que la carta que te envío ha quedado como yo quería, sin temor a gastar velas. Ramón paga cuanta cera precise para leer y escribir, es la única necesidad que me reconoce. Cuando me voy por fin a dormir después de tantas horas enfangada en esta pasión, casi le agradezco esta generosidad, sentimiento que me dura hasta que recuerdo que no surge de su aprecio, sino de su condescendencia.

Ahora, ya serena, te refiero lo sucedido en el día, un relato quizás embarullado. Segura estoy, en cambio, de mi caligrafía y de la regularidad con que trazo las letras. De esta afición mía nace un pliego pulcramente escrito, sin tachaduras, borrones o manchas que ensucien el papel. Impecable. Como una habitación aseada en la que da gusto entrar. Como una maceta sin hojas amarillas y flores mustias. Cada uno de los borradores lo comienzo preparando mentalmente las frases. Las memorizo, las repaso y cuando creo estar segura de que las palabras que

enlazo no desafinan, tomo la plumilla, la mojo en el tintero con cuidado para que no chorree la tinta y después ataco con decisión, segura de que las líneas quedarán rectas, porque debajo del papel he colocado una plantilla. Y al rascar la plumilla por falta de tinta me detengo. Soplo con cuidado el papel, aplico el secante y aspiro el olor a tinta con el deleite de quien pisa la tierra, y me parece que el aire se perfuma de tomillo. Hago tantos borradores como sean necesarios para quedarme satisfecha y entonces me digo: ¡literata!, reconociendo mi placer y anticipando el que va a sentir quien reciba mi carta. Escribir es como bordar, me dijo una vez Iluminada, mirando la flor que recién había acabado. Es mucho lo que ha entendido esta criatura, que sin saber escribir es también una literata.

Para acabar. Incluyo el álbum de flores que he hecho para ti con el deseo de que lo recibas para el 17 de este mes, el día de tu santo. Es un cuadernito de pocas hojas, cada una de las cuales contiene una flor o su dibujo. No pude anticipar cuán pocas encontraría en Valencia ni lo nada inspirada que iba a estar, y no he podido acompañar cada flor con una poesía de mi cosecha.

He recurrido a las canciones populares que escuchaba cantar a las criadas en casa de mis padres (a las que he tenido en Vera también las he sentido cantar, pero por el habla tan peculiar que tienen nunca entendí lo que decían).

Carolina, te estaría escribiendo toda la noche, pero no puedo más. ¡Un beso, amiga mía!

La directora de **El Pensil de las Damas**
anuncia
la publicación del capítulo octavo de:

Azucena

Adúltera

Al finalizar el capítulo anterior, os pedí que acudierais a la cita periódica que mantenemos a través de este folletín, dada la importancia de la pregunta que os había planteado. Viendo que en la conciencia de Azucena no pudieron inscribirse los santos deberes de la maternidad, nos preguntamos si una mala madre podía ser una esposa fiel. Azucena, que no amaba a su hija ni tampoco a su esposo, ¿era por este fallo moral, por su falta de sentimiento maternal, una mujer proclive al adulterio?

Unánime es la opinión que maldice a la madre que

rechaza a su criatura. Indagaremos en la conciencia de Azucena. Os suplico paciencia. Confiad en mí. Es necesario que leáis este capítulo y los sucesivos para encontrar la respuesta.

Ahora agradezco que acudáis fielmente a este encuentro. Os imagino sentadas a mi alrededor, entregadas a vuestras tareas, seguramente la costura, mientras desgrano las sucesivas pruebas a las que se enfrentó Azucena, y sé que juntas experimentaremos parejos sentimientos, nos enfrentaremos junto a ella a las tormentas del corazón. Vamos a comprobar si su virtud era aquilatada, si en su alma se habían grabado a fuego las verdades de la fe y la moral. Ahora es el momento de hablar del noveno mandamiento de la ley de Dios: «No desearás a la mujer de tu prójimo». Mandato formulado, claro está, de manera apropiada a nuestro caso, a saber, que una esposa no puede pensar en, ni desear a, ningún otro hombre que no sea su marido. Nos han dicho graves moralistas que no solo hay que llamar adúltero al que peca con el cuerpo. También lo es el que incurre en esta falta con el pensamiento, con el deseo. Comencemos a desvelar si esto le sucedió a Azucena.

Era un día de primavera, mediada la tarde, cuando Azucena, estando en su habitación leyendo y escribiendo, se sobresaltó al advertir que había olvidado hacer los honores a los caballeros que, su esposo le había avisado, irían a reunirse con él aquella tarde para tratar de negocios. Dada la hora, llevarían ellos tiempo en la casa, y Azucena se afligió, pues era su deber recibirlos, asegurarse de que les sirvieran bebidas, en fin, cumplimentarlos.

Azucena asumió con naturalidad sus obligaciones sociales, aunque tuvo que hacer grandes esfuerzos para encontrar mujeres que no estuvieran asilvestradas —en aquella zona las criadas eran cortijeras medio salvajes—, y

luego las adiestró, especialmente a la que iba a servir de doncella primera, que es, como sabéis, la que se encarga del servicio de mesa y de recibir y agasajar a las visitas. Con el relato que ahora comenzamos veremos que nuestra, protagonista tuvo un éxito más que notable, consiguió que esta doncella recibiera correctamente a las visitas dejando en un buen lugar a la señora de la casa. Seguiré entonces con la narración.

Aquella tarde, recordemos, Azucena se arregló para bajar a saludar a los invitados. Comprobó delante del espejo que estaba bien peinada y vestida de forma correcta, y aun graciosamente elegante. Se cambió la bata mañanera por un vestido de tarde que aromatizó con unas gotas de perfume y extendió sobre el rostro unos polvos de arroz con una borla esponjosa de fina seda, de manera que resaltara el tono de su piel. Por último, se aplicó sobre las mejillas una pizca de color. Satisfecha de su aspecto, abandonó su gabinete y se dirigió escaleras abajo hacia el despacho situado en la primera planta de la vivienda junto al salón comedor. Antes de entrar atisbo quién estaba en el despacho. Vio a dos caballeros reunidos con su esposo, sentados los tres en torno a una mesa baja, sobre la que había varios ceniceros llenos de puntas de cigarros puros, tazas de café, una botella de vidrio coloreada y tres copas de licor a medio llenar. El despacho desprendía una nube espesa de humo que inundó el pasillo impregnándolo de olor a tabaco, a café y a *brandy*, y entonces Azucena pudo comprobar que la doncella encargada de recibir a las visitas había cumplido.

Se decidió, pero la detuvieron las miradas que se habían posado sobre su persona. La más vehemente fue la de un caballero de facciones varoniles, de espléndidos ojos oscuros, que lucía espesos bucles de cabello negro y de cuyos labios, de un tono encendido, resaltaba el blanco de sus dientes.

Vestía este señor, con un gusto exquisito, un pantalón de satén gris que caía sobre sus zapatos de charol dejando ver unas ricas medias, y un chaleco de seda plateada, cerrado con botones de rubíes y puesto sobre una camisa bordada. Era este caballero, en otras palabras, un figurín. ¿Quién era?, os estaréis preguntando. El marquesita, el heredero de un título de un antiguo linaje, un aristócrata cuyos antepasados habían arrebatado por las armas al islam el dominio de media España.

Cuando Azucena, que ya le conocía, vio al marquesito, se quedó cegada por el brillo de su chaleco. Recaló en su memoria la imagen de otra pieza de igual factura, el chaleco deslumbrante que llevaba su padre. El chaleco brillaba con el fulgor de las velas de un candelabro del cristal tallado, con la luz de las fuentes de plata, las chispas que lanzan los ojos de un enamorado, el destello azul de un cabello oscuro, el brillo del pelo lustrado con pomadas, el tornasol del raso, el barniz de los muebles lujosos, el tono pálido de la porcelana. Ahora nos concentraremos en el efecto que la mirada del segundo de los caballeros tuvo en el ánimo de Azucena.

Este también miró a Azucena, pero de otra manera. Era un hombre de frente ancha, cabellos casi plateados y rizados en las sienes, ojos pardos y rasgados, y tez morena y algo dorada. Vestía con esmero, aunque con menos atildamiento que el caballero anterior, unos pantalones de raya impecable, chaleco y camisa de puños cerrados con gemelos. Portaba un reloj ovalado cuya cadena, prendida en una abertura alta del chaleco, caía hasta un pequeño bolsillo abierto junto a la cinturilla del pantalón; pieza que sacaba a cada momento para consultar la hora o quizás para oír el chasquido de la tapa al abrir y cerrarse. Observó él a nuestra heroína con una expresión que Azucena juzgó reveladora de una naturaleza sensible, como le pasaba siempre que se lo encontraba,

puesto que le conocía y había tratado con motivo de las aficiones literarias que compartían.

Queridas amigas, me es difícil explicar el carácter de este caballero. Se me antoja que su alma tenía dos caras y que las dos fueran verdaderas. Era tan codicioso como Navajas, aunque, a diferencia de este, a él se le podría aplicar aquel refrán que dice: «De casta le viene al galgo». De casta o por su apellido, porque no siendo de linaje noble pertenecía a una familia de grandes propietarios de tierras y en lo tocante al dinero tenía su alma la dureza del usurero. Su modo de ser cambiaba en cuanto se trataba de lecturas y literatura, sobre todo de poesía, género que adoraba de tal forma que al acercarse a ella se transformaba. Adquiría una personalidad opuesta a la primera, que podía ejemplificar el seudónimo con que publicaba sus poemas, el Trovador del Almanzora. Trovador, porque es un pseudónimo que está de moda usar entre los poetas, y Almanzora, por el río que atraviesa las tierras del sureste del levante. Otros muchos trovadores conocemos, como el Trovador del Turia o el Trovador del Guadiela.

Nos resta estudiar la mirada del tercero de los caballeros, Navajas, el esposo de Azucena. En comparación con los anteriores, parecía tosco y pobre, aunque fuera el más rico de los tres. Llevaba el cabello blanco y grueso peinado torpemente en raya, muy pegado a la cabeza. Sus enormes ojos azules miraban impasibles, no pestañeaba y mantenía sus gruesas manos quietas sobre las rodillas, como si estuviera a punto de atacar. La fijeza de su mirada y el gesto de sus manos y sus brazos amedrentaban a todos. Había nacido investido de un poder inexplicable dados sus orígenes, y nadie, sino el marquesita, era capaz de enfrentarse a él. Se retaban el uno al otro, de poder a poder, apoyado el primero en su autoridad innata y el segundo en la

de su linaje, su señorío y su casta. El aristócrata conminaba al sometimiento y a la reverencia en razón de sus antepasados. Navajas dominaba con la fuerza de un poder oscuro, resultado del rencor acumulado por generaciones de pobreza miserable. Pero con estas explicaciones nos hemos olvidado de Azucena. Volvamos a ella.

Permaneció inmóvil unos segundos, afectada por la audaz mirada del primer caballero, conmovida por la expresión del segundo y paralizada, como otras veces, por la expresión de su marido. Por más confusa que estuviera, fue capaz de percibir la hostilidad entre el marquesita y su esposo, manifestada en el ligero pero perceptible gesto de impaciencia en el rostro del primero y en el leve temblor de las manos de Navajas. Tan fuerte fue la impresión que le causaron a Azucena aquellas tres miradas clavadas en su persona que un vivo carmín le cubrió las mejillas. Deseó en aquel momento ir vestida de sayas oscuras, sobre la cabeza una pañoleta negra y llevar el rostro tapado hasta los ojos, a la manera de las aldeanas, que en aquellas tierras se cubrían como las moras. Como veis, Azucena tenía bien aprendidas las normas del decoro. Podía ser una mala madre, una desnaturalizada, pero sus principios eran irreprochables en lo tocante al pudor con que una mujer debe comportarse en sociedad, más aún si es esposa y madre. Se sintió tan avergonzada por aquel escrutinio que quiso salir huyendo y lo hubiera hecho de no ser porque la contuvo la voz del marquesito.

—¡Cómo! ¿Ya quiere privarnos de su amable compañía? —exclamó, acercándose a saludarla—. Beso su mano, señora —añadió, y con un gesto galante extendió el brazo para tomar la mano de Azucena, que sorprendida no pudo sino dejarse hacer.

—Buenas tardes —contestó ella, que al notar en otra

mano la suya y el leve roce de unos labios sobre el reverso, alzó la mirada que antes había bajado y oyó la fría voz de su esposo.

—Te espera tu hija —dijo.

—¡Qué madre tan joven! —exclamó el marquesito con una expresión de asombro.

—Pasa de los veinte años —alegó Navajas.

—Ahora mismo salía a ocuparme de Pía, como cada tarde —replicó Azucena, deseosa de acabar con aquella situación extrañamente embarazosa. Saludó después rápidamente al segundo invitado, el poeta, que le respondió con una inclinación de cabeza, y después se despidió añadiendo—: Me complace saberlos atendidos. Si me necesitan, sepan que en breve estaré en el huerto, en cuanto vuelva de atender a mi hija. La doncella, entretanto, se ocupará de servirlos.

Recorrió con paso rápido el pasillo y cuando llegó a la entrada avisó con un toque de campanilla al cochero, quien, tras recogerla, enfiló camino a un cortijo cercano que llamaban el Real, donde una nodriza criaba a la niña Pía. Con el trote apacible de las mulas, Azucena se adormiló, mecida por el bamboleo de la caja en los surcos del camino y arropada por el calor de la tarde. Atravesaron campos llenos de cardos, salpicados de retamas y adornados a intervalos por grupos de chumberas y de pitas, una extensión de tierra parda que se alargaba hasta el horizonte. Azucena abría de cuando en cuando los ojos, pero enseguida se le volvían a cerrar, hundida en un duermevela donde se le mezclaban las imágenes recientes con los recuerdos del pasado. Se vio en el despacho que acababa de dejar y a la vez esperando a la entrada de una iglesia, entre dos hombres, uno era su padre y el otro, Navajas. El primero vestía un chaleco de seda plateada y Navajas, mirando, le decía: ¡Vaya con el

«señorito»! En el sueño quería preguntarle a su padre por qué llevaba el mismo chaleco que el marquesito, pero no le salía la voz. Medio dormida, percibió el olor a incienso de la iglesia cuando de pronto salió de su adormecimiento, al parar bruscamente el carruaje. Habían llegado al Real.

Vosotras, bien lo sé, queréis conocer qué pasaba entre Azucena y su hija y cómo finalizó este encuentro. Como ya os he hablado de este extremo en el capítulo anterior no quiero entretenerme ni desviarme de los sucesos que principalmente os quiero narrar en el presente. No sabéis cuán difícil es para esta narradora contar la historia de Azucena. Los sucesos se mezclan, hay muchos cabos sueltos, porque un relato es como una madeja, que se enreda, se llena de nudos y es fácil que el hilo se rompa. Paciencia, amigas mías. Ahora vamos a contemplar qué le sucedió a Azucena de vuelta a su casa.

Cuando Azucena bajó del coche se empleó a fondo en quitarse el polvo de la ropa, del pelo y de la cara. Le había entrado tanta arenilla en los ojos que lagrimeaba como si estuviera llorando, le raspaba la garganta, y tuvo que refrescarse con agua de colonia la piel de los brazos que sentía abrasada. Una vez repuesta, decidió ir al huerto, recordando que era allí donde les había indicado a los señores que podrían encontrarla. Antes de adentrase en el mismo se paró a contemplar las macetas de flores que decoraban el zaguán y después bajó unos escalones de piedra que llevaban al huerto, un espacio hermoso, sin más árboles frutales que un par de naranjos silvestres y otros tantos limoneros, así como la inevitable chumbera. Disponía el recinto de un ancho pilón construido en una esquina del muro que lo cerraba, a lo largo del cual se había colocado una hilera de aspidistras y entre ellas lucían, intercaladas, enormes macetas de flores silvestres.

Azucena pasó allí un rato entretenida en limpiar las hojas de las aspidistras, aspirando el agrio perfume de los geranios, el aroma azucarado de los higos y el olor de la tierra. Se sentó en uno de los bancos cuyo respaldo se apoyaba en el muro de la casa y desde el cual podía verse a lo lejos el mar. Echó la cabeza hacia atrás y agradeció en su rostro la fresca brisa que levantaba el primer crepúsculo. Apoyó la nuca en el banco y las sombras, que comenzaban a extenderse por el huerto, la arroparon. Su respiración se aquietó y poco a poco comenzó su mente a divagar. Recordó la breve conversación que había mantenido en el despacho y la brusquedad con que Navajas la había interrumpido. No le extrañaba la poca galantería de su esposo, pero sí el saludo tan elegante con que el marquesita la había recibido. Como no era coqueta, llegó a pensar si no lo había provocado ella misma, si no se había arreglado demasiado, si no era enervante el perfume que llevaba.

¡Cuán difícil es el papel de la esposa que se arregla para hacerle los honores a su señor marido pudiendo con ello alentar, a su pesar, a que otros hombres la miren! Azucena, que se esmeraba en mantener ese difícil equilibrio, estaba desconcertada por la galantería del marquesito, y dada la índole de su carácter, dudaba de sí misma, se culpaba de faltas que no había cometido.

Y ahora recuerdo que no os he explicado cuál había sido la relación que hasta aquella tarde habían mantenido Azucena y el marquesito. Podéis deducir este extremo de cuanto he narrado en los anteriores capítulos. Un trato distante, el propio de la vida social. La natural reserva de Azucena, la intensa vida propia que tenía, su afición a la lectura y escritura, su amor a la decoración, las muchas horas que dedicaba al cuidado del huerto y de las plantas, sin mencionar las visitas a su hija y la atención general de la

casa, no hacían de ella una mujer propensa a aficiones mundanas. Como vivía ajena a los círculos aristocráticos, el marquesito, hasta el momento del que hablamos, no se había tomado ningún interés en ella. Después de esta interrupción, vuelvo al relato y espero que no se me haya quedado en el tintero algún asunto que me obligue, una vez más, a desviarme.

Recordó Azucena la amplia sonrisa del marquesito al saludar, que sin embargo contrastaba con el gesto tenso que mostraba, pues sonreía enseñando los dientes. La expresión del aristócrata la había amedrentado por mucho que él, con su ademán galante, pareciera respetuoso. El saludo, la sonrisa, la galantería, al tiempo que halagarla, actuaban en ella como el láudano, llevándola a un estado de entumecimiento donde no veía nada de lo que pasaba a su alrededor. Hacía mucho tiempo que no sentía en su cuerpo esta sensación, tan añeja, tan de su infancia y su juventud, una impresión que creía olvidada y había recuperado. Volvía a situaciones anteriores que se le representaban en imágenes borrosas, como acuarelas desleídas.

Al poco, Azucena abrió los ojos y vio que su esposo y los invitados habían salido de la casa y conversaban al comienzo de los escalones por los que se accedía al huerto. Desvió la vista para evitar un deslumbramiento como el que había experimentado al entrar en el despacho. Miró a lo lejos, buscó descanso en la línea azul del horizonte, en la franja de arena de la playa que alcanzaba a distinguir, y en las pitas y chumberas plantadas frente a la casa que indicaban el camino hacia la rambla. Aun sin ver a los señores, oyó retazos de la conversación que mantenían el poeta y su esposo. El primero, para su sorpresa, hablaba de desembolsos, escrituras, cánones, servidumbres, fianzas y depósitos, y no, como era habitual en él, de figuras poéticas.

Escuchó también, sin sorpresa alguna, que su esposo detallaba el precio de un transporte de materiales, el importe de los salarios de los jornaleros, el coste de la dinamita, y a los dos discutir el porcentaje de cada uno de los socios en los beneficios de una sociedad minera.

—¡De ninguna manera! —oyó decir a Navajas.

—Algo tenemos que ceder, lo acostumbrado —alegaba el poeta.

Con el runrún de la conversación y estupefacta al escuchar al poeta hablar como un comerciante, Azucena se distrajo de tal modo que no advirtió que alguien se había sentado junto a ella. Era el marquesita que, dejando a sus compañeros discutir, se había acercado hasta el banco. Cuando Azucena sintió su presencia, sin saber por qué comenzó a temblar. (Intuyo lo que mis lectoras están pensando: que Azucena temblaba de deseo. Creéis que el contacto con un hombre como él, la proximidad de su cuerpo, como antes, en el despacho, el roce de sus labios en la mano de ella, iban a debilitar los principios morales de la casada. Conociendo el carácter del marqués, este debía de ser su convencimiento).

—¡Qué tarde tan buena! —le dijo a Azucena a modo de saludo.

El marquesito temía que se le iban a acabar enseguida los temas de conversación con la señora, pero razonaba que si no se entretenía con ella tendría que volver con sus socios y enzarzarse a hablar sobre asuntos que le eran muy enojosos. No sabéis qué agarrada tan espantosa habían tenido los señores, que no se ponían de acuerdo en la forma de repartir los beneficios de los negocios que compartían. El marquesito reclamaba su derecho a ser socio mayoritario, alegando que la explotación de las minas había sido siempre privilegio de su título. Navajas se negaba, el otro no cedía y el tercero en

discusión hacía, sin ningún éxito, propuestas razonables. El aristócrata, harto de discutir y como viera a Azucena sentada en un banco, se propuso entablar conversación con ella. Se había fijado en que Azucena tenía una presencia correcta, no había engordado como le sucedía a la mayoría de las señoras en cuanto tenían el primer hijo, hablaba con soltura y se movía con gracia. Mis lectoras habrán adivinado que un demonio se le estaba metiendo dentro. Discurría que un poco de galanteo con Azucena sería una buena forma de fastidiar a Navajas.

Azucena respondió con un breve gesto al saludo y ahuecó a su alrededor la falda del vestido como si necesitara ocupar más espacio en el banco.

—Bonitas flores —dijo él, observando las macetas que adornaban el muro—. Tiene usted un buen jardinero.

—La jardinera soy yo —replicó ella—. Las aspidistras y los geranios los planté con el oficio que me dio cuidar de lasque había en el patio de la casa de mis padres. En este huerto al principio puse barrillas, que son tan fuertes y crecen por todas partes, pero luego me atreví con las aspidistras, aunque temía que no podrían adaptarse porque son de sombra. La planta que más me gusta es el jazmín; parece mentira, un arbusto tan robusto y cómo trepa y qué aroma dan las flores —explicó Azucena, que no había girado el rostro, hablaba mirando el horizonte estirarse en una línea azul y gris, y la franja de la playa que aquellas horas se coloreaba ya de rojo y malva.

—Sabe usted más de flores que nuestros jardineros —dijo él, que no conseguía averiguar qué miraba o qué pensaba Azucena.

Ella no supo si aquel comentario era elogioso o si debía sentirse ofendida por la comparación, y pensó, recelosa, si no estaría riéndose de ella. Volvió la vista para observarlo.

Había sentido que el aliento del caballero le rozaba la nuca y el oído, que se paseaba cálido por sus mejillas, y con aquel calor una niebla se alzó de la tierra culebreando hasta el banco y ascendió piernas arriba enfriándola toda. La tierra, a sus pies, exhalaba vapores malolientes, atufaba, volvía la podredumbre de otros tiempos, tan poderosa como siempre. El marquesito también la infectaba.

—Una de mis primas me ha dicho que es usted toda una poeta, además de muy buena maestra —dijo él—. Es una suerte encontrar a una mujer educada. No abundan.

Azucena escuchó los halagos asqueada por la pestilencia, pero también complacida, a qué negarlo, y la voz masculina sonaba vibrante, pedía una respuesta. Azucena, que no era una coqueta, no supo contestar al cumplido con una carcajada. Repitió:

—¿Es una suerte?

—Sí —respondió él—. Tiene usted una veta de artista. Siempre había percibido en su persona esta cualidad y esta tarde he comprobado que no me engañaba. Cuánta belleza es la que usted ha creado a su alrededor: la decoración de su vivienda, el huerto, las plantas… —Recurría al halago con palabras tan frecuentes como vulgares, pero que confundieron a Azucena, que tuvo que preguntarse cuál era la naturaleza de aquel interés. Su confusión arreció cuando el caballero afirmó—: Desde esta tarde la he visto a usted de manera especial.

—Agradezco la deferencia que me manifiesta —observó Azucena, recurriendo a una mera fórmula cortés.

Sobre el muro que bordeaba el huerto un pajarillo lanzó sus trinos y en las ramas del naranjo otro le respondió, pero no todas las aves que ocupaban el huerto sonaron al unísono armoniosas a partir del momento en que desde la tierra se alzó el trompeteo del camachuelo, cuyo reclamo desbarató

aquel concierto de voces. Al oírlo, Azucena apreció que aquel trompeteo no sonaba amoroso, aunque no comprendía qué le había hecho fijarse en semejante llamada, disonante, estridente. Entonces vio que se acercaba la doncella, que traía en una bandeja una jarra y unos vasos.

—¿Se les ofrece un refresco? —preguntó.

Azucena no contestó, disgustada por la iniciativa de la doncella, segura como estaba de no haber dejado dicho que llevara a los invitados bebida alguna. No lo había ordenado ni antes de salir a visitar a su hija ni de vuelta del Real. La muchacha venía tan compuesta y arreglada como si fuera a un baile, y Azucena, que lo percibió, recordó que al marquesito se le reputaba de faldero, de aficionado a las mujeres de cualesquiera que fuera la clase.

—¿Se le ofrece un refresco? —repitió la doncella, dirigiéndose únicamente a él.

Azucena, molesta por aquel desplante, se dirigió al aristócrata, decidida a animarle para que aceptara la bebida, y su mirada se encontró con la del noble caballero observando que este había entrecerrado los párpados y que sus ojos brillaban con luz verdosa. Es como un gato que arqueara el lomo a la luz de la luna, pensó, preguntándose, alarmada, qué estaba pasando. Él recogió el vaso de limonada que le ofrecían y se lo bebió a tragos lentos, y cuando apuró la bebida y devolvió el vaso a la doncella esta caminó de vuelta a la casa contoneando las caderas, o así le pareció a Azucena.

Rechinaron entonces los guijarros del suelo anunciando que alguien se acercaba al banco. Era Navajas, que a mitad de trayecto se cruzó con la doncella y en un insólito gesto de deferencia se paró para dejarla pasar. Cuando llegó al banco donde estaban Azucena y el marquesito, se plantó delante.

—¿Ya habéis acabado de negociar? —preguntó el

marquesito, que continuó sentado balanceando la pierna que tenía cruzada, estiró después las puntas de su chaleco e igualó las rayas del pantalón.

Navajas no contestó, y mirando solo a su mujer, preguntó:

—¿Cómo está la niña?

—De esa manera. Ya te explicaré —respondió Azucena, comprendiendo el sentido de la pregunta y por qué su marido se dirigía solo a ella. Navajas la tomó del brazo obligándola a levantarse del banco y el matrimonio echó a caminar sin prestar atención al marquesito, que sin embargo les siguió.

—Bonitas flores las del huerto, la señora de esta casa es una gran jardinera —repetía, pero ni Navajas ni Azucena le agradecieron el cumplido.

Llegados a la entrada de la vivienda y hechas las despedidas, los invitados se dirigieron al carruaje que les esperaba en el camino de arena, al que subieron y que en breve enfiló rumbo a la villa al paso cachazudo de las mulas. Navajas y Azucena miraron cómo se alejaba el coche y, cuando desapareció de su vista, Azucena, al percatarse de que el aire venía cargado de un polvillo fino y amarillo, observó:

—Está saliendo el jaloque.

—¿Qué has estado hablando con el marquesito? —preguntó Navajas, ignorando el comentario de Azucena—. Parecíais entretenidos.

—Hemos hablado de plantas, de flores. Le gustó cómo he arreglado el huerto —contestó Azucena, dudando si continuar, temiendo la mirada de su marido. Navajas miraba con calma, sí, pero en el fondo de sus ojos brillaban sus pupilas azules rasgadas en pedazos, como un mar de cristales afilados.

—Recuerda que es un «señorito» —dijo—. Con él hay que tener cuidado siempre y más ahora que estamos negociando.

Ante el silencio de Azucena, Navajas dio media vuelta y caminó hacia la casa, y ella le siguió callada. Antes de entrar se detuvo a contemplar las macetas de flores que adornaban el zaguán.

—¡Qué hermosas están! —dijo—. Será por cuanto las cuido. Para que las plantas luzcan hay que entretenerse en su compañía. Son como las personas, necesitan reconocimiento. —Iba a continuar, pero su marido la interrumpió:

—¡Sí, sí, están muy bien! —dijo bostezando—. ¡Lástima que los gatos siempre las aplasten!

Entraron en la casa y Navajas entonces se dirigió a su despacho, no sin antes pedir que le llevaran allí la cena. Tenía que revisar unos documentos, dijo, y se quedaría trabajando. Desde la noche de bodas, Navajas, hombre muy experimentado, y Azucena, mujer sensible, compartían ocasionalmente el dormitorio sin que esta costumbre alterara el ánimo de ninguno de los dos. El primero buscó acomodo con las criadas; en el momento del que hablamos, con la doncella, de nombre Antonia, según acostumbran a hacer los señores y los señoritos de todas las clases sociales. Navajas estaba aficionado a esta muchacha, que llevaba en el servicio de la casa pocos años, recia de cuerpo, corta de seso y palabras, que había servido anteriormente en casas importantes, en las que había perdido, aparte de su virtud, sus peores maneras y, principalmente, el olor a estiércol de cabra que llevaba pegado al cuerpo.

Azucena, por su parte, se retiró a su gabinete y aquella noche le costó conciliar el sueño. No bien entornaba los párpados cuando veía la expresión del aristócrata, de

significado tan impreciso, y recordaba la conversación que habían mantenido, que no le había dejado indiferente. Halagada y afligida al mismo tiempo, embargada por una mezcla de sonrojo y enfado al recordar los ojos de Navajas, el sentido de su mirada.

El aristócrata le había hecho saber que conocía sus intereses y aficiones, pero con una soltura tal que rayaba en la impertinencia y en la que, Azucena barruntaba, había un fondo de provocación. Le contrariaba sospechar que pudiera comprometerse al hablar de su persona. Pensaba, temerosa, si no tendría que protegerse más, si no debía evitar las miradas curiosas. Una y otra vez, también, se le aparecía la imagen de la doncella, sus caderas oscilantes, su gesto desdeñoso, hasta respondona le pareció que actuaba. Sospechó si no le habría dado demasiada confianza: la doncella sabía de los cuadernos de poesía que guardaba en su gabinete, de sus libros y revistas, de las cartas que escribía. Se recriminaba haber olvidado que aquella, como buena cortijera, no dejaría de pregonar en la villa cuanto veía en la casa. En provincias no existe nada remotamente parecido a la vida privada. Los menores movimientos de las personas son enseguida conocidos, comentados y, con seguridad, motivo de una murmuración despiadada. Azucena, nacida en una pequeña capital de provincia y casada con un cacique local, no debía ignorar el poder de la murmuración y malo sería si lo hiciera.

Quizás alguna de vosotras haya pasado por esta situación, la de encontrarse inmersa en un torrente de sensaciones, atormentada. Un severo moralista aseguraría que Azucena en ese mismo momento había pecado, por más que su cuerpo permaneciera intacto, por el solo interés o curiosidad que el marquesito le había despertado. Confieso que esta narradora se encuentra en un dilema. Tengo que

dilucidar si Azucena había devenido o no en mujer «adúltera de pensamiento». He consultado los libros de mi amiga pensadora, aquella de quien otras veces os he hablado. Respecto al nacimiento de la niña Pía, gracias a ella entendí el porqué y el cómo se apartó Azucena de su hija. Pero en el tema que ahora nos ocupa reconozco que no me da respuestas, no contempla situaciones como las que Azucena vivió. Admite mi amiga que pueda una mujer casada caer en una relación adúltera, pero afirma que este desliz es un acto voluntario. Casos se dan, asevera, en que por un episodio romántico una esposa traiciona el deber de fidelidad que impone el sacramento del matrimonio. Pero este no fue el caso de Azucena, a la que tanto mi amiga, como la moral religiosa y el pensamiento social considerarían ya «adúltera». Dejo entonces que mis lectoras decidan y prosigo mi relato.

Azucena durmió mal aquella noche y se despertó con el alba, enrolladas sus piernas en un lío de sábanas y abrazada como una niña a la almohada. Se incorporó, se sentó en el borde del diván sintiendo en las piernas y los brazos la floja laxitud del primer despertar. Se levantó, se acercó al balcón y al alzar la cortina de esparto vio a lo lejos un enorme sol que emergía envuelto en una nube de polvo. Se apartó del balcón y se acercó a su escritorio. Allí continuaban, en el mismo sitio donde los había dejado, los papeles y libros con los que se había entretenido la noche anterior. Los pliegos colocados al desgaire, la última carta que había redactado, el bosquejo del poema que estaba escribiendo, una colección de poesías, su dietario. Nada se había movido. Buscó en los cajones una edición de la Biblia que había heredado y la abrió por el Libro de Ezequiel, 28, 12-19. En aquella página estaba inserta la representación del ángel caído, una copia de una acuarela de William Blake que el artista había titulado *Satan in his Original Glory*.

Era una imagen perturbadora. Emanaba de ella un hálito de corrupción profunda y engañosa, como si el artista pretendiera retratar lo insidioso del mal, cuán difícil resulta desentrañarlo. ¿De dónde venía esa perversión tan honda?, se preguntó Azucena. ¿A quién representaba aquella imagen que había llegado a su mente arrastrada por el recuerdo del chaleco esplendoroso que su padre y el marquesito llevaban?

A Satán del Libro de Ezequiel, decidió, si bien el Satán que allí veía no cuadraba con la representación más frecuente del mismo, la imagen tenebrosa y bestial del Maligno. Ni era un dragón ni una figura monstruosa, un macho cabrío o la serpiente. Todo lo contrario, se ofrecía como el Cristo triunfante de la resurrección. Su cara en forma de luna adoptaba un gesto seguro y satisfecho, pero algo putrefacto desprendían las legiones de pequeños ángeles que rodeaban aquella representación. No se ofrecían en actitud de adoración, elevándose hacia lo alto. Se arrastraban en cambio hacia lo profundo, horadaban el suelo como gusanos que agujerearan la tierra en que el ángel, triunfante o no, se apoyaba.

Azucena se quedó mirando el grabado. Apreció su extremosidad inquietante y notó un picor en la garganta. Al abrirse, la Biblia había esparcido en el aire el veneno del pasado. Allí estaba cuanto le pesaba. Los recuerdos revivían liberados de su encierro. Zumbaban a su alrededor como un enjambre de pequeñas bestias. Se reconoció acribillada por un rencor tormentoso, el de saberse débil, rendida a la seducción, al poder de Satán, a su dominio sobre ella. Pasó un tiempo en su gabinete reflexionando sobre el mal que llevaba dentro y que heredaría su hija al crecer alejada de su madre. Supo que Pía tendría su misma vida si no hacía algo y que para evitarle ese futuro tenía que vencer el asco que les había separado, limpiarse de su propia porquería, con lejías,

con santería, como fuera.

Y para cerrar este capítulo, me queda hablar de lo que hicieron Navajas y el marquesito al separarse aquella tarde. El primero, habíamos dicho, pidió que le sirvieran la cena en el despacho. Y así se hizo. Antes de subir a su gabinete, Azucena ordenó a la doncella que le preparara al señor una bandeja con la comida sobrante del almuerzo, conocedora de los gustos austeros y aún rústicos de su marido. A las sobras, la doncella, sin pedir permiso, añadió una botella de vino porque tenía bien aprendida una lección: «El señor es lo primero». Se encaminó rumbo al despacho con la cena y muy buen ánimo, contenta de cómo había servido a las visitas y de la forma en que el aristócrata la había mirado. Ante la puerta pidió permiso golpeando dos veces con los nudillos, tal y como la señora ordenaba. Cuando escuchó el «¡pasa!», abrió como pudo. Navajas, que no levantó la vista de los papeles, la recibió con un gesto de la mano indicando donde dejar la bandeja y cuando ella se le acercó, le puso la palma de la mano derecha en el culo y soltó un gruñido a modo de saludo. Al contacto con las sólidas carnes de la muchacha, a Navajas le asaltó una certeza: Azucena sería siempre una cursi, aquello de las flores que el marqués tanto encomiaba no era sino una tontería. Se le indigestaba.

En cuanto al marquesito, el camino de vuelta se lo pasó silbando, algo recuperado del mal humor que le había producido la disputa con sus socios. No se le borraban del pensamiento las caderas de la doncella. La proximidad de su cuerpo al ofrecerle un refresco había despertado memorias de otros tiempos, recuerdos de escenas alegres, las sensaciones de un cuerpo satisfecho. Su vida sería muy triste, pensaba, si tuviera que privarse de estos placeres y él risible si no los recuperara. La doncella les servía la mesa a los señores y oía lo que hablaba el matrimonio durante las comidas, se

repetía, conoce al dedillo la vivienda. La imaginaba en las habitaciones de Azucena mirando cuánto allí había, abrir los cajones de la cómoda, olfatear los jabones, curiosear entre los libros, mirar los pliegos donde la señora tenía escritas esas poesías de las que tanto se hablaba en la villa. ¿Acaso no necesitan las mujeres recibir obsequios de sus amantes?, se preguntaba y recordó la expresión de la doncella aquella vez que le regaló unos zarcillos de plata. Se hacía estas preguntas que él mismo se contestaba y las palabras le sonaban por dentro como una canción alegre, las imágenes brillaban en su mente. ¡Temblando estaría Azucena si hubiera sabido lo que pensaba! Pero como era una ignorante en materia de galanteos y no conocía el verdadero carácter del caballero, Azucena no podía imaginar cuáles serían las consecuencias de la conversación que había mantenido con él. Solo había escuchado unas palabras que creía sinceras.

Queridas amigas, si al concluir anteriores capítulos os pedí que siguierais leyendo, ahora insisto. Quiero que acudáis a conocer qué le sucedió a Azucena a continuación.

¡Adiós, amigas, os espero!

PARTE NOVENA

Conversación en la capilla

Arrodillada en el primer banco frente a la custodia, la Madre daba cuenta al Amigo de lo sucedido durante el día. En el ambiente nocturno del recinto, y a la sola luz de la lamparilla, se adentró como cada noche en la profundidad de su alma, donde Él estaba, para, conversando, entender «el porqué de las cosas». Ya no resonaban en la capilla las voces de las chicas charlando en el dormitorio ni el golpeo acompasado del calzado de sor María cuando recorría la casa llamando al descanso, y hasta el reloj del corredor parecía dormido o mudo. La capilla estaba sumida en una paz silenciosa cuando sucesivos ruidos distrajeron a la Madre: la cortina de terciopelo que cubría la entrada arrastrándose por el suelo, el sonido de unas manos palpando un banco. No quiso la Madre girarse a mirar, intuyendo quién había entrado, y al poco oyó unos pasos que se acercaban por el pasillo. Después, el chasquido de unas rodillas que se hincaban en genuflexión y, al cabo, el rebullir de un cuerpo que se sentaba junto a ella.

—Soy Casta —dijo una voz—. Soy yo otra vez.

—Me lo parecía —dijo la Madre, que se despidió del Amigo pidiéndole que guiara aquella conversación, y antes de sentarse se santiguó.

—No es verdad lo que le han dicho —dijo Casta, la cabeza caída sobre el pecho, la mirada fija en el suelo.

—¿Qué crees que me han dicho? —preguntó la Madre, sintiendo la fuerza con que la espalda de Casta tensaba el respaldo del banco.

—Han dicho de mí obscenidades. Usted lo sabe por otros que se lo han contado.

—¿No escribiste esos versos a tu amante? —La Madre buscó el rosario en el bolsillo del hábito y comenzó a pasar cuentas para armarse de paciencia o de coraje.

—Siempre he escrito, tanto como he leído. Está en mi naturaleza. Así me conoció Ramón.

—¿Así te conoció? —preguntó, retórica, la Madre, intentando engrescar a Casta, que le explicara aquello de sus poesías ya que, en verdad, había esquivado contestar.

—La primera vez que nos encontramos estaba yo leyéndole un libro a mi hermana. A Ramón nunca le interesó lo que yo escribía y, por mi parte, tampoco quise que leyera mis composiciones. Sabía lo que pensaba, que «la poesía y las novelitas eran cosa de señoritas cursis, blandenguerías de desoficiadas» —dijo Casta con un temblor en el cuerpo—. Hace frío en la capilla, un frío pegajoso, será por la humedad —añadió, y parecía excusarse.

—Hay poesías que son todo menos cursis —observó la Madre, recordando cuanto había leído en el dormitorio de Casta.

—Volviendo a Ramón, no sé qué pasó, no me escuchó. Me mandó sin más a este sitio…

—A este sitio horrible, ibas a decir —precisó la Madre picada, pero resignada también al desprecio con que la gente enjuiciaba a las chicas, a la congregación, a la casa.

—Perdóneme, Madre, pero estar en esta casa, que no sé si es de arrepentidas o desamparadas… Y las chicas… No soy caritativa como usted lo es, no puedo. Usted es persona de religión y yo…, yo no sé, pero no me llega ese espíritu del que usted habla.

—No sabes de qué pobreza vienen. Para ellas la casa no es horrible. —Evitó señalarle a Casta que no estaba con arrepentidas, sino con desamparadas porque sentía su dolor. Parece que sangra, se dijo, está achicharrada.

—Las chicas son muy pobres, sí —reconoció Casta—. Pero este no es el tema, sino si soy o no una perdida. Si acaso, alguna vez me he sentido halagada, cuando se han reconocido mis cualidades, mis versos, la forma en que procuro rodearme de cosas bellas, cuánto me gusta que mi casa resplandezca… ¿Esto es tan grave?

Casta, que había dirigido a la custodia su alegato, dejó caer las manos exangües sobre el regazo, y la Madre no pudo sino admirarse del candor con que hablaba de sí misma, de su desamparo, y esperó

por ello unos instantes para continuar indagando, agradeciendo la oscuridad silenciosa de la capilla que inducía a la confidencia.

—Así que te halagaron —dijo la Madre—. ¿Buenaventura?

—No solo él —admitió Casta.

—¿En presencia de tu marido? —preguntó la Madre.

—Sí. Fueron Buenaventura y un socio de Ramón que fue a casa para hablar de negocios y me *cortejó* descaradamente. No pasó nada —añadió—. ¿Qué iba a pasar? Galanterías. Ramón ni conoce ni entiende este lenguaje, menos incluso que yo.

—Por eso tu esposo se cree lo del amante. ¿Solo eso? —insistió —. Pues menuda se formó en Vera. El escándalo del año. — Sospechaba si no sería que en el fondo Casta no admitía ciertas cosas, eso que las esposas desarregladas se empeñaban en no reconocer: que había pasado años recluida en una casa, podía ser hasta lujosa, muerta de aburrimiento y con un marido indiferente o grosero, después se enzarzó con un amante y vino lo que vino.

—Nada más —contestó Casta, rotunda—. ¿Lo entiende?

—¿Cómo quieres que yo entienda de halagos, de amores? Él es mi único amor —dijo la Madre.

Casta se detuvo un momento respetando la confidencia, para después preguntar:

—¿Y antes? ¿Estuvo prometida?

—Hablar de mi pasado no viene al caso —objetó la Madre, que, un sí es no es enojada, volvió al pasar de las cuentas del rosario que había interrumpido en el tercer misterio—. Las religiosas no hablamos de sentimientos, es innecesario y muy imprudente. Una mujer no debe exponerse, y menos por escrito. Pero no hablamos de mí. Casta, esos versos, los versos que yo leí en tu habitación, rayaban en lo impúdico —añadió.

—Así que reconoce que me ha espiado.

—Era necesario.

—Yo no hablé en mis versos del amor, sino del desamor —dijo Casta con voz todavía más opaca, sombría.

—Vaya, como un amante te deja despechada —dijo la Madre—. Esos poemas desengañados, tristones, que creo que son cosa corriente.

—Lo que ahora dice suena muy vulgar y usted no lo es —replicó Casta, mirando otra vez al suelo.

La Madre recibió el exabrupto, temió que Casta se alejara y se contuvo.

—Explícame entonces, porque no te entiendo —le pidió.

—Busco palabras que describan la nostalgia que siento de un bien

que no me ha llegado, que ni siquiera conozco, por cuya ausencia vivo desolada. Solo en un poema encontré imágenes que expresaran lo que yo siento.

—En «El amor de los amores» —dijo la Madre—. ¡Qué complicadas sois las poetas! A mí me sonaron a impudicia —exclamó, para enseguida frenar su condena. No tenía derecho. Casta era tan digna de compasión como las chicas, admitió, sabedora de dónde provenía su propio asco.

—¿Impúdicos? —preguntó Casta exasperada por la insistencia de la Madre, que parecía no ceder—. Entonces, ¿también cree usted a Ramón y a los que dicen, dicen, dicen, pero no pueden asegurar quién es mi amante? —preguntó.

—Lo dudaba, sí, y ahora… Casta, no entiendo de poesía.

Casta pensó entonces que la Madre no creía en ella, y se le aceleró el corazón recordando los halagos, cómo llegó a sentirse reconfortada por la calidez de aquel lenguaje insólito y la confusión que sintió después. ¿Qué le había pasado? ¿Había caído en galanteos? Sintió que se ahogaba con tal angustia que necesitó alivio, salir al aire libre. Se levantó, caminó pasillo afuera y luego, a toda prisa, dejó la capilla. Salió al jardín, iluminado por la luna blanca, a cuyo extremo brillaba el farolillo de la portería. Siguiendo el sendero de guijarros, llegó hasta la fuente y allí se paró. Oyó entonces el vuelo pesado de un ave nocturna y se acercó a uno de los limoneros. Posados en una de sus ramas vio unos ojos redondos que la observaban, que por su fijeza le recordaron los de Iluminada. Creyó ver allí a la muchacha, que la seguía como una perrilla, cuya mirada tanto pedía amor como lo daba. Se le fue hacia ella el alma y le brotó una dulzura desconocida por ver que alguien la necesitaba; se le derramó por los brazos un ansia de acoger que le hacía bien. Al poco, los ojos del ave desaparecieron, Casta levantó la vista a lo alto y le pareció que la luna le sonreía. Se supo protegida por ella, tanto como atrapada por Iluminada, por sus ansias de «aprender letras», y también por la Madre, que sobre todo quería entenderla. Comprendió que estaba en lugar seguro. Se dio media vuelta y regresó a la capilla. Supo que no quería escapar de la casa.

Entretanto, la Madre había permanecido en oración confiada en el regreso de Casta. Acompañada por el crujido de los muros y el chasquido intermitente de la lamparilla, repasaba la conversación que habían mantenido, asombrada de su propia angustia. Preguntaba al Amigo por qué era tan importante para ella aquella mal casada, qué parte de su alma había entrado en confusión, cómo era que a la vez quería que Casta se fuera y que se quedara. Entonces volvió a

levantarse la cortina de la entrada, se oyeron pasos y apareció Casta, que una vez sentada junto la Madre dijo:

—Usted quiere a las arrepentidas, ¿verdad?

—¡Casta, llamarles arrepentidas! ¡A estas alturas! Será a las acogidas. Mi compasión es para ellas y para cualquier mujer que esté desamparada, también para ti. Claro que os quiero, con amor evangélico, por Él, que nos conmina a ser compasivos —contestó la Madre, mirando emocionada la custodia, la pregunta de Casta clavada en su corazón—. Ahora está de moda decir que la madre es muy importante —añadió—. Que tiene que hacerse cargo del niño desde que nace. Nada de nodrizas. Tiene que limpiarlo, amamantarlo. En estos cuidados consiste el amor de madre, y sin ellos el hijo se pierde, esto repiten, como si madre fuera únicamente la que tiene al hijo de parto. No conozco ese amor de madre, porque de la mía no recibí nada. Ni me amamantó ni me tuvo en los brazos. Me crie con nodrizas y luego fui a un internado, como mis primas. Vino una guerra que la enfermó, tuve que hacerme cargo de la casa condal y además cuidarla a ella, que ya no quería vivir. No me la imagino llamándome «dulce amor mío».

—Solo le falta añadir que eso del amor maternal es una bobada sentimental —dijo Casta—. Lo mismo diría Ramón.

—Ni se te ocurra compararme con tu esposo —alegó la Madre.

—No puedo volver con Ramón —afirmó Casta de súbito.

—No digas simplezas. Estás casada —replicó la Madre, pensando en la denuncia de adulterio que Bosco había interpuesto.

—Volvería, pero de otra manera. No como antes —dijo Casta—. Si accediera, que no lo creo, a que viviéramos separados, yo con la niña y él en otra casa. Si no es así, prefiero quedarme aquí para enseñar a las chicas. Ellas no me tienen por cursi ni por indecente. No me gusta la casa, se lo he dicho, pero en ella estoy mejor que con mi marido.

—Según la ley solo podrías quedarte si te condenaran por adúltera, pero no hay caso. Tu esposo no tiene contra ti nada sino unos versos —dijo la Madre.

—Pero tiene poder —alegó Casta—. Si es como usted dice, me declararé culpable y que me condenen.

—¿Y tu hija? —preguntó la Madre—. No volverías a verla.

—Sabrá de mí —respondió Casta, misteriosa.

La Madre la sintió levantarse y caminar, pasillo adelante, hasta la entrada, y le pareció que Casta pisaba más ligera, menos pesarosa que cuando primero había entrado en la capilla.

La mañana del día siguiente entraba somnolienta en la oficina, iluminándola con una claridad encharcada por la bruma que escurrían las nubes. Gruesos cúmulos se apostaban sobre el cristal amenazando con inundar la estancia de un vapor algodonoso, con ablandar la cal enjalbegada de las paredes. El vaho de la noche, que no quería levantarse, difuminaba los contornos de los muebles y el pensamiento de sus ocupantes.

Especialmente el de la Madre, que estaba adormilada por lo poco que había dormido la noche anterior. Muchas habían sido las horas de oración que necesitó para entender las razones de Casta, a quien, reconoció, no podía dejar de creer, tal era la aflicción que había mostrado por la suerte de su hija. Inmersa en el tráfago de sus reflexiones, a la Madre le sobresaltó la pregunta de Manuel.

—Micaela, ¿las chicas aprenden? —preguntó.

La ligera irritación que la Madre notó en la voz de Manuel le advirtió que ni Casta ni ella misma habían cumplimentado debidamente al amanuense por el material que había regalado para las clases. Tenían que haberle dicho que era una suerte contar con aquella escribanía, muy generosa la cantidad de cartillas, cuánto apreciaban su regalo. Estos eran los cumplidos, sabía la Madre, que Manuel esperaba de personas educadas. Percibió la protesta y se prometió corregir el descuido, aliviada también de que con ella se hubiera roto la atmósfera adormecida de la oficina.

—Las clases van más que bien, las chicas no se las pierden —contestó la Madre—. Sor María asegura que están como en oración, de lo calladas que las tiene Casta, cada una dedicada a su tarea. Quieren venir a verte, están contentísimas —dijo, y no quiso añadir que, como sor María, ella también sospechaba que alguna solo iba a clase para zafarse de una hora de trabajo en la casa.

—No hace falta que vengan —dijo Manuel, que cogió un pliego y con gesto distraído lo mantuvo un instante entre los dedos, como si el papel escondiera un texto oculto, palabras escritas en tinta invisible que relataran memorias de un tiempo antiguo.

—Recordamos a Serafina, ¿verdad? —le preguntó la Madre a Manuel.

—Cómo no vamos a recordarla —contestó Manuel.

—Serafina… —comenzó la Madre, pero no quiso ahondar en la zozobra. Dejó la frase en suspenso y cambió de tema.

Hablaron de la humedad, del verdín que volvería a aparecer en las

paredes, de lo desagradable, afirmó Manuel, que podía llegar a ser el clima en Valencia, donde el agua de las nubes bajas, aseguró, debilitaba los organismos e incrementaba las dolencias pulmonares. La Madre, por su parte, resaltó que la casa de Valencia era el edificio más insalubre de la congregación, que en la ciudad cada sí y cada no se levantaba la dichosa humedad y se empapaban hasta las hojas de los libros. Continuaron después los dos conversando, amortiguadas las voces, como si hablaran debajo del agua. Rodaron por surcos amables y trillados hasta que llegó la hermana portera y anunció:

—Ha llegado un caballero, Salamanca dice llamarse, y asegura que usted ya sabe quién es. Viene solo, muy empolvado, como de haber cabalgado muchas leguas.

—Pásalo a la sala de visitas —dijo la Madre, con rostro resplandeciente.

Se entregó a recoger los papeles, decidida a recibir a quien de forma tan imprevista se había presentado. Cuál sería el problema, por qué Salamanca vendría solo y tan de repente, se preguntó, presintiendo que sería por aquellos alborotos que se habían levantado en Madrid de los que Francisca le había hablado.

Adelantándose al encuentro, la Madre retomó los gestos aprendidos en sus años de gran dama. Comprobó que el velo de gasa se posaba con gracia sobre los hombros. Colocó los pliegues del hábito a su alrededor, observando si los bajos caían sobre el piso a la distancia adecuada. Que ser religiosa, consideró, no era excusa para presentar un aspecto descuidado, y cuando emergió del océano de sus arreglos se dirigió a Manuel.

—Estaré un buen rato con Salamanca. En cuanto puedas, te vienes, le gustará saludarte —dijo.

—Claro, Micaela —aseguró Manuel, que parecía tan encantado como la Madre, Caminando hacia la sala de visitas, la Madre comprobó que la niebla empezaba a levantarse descubriendo en lo alto jirones de azul, y conforme las brumas de su mente también se disolvían se hizo un propósito: no permitiría que el pasado acaparara la conversación. No estaban en guerra, ni Salamanca era la joven promesa de antaño, sino un conocido banquero. No se iba a dejar llevar por los: «¿Te acuerdas cuando…? ¿Qué ha sido de…? Me han dicho que…». Lo importante en aquel momento era Casta.

Al entrar en la sala comprobó que el Salamanca que veía no desmerecía del retrato que del mismo guardaba en su memoria. Alto, ancho de espaldas, piernas alargadas, el rostro redondeado y el cabello retirado hacia atrás, recogido por una cinta de terciopelo. La expresión era afable, aunque, bien sabía la Madre, engañosa, porque

escondía la verdadera ambición de aquel a quien la opinión consideraba un «procer de la patria», que no era otra sino la de constituirse en el hombre más rico del mundo, o al menos de España.

Nada más entrar la Madre en la sala de visitas, Salamanca se inclinó a besar la mano que aquella le mostraba obligado por el poderío de su dueña.

—Así que has venido a Valencia —dijo la Madre—. ¿Qué pasa en Madrid? ¿Otra asonada? ¿Viniste solo? ¿Sin escolta?

Lanzaba preguntas al tiempo que retrocedía para evitar el polvo que soltaba Salamanca sacudiéndose las mangas y las perneras de los pantalones. Tal fue la tolvanera que la Madre vio necesario ventilar la habitación, y con el extremo de una vara que colgaba junto a la ventana presionó su marco hasta que este cedió, entró el aire en la sala y al hacerse corriente entre la oficina y el corredor, cúmulos de polvo salieron disparados hacia él mismo. Con los ojos, la nariz y la garganta congestionados, entre toses y estornudos, la Madre vio a Salamanca ejecutando un recital de aspavientos y molinetes, y cuanto él más se agitaba, más era el polvo que soltaba, y la situación le pareció tan cómica que le entró la flojera y llorando de risa se tuvo que sentar. Salamanca, contagiado de la tontuna de la Madre, se sentó frente a ella riéndose también a carcajadas y así se quedaron los dos, hasta que, ventilada la habitación, remansados ellos y enjugadas las lágrimas, Salamanca se explicó.

—Asaltaron mi casa —dijo—. Estuve un tiempo escondido y una noche me escapé de Madrid en tren, disfrazado. Luego he cabalgado leguas y leguas cambiando de rumbo, y pretendo seguir camino hasta que esto se calme, si es que se calma y no se agrava, porque se rumorea que viene otra epidemia de cólera, que es lo que nos falta para que crezca el desorden. Puede que de aquí me vaya al sur.

—A ver, a ver, no vayas tan deprisa —le interrumpió la Madre—. ¿Asaltaron tu casa?

—Otra revuelta progresista que los mandos de Madrid apoyaron prendiendo hogueras en las calles y carbonizando cuanto encontraron a su paso. Un aquelarre. Me dijeron que entre los muebles que sacaron de mi casa estaba el retrato de mi mujer, que al quemarse ardía como si ella estuviera viva, que olía a carne chamuscada —dijo Salamanca, desvaneciéndose su anterior expresión risueña.

—¡Señor! —exclamó la Madre.

Se imaginó la escena. Una calle oscura, piras encendidas donde se quemaban los muebles y pertenencias de los ricos; hombres y mujeres sombríos, harapientos, la pobreza de Madrid alimentando hogueras. Sé fuerte, le dijo a la Madre su corazón, durante la guerra

has visto cosas peores.

—No sabes cómo estaba mi calle —continuó Salamanca—. Trazaron con cenizas cruces en mi portal, para que los manolos y las mujerzuelas asaltaran mi casa, lo que hicieron maldiciéndome. Salí como pude, justo cuando comenzaban a apedrear los balcones. El portero me condujo por la escalera de servicio y por un patio interior hasta la trasera del edificio, que da a un callejón. Me escondieron amistades y luego resolví salir de naja de Madrid en uno de mis trenes, disfrazado de ferroviario.

—¿Y tu familia? ¿Qué es eso de «mis trenes»? ¿Tú de ferroviario? No das el tipo —preguntó la Madre, más atropellada que antes.

—¡Bueno, bueno! —contestó Salamanca—. Te contestaré por orden. Mi mujer y mis hijos hace semanas que están seguros en Málaga, y el tren en que me escapé es un convoy de la línea Madrid-Alicante de mi propiedad, que está en periodo de pruebas. Para acabar, con una estupenda propina convencí al maquinista para que me diera ropa de trabajo y me disfracé de fogonero o algo así. Una ropa que apestaba. Por cierto, cuando los conservadores lleguemos otra vez al gobierno pediré que los ferroviarios reciban una partida en concepto de higiene y saneamiento. Aquel pingajo que me puse estaba infectado de piojos, espero no haberlos cogido, y no digamos nada de las chinches de los jergones donde dormí, que me atormentaron cada una de las noches que pasé de fogonero. Qué horribles esas ollas que llaman «de ferroviario», las patatas y tocino que guisan en las paradas. Qué cosa tan asquerosa.

Seguía y seguía, y la Madre, incómoda, le interrumpió.

—No sé cómo huelen los ferroviarios, aunque conozco el tufo que desprenden las mujeres que recojo en los arrabales. ¿Cómo van a oler los pobres? Una onza del perfume que usas da para alimentar a una familia durante un año —dijo—. Solo te falta decir eso tan célebre de que la democracia huele muy mal.

—Ya, ya, Micaela —respondió Salamanca, reculando—. Volvamos al tren. Me bajé en Requena y allí me escondieron unos amigos. Conseguí ropa limpia y concerté hombres y cabalgaduras. Durante muchos días fuimos arriba y abajo siguiendo las rutas del interior, y nos separamos llegando a Valencia, donde quería entrar solo. Y aquí me tienes, todavía vivo, aunque muy empolvado.

—¿No te han perseguido? —preguntó la Madre, desconfiando del tono ligero con que Salamanca relataba su escapada de Madrid.

—No estoy seguro —contestó él—. Los manolos y las brujas gritonas no salen de Madrid, y en cuanto a los demás, ya sabes, las voluntades se compran.

—Pero han asaltado tu casa —dijo la Madre, a punto de preguntarle por qué se escondía si no corría peligro.

—A la chusma no le soy simpático —alegó Salamanca—. Esperaré a que se calme la revuelta y luego contrataré a los que me querían achicharrado para que reparen la misma vivienda que antes asaltaron.

—Es muy poco piadosa la forma en que hablas de los pobres. Impropia de un buen cristiano —dijo la Madre.

—Claro, poner la otra mejilla y todo eso —ironizó Salamanca—. Lo siento, Micaela, pero tendrás que esconder a este pecador en tu casa. Acogerme como a Casta.

—Mal tienes que verte para pedirme que te esconda —dijo la Madre. Camufla con el arte de sus palabras una crueldad insólita, pensó Madre, que ignoró la petición de asilo de Salamanca. Respiró hondo y se decidió—: ¿Hablarás con Casta? —La pregunta era una orden—. Tendrás al menos la atención de saludarla. Eres familia, y Casta no es una desvergonzada. Es una casada en problemas —dijo, y una vez lanzada, no pudo sino completar su alegato—: Las autoridades no me pueden obligar a que la aloje si no es que haya por medio una acusación formal. La petición de un esposo encolerizado no es suficiente para encerrar a una señora contra la que no hay una denuncia fundada por mal comportamiento. Tiene que justificarse en una ofensa contra la autoridad conyugal y contra el deber de obediencia, o que se haya iniciado una querella por adulterio contra Casta —dijo, sabiendo lo que le ocultaba. No iba a revelar a Salamanca que la querella se había iniciado y que le habían requerido que alojara a Casta. Iba a esperar la respuesta de Salamanca, comprobar qué sabía.

—¡Uf! —respondió él—. Micaela, veo que te has estudiado las leyes, pero no es necesario. Te pedimos que acogieras a Casta porque estaba enferma, para recuperarse.

—¡No me digas! Para recuperarse ¿de qué? —La Madre contuvo las ganas de acusarle de haberla enredado. Pero Salamanca no contestó. Se agitó en la butaca y cambió de postura con gesto desganado.

—Casta es mi cuñada —dijo—, sí, es la hermana pequeña de mi mujer, pero llevamos años sin verla ni saber de ella. Desde que se casó con Bosco. Cuando estuve de novio con Petronila nunca traté a Casta. Era simplemente la hermana pequeña que sacaba de quicio a Petronila, a ella y a los demás, porque era un problema. Andaba siempre enredada en las peleas entre sus padres, entre doña Pura, tan celosa, y don Tomás, tan mujeriego, perdóname la sinceridad. Aseguraba doña Pura que hacía piña con su padre, que se iba a solas

con él, que le acompañaba al casino… Esas cosas.

—¿Casta era un problema? ¿Enredada entre sus padres? ¿Qué quieres decir? —preguntó la Madre, recelosa. Salamanca, displicente, se quedó mirándola.

—Toda la familia reniega de Casta, nunca se hizo querer mi cuñada, ni de su madre ni de sus hermanas. Era muy arisca, solitaria, claro que su madre no permitía que nadie se le acercara —comenzó, se inclinó hacia delante con un asomo de sinceridad en la cara, como si fuera a dar más detalles, pero solo con un carraspeo, añadió—: Petronila estuvo en su boda y poco más, pero está muy molesta, no deja de ser su hermana. Comprendo que se avergüence. Este no es lugar apropiado para la esposa de un diputado.

—Es adecuado para acoger a la congregación y donde las chicas aprenden un oficio para dejar la calle —replicó la Madre en un arranque de dignidad.

—No lo es para mi cuñada —alegó Salamanca.

—¿Cómo dices? No, para Casta no lo es, claro que no —replicó la Madre airada, al tiempo que con la mano apartaba el aire como quien quiere despejar un olor fétido—. Recuerdo que fuiste tú quien me pidió acogerla, mejor dicho, fuisteis tú y Bosco, y entonces sí que era la casa un lugar adecuado. Lo hice a mi pesar. Ahora, conforme voy conociendo a Casta, me alegro de que esté con nosotras. Es mucho lo que trabaja en la oficina, enseña letras a las chicas, ayuda en el taller leyendo en voz alta. Casta no actúa como creí que lo haría.

—Casta es un asunto enojoso —dijo Salamanca, mordiéndose el labio con fastidio—. Por cosas de la política yo estaba en la zona y recibí una nota de Bosco convocándome con urgencia. Muy fuera de tono, aseguraba que iba a hacer una sarta de insensateces porque su señora le había puesto los cuernos. Lo dijo de otra manera, y perdóname otra vez la sinceridad. Lo más suave es que iba a matar a su señora a palos, vestida de Magdalena con un manto de arpillera muy áspera para que le sangrara la piel, y como poco la encerraría de por vida en el más alejado de sus cortijos, donde podría flagelarla a su antojo. Cuánto despropósito, qué poca elegancia. Pamplinas. Qué pequeño es el mundo de este lugareño enriquecido. Templé gaitas con Bosco. Le sugerí que te la enviara alegando que estaba enferma, insistí en que no se precipitara. Escribí aquella carta pidiéndote que la acogieras en la certeza de que comprenderías y confiado en el *savoir faire* de mi amiga Micaela.

—¿Cómo fue que Bosco se avino a seguir tus consejos? —preguntó la Madre. Se repetía por dentro «pamplinas, pamplinas», palabras lanzadas contra su corazón. Pamplinas que se calumniara a

Casta, que su marido se tragara aquellas memeces y la encerrara entre prostitutas. Pamplinas la querella que se avecinaba.

—Bosco se quiso asegurar —continuó Salamanca—. Temió mi reacción. En Almería él es un cacique, pero mi mano es más larga que la suya, y más alta. Casta deshonrando a su marido… Dios mío, no puedo imaginármela. Era una muchacha reservada, nada amiga de fiestas, lo que no deja de ser extraño, dadas las barbaridades que su madre decía de ella. —Pareció de nuevo dispuesto a la confidencia, pero con gesto de hartazgo, calló.

—Sigues siendo un pico de oro —replicó la Madre, pensando que hablaba el Salamanca encantador, el que pasó los tiempos de guerra acogido en el palacio condal, cuando era Pepe simplemente, el sol que sale después de una tormenta. Temió que la nostalgia le ablandara el juicio, sin dejar de advertir el error de juicio de Salamanca. Bosco no lo debía de temer tanto si finalmente se había querellado contra Casta—. Tienes que hablar con Casta, pero no en esta casa, donde no puedes quedarte —dijo.

—¿Qué dice mi cuñada? —preguntó Salamanca evasivo, sin responder a la negativa de la Madre.

—Asegura que nunca escribió un poema de amor, que nunca tuvo un amante, que el verso que escribió tenía un sentido distinto al que le atribuyeron. Explicaciones de una poeta, difíciles de entender para quienes no sabemos retórica.

—Ajá —dijo Salamanca indiferente.

—Tendrás que verla. ¿Qué piensas hacer? —preguntó la Madre. Quería gritarle que Casta era su cuñada, que no podía hacer ese feo, cuando la distrajo un sonido de pasos. La Madre, que supo quién venía, dijo—: Te quedarás con Manuel. Estará encantado —afirmó—. Vive solo, de alquiler, en el último piso de un caserón que está muy cerca, pasado el mercado. Desde aquí es un paseo.

Nada más acabó la Madre de hablar cuando Manuel entró.

—No te acerques, estoy empolvado —dijo, pero luego alargó los brazos y estrechó a un Manuel que repetía emocionado:

—¡Don José, qué alegría! ¡Cuánto ha tardado en visitarnos!

—Vengo escapado de Madrid, donde hay muchos a quienes molesto —explicó Salamanca.

—Podrás tenerlo en tu casa, ¿verdad? —preguntó la Madre.

—Faltaría más —contestó Manuel—. Tengo una habitación reservada para las visitas.

—Os acompañaremos hasta allí sor María y yo —dijo la Madre, que salió de la oficina en busca de la hermana, dejando a los dos hombres en alegre camaradería. Notaba que llevaba demasiado

tiempo encerrada en la casa y entretenida en conversaciones muy fatigosas para su ánimo. Necesitaba refrescarse.

Esperando junto al portalón, la Madre se entretuvo en mirar el cielo, aliviada porque la niebla empezara a levantarse y aparecieran entre las nubes surcos de azul. Escuchaba, sin prestar especial atención, a Salamanca y Manuel reproducir los: «¿Te acuerdas cuando…? ¿Qué ha sido de…? Me han dicho que…», que ella se había esforzado en evitar. Sor María llegó al poco apresurada, con el hábito subido hasta los tobillos y el velo de gasa aleteando alrededor de su rostro, y la Madre entonces indicó a los dos señores que era momento de cerrar el intercambio de nostalgias. Tenían que salir.

Antes de emprender la marcha Salamanca se acercó a la Madre y comentó:

—Por cierto, he tenido ocasión de saludar a Compasión, el ama de Casta. Estaba ella cosiendo con el grupo de acogidas, me vio pasar y corrió a darme un abrazo.

—Así que os conocéis bien —dijo la Madre.

—¡Cómo no! Compasión es una institución en la familia de Casta —afirmó, y la Madre supo que enseguida habría ido Compasión a contárselo a Casta, pero no dijo nada.

Ascendieron después por el callejón. Los hombres parloteando como viejos amigos, la Madre pensativa y sor María la cabeza baja, las manos escondidas en las bocamangas, como si quisiera ocultar bajo el hábito las ganas que tenía de salir a pasear. Ascendieron la cuesta hasta alcanzar el *carrer* de Les Magdalenes caminando el grupo tan ligero como permitía el paso de las religiosas.

Manuel, como cabeza de avanzadilla, le explicó a Salamanca el mapa de Valencia. Detalló los nombres de las calles, los caminos que salían de la dudad, cuanto pudiera Salamanca necesitar si llegado el caso tuviera que escapar a toda prisa. La Madre y sor María iban detrás con actitud comedida, según ordenaban las reglas del decoro para las religiosas, sin que la Madre pudiera conseguir que esta norma se cumpliera del todo. Al poco, a sor María se le desbocaron un tanto los gestos, y la Madre no quiso censurarla, tan pocas eran las veces que la hermana disfrutaba de un paseo por Valencia que no fuera el de salir con la Ronda del Pecado Mortal.

Llegaron al mercado, enredado en el trajín de las últimas horas. Los colocadores recogían las sillas y los toldos instalados de

madrugada. Una cuadrilla de chiquillos armados con escobones arrastraba los excrementos esparcidos por los animales durante el día, y otra de chiquillas almacenaba, en cestos sujetos a la cintura, los restos de las verduras que habían caído desde los puestos al suelo y que pretendían revender aquella noche en las casas pobres. Bajo uno de los soportales quedaba un vendedor rezagado que al ver al grupo gritó: «¡La mejor fruta de la huerta, la más dulce y barata!». Anticipándose a la voluntad de Manuel y Salamanca, el vendedor llenó un cucurucho de papel con unas ciruelas tan amarillas y maduréis que las pieles brillaban con una dulzura pringosa, y a los dos hombres les vino un ansia de comer fruta. Se detuvieron frente al puesto dispuestos a comprar y Salamanca, aspirando el perfume de las ciruelas, repetía enamorado: qué aroma, qué sabrosa, mordiendo la pulpa tierna y jugosa de una ciruela.

El vendedor, que conocía a la Madre, preguntó:

—¿Qué le trae por aquí? Esta mañana arreglé la compra con la hermana repostera. ¿Qué les falta?

Colocó en un cucurucho de papel un puñado de chufas marrones y gordas que extrajo del tonel donde las tenía a remojo. Se lo entregó a la Madre, no sin antes endulzarlas con una cucharada de miel mezclada con canela, y le encareció para que se las comiera antes de que se deshiciera el envoltorio. Comenzó enseguida a preparar otro para sor María y la Madre se lo quiso impedir, pero no porfió notando el gesto apenado con que sor María miraba el cucurucho lleno de chufas dulces y leñosas.

Aquel intercambio amistoso no impidió a la Madre notar en la voz del vendedor un regusto extraño. Percibía que en el mercado flotaba un ambiente sospechoso. Les habían lanzado miradas giradas. «El cólera», «el cólera», zumbaba en el aire, saltaba de un puesto a otro, y a la Madre, sorteando los puestos, le alcanzaron retazos de conversaciones maliciosas, de comentarios que para su disgusto repetían antiguos episodios en tiempos de epidemia, las gentes levantadas contra los religiosos acusándoles de envenenar las fuentes.

—¿También tú los oyes? —preguntó a sor María.

—Dicen que viene el cólera por culpa de los frailes que envenenan las fuentes —contestó la hermana—. La historia de siempre: los progresistas azuzando a los pobres contra los religiosos.

—Esperemos que no haya otra matanza —dijo la Madre pesarosa —, deberían saber que el cólera viene de aguas encharcadas.

—Quizás sí, quizás no. También aseguran que lo trae la poca limpieza —añadió la hermana.

El grupo atravesó el mercado bajo la gruesa capa de nubes que emborronaba el cielo y los claros de azul que se abrían, hasta que llegaron a un puesto donde Manuel compró una pieza de queso, y después le dijo a Salamanca:

—Con el queso y algunas nueces no pasaremos hambre esta noche. Para completar, qué mejor que hacer alto en la taberna. No es elegante, pero se puede conseguir una garrafa de un vino que no esté avinagrado. Todavía no ha llegado al mercado la peor gente. Los de esta hora me conocen y no se sorprenderán de verme con un caballero, porque a usted, don José, por más que se esconda, se le nota la clase. Más tarde sería peligroso, especialmente en estos días en que mucho malo se cocina. Vienen jaleos.

—¿Huele a jaleo? —preguntó Salamanca.

—Huele a jaleo y apesta a cólera. ¿No se lo ha dicho la Madre?

—No —contestó Salamanca—. Sabía del brote en Barcelona y Alicante, pero no que pudiera haber llegado a Valencia —añadió, arrugándose, el gesto demudado.

Pararon ante un tabernucho donde Manuel compró vino y continuaron hasta el caserón.

—Aquí nos quedamos —dijo Manuel al llegar. Salamanca asintió con el gesto y la Madre le insistió:

—Recibirás a Casta. Tendrá permiso para salir, podrá acercarse. Qué menos que saludarla, no puedes hacerle ese feo, a estas horas ya sabrá por Compasión que has venido. —No dejaba de preguntarse si era prudente que Casta saliera de la casa con el cólera cerniéndose sobre Valencia.

—Ajá —contestó Salamanca, sin comprometerse. Y llevándose las manos a la frente con gesto de sorpresa, exclamó—: Qué cabeza la mía. Olvidé que había mandado aviso de mi llegada a unos buenos amigos. Me estarán esperando. Dile a Casta que venga lo antes posible, no sea que no llegue a encontrarme en la ciudad.

Ante tan pobre excusa la Madre no supo si reír o enojarse. Buscando qué decir desvió la mirada hacia la plaza, en uno de cuyos edificios vivía Manuel. Miró de nuevo a Salamanca y no se le escapó esta vez el gesto elegante y displicente con que él sostenía los guantes en la mano izquierda, la forma segura y delicada con que se golpeaba el muslo, sin atisbo alguno de inocencia. Entonces se decidió. Pamplinas que yo le dedique tanto tiempo al caballero, rezongó.

—¿Van a volver solas a la casa? —preguntó preocupado Manuel.

—No sufras. Los vendedores nos conocen, es mucho el gasto que hace la casa —dijo la Madre.

Hechas las despedidas, Manuel y Salamanca se adentraron en el portalón, subieron los primeros escalones y se encaminaron hacia la escalera de servido. El portero, que los vio adentrarse, sacó una colilla de tabaco del bolsillo, se la puso entre los labios y la encendió. Se le vio fumar pensativo. De regreso, sor María se agarró a la Madre con un brazo temblón y juntas caminaban esquivando el agua de regar que escurrían las ventanas de las casas, cuando la hermana se dirigió a la Madre.

—Ya está el cólera en Valencia. ¿Estamos preparadas? —preguntó, tapándose la boca con el velo de gasa.

—Nos prepararemos para lo que llegue. En la casa estaremos protegidas —contestó la Madre—. Todo lo seguras que se puede estar. En Valencia, para ^tender a los coléricos están las hijas de la caridad. Nosotras tendremos que llevar sábanas y jergones de paja al hospital y no podremos salir una vez se declare la epidemia. —Sor María se atragantó. Comenzó a toser y carraspear, y la Madre, para tranquilizarla, añadió—: Hay solo dos fallecidos, pero no está claro que sea por cólera. Quizás la epidemia pase de largo —dijo, poco convencida, mirando a un punto lejano.

Sor María, como era la hermana ropera, le detalló a la Madre los pasos que a su juicio había que dar para cumplir el encargo de la Junta de Sanidad. Enumeró las piezas de tela de que disponían, cuántas sábanas podrían confeccionarse con ellas, qué otros encargos tendrían que posponerse. Hablaba muy deprisa y la Madre escuchó el chorro de sus palabras sabiendo que así sor María ocultaba su angustia. Se mostró unas veces de acuerdo y otras no tanto.

En lo alto del callejón avistaron la tapia del jardín, el tejado de la casa, el corredor. Bajando, la Madre aligeró el paso, olvidado el comedimiento anterior y cuando llegaron al portalón golpeó el aldabón. Oyeron acercarse a la hermana portera y después el chirrido del cerrojo al abrirse.

—Bendito sea el Señor, ya hemos llegado —dijo la Madre, aliviada, sin saber de qué estaba huyendo.

—Sea por siempre bendito y alabado —contestó la hermana.

El jardín estaba desierto, pues el taller se había trasladado a la sala de corte, de cuyo interior salían las nubes de vapor que soltaban las planchas. La Madre oyó las voces de las que allí trabajaban y al pronto vio tirado en el suelo un pañolón. Lo reconoció. Era el que su amiga había usado siempre para envolver el misal y el rosario cuando las dos visitaban el pabellón de mujeres del hospital. La fina seda, manchada de tierra, yacía mustia, ajada. No es más que un adorno

innecesario, pensó la Madre, y no le pareció la pieza tan elegante como antaño. Era solo una seda rasgada pronta a convertirse en harapos. Tengo que devolvérselo a Francisca, se dijo, esperando que la confiada amistad que siempre habían mantenido no siguiera la suerte del pañuelo.

Miró al cielo. El día había dado paso a una negrura más honda. Sintió llegado el momento de encontrarse con el Amigo y conversar cuantas horas fueran precisas para iluminar la oscuridad que habían traído a su vida Francisca y Salamanca. De camino a la capilla saludó a la hermana que hacía la guardia nocturna y, arrodillada en el primer banco frente al altar, comenzó a vislumbrar la carga de miseria que Casta había soportado.

Novena carta

Valencia, 2 de agosto de 1854

Mi querida amiga, no te imaginarás a qué horas te escribo. Es de noche, me despertó hace rato un chirrido, como el rasguño de una uña en el cristal. Duró poco, me adormilé y casi había caído en el sueño cuando lo escuché una vez más. Llegué a pensar si no sería que Iluminada se había acercado de nuevo a mi habitación; me desvelé y resolví levantarme y escribirte. Cómo no me iba a inquietarme de noche si el día había acabado preñado de mal fario.

Antes de subir al dormitorio cambié unas frases con la Madre en el jardín y cuando nos dimos las buenas noches me vinieron ganas de quedarme, reclamada por las evoluciones de una bandada de gorriones que saltaba del suelo a las ramas de los árboles y vuelta a bajar. Siguiéndolos se me fue la vista hacia arriba y vi en la copa de un limonero a una lechuza, que es ave de mal agüero, de ojos grandes, redondos, ahuecadas las plumas, solemne y misteriosa. Iba a palmear para ahuyentarla cuando la lechuza levantó el vuelo y revoloteando se posó en el alféizar de la ventana del

segundo piso que da a mi habitación y se puso a chirriar, fúnebre, estridente. La seguí oyendo cuando subía las escaleras, también cuando entré en el dormitorio, y durante todo el camino su lamento traía tristeza, me hacía presagiar, aprensiva, que se acercaba otra desgracia. Quizás el rasguño que me despertó fue el de la lechuza reclamando otra vez mi atención.

Me he echado una toquilla sobre los hombros y he encendido la palmatoria, segura de que Compasión no se va a enterar, ¡duerme profundamente! El pabilo chisporrotea, su luz refleja mi cuerpo en la pared, como figuras chinas; oigo los crujidos del reloj del corredor. Será la noche la que me hace sentir que tengo en la garganta unas palabras que quieren salir, sin que yo sepa cuáles son. Me urgen a que las escriba. Esta noche estoy melancólica. Divago obsesiva, errática, salto de un pensamiento a otro en desorden…

He leído estos meses tus cartas como si estuvieras aquí, en persona, y no en papel, de la misma manera que conozco el cariño que te tengo cuando miro tu retrato. Por la forma en que me has escrito sé que tú sientes también este enternecimiento. En papel, qué profunda, qué emocionante puede ser la intimidad. Me maravilla que el afecto que sentimos la una por la otra tenga su origen en los trazos de una plumilla sobre el papel.

Es una forma de existir. Tu vida de papel y tinta es para mí tan real como si te tuviera cerca, en persona, y me atrevo a afirmar que te conozco mejor que si estuvieras alojada en la casa, participando de la vida que llevo. ¿Sabrías más de mí si ocuparas la habitación contigua a la mía, la de las exclaustradas? No lo creo, aunque me acompañaras en la rutina diaria, gastaras las mañanas dando clase y copiando cartas, las tardes en el taller y a última hora te dedicaras a escribir. Cumpliendo una rutina que haríamos juntas. Pero

¿qué estoy diciendo? ¡Seré insensata! ¿Tú aquí? Perdóname.

En la lejanía las personas pueden estar también muy cercanas, porque las letras nos unen en la distancia. Estos raciocinios me consuelan de la desdicha de no haberte conocido en persona y de que, algo me dice, no llegaré a conocerte. Vendrá un día en que no nos escribiremos, no sé la causa, y cuando pienso que esto pasará, me entristezco. Me he separado ya de tantos…

Compasión ha sido la única presencia constante, pero es ya mayor, se aleja, y se me ocurre si no sería mejor que nos fuéramos unidas las dos, pero entonces, si me voy de este mundo, la niña creerá que yo soy una muerta/viva. Dirá que no puedo estar yo muerta porque no ha ido a mi entierro ni nadie le ha dado la esquela de mi fallecimiento, pero que tampoco estoy viva, porque no me ha visto nunca. Vivirá confusa, ni siquiera podrá rezar por mí pensando que estoy en los cielos, como hacen los huérfanos que creen allí a sus padres muertos…

Me atormenta pensar cómo va a entender que su madre haya desaparecido si yo no llego a estar nunca con ella; qué le contará su padre de mí, sino que escapé con un amante, cómo no va a creerle. Y yo lamento haber sido una madre torpe, mi afecto ha sido más variable que las estaciones: frío cuando estaba con mi hija, ardiente cuando la he perdido.

Por eso todo el día he estado ocupada en discurrir cómo sería que viviera ella conmigo en papel, en el deseo de que al menos supiera de su madre en las letras y que le creciera el afecto, el mismo que ha nacido entre nosotras sin que fuera preciso que nos viéramos. Ya que no puede ser de otra manera, me gustaría que ella me encontrara a mí en lo que escribo, como tú y yo nos hemos encontrado.

Por esta razón, ahora al fin comprendo, desde el sanamiento comencé a escribir un diario de mi vida de

casada, y después, ya en la casa, me vino una necesidad muy grande de que mi niña supiera por mí qué era lo que había pasado. Que no la infectara el desamor, que es mala hierba.

Me puse a redactar un relato. Se titula *Azucena*, está basado en mi diario de casada y lo he estado mandando a *El Pensil* bajo pseudónimo. Se inspira en las novelas morales y en los folletines femeninos que me seducen porque hablan de nosotras, se anuncian como «escritos por mujeres y dirigidos a las mujeres». Esta presentación me libera. Mujeres que hablan y nos hablan. En *Azucena* yo también me dirijo «a las lectoras», solo a ellas, no a los «lectores», y veo a mi hija entre ellas. Qué alivio. ¿Para qué dirigirse a los hombres si a ellos solo les interesan sus batallas? Ni nos ven ni nos oyen ni nos leen. Me amparo en el relato moral, pero si el mío es moral, lo es de una forma distinta. Expongo cuanto me ha ensuciado. No lo ignoro ni lo endulzo. *Azucena* no es un libro piadoso. Se anuncia como obra moral, pero también recreativa. «Cuadros del natural tomados de la vida real. Obra moral y recreativa dedicada a la mujer».

Escribir un folletín ha sido inevitable. ¡No podía inventarme otra forma de escribir! Hay folletines por todas partes y yo he copiado el estilo. He leído tantos que las frases se me escapan de los dedos sin dificultad. Nada que ver con escribir poesía, que te hace buscar y rebuscar la palabra apropiada, la imagen selecta. La poesía se me había quedado pequeña. Me constreñía su brevedad, su ser pura esencia. En cambio, ¡qué poderío es novelar! Ponerse en otra que eres tú y a la vez no lo es, ser quien te representa y no te delata. Describir sin temor a las consecuencias. Dominar los acontecimientos. Explicarse, explayarse. Adentrarse en la vida diaria, destripar las emociones de los personajes que has creado como quieres, sin trabas. Esto sí que es navegar mar

adentro. Querría pensar que *Azucena* es la versión realista de un folletín sentimental porque ahora comienza a ser la forma de escribir en boga. ¿Será posible? Es una idea halagadora, pero en estos momentos para mí inalcanzable, no sabría cómo escribir sin que la narradora interviniera. Añado reflexiones, pensamientos, enseñanzas, muchas palabras, las que creo precisas para que mi hija me conozca y no se sienta huérfana.

En todo caso, en la última entrega, que se titula «¡Encerrada!», relata cómo llegué a la casa. En la conclusión, que no he enviado todavía, será el reencuentro. Azucena ha salido de la casa, su esposo ha retirado sus acusaciones, pero no reanudan la vida matrimonial: él se va a vivir a la ciudad de Almería y Azucena y la niña se quedan en uno de los cortijos de la familia. Se la ve en el cuarto de la niña acompañando sus juegos, mirando cómo duerme la siesta. Sentada junto a ella, enseñándole a hacer palotes, las primeras letras. Pero me temo que esto no pasará y tengo que pensar cómo hago, si lo mando o no. Este final ¿ocurrirá? ¿Ramón se ablandará?

Por las tardes, en el taller de costura, entretengo a las chicas con la lectura de *Azucena*. Ellas dicen: «¡Vaya cosas que le pasan a esa señora!». *Azucena* no es indecente, y la Madre, que sabe lo que son las indecencias, no ha objetado su lectura. La sigue con interés y a veces también hace comentarios.

Escribo casi a oscuras, la vela se ha consumido, y hasta las líneas de la carta me salen torcidas. Ahora recuerdo que no he contestado a tus preguntas de la anterior, pero estoy fatigada y me muero por meterme entre las sábanas y cerrar los ojos.

Espero tu respuesta, escríbeme pronto.

La directora de **El Pensil de las Damas**
anuncia
la publicación del capítulo noveno de:

Azucena

¡Encerrada!

Desde que Azucena tomó conciencia del mal que le aquejaba, advertida por la imagen satánica que había visto entre las páginas de la Biblia, según narré en el capítulo anterior, entró en un duermevela, en un estado de ánimo cercano y lejano a la vez a la vigilia, en el que su conciencia le señaló que tenía que escribir el relato de su vida de casada, que entregaría a Pía cuando se hiciera mocita para que la niña supiera cómo había sido su madre.

Azucena se afanó en este relato cada uno de los días que pasaron desde que acudió a la santera. La escritura sustituyó

a las tareas que solían llenar su día. Se encerró en el gabinete y apenas salió si no fue para hacer frugales refrigerios y para atender a los requerimientos de las criadas. En este tiempo de retiro, Azucena recordó una y otra vez el sanamiento, y de continuo se repitió las frases que le había oído decir al ama vieja en el huerto cuando se la encontró después de acudir a la santera. Sin embargo, según pasaban los días, sin saber por qué, comenzó a sentirse más y más inquieta, desasosegada, con extraños presentimientos causados por la inquietud que notaba en el ambiente.

Se había instalado en Vera una gran intranquilidad. Se oían noticias del enorme alijo de contrabando que iba a desembarcar y de las luchas que se podrían producir. En las calles, hombres apostados en las esquinas cotilleaban, los vecinos no paraban de chismorrear y en los puestos del mercado los vendedores pasaban rumores a las compradoras. Vera había olvidado su quehacer cotidiano. El trajín diario había cesado, los puestos de viandas se habían desmantelado, enmudecido los cantos de los vendedores ambulantes. Puertas y ventanas se habían claveteado con trancas de madera para protegerse de posibles asaltos y los pocos que no participaban en la batalla por el botín se habían escondido en el campo. Azucena no se atrevía a preguntarle nada a Navajas, que siempre guardaba silencio en lo tratante a sus negocios, pero en su casa había movimiento de hombres armados que pasaban largo rato conferenciando con el amo en el despacho.

En semejante situación se hallaba Azucena cuando sucedieron los acontecimientos que voy a narrar a continuación, que tuvieron graves consecuencias para ella y acabaron con su reclusión, como anticipa el título de este capítulo. Para informaros de aquellos sucesos he acudido a una fuente externa, a las noticias ofrecidas por *La Voz de*

Alhama, un periódico local de Almería que trascribe los hechos escuetos que aparecieron en la revista, con otras fuentes por las que conocí las emociones de quienes vivieron tamaños acontecimientos. Esta narradora sabe que los hechos escuetos no dan fe del efecto que tuvieron en la vida de las personas. Para ello es preciso que se ofrezcan como vividos por el corazón y el alma de un personaje, un aspecto que los periódicos ignoran. Muy a mi pesar, me veo obligada a cambiar el tono de mi relato en lo relativo a *La Voz de Alhama*, y a adoptar en cambio el estilo impersonal propio de un narrador, no el de una narradora, que es con el que me he ido comunicando a lo largo de los capítulos de *Azucena*. Segura estoy de que mis lectoras entenderán el cambio, que además será muy breve. No os dejaré a merced de tan frías palabras sino en un párrafo o dos. Resumiendo, amigas mías, me atengo a las noticias publicadas en *La Voz de Álhama*. Solo puedo explicar los movimientos del corazón cuando son los de quienes presenciaron un enfrentamiento de tal violencia.

Dice *La Voz de Alhama*:

> La noche anterior, en las playas de Garrucha (Almería), un contingente de soldados al mando del comandante del ejército nacional se enfrentó con unos contrabandistas. Sorprendieron a más de cuatrocientas caballerías que conducían un enorme alijo de géneros británicos de telas y tabaco. Una vez dominados los referidos contrabandistas, el alijo fue transportado con toda urgencia al almacén de sal de Garrucha por haberse tenido noticias de que los contrabandistas a los que se había arrebatado el alijo iban a atacar para rehacerse de la pérdida del contrabando. Poco después, un bergantín de nacionalidad inglesa procedente de Gibraltar se acercó también a Garrucha. Pretendían los ingleses hacerse con la plaza, sabiendo que en ella se había depositado una importante remesa de contrabando. La noche de la que hablamos se formó una batalla campal en las playas de la localidad mencionada de Garrucha, que enfrentó a los soldados ingleses, a los soldados de la nación y a los contrabandistas, a los que se había unido la milicia local.

Esta narradora ha sabido que esta milicia estaba formada por un grueso contingente de hombres al mando de Navajas, que no eran soldados de oficio, sino que estaba compuesta

por cuadrillas organizadas por los ayuntamientos. La aristocracia local con dominio en el sur no mandó cuadrillas, los propietarios de siempre tampoco. *La Voz de Alhama*, sin embargo, no ofrece demasiados detalles acerca de los que se enfrentaron. Solo habla de los «soldados británicos y españoles» y de «contrabandistas», no menciona a la milicia y ni siquiera detalla quién resultó ganador y qué pasó con el botín. La razón de este silencio no está todavía aclarada.

Queridas lectoras, quien esto escribe no puede sino horrorizarse al pensar en el combate que lideró Navajas aquella noche, quien, por otras fuentes he sabido, alcanzó un gran éxito y recuperó el botín, convirtiéndose de esta manera en un héroe, en un cacique indiscutido a quien ninguna aristocracia del sur, ningún propietario de los de antes, poderes locales o instituciones, podría en el futuro oponerse.

Podemos imaginar la brutalidad de una lucha que se desenvolvió cuerpo a cuerpo, el horror de la sangre que se escurría de los cuerpos descuartizados, de las extremidades cortadas de cuajo, de los cuellos degollados, las narices sajadas, el espanto de los muertos tendidos, despanzurrados en tierra, que, inertes, adoptaban posturas grotescas, sus ojos mirando fijamente al cielo sin que nadie se los cerrara. Caballerías acuchilladas, sus ijares ensangrentados, las patas rotas. Charcos de sangre en la arena, restos humanos, brazos separados del cuerpo. Olor a las vomitonas de los que luchaban muertos de miedo, a la orina y las heces de los aterrorizados que perdían el control de su cuerpo, al sudor de los que, por el contrario, sin lograr refrenar la ira que les dominaba, no podían dejar de matar y hasta se ensañaban con los muertos y volvían a rematar a los que todavía agonizaban. Tanta muerte para apoderarse del botín y del poder en la zona, para resarcirse del hambre que sufrían los hombres que formaban las cuadrillas. No, esta narradora,

que no quiere horrorizar a sus lectoras, no puede sino hacerlo, porque Navajas, el esposo de Azucena, dirigió la lucha con saña y crueldad.

Por su parte, entradas las últimas horas de la noche, Azucena aguardaba en su casa acompañada únicamente por el ama vieja, pues las criadas, temerosas, habían abandonado la vivienda para esconderse en cortijos alejados de la villa. De madrugada se presentó en ella un muchacho, Quico, que se ocupaba de cuidar el huerto de la casa, por lo que hablaba mucho con el ama vieja, a quien le gustaba pasar allí las horas al sol. Quico la tenía informada de cuanto pasaba en la villa, de los rumores y hablillas que por ella circulaban, y el ama escuchaba siempre con mucha atención.

Con todo y el miedo que Quico tenía, explicó a Azucena que hacía un rato se había asomado a la ventana de su habitación al escuchar ruido de cabalgaduras y había visto parado junto a la casa a un grupo de hombres a caballo. Bajó y a través de las maderas aguzó el oído y comprendió que eran hombres del amo. Uno de ellos, que debía de ser el capataz, daba a los demás las órdenes de Navajas, que eran presentarse en su casa de Vera y llevar a la señora al cortijo del Esparragal, porque el amo no quería que estuviera sola en la villa. Había ordenado que se quedaran en el cortijo unos cuantos hombres y que el resto volviera enseguida a Vera para patrullar las tabernas donde algunos estaban montando una buena jarana, que ya se les diría a quiénes debían apalear. Quico añadió que había corrido a avisarlas para que no se asustaran con la llegada de la cuadrilla y que él las iba a acompañar también hasta el Esparragal y se quedaría hasta que estuvieran seguras.

Pueden imaginarse las lectoras el terrible susto que se llevaron las dos mujeres. A Azucena le espantaba la idea de salir a esas horas en la sola compañía amigable del ama vieja

y de Quico, que no dejaba de ser un chiculelo. Se ofuscó en una inquietud nerviosa, roto su ánimo por los días de intranquilidad que llevaba, impresionada de que una cuadrilla se la llevara de su casa a esas horas como si fuera una delincuente o la raptaran, según parecía por las circunstancias tan extrañas en que venían a por ella. Llegaron los hombres y salió el grupo de camino al Esparragal. Unos hombres iban delante, Azucena les seguía a lomos de una yegua, después Quico y el ama, y al extremo, otros hombres armados. Cabalgaron a la luz de una luna que estaba descendida y flameante, y surcaron la ruta orientados por ella.

Cuando Azucena y el ama llevaban poco tiempo instaladas en el cortijo esperando noticias de Vera, de pronto apareció Navajas. Desde la sala, Azucena oyó el trote de una cabalgadura acercándose por la rambla, el chocar de las herraduras contra las losas del patio y el bufido de una bestia parando. Después, unos pasos cubrieron a zancadas el patio interior y al poco entró en la sala un viento que olía a muerte. Venía Navajas solo y maltrecho, sajaduras en su rostro, moratones en las manos, con el ánimo sangriento de la reciente batalla, que había ganado; triunfante de la que libraba contra los ricos. En la lucha de la playa pudo aplacar sus rencores por la vergüenza que había sufrido siempre por sus miserables orígenes, por las humillaciones que le infligían tantos, que despreciaban su forma de vestir y de hablar, su falta de maneras, sus gustos plebeyos, por compartir cama con criadas o rameras. Pero le aguardaba una nueva afrenta, la de ser objeto de burlas por los rumores que el marquesito de Vélez divulgó en la localidad de que su mujer le engañaba, que tenía pruebas. Con ánimo vengativo, ensangrentado, como un salvaje descontrolado que no había recuperado su flema habitual, fue con el que Navajas se

presentó en el Esparragal.

—No te perdono lo que has hecho —vomitó nada más entrar, atacado por el odio. Olía todavía a mugre, a muerte, tenía las manos ensangrentadas como si hubiera estrujado los intestinos de los muertos que yacían en la playa—. Eres una perdida y una estúpida, doña aspavientos. Tantos años de aguantar tus bobadas y ahora me pones de cornudo, todo Vera ha leído esos ridículos versos que has escrito a tu amante. ¿El marquesito o el ridículo poeta? Me teníais que humillar, la señorita y sus amigos. Irás a las Arrepentidas de Valencia, irás a curarte de esos ardores que te han entrado —dijo sañudo—. Antes de que llegues lo tendré arreglado. Cursi, cagona, que has parido una niña que será tan boba como tú eres, ni capaz has sido de darme un niño ni llegas en la cama a ser como las criadas.

—Las Arrepentidas… ¿Mi amante? —preguntó Azucena, que podía escuchar el murmurar de la gente, los comentarios cínicos de los señores, los zafios de los de abajo, sin saber si sollozar o reír, en la certeza de que su esposo no la iba a escuchar. Tropezaba con un muro.

—¿Cómo no se me ocurrió antes que eso de tu honradez era un camelo? Menuda mosquita muerta. Honrada, sí… No te bastaba con manchar mi honra, tenías que publicarlo —dijo Navajas, ahondando en el desprecio—. Tanta finura, tantos poemitas y ni siquiera te puedo montar sin que te cagues.

—Eres un bárbaro —dijo Azucena, viéndose cercada otra vez por las tinieblas. No hacía frío, pero sentía el invierno en su cuerpo.

—Ya está bien —gritó Navajas, y encanallado agarró a Azucena por los hombros y a empujones la sacó de la sala—. Coge lo que necesites y vete cuanto antes —ordenó—. Un coche te estará esperando. Te llevará a Valencia. El ama irá

contigo.

Azucena caminó a trompicones hasta la cocina, donde le esperaba el ama, que había oído la conversación desde el principio y sabía a través de Quico lo que había pasado. Temerosa de que Navajas agrediera a Azucena, se apresuró a preparar lo necesario para el traslado. Horas después, Quico llevó los bultos al carruaje y pidió el muchacho a Navajas que le dejara viajar con la cuadrilla, acompañar a las señoras, pero el amo se le rio en las narices.

—¿Quién eres, so mequetrefe, para entrometerte? —le preguntó airado. Quico, sollozando, vio alejarse el carruaje por el camino que bordeaba la casa y que se juntaba al poco con el camino real de Vera, que discurriendo por las sierras del interior y después por la costa llegaba a Valencia. Y aunque nadie se dignó escuchar los sollozos del muchacho ni atender a su sufrimiento, el ama permaneció mirando por la ventanilla trasera del coche cómo el chico se despedía de ella agitando la mano, y se quedó con el recuerdo de la única persona que lloraba por la marcha de la niña y de ella misma.

Tan pronto como desapareció el Esparragal de su vista, Azucena empezó a vomitar. El ama le preguntaba: «¿Qué te pasa, niña?», aunque bien sabía a qué se debía su asco, y se repetía para sus adentros que ya le había dicho que no confiara, que fuera más prudente con eso que escribía, pero no se lo decía por no ahondar en la herida.

El viaje fue un purgatorio. Días de magulladuras, calor y frío, temiendo de continuo que les pararan los soldados o les asaltaran. A Azucena se le clavaron en el cuerpo todos los baches de la ruta, solo camino a trechos y casi siempre un mero rodar campo a través sorteando piedras que amenazaban con partir de cuajo el carruaje. Cuántas veces creyó que se le abría el vientre de rabia, efecto de la cólera ácida que se le acababa de instalar en la mente y en la

garganta. Todo mi esfuerzo no ha servido para nada, se repetía, hundiéndose en un humor sombrío que no le iba a ser fácil abandonar.

Pasados días de viaje tragando polvo y atacada de odio, Azucena cayó en un estado letárgico, delirante. Se vio en una oficina que olía a putrefacción, a papel mohoso. El retrato del rey Fernando colgaba en la pared y junto al mismo estaba su padre, que lucía el mismo gesto chulesco del soberano, erguido el talle, sacando cadera, procaz como un torero. Un escribano le presentaba un documento y la conminaba a firmar, enojado, y ella aturdida no tuvo más remedio que hacerlo, porque su padre así lo quería y ella era una buena hija, y entonces el escribano le daba la enhorabuena por la dote, aunque ella no sabía por qué tenía que estar contenta. No podía entender qué había en su persona que condujera a su padre a portarse de ese modo, y entonces le congeló el cuerpo un frío que no podía tolerar ni entender ni suavizar ni aliviar. Llegaba al fondo, al fondo, sintió en sueños. Se adentraba en una negrura inacabable que iba a habitar para siempre en un silencio inhumano, en fría soledad.

Conclusiones de la autora

Al finalizar este capítulo quiero dirigirme a mis lectoras, hacerles presentes las dudas que me atormentan acerca de la naturaleza del amor filial. Azucena, como cualquiera de las hijas educadas en el deber de obediencia, que son todas, se sometía a su padre, del mismo modo que debía hacerlo después al que se convirtiera en su esposo. Quizás le parecieran idénticas una y otra clase de amor, a los que debía corresponder quisiera o no quisiera, obligada o compelida

por su educación y por la sociedad. Hay muchos matices en la palabra obligación y lo que quiero indicar es que los hombres compelen a las mujeres a la obediencia, y Azucena esta compulsión la sentía en el modo en que su padre actuaba sobre ella. Un poder misterioso anulaba su voluntad y la conducía inexplicablemente a hacer cosas que no sabía por qué hacía, ni si deben o no hacerlas. Las peticiones de un padre, incluso aquellas expresadas en el tono más casual y en las ocasiones más inusitadas, devenían una suerte de impulso interno, una fuerza que no podía resistir, a la que ni siquiera podía plantar cara. Obedecer era un hecho de la existencia que no se cuestionaba.

Esta escritora se pregunta si este padre sabía con qué propósito utilizaba el amor de Azucena hacia él, qué tipo de amor le expresaba a su hija. Emplazo a mis lectoras a reflexionar sobre las consecuencias del amor paternal cuando un padre no pueda, no sepa, no quiera o no le convenga limitar el lenguaje y las manifestaciones de sus sentimientos. Porque entonces una hija no puede diferenciar si recibe una muestra de un «amor de hombre» o de un «amor paterno», y serán temibles las consecuencias que para ella se deriven de esta confusión.

PARTE DÉCIMA

La fuente

En la tarde del día siguiente al que llegó Salamanca a la casa de Valencia, a la hora de la siesta, la Madre escuchó el trasiego de las que recogían el almuerzo en la cocina. Las ollas golpeando en uno de los fregaderos, el chapoteo del agua en el otro, donde se enjabonaban los platos, el ris ras de los estropajos de esparto bruñendo las piezas de cobre. Incluso desde la oficina, donde estaba, podía aspirar el olor del agua turbia que se llevaba la suciedad de la comida del mediodía, y a la Madre le reconfortó comprobar que en la cocina se observaba a rajatabla la rutina de limpieza que había establecido para la casa. «Limpieza de monja», recordó que la llamaba Salamanca, aunque ella prefería considerarla, como la santa de Ávila, una forma de oración. Que «el Señor está también entre los pucheros», musitó, y mucha higiene vamos a necesitar si nos llega el cólera.

Salió de la oficina y se asomó al jardín, desazonada por lo que se les podía venir encima, inquieta también por la cercanía de las letrinas al pozo que abastecía de agua a la casa. Le habían asegurado que el cólera se contagiaba por medio de algo llamado «miasmas», que no traía necesariamente el agua, pero ¡cualquiera sabía qué eran aquellas dichosas «miasmas»!, pensó. La Junta de Sanidad de la ciudad le había asegurado que donde había menos peligro de contagio era precisamente en lugares aislados, fuera del tráfico de la ciudad, como la casa. También, que no se había declarado todavía la

epidemia y que eran pocos los muertos de los que pudiera asegurarse que habían fallecido de cólera, recordó, buscando consuelo. Pero no podía evitarlo, sentía que el cólera se anunciaba, lo mismo que a las riadas anticipan temblores de la tierra, truenos lejanos, el aroma peculiar que desprende el agua pronta a caer en tromba.

Sintió el cuerpo pringoso por la humedad que rezumaban las paredes de la casa, cargadas, temió, de miasmas coléricas, y se negó a imaginar que las últimas lluvias torrenciales hubieran arrastrado la porquería de las calles bajo tierra hasta el jardín, donde podrían regurgitar al exterior como gases mefíticos. Revolotearon en su cabeza escenas purulentas, enfermos de cólera yaciendo entre sábanas pringadas de heces malolientes, con una mano en el vientre y la otra sujetando cubos repletos de vómitos. Qué forma tan triste de despedirse de la vida, pensó afligida, pidiendo al Amigo el beneficio de una buena muerte.

Subió al segundo piso parando a cada peldaño, indecisa, preguntándose si debía retirarle a Casta el permiso para salir a recoger el último número de *El Pensil* que con tanta ilusión esperaba. No tenía razón de peso para impedir que fuera a buscarlo, admitió, y sobre todo no se atrevía a revelar que corrían rumores de cólera. Buscaba también qué decirle acerca de Salamanca, además de que estaba en Valencia y que tenía que saludarle. ¡Ya era mala pata que Francisca y Salamanca se hubieran presentado casi al tiempo! ¡Ni que los hubiera convocado ella a propósito!, pensó admirada. Era obvio que Salamanca estaba evitando a Casta, se dijo, quizás influido por su mujer, Petronila, que no había venido a visitar a su hermana, ni siquiera le había escrito. ¿Qué tenían contra Casta, por qué la desterraban?, rumió.

Conforme ascendía, el ruido de la cocina le iba llegando a la Madre más y más amortiguado. La casa enmudecía y el silencio se incrementaba acercándose a la habitación de Casta, y a la Madre entonces le llegó el entendimiento. Comprobó qué pocas eran las palabras con que Casta se había explicado, que ninguna voz le habían dado su esposo o su familia, qué silencio la envolvía. Nadie había preguntado por ella ni le escribía otra que no fuera su amiga poetisa, aquella señora de nombre Carolina Coronado, que, si bien no había llegado a visitarla, lo cierto era que contestaba a sus cartas con regularidad.

Frente a la puerta del dormitorio de Casta, la Madre anticipó la pulcritud que iba a encontrar en su interior y la sensación que la acompañaría, que iba a ser como sumergirse en agua clara. Solo estaría emborronada la ventana, pero debido a la bruma, no al polvo,

pensó la Madre, y recordó que Casta le había pedido un palo largo donde pudiera envolver el trapo con que limpiar el cristal. En aquel dormitorio, pensó, el cólera no tiene nada que hacer.

—Tu cuñado Salamanca está en Valencia —dijo la Madre al entrar, autorizada por el «adelante» que salió del interior al reclamo de sus nudillos—. Debes ir a saludar.

Encontró el dormitorio tan pulcro como lo había imaginado y a sus ocupantes empeñadas, como de costumbre, Casta en escribir y Compasión en su butaca en hacer una puntilla detrás de otra, que, concluidas, se amontonaban enroscadas como culebras en su regazo. En el centro de la cama de Casta vio un ejemplar de *El Pensil* abierto, que cubría el lecho de lado a lado. Casta había dejado la plumilla sobre los papeles que escribía y, girado el cuerpo, la miraba.

—¡Qué enormes son esas revistas que lees! —exclamó la Madre, su atención prendida en las floridas letras que anunciaban una sección de labores—. Algún día les echaré un vistazo.

—En *El Pensil* puede encontrar unos patrones bellísimos de ropa para la casa. —Casta se sorprendió por el interés de la Madre en la revista, y en uno de sus arranques dijo—: Ya sé que Salamanca está en Valencia, que ha venido a la casa y hablado con usted. Me lo contó Compasión, que se acercó a saludarle y sabe cuanto sucede en la casa. —Utilizó un tono de tal indiferencia que la Madre comprendió lo poco que le importaba su cuñado. Observó a Casta buscando en su rostro la hostilidad que la señora mostraba cuando llegó. No encontró sino restos de unas heridas que no iban nunca a desaparecer, solo, con suerte, a cicatrizar.

—Está escondido en casa de Manuel —precisó la Madre.

—¿Escondido? —repitió Casta. Su anterior indiferencia dio paso a una escucha algo menos seca.

—Los progresistas han levantado al pueblo de Madrid. Quemaron su casa y tuvo que huir —explicó la Madre.

—Quemaron la casa —repitió Casta, esta vez sí, conmovida. Más luchas, más muertes, parecían decir sus ojos.

—Menuda familia tienes —dijo la Madre—. Salamanca huyendo de la capital como un delincuente.

—Tener, lo que se dice tener, no tengo familia. Salamanca está casado con mi hermana, nada más —replicó Casta—. Salamanca es otra de sus mejores relaciones… ¿Cómo la señora Francisca? Madre, no deja usted de sorprenderme, es amiga de media Almería.

La Madre, temiendo que Casta se hundiera en sospechas, se acercó al escritorio y para evitar que esta llegara a girarse y le diera la espalda, le puso las manos sobre los hombros y con firmeza mantuvo

la presión sobre el cuerpo de Casta. Después, dijo señalando a *El Pensil*:

—Qué pasión la tuya. Yo me paso la vida escribiendo, pero lo mío es de otra manera. No soy una «literata». La narración que leemos en el taller se publica en *El Pensil*, ¿cierto?

—Como una narración moral —confirmó Casta.

—¿Estás segura de que las chicas la entienden? —preguntó la Madre—. Reconoce que tus letras no son las suyas.

—Me interrumpen de continuo para que les explique, ya lo ha visto. Usted sabe cuánto les interesan las desgracias de la protagonista. Se enfadan o se alegran con ella.

La Madre obvió replicar que no encontraba moralidad alguna en aquel relato y que no estaba segura de que las chicas lo entendieran. Prefirió tirar del hilo de su memoria. Casta leyendo junto a la fuente, protegida del sol por un sombrero de paja amarillo triguero, con las chicas que cosían a su alrededor. Leía alto y claro, la brisa movía juguetona las hojas de la revista, que de tanto en tanto, al doblarse, ocultaban el *título, Azucena*.

Rememoró a las chicas entregadas a un relato y a una protagonista que, aunque fuera una señora, ellas parecían sentir cerca. Obdulia aseguraba que Azucena había sido muy pavisosa al casarse con un hombre tan viejo por obedecer a su padre, que no debía quererla si el casamiento la llevaba lejos de su casa, tan apartada que hasta su familia se había olvidado de ella, y que su señor padre era un Judas que había vendido a su hija, «como se vende a una vaca», había mascullado. Iluminada, en cambio, no creía que Azucena fuera una mema, era solo una muchacha acobardada por sus señores padres que se había casado para escapar de ellos. Su madre, en cambio, decía, era una mala mujer, no quería a su hija, y el padre parecía quererla, pero vaya… En aquel punto, recordó la Madre, se había hecho un silencio duro en el taller y ella lo comprendió porque sabía lo que a más de una le había hecho el padre cuando les salieron los pechos.

La noche de bodas de Azucena provocó tal indignación en las oyentes que ella misma tuvo que imponerse para que volvieran a la costura. Iluminada afirmó que si Azucena se había ido patas abajoera culpa de su esposo, que no la había tratado como lo que era, una señora, sino, sentenció, como a una de nosotras, y lo dijo, intuyó la Madre, porque la suciedad que pringó a Azucena en su noche de bodas se le asemejaba a la inmundicia de sus años en la calle. Palomita juzgó que Azucena había aguantado demasiado al *maño* y que, si no la tenían satisfecha, «haberse echado un guaperas», dijo, y

ella malició que Palomita todavía pensaba en su chulo. A ninguna de las oyentes le gustó la suegra de Azucena, la Oscura. Qué mujer tan rara, comentaron, todo el día entre curas y santeras, y llegaron a preguntarle qué le parecía a ella que la Oscura fuera a la iglesia tanto como a la curandera. En bonito compromiso la pusieron, recordó, pero supo aprovecharlo, para darles una lección de doctrina. En forma alguna se podía acudir a la santería, les aseguró, que era cosa del demonio. Cuando Azucena se quedó embarazada fue el turno de Encarna, que lloró desconsolada acordándose de su hija, y le recriminó a Azucena que no quisiera a su niña. Que una madre, aseguró sollozando, por nada del mundo podía apartarse de su criatura. En el taller respetaron las lágrimas de Encarna quedándose un rato calladas, aunque, sabía la Madre, solo Iluminada adoraba a su madre, que las demás…

Todo se hizo un ¡ay! cuando a Azucena le dio por escribir poesías. Remilgos de señoritinga, a plantar lechugas… Así la pusieron en el taller, excepto Iluminada, a quien escribir poesías le pareció que era tarea de ángeles. Sí, sí, de ángeles, opinó Obdulia, de ángeles *atontaos*, insistió. Mira que darle a leer a un hombre una poesía de amor, dijo. Pues no sabía Azucena cómo se las gastan los hombres. Bien que se rio el *desgraciao*.

En cuanto al marquesito, estuvo el taller de acuerdo en que Azucena podía ser una simplona, pero honesta lo era, y en que los pecadores son los señoritos que engañan a las mujeres buenas, decían, a las pobres y a las ricas, pero más a las primeras. El último episodio que leyeron contaba que el marido de Azucena la había encerrado por el verso de amor que había escrito, por el que se había convencido de que tenía un amante. Las chicas se quedaron consternadas. Encerrar a una señora no es de ley, dijo Iluminada. Qué pronto se pierden los hombres, en cosa de celos todos son iguales, afirmó Palomita, y el resto asentía. Celos, celos, pues no vienen tantos casados a restregarse contra nosotras y nadie les encierra, dijo Encarna refunfuñando.

Llegó un momento en que la Madre quiso salir de *Azucena*. Abrió y cerró los ojos varias veces para asegurarse de dónde estaba, pero si ella quería salir de *Azucena*, esta en cambio no se marchaba. Insistía en hacerse notar, como afirmando que no se iría a menos que se la entendiera, y la Madre entonces tuvo que comprender que Azucena era Casta y constató las semejanzas. El matrimonio con un hombre inadecuado, los años de casada fiel a un esposo indiferente, la maternidad atormentada, el malentendido de los versos, el encierro. Había necesitado días de lectura para enterarse, pensó constatando

su falta de perspicacia, sin llegar a entender por qué Casta, tan reservada, publicaba sus desdichas en *Azucena*. ¿Quién quería ella que leyera el relato moral de su vida?

Cuando la Madre consiguió salir de sus reflexiones comprobó que el presente que vivía era el de una Casta que no sabía nada del cólera y quería a toda costa ir a buscar su revista, tanto como ella misma quería que saludara a Salamanca. ¡Ya estaba bien de que la ignoraran!, rezongó. Por tanto, insistiría en que no se entretuviera en la ciudad.

—Volviendo a Salamanca, ¿irás? —insistió.

—Compasión ahora no está para paseos. No puedo presentarme sola en casa de Manuel —alegó Casta, renuente.

—Te acompañará Iluminada —dijo la Madre.

—¡Podremos pasear! —exclamó Casta.

—Sin pasarse. Solo tienes permiso para recoger *El Pensil* y saludar a tu cuñado. Ni se te ocurra entretenerte, nada de pararte en el mercado, de mirar escaparates, de charlar con los vendedores callejeros. Mandaré aviso a Iluminada. Y tú, Casta, arréglate. Salamanca es un señor elegante y tienes que presentarte como te corresponde. Ponte en pie, que vea yo el movimiento de tu vestido —dijo la Madre dudando de que Casta lograra refrenar sus ganas de ver escaparates. Cuando estuvo lista, Casta dio unos pasos para que la contemplara la Madre, que, complacida, alabó la gracia con que se había arreglado. Rodeaban su cintura unas cintas azules atadas en un lazo, con las puntas cayendo por detrás a lo largo de la falda. Se había echado un chal por encima de los hombros y recogido el cabello con una redecilla, en las manos unos guantes de encaje, y la derecha sostenía una sombrilla. Luce como una dama, pensó satisfecha sabiendo que había mucha cotilla en la ciudad. No quería que llegara a conocimiento de Bosco que su señora iba hecha una zaparrastrosa.

—¿Cómo irá Iluminada? —preguntó Casta, que parecía halagada por la atención de la Madre.

—No te preocupes, ya me arreglaré para que no le asome el mandilón —dijo la Madre.

Al poco, Iluminada, con cara de no entender por qué la Madre quería que acompañara a Casta, se dirigió a la entrada de la casa. Cruzó el jardín recogiéndose la falda y dejando a la vista las medias que la Madre había insistido en que se pusiera. No podía ir de visita

con las pantorrillas desnudas, había dicho. Debía cubrirse el cabello, y sobre los hombros echarse una toquilla que ocultara el mandilón. Con el velo, las medias y la toquilla, Iluminada se veía airosa, hasta más alta, y la muchacha se atrevió a imitar los andares de Casta, que caminaba, le parecía, como las damas que había visto retratadas en las revistas. Pasos cortos, la cabeza alta, el brazo derecho descansando sobre una falda ahuecada y en la mano izquierda un abanico sujeto en el dedo anular por un anillo. En el portalón, Iluminada se encontró con Casta, se cogieron las dos del brazo y salieron al callejón por el que ascendieron protegidas por la sombrilla y cuidando de no empolvarse el bajo de las faldas, hasta llegar a la esquina con el correr de Les Magdalenes, donde se detuvieron a tomar aliento.

Desde allí contemplaron la casa. Todavía no se había encendido el farolillo de la portería, pero los postreros haces de luces hacían parpadear los cristales del corredor, y en el segundo piso lucían los ventanales coloreados por las flores que Encarna se cuidaba de mantener espléndidas. Las ventanas abiertas al *carrer* de Les Magdalenes decían muy poco de la vida que transcurría en el interior. A la vista de cuantas estancias componían la casa, las dos mujeres ponderaron en su corazón el lugar donde les había tocado vivir.

Iluminada suspiró.

—¡Qué *bunica*! —exclamó.

—¡Que no nos vamos para siempre! —alegó Casta.

—Es bueno vivir donde se puede bordar y *arprender* letras —dijo Iluminada, sumisa y segura al mismo tiempo.

—Te gusta bordar, bien que lo sé, tanto como escribir, un primor tus puntadas y tus palotes. No sé cómo te dan los dedos para conseguir esas rosas tan chiquitas —dijo Casta.

—Escribir y bordar lo *mesmito* es —comentó Iluminada—. Un palote, otro, y otro, y ya está la rosa. Una *puntá*, otra, y otra, y sale en tela.

—Vaya filósofa que estás hecha —exclamó Casta.

Reanudaron la marcha. Casta evitaba rozar el suelo recogiéndose los bajos de la falda con gesto diestro, imitada por Iluminada, que miraba de reojo el movimiento preciso de los pies con que la maestra sorteaba las inmundicias. Al llegar al mercado evitaron recorrerlo por su centro para, dijo Casta, no perder tiempo.

—Vamos ligeras, que la Madre nos espera —insistió, aunque el corazón se le escapaba hacia los puestos que ofrecían frutas, hortalizas y macetas de flores.

Desde los soportales llegó la voz de una mujer:

—*Seña* Casta, ¿que no *quié* unos higos? ¿Veremos los santos?

Estuvo a punto de acercarse, pero se detuvo, recordando las instrucciones de la Madre. No detenerse en ninguna circunstancia.

—Otro día será —contestó Casta—. Llevamos prisa.

—No olvide los santos —replicó la vendedora.

—Claro que no, me verán pronto —dijo Casta, a la espera de la inevitable pregunta de Iluminada:

—¿Qué santos son esos?

—Cuando vuelvo a casa de recoger *El Pensil* suelo pasar por los puestos y les enseño la revista a las vendedoras. Les encantan —explicó Casta.

—A *toas* nos gustan, qué muñequería *tié*, señoras *comángeles* —replicó la muchacha, que un día le había preguntado si era cierto que las señoras usaban vestidos distintos de mañana y tarde. Por supuesto, había contestado Casta, y además trajes diferentes para ir de paseo y para salir de noche. Cuánta tela gastan, había opinado Iluminada.

Salieron del mercado y se adentraban en una calle que, zigzagueando un buen trecho, desembocaba en la plaza donde vivía Manuel, cuando vieron venir calle abajo un gran número de personas que salían de una iglesia situada un poco más arriba, en la misma acera. Caminaban las gentes cabizbajas, las señoras cubiertas con mantillas negras, ellos con el sombrero todavía en la mano y cuando les alcanzaron, de tan absortos como iban se tropezaron con ellas y ni siquiera se excusaron. Extrañada, Casta paró a una mujer y le preguntó:

—¿Por qué sale tanta gente de la iglesia?

—Se reza a San Roque para que nos proteja de las enfermedades. Su fiesta es el 16 de agosto, pero el párroco la ha adelantado —dijo la mujer, que no debía tener ganas de conversación porque siguió su camino apresurada.

—¿De qué enfermedades protege San Roque? —le preguntó Casta a Iluminada.

—*Seña* Casta —contestó Iluminada—. *Na* sé de *ríligió*.

Casta no insistió y siguieron las dos hacia la plaza. Al poco le salió a Casta de los adentros una pregunta que hacía tiempo tenía agarrada en la garganta.

—¿Cómo entraste en la vida? —le preguntó a Iluminada.

—*Pa compaña* a madre —contestó ella—. Se puso tísica, sangraba *pola* boca, y cuan *saogaba* y yo *icía* las pajas.

Lo dijo con tal simpleza que Casta se atragantó y le entró una tos nerviosa que no conseguía parar. De tanto toser le dieron arcadas y

se tuvo que apoyar en la fachada de una de las casas, temiendo que se le abrieran los caños como en la noche de bodas. Una vez que recuperó el aliento se dirigió a Iluminada, que en aquel trance no había sabido qué hacer sino darle a Casta palmadas en la espalda.

—Ahora dime por qué fisgoneabas en mi dormitorio —le dijo.

—Pa saber —contestó Iluminada.

—¿Saber qué? —preguntó Casta.

—Cómo *quitarse elas* pajas —aseguró Iluminada.

Casta tenía muchas más preguntas atrancadas en la garganta, pero al ver que a Iluminada no le dolían prendas de soltar tales burradas renunció a las confidencias y sin más charlas siguieron las dos calle arriba, hasta llegar al caserón donde vivía Manuel. Allí Casta anunció al portero que venía a visitar al amanuense y este, sin salir del interior de la portería, aseguró que al comenzar la tarde unos que parecían señores por las trazas habían subido al piso de don Manuel y al poco habían salido con este y con su invitado. Lo dijo con tan malos modos que Casta no quiso dejar recado alguno, molesta por el desplante del portero y por el de su propio cuñado, que no se había dignado saludar, y sin siquiera despedirse, se dirigieron a la redacción del periódico.

Casta entró en la misma dejando a Iluminada a la espera y salió después con la revista en la mano confiando en encontrarla, pero no estaba. Supuso que estaría paseando por los alrededores, y para hacer tiempo se acercó a su fuente, aquella tarde extrañamente solitaria. Brillaba el entramado colorido de su frontal revestido de azulejos amarillos, verdes y granates que representaban la escena de familia que a Casta siempre la embaucaba. Puso las manos bajo el caño haciendo cuenco y recibió un chorro de agua que se echó en la cara a manotadas deseando que se llevara las voces agrias de las paisanas, los rezos a San Roque, la aspereza del portero, la palangana de Iluminada. Que el agua me limpie, pidió al Altísimo, tirándose manotadas de agua a la cara y bebiendo a tragos. Una vez saciada y con la cara y las manos chorreando se dio cuenta de lo sola que estaba la fuente, faltaban los que gustaban de hacer allí tiempo chismorreando, guaseando, los aguadores cargados de cántaros y las mujerucas que llenaban de agua las vasijas que llevaban sujetas a la cadera. Casta comprendió que algo debía de suceder en la ciudad si las iglesias estaban llenas de gente rezando y en su fuente, en cambio, no había nadie.

Vio entonces que Iluminada estaba a unos pasos junto a una gitana, harapienta y redonda como una patata, que pedía limosna amenazando. «Dios te castigará con una enfermedad mala, mira que

pronto *pues* morir», repetía. Enojada y temerosa, Casta agarró del brazo a Iluminada y tiró de ella, y corriendo hicieron un buen trecho hasta que la gitana y la fuente desaparecieron.

—No hagas caso a esa gitana. Cuentos de vieja loca —le dijo Casta a Iluminada, recuperado el aliento. No pudo decirle más, amohinada como se había quedado por la maldición de la mendiga.

Quiso alegrarse entonces y, mirando el cielo, vio que no estaba tan brumoso como antes sino cuajado de nubes rosáceas, grises, blanquecinas, que se movían airosas. Los cúmulos se desgajaban en jirones alargados y se alejaban bogando.

—Qué hermosa está la tarde —comentó, tras señalar los tramos de acera iluminados por el sol.

—No sé. *Pringó* de mal fario, hasta las gitanas avisan el cólera —dijo Iluminada, con ojos espantados.

—El cólera —repitió Casta demudada, comprendiendo. Era el cólera el que había trasformado el ambiente de las calles, que de usual tan alegre se había vuelto hosco, y temió que la oscuridad la arrollara. Tragó saliva.

—¿Cómo es que la Madre no nos ha avisado? —preguntó con el hilillo de voz que le quedaba.

—Tengo oído que mañana nos habla a *toas* —contestó la muchacha.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Sor María —respondió Iluminada.

—Volvamos a la casa —dijo Casta, escueta, sombría.

Recorrieron el camino de vuelta sin hablar. Solo una vez Casta paró la marcha.

—¿No tienes miedo? —le preguntó a Iluminada, cruzados los brazos sobre el pecho, con la barbilla gacha, hundida en el cuello.

—Miedo *setié* a *l'infierno* y a no *está* con madre, que está en el cielo. *Pa* los pobres la parca está siempre al *costó* —contestó Iluminada, mirando a lo lejos con tanta pena como temor.

Cuando llegaron al callejón comenzaba a declinar el sol y a insinuarse el relente del primer atardecer, y sobre la casa se habían posado unas nubes rosáceas que colgaban de lo alto indicando que podían despeñarse sobre el tejado. Las luces de la portería estaban encendidas y, cuando la hermana portera les abrió, no pidió que explicaran de dónde venían ni por qué regresaban solas y tan tarde. Entrando en el jardín vieron allí a la Madre, que paseaba rezando.

Se despidieron, Iluminada dio las buenas noches y se adentró en el corredor. Casta se quedó en el jardín y cuando se apagó el sonido de pasos se acercó a la Madre.

—¿Saludaste a Salamanca? —le preguntó ella, interrumpiendo el rezo.

—No estaba —contestó Casta, lacónica, para añadir—: Mañana nos hablará del cólera que viene, ¿verdad?

—Después de la oración —confirmó la Madre.

—Así que la epidemia está declarada —afirmó Casta, con una voz floja—. ¿Por qué no me ha avisado? ¿Por qué me dejó salir?

—La epidemia no está declarada —refutó la Madre—. Solo ha habido un par de muertos en Valencia.

Por dentro le brotó a la Madre un alegato que no llegó a lanzar: «Te dejé salir porque pensé que tenías que hablar con Salamanca, que no es el caballero de antes, el que yo conocía; debería haber sido él mismo el que te hiciera los honores. Para ti, todo son desplantes de tu familia que no te mereces. Eres la esposa de un diputado compañero político de Salamanca. No eres una piltrafa, una ruina, tienes una hija y a tus espaldas la vida de una señora muy digna, de una madre de familia. No van a ofenderte, si yo puedo evitarlo».

—Es hora de prepararse —fue todo lo que dijo. Deseaba no haberse precipitado por entrometida, por meterse en líos de familia.

—¿Prepararse para qué? —preguntó Casta.

—Para lo que venga —contestó la Madre, volviendo a pasar las cuentas del rosario.

—Madre, dicen que el agua de las fuentes públicas contagia el cólera. ¿Es verdad? —preguntó Casta—. Mi fuente hermosa no puede envenenar.

—Es lo que aseguran quienes acusan a los religiosos de infectarlas y acabar con los pobres —contestó la Madre.

Casta esperaba que la Madre le diera más detalles de aquellos siniestros rumores y como no llegaban se despidió de ella y subió a su dormitorio, donde la esperaba Compasión. Al traspasar la puerta oyó el *chi-chac* de la aguja con que Compasión calcetaba y el tictac del reloj del corredor. Cadenetas trenzadas por una anciana finalizando la labor de su vida, y el pulso de un reloj alertándole de su finitud.

Ocho horas después, casi de madrugada, la Madre seguía trabajando en la oficina. No es prudente quedarse tan tarde, se gastan muchas velas y el cuerpo se resiente, pero es mucho el trabajo pendiente y el día se hace corto, razonaba, cuando un ruido la distrajo. Alzó la vista, dejó la plumilla en la bandeja, se asomó a la

puerta de la oficina y miró a un lado y otro del corredor. Caminó hasta la cocina y al empujar la puerta, esta se deslizó suavemente, poco hacía que la habían engrasado. Entró, no vio que hubiera nadie en el interior ni oyó paso alguno, ni siquiera a las ratas correteando en busca de comida. Constató entonces que lo que había oído no eran los ruidos nocturnos de la casa, que conocía al dedillo. Había escuchado el pálpito de su propio corazón.

Corrió hacia las escaleras y a cada escalón que subía olía más intenso y asqueroso, un hedor a muerte. Se agarró a la balaustrada para subir en volandas, empujada por el vendaval de su alma. Culminó las escaleras, con la mano en el pecho se paró a recuperar la respiración y a su vista se desplegó el pasillo en penumbra. Caminó hasta el final del mismo y entonces vio a Iluminada, cuyo cuerpo se destacaba blanco contra la escasa luz. Iba en camisón, estaba sentada en el suelo, acurrucada junto a la puerta sujetándose las piernas con los brazos, el mentón sobre las rodillas. La muchacha levantó la cabeza y comenzó después a mover el cuerpo de un lado a otro con el gesto de un animal apesadumbrado. Abría y cerraba la boca boqueando.

—¡Iluminada! —exclamó la Madre, con la intención de preguntarle qué hacía allí, pero la chica se le adelantó. Farfullando, contó que hacía un rato se había despertado sobresaltada por una culpa que la ahogaba y era porque no había avisado a la *señó* Casta que no bebiera de la fuente aquella porque estaba envenenada por los frailes.

—¿Qué los frailes han envenenado las fuentes? —preguntó la Madre, consternada por la rueda de rumores que ya crecía.

Iluminada, que no se detuvo a *contestar*, siguió explicando que cuando dejó a Casta en la redacción del periódico ella se había puesto a hablar con una mendiga y que cuando quiso darse cuenta vio a la señora en la fuente bebiendo y no pudo avisarle de lo que las gentes decían, que no se bebieran sus aguas porque los frailes las habían envenenado con unas miasmas para matar a los pobres. Que hacía un rato que se había despertado tan angustiada que tuvo que salir a comprobar que la maestra seguía viva. Se había descolgado de la cama y, arrollada en una toquilla, se arrastró por el suelo y salió del dormitorio sin que nadie la sintiera y que después, sin meter ruido, se había llegado hasta la escalera y había subido hasta la habitación. Que la hermana que estaba de guardia tampoco la había visto porque había pasado muy quedo, arrastrándose por el suelo.

—¡Vaya vigilancia! —dijo la Madre, recriminándose el haberle encargado la guardia a una hermana tan mayor.

Que cuando llegó al dormitorio, continuó Iluminada, le llegó un tufo

espantoso a heces y vómito, y oyó que dentro de la habitación sonaban pasos de un lado a otro, el ruido de una palangana chocando contra las baldosas, el de un trapo escurriendo agua y la voz de la *señá* Casta que gemía y la de Compasión que se alzaba intentando calmarla.

—¡Ay, la *señá* Casta! —repetía Iluminada llorando, y el cuerpo se le iba al suelo por el peso de su tristeza—. Que *la é matao*.

La Madre tomó sus manos y levantó a la chica del suelo, y una vez que estuvo en pie peinó su cabello, que tenía revuelto, y al sentir cómo temblaba estrechó a Iluminada entre sus brazos. Al notar sus latidos a la Madre se le dobló el cuerpo en dos, golpeada por la pena, el alma se le escapaba, quería irse con Casta y con Iluminada, prendido su corazón de las dos desamparadas. Tuvo que recobrarse, no podía dejarse llevar, obligada como estaba a obviar sus sentimientos. Tenía que sacar a Casta, a la muerte que traía a la casa.

—Iluminada, corre a llamar a sor María, pero mucho cuidado, que nadie te oiga. Vete al dormitorio sin hacer ruido, igual que has venido —le dijo—. Avisa también a la hermana que está de guardia en el corredor y a la portera. Por tu vida, que vayas tan quedo como puedas. Nadie tiene que enterarse de lo que pasa —le dijo, y le hizo repetir sus instrucciones.

—Avisó a la hermana *vigilanta*, a sor María y la portera —repitió Iluminada—. *Espacito*, sin *alborotó*, que no *es despierten* las chicas.

Al tiempo que Iluminada desaparecía entre las sombras, la Madre oyó un grito que salía del dormitorio de Casta.

—Que me traigan a mi niña —decía con tal angustia que la Madre se decidió a entrar.

Vio a Casta tumbada boca arriba en la cama, las sábanas cayendo arrugadas a ambos lados del lecho, el rostro encendido, la cabeza retorcida sobre la almohada, con la garganta echada hacia atrás, como si la ofreciera para que la degollaran. Llevaba la camisa de noche desabrochada y alzada a media altura de los muslos, y los brazos desparramados a un lado y otro del cuerpo. El dormitorio, de ordinario tan pulcro, hedía a heces y vómito. No le quedan más pruebas que pasar, se dijo la Madre. De dónde le habían venido a Casta esas miasmas que la destruyen, se preguntó, por qué se desmoronan todos los muros en los que se apoya. No encontró explicación a aquel sufrimiento, pero sí supo que en adelante Casta nunca le daría tregua, ni aunque estuviera muerta.

Final

El Pensil de las Damas…

… pide disculpas a sus lectoras por no haber incluido *Azucena* en el último número de esta revista. La omisión del correspondiente capítulo se debió al fallecimiento de la autora (Q.E.P.D.). Triste suceso del que tuvimos conocimiento en fecha próxima a cerrarse la edición a través de una de nuestras corresponsalías en provincias. Sabemos que la fallecida terminó la novela y estamos a la espera de recibir el último capítulo, titulado «El reencuentro».

La creadora de *Azucena* colaboraba desde hacía años en *El Pensil de las Damas* al amparo de las siglas C.M. Inicialmente aparecieron sus poesías, composiciones líricas fruto de una sensibilidad exquisita y una notable maestría en las formas. En los últimos meses hemos tenido el honor de publicar *Azucena*, una novela moral y de costumbres basada en acontecimientos reales, muy bien recibida por nuestras lectoras, de cuyo interés dan prueba las numerosas cartas que nos han llegado reclamando su continuación.

La autora había dedicado *Azucena* a su hija, Pía Bosco More. En *Azucena* encontramos a una mujer, humilde violeta de los campos, que desde su ignorada existencia ha

escrito preocupada por el bienestar y la felicidad de su hija, no por afán de notoriedad ni por el deseo de brillar en el mundo de las letras.

El Pensil de las Damas es una revista de salones escrita por mujeres y para la mujer. Da voz a las «literatas», autoras silenciadas, mujeres que envían sus escritos a esta revista desde los más recónditos rincones de nuestro país. Esposas recatadas y piadosas que, protegidas o no por el anonimato, revelan a la sociedad el relato de su infortunio para que el mundo conozca la verdad de la existencia femenina.

¡Bendito sea este servicio de la prensa a la mujer!

Carolina:

Tengo un sudor frío, me duele el vientre, las náuseas acaban en un vómito que no cesa.

La vela está a punto de consumirse, como yo, queda un dedito de cera. Apenas si alcanzo a distinguir las letras, estoy escribiendo a ciegas.

Temo que mi niña no llegue a leer el folletín *Azucena*.

No quiero morir sin pedirte que se lo hagas llegar. Encárgate de llevárselo cuando llegue el momento y dile que su madre lo escribió para ella, que fue una hija muy amada.

[Aquí el manuscrito se interrumpe] [Sin firma]

Valencia, 25 de agosto de 1854

Estimada señora Carolina Coronado de Perry:

Han llegado a esta casa varias cartas dirigidas por usted a la señora Casta More. Deduzco que no está al corriente del triste fallecimiento de su buena amiga. Este verano estalló en Valencia una horrible epidemia de cólera procedente de otras localidades de la costa. La alcaldía de la ciudad nos apremió a poner en cuarentena la comunidad y adoptar rigurosas medidas de higiene para las personas y el edificio, pero no llegamos a tiempo, el cólera ya se había expandido y causó el fallecimiento de la señora Casta More, entre otras personas que vivían en la casa. Me encargué de que fuera trasladada a una vivienda aislada fuera de la ciudad. Estuvo atendida hasta el último momento por una antigua criada de su familia y por una de nuestras educandas. Recibió los santos sacramentos de manos de nuestro capellán, a quien rogué reconfortara a la señora Casta More en su último trance.

Encontré entre sus papeles una hoja suelta dirigida a su persona, que adjunto, así como el manuscrito del último capítulo de un relato titulado *Azucena* que la señora Casta More no llegó a entregar para su publicación. Se lo envío también, y le agradecería me acusara recibo. No estoy familiarizada con el mundo de las revistas de salones, por lo que me tomo la libertad de rogarle que haga llegar este

manuscrito a *El Pensil*, cuya dirección atenderá sin duda la petición de una escritora tan renombrada como es usted.

Es solicitud que hago en mi nombre y en el de las religiosas que componemos la congregación en la casa de Valencia, no menos que en el de las educandas que en ella se alojan, muchachas que se esfuerzan por adquirir un oficio para abandonar una forma de vida a la que fueron arrojadas en contra de su voluntad. La señora More las acompañó muchas tardes en el taller de costura leyéndoles *Azucena*. Fue a las educandas a quienes primero confió el relato y ellas me han rogado encarecidamente que le pida este favor. Quieren escuchar, tan pronto como sea posible, la conclusión de *Azucena*.

Durante su estancia en la casa, la señora More logró nuestro respeto y consideración. El de las acogidas, a quienes enseñó primeras letras, no menos que el de las hermanas y el mío. Nos acordaremos de ella siempre, yo en especial, por cuanto nos aportó y por la entereza con que enfrentó los difíciles trances de la vida que la trajeron hasta aquí.

He fundado una congregación dedicada a devolver la dignidad a las muchachas arrojadas a la vida de la calle y conducidas a una muerte infame. Terrible es ser testigo del pecado que se comete contra las mujeres en un mundo que además las condena. No menos difícil me ha sido presenciar el drama de la señora More, azotada por la calumnia, acusada sin razón, arrojada al olvido por su familia. Ahora está en el reino de los cielos donde, nos dice nuestra fe, Dios Nuestro Señor la saciará con la vida eterna. Casta forma ya parte de aquellos que durante su vida tuvieron hambre y sed de justicia.

¡Bendita sea la justicia del Altísimo!

Reciba mis condolencias,

Micaela Desmaissiéres y López de Dicastillo,
vizcondesa de Jorbalán.

Notas

El título de esta novela, *La Casa de las Desamparadas*, remite al segundo de los centros que la fundadora de las religiosas Adoratrices, la Madre Micaela, estableció en Valencia a mediados del siglo XIX en el que, conforme al carisma de la congregación, se acogía a prostitutas que quisieran aprender un oficio para dejar la calle. En la novela aseguro, desafiando quizás a la verdad histórica, que en la Casa de Desamparadas se alojaban también a ciertas mujeres en situación «irregular», casadas de conducta «desarreglada», según apreciaban que era su comportamiento los esposos que las confinaban en virtud del poder que les otorgaba la ley, denominado derecho marital. La Casa de Desamparadas de Valencia, tanto la histórica como la de mi relato, sustituyó a la anterior de Arrepentidas, una institución del Antiguo Régimen donde mujeres de la vida enfrentadas a la muerte expiaban sus pecados por medio de la oración y la penitencia.

He reunido a mujeres de diferentes estratos sociales, procedencias y formas de vida —prostitutas, religiosas, casadas de las clases medias—, aunadas por una experiencia común, el desamparo, y por una también común pasión por la escritura. A esta conclusión llegaron primeramente aquellos lectores que me han ayudado a construir el relato. No fue la premisa con la que empecé a escribir, pero seguro que estaba implícita en mi mente, porque desde siempre he sido consciente del desamparo en que, de una forma o de otra, vivimos las mujeres todas, y de que dominar la escritura es una forma de poder.

No he escrito una novela histórica al uso ni una biografía novelada. Cuento las vicisitudes de diversas mujeres, pero en especial las de Casta, una mujer imaginaria del XIX cuya personalidad y conflictos he compuesto con los materiales que me han proporcionado mi propia

imaginación, mis lecturas y mi formación académica. Recreo el espíritu del siglo XIX y su realidad material, su atmósfera, por medio de caracteres que llevan el nombre de personas que la historia nos dice que existieron, pero que son en esta novela personajes literarios: La Madre Micaela (1809-1865), como dije, fundadora de la congregación de las religiosas Adoratrices; la poeta romántica Carolina Coronado (1820-1911); el gran marqués de Salamanca, José Salamanca y Mayol (1811-1883), político y financiero, constructor del barrio de Salamanca de Madrid; Serafín Estébanez (1799-1867), poeta y político del siglo XIX.

El resto de los personajes son de mi invención, cuyos rasgos he procurado cumplieran cuantos requisitos de verosimilitud histórica fueran necesarios. Sitúo los acontecimientos de la novela en el contexto de la vida social y política del XIX que relatan los libros de historia: la Revolución liberal de 1854, la epidemia de cólera que comienza el mismo año, la exclaustración de religiosos y religiosas de sus conventos a través de los sucesivos decretos de desamortizaciones. Me sirvo con libertad de biografías, eventos y cronología. Adapto cuanto sea necesario a las exigencias de la narración.

Los modos narrativos no han sido elegidos de forma caprichosa. Responden a las formas narrativas predominantes en el periodo de la novela: la correspondencia, el folletín y la incipiente novela realista.

Intento así representar no solo hechos o personajes históricos, ambientes, sino también la cultura, el lenguaje, la imaginación y la mentalidad del XIX.

La correspondencia era (y es) una forma recurrente de escenificar la intimidad entre las mujeres. El folletín era el modo narrativo predominante, Casta no podía escribir sino en este modo. En el folletín, la libertad del autor en cuanto a los tiempos, las intrusiones autoriales, el diálogo entre autor y lector, son instrumentos eficaces para describir grandes sucesos, fuertes emociones, cambios bruscos en la cronología y valoraciones morales. La intriga, la acción libre no exige los requisitos de verosimilitud de la novela realista.

El narrador impersonal en tercera persona, que triunfará con la novela realista, especialmente con Galdós, Pardo Bazán y Leopoldo Alas, es apropiado para trazar los ambientes, los sucesos, la realidad, con un detallismo del que carecen las cartas, donde se atiende a la confidencia y a la expresión de los sentimientos, y desde luego con el folletín.

En *La Casa de las Desamparadas* se hace un gran esfuerzo por evitar anacronismos. He querido crear personajes que hablen, piensen

y actúen como lo harían las gentes del XIX, no del XXI, con las preocupaciones y anhelos imperantes en la sociedad de su tiempo. Las mujeres, en su inmensa mayoría, no podían imaginar qué era eso del feminismo, no decidían cuántos hijos tendrían ni si querían evitarlos, no podían rebelarse ni cuestionar la autoridad paterna o marital, ni «empoderarse». Sus preferencias sexuales no estaban abiertas a elección, no se planteaban cuestiones identitarias. La familia era la base de la vida, determinaba el estatus, la posibilidad de ascenso (o descenso) social. No cabía existir fuera de ella, no imperaba el individualismo actual. Era una sociedad fuertemente jerárquica y autoritaria, y las creencias, liturgias y costumbres del catolicismo constituían el fundamento de la sociedad y del devenir de la existencia. La jerarquía eclesiástica apenas estaba saliendo de su misoginia tradicional: la mujer como una Eva tentadora, la desigualdad entre el esposo y la esposa, el débito conyugal, para evolucionar hacia el pensamiento doméstico, la mujer angélica como sujeto moral y el matrimonio (un poco más) igualitario.

En el fondo de mi relato están las historias familiares que tantas veces oí relatar a mi madre acerca de su pasado alménense. Bisabuelas, cortijos, minería, propietarios, la política, los caciques. Está el paisaje desértico de Almería que conocí de mayor. Por mi familia supe de la mentalidad y las creencias de la sociedad del sur de España, transida de fatalismo y pensamiento mágico. Mentalidad presente en García Lorca, así como en los cuentos que Carmen de Burgos escribió sobre su valle natal, el Rodalquilar (Almería), tan cercano a las localidades de Vera y Garrucha, donde se sitúa el folletín *Azucena*.

Cuántas veces me hablaron familia y libros de las supersticiones o creencias populares del sur de España: la herencia de la sangre, el mal de ojo, los santeros y los curanderos, cuya eficacia sanadora algunos médicos contemporáneos no se atreven a negar, como José Antonio García Ramos en *La medicina popular en Almería*: Fueron muchos los años rastreando bibliotecas en busca de las escritoras del siglo XIX, de cuya existencia me enteré por casualidad a mis treinta años en una obra que encontré en un puesto el día de Sant Jordl en Barcelona (*La rateta encara escombra l'escaleta*, de Patricia Gabancho), fascinada siempre por esos volúmenes de páginas amarillentas que exhalan un peculiar olor a librería de viejo. Comprobar cuántas eran las escritoras del XIX me conmovió en su momento y se convirtió en una pasión duradera. Buscándolas me tropecé con una infinidad de revistas decimonónicas donde las escritoras publicaban poesías, folletines, novelas y crónicas sociales,

y que también dirigieron, publicaciones de títulos tan sugerentes: *El Pensil del Bello Sexo* (histórico) y *El Pensil de las Damas* (ficticio).

Al socaire de esta investigación aprendí, en mis estudios de doctorado en la Universidad de Minnesota, la relación entre la escritura de y por la mujer en el siglo XIX, y la ideología burguesa de la domesticidad, que incluyó entre sus propuestas la de un modelo de mujer y familia alternativo al de la familia patriarcal propia del Antiguo Régimen. El pensamiento burgués acerca de la mujer y la familia, en el que seguimos inmersos en gran medida, sacraliza el amor maternal, reposa en un modelo de mujer «ángel del hogar», tan diferente de su antecesora, «la perfecta casada», cuya función era, básica o únicamente, la de dar a luz. Sobre el resultado de la irrupción de esta escritura en la esfera pública de las letras escribí mi tesis doctoral y junto a dos colegas hicimos una recopilación de los principales textos con los que en el siglo XIX se articuló la doctrina del «ángel del hogar»: *La mujer en los discursos de género del siglo XIX. Textos y contextos* (Catherine Jagoe, Alda Blanco, Cristina Enríquez de Salamanca, 1998).

Mi protagonista, Casta, es una mujer casada de clase alta, pero no aristocrática, que vive a mediados del siglo XIX, en un tiempo en el que el movimiento romántico y una novedosa conformación burguesa de la feminidad favorecieron el acceso de una profusión de mujeres a las letras, y la producción de un derroche de escritura acerca de la feminidad en el espacio público de las letras en España. «Literatas» designó a lo largo de aquel siglo a las mujeres que escribían y publicaban, término al que, al final del siglo XIX, sustituyó el hasta ahora utilizado de «escritoras». Casta es una de ellas, de las mujeres de clase media que encontraron su forma de expresión en la esfera pública de las letras, no como resultado de una lucha feminista, sino como, alego, de una transformación que propugnó la ideología burguesa de género en el siglo XIX.

En la novela, Casta reflexiona, trata de comprender por qué ella, una esposa normal que se conforma con su realidad, no es la madre amorosa que reclama la sociedad de su tiempo y definen los libros y las revistas que ella lee y adora. Casta, que no ama a su madre ni a su esposo ni a su hija, no parece ser la buena hija, esposa y madre que exige su sociedad. Casta se sabe una mala madre, una hija inadecuada. Tampoco es una mujer disoluta ni una rebelde ni una feminista. Necesita resolver sus carencias, sus problemas con el amor, que no ha recibido ni puede dar, pero no se lanza por ello a una «orgía perpetua», como parece ser el caso de Madame Bovary. En este planteamiento reside mi propuesta. Para las mujeres, expongo, el

problema con el amor no tiene su origen ni su resolución en los hombres. No se trata de que sus esposos o amantes las quieran, sino de que lo hagan sus madres.

Para ilustrar cómo contrasta Casta su propia experiencia con el discurso moral y la sentimentalidad doméstica, me he tomado la libertad de acudir al manual de conducta de Pilar Sinués, *El ángel del hogar* (1859). Esta obra, que sintetiza toda una elaboración del pensamiento doméstico, articulada en numerosas obras nacionales y extranjeras, que contiene una pormenorizada teorización del modelo del «ángel del hogar», fue muy divulgada en su tiempo y compitió con obras de autores tales como Antonio Pirala, *El libro de oro de las niñas* (1847), o Severo Catalina, *La mujer en las diversas relaciones de la familia y de la sociedad. Apuntes para un libro* (1858). Se diferencia de ellos, claro. Sinués arguye reiteradamente en pro de la autoridad de la mujer en el área de los saberes de la educación y de la estética de la vida privada. Modela a su «ángel» como un sujeto capaz, dotado de racionalidad. Su ideal no es el ser irracional y amoral de la perfecta casada propia del Antiguo Régimen.

El ángel del hogar de Pilar Sinués ha modelado sobre todo la redacción de *Azucena*, el folletín que aparece en la novela. Se aprovecha de su lenguaje, de sus fórmulas y estrategias narrativas, de su desaforada imaginación. En mi novela, la autora de *Azucena* escribe con una libertad envidiable. Cambia continuamente de registro, de tiempo narrativo, de tema. Se dirige, como hacía Pilar Sinués, a las «lectoras», dialoga con ellas, las interroga, las interpela de una forma totalmente prohibida al narrador contemporáneo. He recurrido cuanto me ha sido posible a la truculencia del folletín, a su indiferencia respecto a las exigencias de la verosimilitud. La narradora de *Azucena* sería una guionista desastrosa. A Azucena puede sucederle cualquier cosa, experimenta situaciones escabrosas con toda naturalidad.

En muchos escritos del XIX aparece uno de los *leitmotiv* de la ideología de la domesticidad: «La mirada de la madre» que Faustina Sáez de Melgar, autora de obras didácticas, de larguísimos folletines históricos, y gran personaje del negocio editorial del XIX, explícita en *Un libro para mis hijas* (1877). Mirando al hijo al que cuida, afirma el pensamiento doméstico, se crea un vínculo especial entre los dos, una relación imprescindible para que el hijo se desarrolle anclado con seguridad en el mundo, amparado por la mirada atenta de quien atiende sus necesidades. He relacionado el *leitmotiv* de la mirada materna con su contrario, el mal de ojo, una creencia milenaria que afirma los efectos dañinos de la mirada femenina malevolente.

Casta se cree aojada por la mirada de su madre, está convencida de que el rechazo de esta es causa de sus limitaciones. Gracias al mal de ojo no he tenido que psicoanalizar a Casta, lo que me resultaba tan anacrónico como impropio en un personaje del XIX.

Casta escribe un poema de amor, está convencida de que las palabras tienen el poder de crear sentimientos, pero solo dispone del lenguaje masculino sobre el amor. El patriarcado, me atrevo a usar este término, en el siglo XIX no reconoce el lenguaje de la mujer como alta cultura. En particular, el de la madre no es artístico, no es adecuado para elaborar una obra de arte, como afirmó Flaubert. Por ello, Casta recurre a la expresión romántica del sentimiento amoroso, si bien que de autoría femenina, y es malinterpretada por aquellos que tropiezan con sus versos.

El ingreso de Casta en la casa de Valencia señala el comienzo de la novela, cuya parte narrativa descansa en la Madre Micaela. Este personaje tiene una base histórica, pero mucho de él procede de mi propia experiencia con las Adoratrices, en una de cuyas ONG colaboré durante varios años. Muchas fueron las conversaciones con las hermanas en las que me transmitieron el espíritu de la Madre Sacramento. Por ellas conocí la pasión de la Madre por ayudar a las prostitutas, mujeres a quienes nunca trató de arrepentidas ni de corrigendas ni de penitentes, sino de desamparadas. El retrato que de ella realizó Luis de Madrazo poco antes de la muerte de la Madre Sacramento en 1865 me ha servido para trazar la descripción física de la Madre, con que comienza la novela. Detalles de su carácter provienen de los cinco volúmenes de su correspondencia y del cuidadoso estudio biográfico realizado por la hermana Milena Tóffoli, *Santa María Micaela del* Santísimo *Sacramento. Autobiografía* (BAC 1981, 1992). A través del punto de vista de «mi» Madre Micaela, que no es «la Madre Micaela» histórica, expongo la experiencia de Casta conviviendo con las prostitutas acogidas en la casa de Valencia para aprender un oficio. Su evolución personal, las decisiones que toma, los aspectos de su personalidad que reconoce, la forma que encuentra para comunicarse con su hija. Casta evoluciona, pero no se «convierte». Después de todo, no es especialmente devota ni quiere meterse a monja.

Aunque la novela no se desarrolla en Madrid, he utilizado las descripciones de los barrios bajos que contiene la *Guía de Madrid*, de Ángel Fernández de los Ríos (1876), para comprender el paisaje urbano en que se desenvolvía la prostitución. En cuanto a las acogidas en la casa de Valencia me he inspirado en las descripciones de las prostitutas que contiene la obra de Constancio Bernaldo de

Quirós y José María Llanas Aguilaniedo, *La mala vida en Madrid* (1901, 2010). He recurrido también a las sucesivas elaboraciones de la historia de la Ronda del Pecado Mortal. Esta era una procesión nocturna que realizaba una cofradía creada con el apoyo del rey Felipe V en el año 1733 en Madrid, cuya sede se conocía como la Casa del Pecado Mortal. La misión de la cofradía era recoger a las prostitutas de la zona, y en la casa se acogían también a las jovencitas desfloradas y encintas, víctimas de engaños y falsas promesas de casamiento. La cofradía salía de ronda, recorría las calles al son de una campanilla, coreando coplillas y rimas y recaudando limosnas. Y para caracterizar a «las chicas» he utilizado mi experiencia con mujeres traficadas.

Carolina Coronado, receptora de la correspondencia de Casta, vive en la memoria literaria española como el epítome de la poetisa romántica. Se la recuerda como una jovencita peinada con tirabuzones que mira dulcemente al observador, sin perjuicio de que, en otros retratos, su imagen se acerque más que a una adolescente, a la de la mujer española, a la gitanaza sensual de Julio Romero de Torres. El retrato de Carolina Coronado que aparece en la portada de varios estudios no es el suyo. Es el que realizó Marie Alexandre Alophe de una joven dulce y llena de tirabuzones, Louise Colet, poeta francesa que fue amante del escritor Gustave Flaubert.

En su tiempo, Carolina Coronado realizó una labor de apoyo y promoción de otras escritoras a través de la prensa, articulando lo que Susan Kirkpatrick definió en *Las románticas* como una «hermandad lírica» (versión española de 1992). Este dato de Carolina Coronado me permitió hacerla interlocutora de Casta: podía entablar entre ellas una relación de escritora a escritora. Una relación tan fraternal como literaria justificaba la importancia que adquiere para Casta «El amor de los amores», el más genuino y personal grito de amor que conozco de una poeta española del XIX.

El Navajas del folletín *Azucena*, con su correspondiente Ramón Bosco de las narraciones, se inspiran en otro personaje histórico, Ramón Orozco Gerez, político, industrial y terrateniente almeriense, quien, según las leyendas familiares, sería un antepasado remoto mío y cuyos rasgos de personalidad desconozco. El retrato de Ramón Orozco Gerez histórico me impactó de tal manera que no tuve más remedio que utilizarlo. Es el de un hombre maduro que mira fijamente al observador con sus enormes, hieráticos ojos azules. Luce temible y poderoso por más que aparezca vestido de forma tosca, más como un labriego acomodado que como un terrateniente.

El Tomás More de la novela, por su parte, se inspira en el

personaje histórico Thomas Livermore, nacido en 1761 en Essex, Inglaterra, y fallecido en 1849 en Málaga. Importante industrial que a través de los enlaces matrimoniales de sus hijas conectó con lo más selecto de la élite social malagueña, como los Heredia y los Loring. Thomas Livermore tuvo varias hijas, ninguna de las cuales se llamaba Casta. Sí es histórico que una de ellas, Matilde, se casó con Serafín Estébanez Calderón y otra, Petronila, con José Salamanca, el famoso marqués, que inspira al Pepe Salamanca de la novela. El marqués fue hijo de un médico cordobés, entró pronto en política, fue alcalde de Vera primero y luego congresista, ministro y, sobre todo, hombre de negocios que amasó varias fortunas y entró otras tantas veces en bancarrota. Notable coleccionista de arte, fue constructor y propietario de líneas ferroviarias, no solo en España, sino también en Estados Unidos. He construido su amistad con la Madre Micaela de forma totalmente ficticia. No tengo ningún registro de esa amistad de la que Pepe Salamanca, en la novela, tanto se honra.

CRISTINA ENRÍQUEZ DE SALAMANCA es licenciada en Derecho por la Universidad Autónoma de Madrid (1975) y doctora en Literatura Española por la Universidad de Minnesota, Minneapolis (1992). Vivió seis años en los Estados Unidos donde trabajó desde lavando platos en un restaurante kosher hasta siendo profesora de literatura española en la Universidad de Yale. En 1996 se instala en Barcelona donde enseña español para extranjeros en diversos centros y se traslada en 2013 a Madrid. Centrada en las escritoras y la cultura del siglo XIX en España, publica artículos de investigación y junto a otras investigadoras, edita dos libros, uno sobre escritoras catalanas, gallegas y vascas y otro sobre el trasfondo cultural de la sociedad del siglo XIX. La Casa de las Desamparadas es su primera obra de ficción.